

HISTORIA DEL MARXISMO



(3)

EL MARXISMO EN LA ÉPOCA DE
LA II INTERNACIONAL (I)



EDICIONES
DOS CUADRADOS



Líderes de la Segunda Internacional en el VIº Congreso; entre ellos Rosa Luxemburg, Gueorgui Plejánov, Karl Kautsky, Víctor Adler, Édouard Vaillant y Sen Katayama. Ámsterdam, 1904.

HISTORIA DEL MARXISMO
El marxismo en la época de
la II Internacional (1)

VV.AA. (Ed. ERIC HOBSBAWM)

Traducción de:
JOSEP M.^a COLOMER
Y MÁXIMO LOIZU

Edición de:
DOS CUADRADOS

Portada: 2Cuadrados
Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados

Primera edición en castellano: 1980

Título original en italiano: Storia del Marxismo. *Il Marxismo nell'età della Seconda Internazionale*

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición
Febrero de 2024

Web: www.doscuadrados.es

Twitter: @2Cuadrados

Instagram: @2_cuadrados_

ÍNDICE

Prólogo	12
-------------------	----

FRANCO ANDREUCCI: <i>La difusión y la vulgarización del marxismo</i>	15
---	-----------

1. Kautskismo y «marxismo de la Segunda Internacional» 16
2. La consolidación del marxismo y la fusión con el movimiento obrero 27
3. La geografía del marxismo 39
4. El marxismo, la formación de cuadros y la propaganda . 50
5. Marx, una lectura difícil. 65

ERIC J. HOBBSAWM: <i>La cultura europea y el marxismo entre los siglos XIX y XX</i>	87
--	-----------

1. El área de irradiación del marxismo 88
2. Una periodización de la época de la Segunda Internacional 91
3. La influencia del marxismo en las ideologías y en los movimientos 93
4. Influencias del marxismo en los intelectuales 100
5. Relaciones entre marxismo y cultura no marxista 118
6. El marxismo y las vanguardias culturales 130

ANDRZEJ WALICKI: *El marxismo polaco entre los siglos XIX y XX* 149

1. Los marxistas polacos de la primera generación. 149
2. La cuestión nacional y el socialismo en un país atrasado 151
3. El problema del conocimiento y el neokantismo. 158
4. Pasado y presente 162
5. Kelles-Krauz y la cuestión nacional 168
6. La «filosofía del trabajo» de Brzozowski. 173

VALENTINO GERRATANA: *Antonio Labriola y la introducción del marxismo en Italia* 179

1. Oscilaciones interpretativas 180
2. Los sueños de la revolución italiana. 183
3. Crisis y alejamiento del compromiso político 187
4. Del moderantismo al radicalismo socialista 194
5. La madurez marxista. 205
6. De la redacción de los «Ensayos» a la «crisis del marxismo». 217

GREGORIO DE PAOLA: *Georges Sorel, de la metafísica al mito*. 227

1. Los años de formación 229
2. El marxismo como nueva metafísica real 235

3. El marxismo como filosofía de la acción	245
4. El marxismo como mito	254
5. La suerte de Sorel y el sorelismo	265

Nota sobre la traducción

Los textos citados de Marx y Engels se han transcrito de la versión castellana contenida en la edición de las Obras completas dirigida por Manuel Sacristán (Barcelona-Buenos Aires-México, 1976, ss., en curso de publicación, citada en adelante como OME), edición que se ha utilizado también como referencia para resolver algunos problemas de vocabulario. Para las obras de Marx y Engels aún no publicadas en esta edición se ha recurrido a las Obras escogidas (Moscú, 1972, ss.) y a otras ediciones que se citan en las notas.

Asimismo, se han transcrito de las ediciones castellanas existentes las citas de P. Sraffa, V. I. Lenin, R. Luxemburg, F. Nietzsche y J. Stuart Mill, que aparecen en el texto.

Prólogo

En el período en que se forman los partidos adheridos a lo que más tarde se llamaría Segunda Internacional, empieza propiamente la historia que esta obra se propone reconstruir y cuyas premisas se han mostrado en los dos primeros volúmenes: el marxismo se difunde y arraiga en el movimiento obrero; en su confrontación inmediata con la realidad se organiza como teoría del socialismo, e incluso —según una célebre definición de entonces— como «ciencia» del socialismo, y las demás manifestaciones de éste, generalmente consideradas «utópicas», son mayoritariamente absorbidas o marginadas. De este modo, esta «ciencia», que se realiza en el análisis y en la interpretación de la historia, se convierte también en praxis creadora de historia.

Este proceso de crecimiento y difusión tiene dimensiones mundiales, como se muestra claramente en los primeros ensayos del presente volumen. En los siguientes ensayos, se analizan algunos casos de desarrollo del marxismo a través de su penetración en específicos contextos nacionales.

El centro propulsor está, sin embargo, en Alemania: la socialdemocracia alemana crece impetuosamente y se impone como «partido-guía» (en expresión de Georges Haupt) de la Segunda Internacional. El segundo volumen de esta parte de la obra se concentra precisamente en los problemas-clave de la formación política alemana en su lucha por consolidarse y en la contribución de algunos de sus principales exponentes a la elaboración del marxismo como doctrina revolucionaria de la clase obrera (empezando por la gran sistematización de Engels en los últimos veinte años de su vida).

El tercer volumen se centra en los problemas planteados por la otra gran área de desarrollo del marxismo, Rusia, que tanto por su situación excepcional con respecto a la Europa industrializada, como por el incendio de la primera revolución que tuvo lugar en todo país en el que existiera un partido obrero marxista, en 1905, atrae la atención de los debates internacionales.

Finalmente, el cuarto volumen examina las grandes cuestiones que el marxismo tiene que afrontar en su desarrollo como teoría revolucionaria, sobre todo como consecuencia de las transformaciones del mundo capitalista. Con el problema de la guerra, que es tal vez el que mayores diferencias provoca entre los miembros de la socialdemocracia europea, y con el que naufragará la Segunda Internacional, termina esta parte de la obra.

Al proyecto y organización de esta parte de la *Historia del marxismo* han contribuido en gran medida Georges Haupt y Ernesto Ragionieri; es inútil decir cuánto se ha notado su desaparición en la realización de la misma, que no ha podido beneficiarse de sus contribuciones directas. Siguiendo sus indicaciones, y de acuerdo con el planteamiento explicado en el prólogo general de la obra, hemos creído conveniente que en los distintos ensayos se expresaran claramente puntos de vista diferentes y a veces contradictorios. Si bien la orientación de los estudiosos con los que hemos contado simpatiza en general con el marxismo, no hemos querido ahogar el estudio de cuestiones complejas y en muchos aspectos aún abiertas con una uniformidad de planteamiento o, lo que aún hubiera sido peor, con la referencia a una ortodoxia, cuyos perjuicios se exponen precisamente en estos estudios.

FRANCO ANDREUCCI

La difusión y la vulgarización del marxismo

«Créame, nosotros no fomentamos el odio —dice Ernest Everhard, el protagonista de *Talón de hierro*—. Sostenemos únicamente que la lucha de clases es una ley de la evolución social. Nosotros no somos los responsables de la misma. No es un invento nuestro. Nos limitamos a explicarla, del mismo modo que Newton explicaba la ley de la gravedad.»¹

La idea del apremiante desarrollo de la lucha de clases, promovida por el silencioso y continuado ritmo de la necesidad histórica, es una de las más arraigadas en la cultura socialista de la época de la Segunda Internacional. A diferencia de otros principios procedentes del marxismo, esta idea nunca estuvo circunscrita a los potentes batallones de la socialdemocracia alemana. La fórmula de Jack London parece estar a años luz de la fría y razonada estructura del pensamiento de Marx y Engels; la idea, en su formulación elemental, parece empobrecer la compleja relación entre libertad y necesidad regulada por la dialéctica. Pero había llegado, a través de un viaje largo y tortuoso, hasta la brumosa bahía de San Francisco. Expansión y empobrecimiento, difusión y esquematización, parecen ser las dos caras de la trayectoria del marxismo entre finales del siglo XIX y principios del nuevo siglo.

Pero, en su expansión desde la Europa central hacia los más alejados confines del viejo continente, hacia América del Norte y del Sur, hacia el Pacífico, Asia, Australia y los enclaves africanos del Imperio otomano, ¿acaso el marxismo no se enriqueció de algún modo? Si bien, en su primer impacto con la extensión de la alfabetización, el léxico se reduce, la sintaxis se empobrece, y el lenguaje se simplifica, los signos, las palabras, ¿acaso no conquistan destinos más amplios al fusionarse con un número de personas cada vez mayor?

¹ J. LONDON, «Talón de hierro».

1. Kautskismo y «marxismo de la Segunda Internacional»

¿«Marxismo de la Segunda Internacional» o «marxismo en la época de la Segunda Internacional»? La cuestión no es nominalista ni meramente formal, sino que a cada una de las dos expresiones corresponden dos categorías diferentes, e incluso dos modos distintos de entender y de reconstruir la historia del marxismo. Veamos por qué.

Es difícil decir cuándo y dónde nació la expresión «marxismo de la Segunda Internacional»; pero nos acercaremos a la verdad si situamos sus orígenes en los años de la Primera Guerra Mundial o en los inmediatamente siguientes, y en las páginas de los marxistas europeos (piénsese en primer lugar en Lenin) que habían roto sus relaciones con la Internacional (entonces aún no se llamaba Segunda) tras el 4 de agosto de 1914. Fue entonces cuando nació el orden y la jerarquía de las Internacionales que hoy conocemos (la Primera, la Segunda, la Tercera) en el curso de una lucha política e ideológica caracterizada por la voluntad de construir continuidad y fracturas en el ámbito de las tradiciones del movimiento obrero internacional. Fue entonces cuando entre la Tercera Internacional, aún no constituida pero de la que ya se hablaba, y la Primera se construyó un puente que permitía al marxismo volver a la pureza de los orígenes salvando el pantano de la Segunda Internacional.

Así pues, tenemos un origen de la unión entre «marxismo» y «Segunda Internacional» en el ardor de polémicas violentas y encarnizadas, un aspecto del apasionamiento que raramente está ausente de las vicisitudes del movimiento obrero y que a menudo acaba influyendo incluso en las reflexiones de los historiadores. Pero hay algo más. Fue entonces cuando del modo más decidido y violento algunos marxistas (los de la Tercera Internacional) negaron a otros marxistas. Aparecieron una serie de definiciones caricaturescas, aparecieron, junto al término marxismo conjugado con la Segunda Internacional, las comillas. «Marxistas» significaba pseudomarxistas, marxistas de palabra, en el mejor de los casos ex marxistas, o incluso renegados. O estruvistas, brentanistas. O bien, aunque en estos casos la definición era más compleja y antigua, marxistas vulgares, o marxistas ortodoxos, y la enumeración

podría continuar. Nació el kautskismo, una especie de abreviación o simplificación de «marxismo de la Segunda Internacional».

No es que polémicas parecidas no hubieran existido en el pasado; por no citar otros casos menos clamorosos, piénsese únicamente en la polémica sobre las tesis de Bernstein, en la discusión sobre el revisionismo, en la que se dio, en algunas de sus fases más agudas, una contraposición violenta y polémica entre marxistas. Pero lo que distinguía el debate de la posguerra de otros anteriores era el hecho de que se producía en el curso de una fractura insoldable y dramática, una polémica sin exclusión de golpes que rompía al movimiento obrero internacional en dos ramas contrapuestas, en socialdemócratas y comunistas.

Tampoco Kautsky y Bernstein, a pesar de estar unidos por una profunda amistad, se habían ahorrado pullas violentas, incluso personales, y habían roto sus relaciones. Pero de hecho, en el marco de aquella «libertad de crítica» que era una de las reglas de las relaciones internas de la socialdemocracia alemana, ambos habían seguido siendo militantes del mismo partido, y las tribunas de sus polémicas eran las revistas y los periódicos más o menos «oficiales». Y además habían acabado reconciliándose. ¿Pero qué posibilidad había de que el «renegado» Kautsky y Lenin, el responsable del terror soviético, pudieran reconciliarse en un futuro más o menos lejano?

Pero hay un elemento ulterior de distinción que caracteriza las polémicas de la guerra y de la posguerra sobre la Segunda Internacional y sobre su «vulgata marxista»: mientras los ataques contra ésta se iban generalizando desde puntos concéntricos, la dimensión objetivamente negativa del balance político de la Segunda Internacional no permitía una fácil defensa en bloque de sus tradiciones.

Hubo muchos más críticos de la Segunda Internacional y de la tradición marxista que se quería derivar de ella que defensores de las mismas y los primeros tuvieron una tarea más fácil que los segundos. Salvo alguna aburrida defensa de oficio, en el seno de la Internacional obrera y socialista no fue posible subrayar una relación de estrecha continuidad con la Segunda. Por otra parte, las tradiciones más vivas del marxismo no comunista en el período entre guerras —piénsese en la revista

de Hilferding y en el austromarxismo— se situaron más en el terreno de la innovación que en el de la continuidad; o al menos la continuidad fue el fruto de una selección muy atenta en el ámbito de las tradiciones de la Segunda Internacional.

Así pues, se trata de un pensamiento polémico. Intentemos descubrir sus rasgos característicos. Es conocida la diferencia de acento (que estuvo acompañada por profundos cambios de orientación política) antes y después de la guerra, con la que Lenin caracterizó el cuarto de siglo de la historia del movimiento obrero anterior a la bancarrota del 4 de agosto. En 1913, refiriéndose al período histórico situado entre los años setenta del siglo XIX y la revolución rusa de 1905, escribía:

Se formaron en todas partes partidos socialistas, básicamente proletarios, que aprendieron a utilizar el parlamentarismo burgués, a crear su prensa diaria, sus instituciones culturales, sus sindicatos y cooperativas. La doctrina de Marx obtuvo una victoria total y comenzó a difundirse.²

Y seis años después, al incorporar la nueva Internacional comunista a la historia del movimiento obrero:

La Segunda Internacional (1889-1914) —escribía— ha sido la organización internacional del movimiento proletario que se ha desarrollado en extensión, pero disminuyendo simultáneamente el nivel revolucionario y aumentando el oportunismo, lo cual ha llevado al vergonzoso hundimiento de esa Internacional (...). La Segunda Internacional ha sido la época de la preparación del terreno para una difusión amplia, de masas, del movimiento en un buen número de países.³

El tema de la extensión y de la expansión geográfica está presente en ambas formulaciones. Pero en la segunda ha desaparecido toda re-

² V. I. LENIN, *Destino histórico de la doctrina de Carlos Marx*, en «Obras completas», Buenos Aires, 1969 y ss., volumen XIX, pp. 179-180.

³ ID., *La Tercera Internacional y su puesto en la historia*, en «Obras completas», cit., vol. XXVIII.

ferencia al marxismo. Esto se explica porque, durante todo el período de la guerra, Lenin había llevado a cabo una lucha sin cuartel contra «los jefes de la Segunda Internacional», contra «los señores Plejánov, Kautsky y sus semejantes», que habían «degradado y desnaturalizado el marxismo». Lenin hacía una distinción, que tendría amplia pero breve fortuna, entre el patrimonio organizativo de la Segunda Internacional en general y de la socialdemocracia alemana en particular y la traición de los dirigentes oportunistas. La «deformación» del marxismo de la que Kautsky se había hecho responsable consistía en la atenuación primero y en el abierto rechazo después del carácter revolucionario del marxismo. En el ámbito de una serie de valoraciones de carácter principalmente político, o que al menos se centraban en la relación entre el marxismo y la praxis política de la socialdemocracia internacional, Lenin tendía a subrayar las características ideológicas (y también sociales) de las principales corrientes del socialismo en el período de la Segunda Internacional: los oportunistas, es decir aquellos que, partiendo de las premisas del revisionismo bernsteiniano, pero también independientemente de éstas, habían llevado a cabo una política caracterizada por el pragmatismo reformista; la «izquierda», de la que los bolcheviques eran los máximos representantes; y los «ortodoxos», con Kautsky a la cabeza, que habían renegado poco antes de la guerra o a principios de ésta. La distinción contaba con antecedentes, pero no cristalizó definitivamente hasta las polémicas de la guerra.

Para Lenin, el kautskismo era muy parecido a lo que los marxistas de izquierda holandeses llamaban «radicalismo pasivo»; llevaba en la teoría a «suplantar el marxismo revolucionario por el eclecticismo y en la práctica al servilismo o la impotencia ante el oportunismo». ⁴ El kautskismo debía ser considerado «el producto social de las contradicciones en la Segunda Internacional», «el más típico y más claro ejemplo de cómo el reconocimiento verbal del marxismo ha llevado en la prácti-

⁴ Id., *El socialismo y la guerra (La actitud del POSDR hacia la guerra)*, en «Obras completas», cit., vol. XXII, p. 417.

ca a transformarlo en “struvismo” o en “brentanismo”». ⁵

Sobre estas bases, consolidadas en *El imperialismo, el Estado y la revolución* y la polémica directa del folleto contra el «renegado» Kautsky, se desarrollará toda la polémica antikautskiana y anti-Segunda Internacional de los marxistas soviéticos y la Internacional comunista. Stalin, en sus lecciones de 1924 en la Universidad Sverdlov, subrayaba que los oportunistas de la Segunda Internacional (la triple distinción de Lenin ya se había olvidado y los «ortodoxos» se habían convertido en «oportunistas») habían archivado «las geniales ideas de Marx y Engels sobre táctica y estrategia», y basaban su acción política en los siguientes «dogmas teóricos»: «el proletariado no puede ni debe tomar el Poder si no constituye la mayoría dentro del país (...); el proletariado no puede mantenerse en el Poder si no dispone de una cantidad suficiente de cuadros culturales y administrativos preparados (...); el método de la huelga general política es inaceptable para el proletariado». ⁶

Se trataba exclusivamente (o al menos principalmente) de críticas referidas a la esfera de la política, que nunca llegaron a prefigurar, en el kautskismo, la categoría que ha llegado hasta nosotros y que se ha configurado progresivamente como ideología de la integración, fusión de darwinismo y marxismo, etc. Stalin reprochaba a la llamada teoría de las fuerzas productivas de Kautsky que supusiera una «subvaloración del elemento subjetivo», pero su crítica no alcanzaba a considerar la dimensión mecanicista de ese marxismo. Resulta incluso significativo observar que una crítica de este tipo fue formulada, por el contrario, por algunos defensores del marxismo de Kautsky con respecto al marxismo soviético. Discutiendo sobre el libro de Bujarin acerca del materialismo histórico, uno de los máximos representantes de la Segunda Internacional, Emile Vandervelde, expresaba la opinión de que, mientras el marxismo de Kautsky era un marxismo «avanzado», el de Bujarin era un «marxismo en regresión, extremadamente simplificado, reducido a un esquema». Citando un pasaje de Bujarin a propósito de las

⁵ *Ibíd.*, p. 416.

⁶ J. STALIN, «Fundamentos del leninismo», Madrid, 1974, pp. 22-24.

perspectivas de la revolución («No podemos prever, por ahora, la fecha en que se producirá este acontecimiento... Ignoramos la velocidad de los procesos sociales, pero podemos señalar ya su dirección»), Vandervelde comentaba irónicamente: «Cuando los trabajos de la Universidad Sverdlov estén más avanzados, se podrán traducir las leyes en cifras y, al igual que se hace con los eclipses de luna, se podrá anunciar la fecha en que se producirá el acontecimiento.»⁷ No se trataba solamente de la continuación de algunos de los caballos de batalla de Bernstein en sus fórmulas de finales de siglo, sino también de una manifestación de la polémica que la socialdemocracia mantuvo en el período entre guerras contra la construcción de una nueva «ortodoxia» marxista-leninista, reivindicando el carácter abierto y democrático de la ortodoxia kautskiana.

Pero el kautskismo, la ortodoxia, el centrismo, el «marxismo de la Segunda Internacional», tal y como los conocemos actualmente y acerca de los cuales los historiadores (y no sólo los historiadores) polemizan y discuten, aunque nacieron en plena polémica entre socialdemocracia y comunismo, con sus piedras de toque en la «traición» del 4 de agosto de 1914 y en la revolución de Octubre (polémicas que en gran parte ampliaron y radicalizaron contraposiciones y diferencias de la primera década del siglo), aunque nacieron entonces, no han llegado hasta nosotros desde ninguno de ambos contendientes.

La mayor parte de los juicios sobre el «marxismo de la Segunda Internacional» y sobre el kautskismo hoy corrientes y sobre los cuales se ha discutido ampliamente desde finales de los años cincuenta han llegado hasta nosotros a través de algunos marxistas del período entre guerras, que sólo en parte pueden asimilarse a alguno de aquellos dos bandos: Korsch, Lukács, Rosenberg, Gramsci.

Korsch en primer lugar. Poniendo en evidencia las analogías entre la «antigua ortodoxia marxista de Kautsky» y «la nueva ortodoxia marxista del marxismo ruso», que se disputaban la posesión del «ani-

⁷ E. VANDERVELDE, «Le marxisme a-t-il fait faillite?», Bruselas, 1928, pp. 54 y 60.

llo auténtico», «la herencia del marxismo entendido correctamente», Korsch subrayó el carácter del kautskismo como «ideología de la socialdemocracia alemana y de los partidos obreros no alemanes dominados ideológicamente por aquélla en la Segunda Internacional». ⁸ Se trataba de la instauración de una relación entre la praxis política y el marxismo, tan simplificada como podían serlo las sumarias ecuaciones de Stalin, que encontraba su razón de ser en la formación y el despliegue de una ideología de partido. Una ideología de partido, añadía Korsch, que había roto la unidad originaria del marxismo; en su opinión, la transformación del marxismo en ideología de la socialdemocracia alemana había dado lugar al deshojamiento del marxismo en una serie de componentes con vida propia: la teoría del valor, el materialismo histórico, la teoría de la lucha de clases, se habían subordinado progresivamente a fines prácticos y habían quedado reducidos a guiñapos de un cuerpo irreconocible. Esto no significa que Korsch no reconociera los aspectos contradictorios, y por lo tanto también positivos, de la fusión del marxismo con el movimiento obrero:

Se puede decir (afirmaba) que la aparente e ideológica «recepción del marxismo» a través de la ortodoxia marxista, y especialmente del kautskismo, por parte del movimiento obrero alemán e internacional de los años setenta, ochenta y noventa del siglo XIX ha significado, en las condiciones objetivas y subjetivas que se daban entonces, efectivamente un enorme progreso para el desarrollo de la conciencia de clase del moderno movimiento obrero. ⁹

Sin embargo, esto no modificaba el hecho de que el marxismo en su conjunto, más allá de algunas raras excepciones que no hacían más que confirmar la regla, se había empobrecido y se había convertido precisamente en «marxismo de la Segunda Internacional», un marxismo «vulgar», groseramente mecanicista, distante de la filosofía, evolucionista,

⁸ K. KORSCH, «Marxismo y filosofía», México, 1971, páginas 68, 70.

⁹ ID., «Il materialismo storico. Anti-Kautsky», con un ensayo introductorio de G. E. Rusconi, Bari, 1971, p. 145.

simple explicación de la necesidad de las leyes del desarrollo histórico, traducido a menudo en términos de cientismo positivista.

Arthur Rosenberg amplió posteriormente el conjunto de los problemas planteados por Korsch e intentó dar una respuesta a la cuestión general de la relación entre la doctrina de Marx y Engels y el marxismo de la Segunda Internacional. Había que poner en evidencia, en primer lugar, una real «infidelidad» política entre el radicalismo negativo de la Segunda Internacional y la *Realpolitik* revolucionaria de Marx y Engels. La perspectiva de la revolución había degenerado en una política que tenía en cuenta principalmente las exigencias profesionales de los obreros de la industria, que había subvalorado los problemas de las alianzas políticas y sociales y que, por último, había hecho cristalizar en una serie de «principios» la doctrina de Marx y Engels. Pero había también otro aspecto: el marxismo había pasado por muchos filtros al encontrarse con el movimiento obrero. Los aparatos de los partidos no eran neutrales, sino que reflejaban la psicología colectiva de amplios sectores obreros y acababan buscando en el marxismo simplemente instrumentos de propaganda para la lucha política inmediata. En el marxismo,

[los funcionarios del movimiento obrero europeo] hallaron los instrumentos para realizar una dura crítica del orden capitalista existente, hallaron la prueba de por qué en el sistema capitalista los obreros estarían siempre explotados y no sería posible ningún cambio fundamental de esta realidad mientras el orden social capitalista no fuese sustituido por el socialista. El marxismo mostraba a los obreros industriales europeos, la importancia de su clase y la tarea histórica que les correspondía en el presente y en el futuro.¹⁰

Pero al mismo tiempo este marxismo difundido y traducido en términos de ideología de partido «había perdido todos sus elementos revolucionarios y práctico-políticos» y se había convertido en una especie

¹⁰ A. ROSENBERG, «Democrazia e socialismo. Storia politica degli ultimi centocinquanta anni (1789-1937)», Bari, 1971, p. 269.

de religión.

Unos años antes, desde la cárcel fascista, Antonio Gramsci había ido aún más lejos y se había preguntado por las formas de aquel marxismo que había conocido en los años de su juventud y que había combatido con tanto ardor en las filas del PSI: ¿cuáles eran las fuentes de la «filosofía del hombre de la calle»¹¹ ¿A través de qué mecanismos la filosofía de la praxis había adquirido un aroma determinista y fatalista?

Cuando no se tiene la iniciativa en la lucha y la misma lucha acaba identificándose con una serie de derrotas (escribía), el determinismo mecanicista se convierte en una fuerza formidable de resistencia moral, de cohesión, de perseverancia paciente y obstinada. «He sido derrotado momentáneamente pero la fuerza de las cosas acabará por favorecerme, etc.» La voluntad real se convierte en un acto de fe, en una segura racionalidad de la historia.¹²

A mediados de los años treinta, cuando se inicia una pausa en la reflexión histórica sobre el marxismo que no se reanuda hasta dos decenios más tarde, gran parte de los problemas relativos al marxismo de la Segunda Internacional ya estaban sobre la mesa: el papel de Kautsky, del kautskismo, de la socialdemocracia alemana en la derrota de la Segunda Internacional, la reducción del marxismo a ideología de partido, el relativo éxtasis del marxismo teórico, la unión con el darwinismo, y en general con el positivismo, que había dado lugar a una versión mecanicista y determinista del marxismo.

A partir de 1956, una parte de estos problemas, e incluso una parte de aquellos puntos de vista, volvieron a plantearse y a ampliarse. Erich Matthias, a quien muchos han reprochado con razón que planteó mal el problema de la función «integradora» del kautskismo como ideología de la socialdemocracia alemana, tuvo el mérito de volver a abrir la

¹¹ *Filosofia di Masticabrodo*, en el original. (N. del T.)

¹² A. GRAMSCI, «Quaderni del carcere», edición crítica del Instituto Gramsci, a cargo de V. Gerratana, Turín, 1975, página 1388.

discusión.¹³ Desde entonces, los estudios de historia del marxismo, vinculados a un nuevo desarrollo de la historiografía sobre el movimiento obrero y a una reanudación de la reflexión teórica marxista han conocido una época particularmente fructífera. Investigaciones de conjunto, ya no necesariamente vinculadas a la inmediatez de la lucha política, han alternado con estudios específicos, aquellas pacientes investigaciones que Stalin, en 1931, consideraba, en nombre de algunos «axiomas», que ni tan sólo tenían que ser llevadas a cabo.¹⁴

Los resultados, en el terreno específico del marxismo de la Segunda Internacional, no se han hecho esperar y han venido acompañados por una útil tarea de publicación de fuentes y documentos. Las preguntas han ido aumentando en cantidad y en complejidad, se han planteado cuáles eran los mecanismos concretos a través de los cuales el marxismo se convirtió en ideología de partido, se ha buceado en los movimientos profundos de las «influencias», se ha intentado volver a poner sobre los pies la relación entre el marxismo y el movimiento obrero, yendo a buscar los orígenes del marxismo de la Segunda Internacional en la formación de los jóvenes intelectuales de la generación de Kautsky, de Plejánov, de Bernstein; nos hemos preguntado por el lugar del marxismo en las ideologías colectivas del siglo XIX, y se ha reconstruido, al menos en algunos aspectos, la expansión y la geografía. Como encrucijada entre la historia de las ideas y la historia del movimiento obrero, en el marxismo en la época de la Segunda Internacional han acabado convergiendo su atención los historiadores de ambos campos, con el resultado de ofrecernos una imagen que, si bien conserva todavía algunos puntos

¹³ Cf. E. MATTHIAS, «Kautsky e il kautskismo. La funzione dell'ideologia nella socialdemocrazia tedesca fino alla prima guerra mondiale», Bari, 1971. Cuando apareció (1957) el texto suscitó vivas polémicas; las recoge en una lúcida crítica H. J. STEINBERG, «Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie. Zur Ideologie der Partei vor dem I. Weltkrieg», Hannover, 1967, pp. 75 y ss.

¹⁴ Cf. J. STALIN, *Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo. Carta a la redacción de la revista «Proletarskaia Revolutsia» («La revolución proletaria»)*, en «ID., *Cuestiones del leninismo*, Moscú, 1946, p. 356.

oscuros, ha quedado bastante aclarada.¹⁵

Volviendo a la pregunta inicial, ¿«marxismo de la Segunda Internacional» o «marxismo en la época de la Segunda Internacional»? Ernesto Ragionieri, que ha sido uno de sus principales estudiosos, daba en 1965 esta definición del marxismo de la Segunda Internacional.

Por marxismo de la Segunda Internacional se entiende, en general, una interpretación y elaboración del marxismo que reivindica un carácter científico a su concepción de la historia por cuanto describe el desarrollo de la misma como una necesaria sucesión de sistemas de producción económica según un proceso evolutivo que sólo en el límite contempla posibilidades de rupturas revolucionarias surgidas del desarrollo de las condiciones objetivas.¹⁶

Se trata, sin duda, de una fórmula sugerente, capaz de recoger todos los elementos de aquel marxismo. Pero, en la época de la Segunda Internacional, ¿existía solamente el «marxismo de la Segunda Internacional»? La que quince años atrás aparecía como una definición fecunda ha sido capaz a su vez de hacer avanzar los estudios, de ampliar los horizontes, de plantear nuevas preguntas. ¿Realmente existía un bloque de pensamiento tan compacto y homogéneo? ¿Realmente pueden remitirse Kautsky y Bernstein, Lenin y Rosa Luxemburg, Plejánov y Max Adler, a un único modelo? Ciertamente hubo elementos de unidad, de analogía y de relativa homogeneidad. Pero el desarrollo de nuestros conocimientos no nos permite ya contemplar todo el marxismo del período de

¹⁵ Los resultados más significativos son los de E. RAGIONIERI, «Socialdemocrazia tedesca e socialisti italiani 1875-1895. L'influenza della socialdemocrazia tedesca nella formazione del Partito socialista italiano», Milán, 1961; ID., «Il marxismo e l'Internazionale. Studi di storia del marxismo», Roma, 1968; G. HAUPT, «La Seconda Internazionale», Florencia, 1973; ID., «L'Internazionale socialista dalla Comune a Lenin», Turín, 1978; E. J. HOBBSBAWM, *La diffusione del marxismo* (1890-1905), en «Studi storici», 1974, pp. 241-269; y por último STEINBERG, «Sozialismus», cit.

¹⁶ E. RAGIONIERI, *Alle origini del marxismo della Seconda Internazionale*, en ID., *Il marxismo e l'Internazionale*, cit., p. 47.

la Segunda Internacional desde un único punto de vista.¹⁷

A las diferencias entre los «protagonistas» se añaden nuevas curiosidades sobre los distintos niveles de expansión y de coherencia del marxismo. La misma relación con el movimiento obrero, con los obreros, con los militantes, con la mentalidad de grandes grupos sociales ha conocido nuevos planteamientos y sugerencias. Sin embargo, reducir la referencia a la Segunda Internacional a una simple determinación cronológica, es decir «marxismo de la época de la Segunda Internacional», no significa mucho si a este cambio de acento no le acompaña la voluntad de rechazar la imagen de aquel marxismo como bloque indiferenciado de pensamiento y, lo que es más importante, la tentativa de descubrir el carácter multiforme del mismo.

2. La consolidación del marxismo y la fusión con el movimiento obrero

Uno de los aspectos más recordados y menos conocidos del marxismo en la época de la Segunda Internacional es el de su vulgarización, su simplificación y su reducción a esquema ideológico elemental. La curiosidad de los historiadores, concentrada en las figuras de los grandes intérpretes y atenta a la dinámica de los grandes debates políticos, casi nunca se ha aventurado por el laberinto del marxismo colectivo.

En un cuarto de siglo, nacido en un área geográfica más bien reducida y en el ámbito de un movimiento político y social que aún iba a la búsqueda de su definitiva identidad, el marxismo se convierte en el credo de millones de hombres, en el arma teórica de la socialdemocracia internacional, recorre sinuosos y largos caminos hasta conquistar una dimensión planetaria. Pero las vías de su afirmación fueron también las de su sistematización, y los mecanismos de su difusión acaba-

¹⁷ Véase la clara síntesis de A. ZANARDO, *Il marxismo*, en «Storia delle idee politiche economiche e sociali», dirigida por L. Firpo, vol. V: «L'età della rivoluzione industriale». Turín, 1972, pp. 411-550.

ron empobreciendo su patrimonio originario. Se trató de un proceso de dimensiones extraordinariamente amplias, fue una de aquellas raras ocasiones en las que un conjunto de ideas (que además estaban escritas en libros de no fácil lectura) se fundió con un gran movimiento social en ascenso que expresaba una fuerte demanda de ideología.

Intentemos explicar cómo sucedió esto efectivamente.

Un primer elemento de reflexión lo proporcionan los modos y las formas con los que el marxismo se fundió con el movimiento obrero. Con razón, a menudo el papel de la socialdemocracia alemana ha atraído un interés principal en el estudio de los historiadores. Con razón, porque la influencia del gran partido desempeña una importante función liberadora en el mecanismo mismo de la formación del movimiento obrero moderno que se constituye, entre los años setenta y ochenta del siglo pasado, sobre la base de la formación de modernos partidos socialdemócratas.¹⁸

En Europa, la industrialización se llevó a cabo en distintos momentos y con distintos ritmos y características de un país a otro. Pero, a pesar de estas diferencias, el proceso de formación de los partidos socialdemócratas se concentró sustancialmente en un período de quince años aproximadamente, entre mediados de los años setenta y finales de los años ochenta. Ciertamente, las motivaciones objetivas de aquel proceso fueron generales, ya que se situó en el centro de una profunda depresión económica que azotó a toda la economía mundial entre 1873 y 1896; las anteriores formas de existencia del movimiento obrero, asociaciones culturales, sociedades de mutua ayuda, corporaciones sindicales y toda una riquísima variedad de núcleos asociativos que reunían a los trabajadores de las nuevas industrias con los de las viejas manufacturas, fueron empujados hacia formas de unificación por la formación de Estados

¹⁸ Cf. RAGIONIERI, «Socialdemocrazia tedesca e socialisti italiani», cit.; G. HAUPT, «Un partito guida: l'influenza della socialdemocrazia tedesca nel Sud-est europeo», en ID., «L'Internazionale socialista», cit., pp. 185-232; véase también el reciente volumen de C. WEILL, «Marxistes russes et socialdemocratie allemande», 1898-1904, París, 1977, y una amplísima literatura sobre el tema.

nacionales, por el desarrollo industrial y por el empeoramiento general de las condiciones de vida y de trabajo en toda Europa.¹⁹

Hubo tres momentos, con una serie de consecuencias en cada uno de ellos, a través de los cuales se desarrolló la influencia de la socialdemocracia alemana: un primer momento, menos conocido, entre 1875 y el final de la década; un segundo momento, en plena vigencia de las leyes antisocialistas, entre 1878 y 1890; y un tercer momento, tras la victoria de 1890, hasta final de siglo, caracterizado por la discusión sobre el revisionismo, después de la cual, a una progresiva internacionalización de las formas de existencia del movimiento obrero corresponde un cierto declive de la influencia alemana.

La primera fase se caracteriza por la influencia y la atracción ejercidas por el programa de Gotha que, a pesar de las críticas de Marx, tuvo gran prestigio en el movimiento obrero tanto por su contenido doctrinal, que recogía las experiencias más avanzadas en el terreno del socialismo, como, sobre todo, porque en un mundo relativamente reducido como el mundo socialista internacional, aún fuertemente marcado por las polémicas y las divisiones que habían acompañado al final de la Primera Internacional y muy deseoso, por tanto, de salidas unitarias, el programa de Gotha aparecía precisamente como un programa unitario, surgido de un congreso de unificación. Sobre la base de este programa se modelaron muchos partidos nacidos antes de la otra gran contribución que dio la socialdemocracia de lengua alemana a la elaboración programática de los partidos socialdemócratas, o sea antes del programa de Hainfeld de la socialdemocracia austríaca y antes del programa de Erfurt, que tuvo mucha mayor fortuna, de la socialdemocracia alemana. El programa de Gotha, acerca de cuya influencia se sabe muy poco, fue el modelo del Socialist Labor Party americano y, en Europa, del partido socialista danés, aunque su influencia, medida en base a la difusión de su primer punto («El trabajo es la fuente de toda riqueza y de toda civilización»), es difícilmente calculable por su amplitud.

¹⁹ G. HAUPT, *Le origini dell'organizzazione operaia in Europa: Partiti e sindacati*, en «Movimiento operaio e socialista», 1978, pp. 175-208.

Con el inicio de las leyes antisocialistas, a partir de 1878, los contenidos de la influencia de la socialdemocracia alemana se situaron en otro terreno: por una parte, su papel de modelo y su prestigio crecieron conjuntamente con los resultados electorales, que mostraban entre otras cosas la conveniencia de que el movimiento obrero luchara por la democracia y usara la lucha política incluso en condiciones de limitación de las libertades democráticas; por otra parte, el cambio más significativo consistió en el hecho de que su grupo dirigente y una parte conspicua de la literatura y de sus intelectuales se trasladó a Zürich, punto de referencia para una gran parte de jóvenes intelectuales y estudiantes, procedentes de todos los países, pero en particular de los del Imperio ruso, de los países balcánicos y danubianos, así como de Italia o incluso de los Estados Unidos.²⁰

Fue entonces cuando, propiamente, nació el marxismo: nació en las revistas del partido dirigidas por Kautsky y Bernstein, nació en la correspondencia entre Bebel y Engels, nació en la ampliación del conocimiento y de las traducciones de los textos de Marx, nació en las polémicas contra otras «escuelas» socialistas, como el populismo o el socialismo de Estado.

Influir en la emigración política o en los centros de concentración de los intelectuales revolucionarios fue una de las suertes de la socialdemocracia alemana. Entonces en Zürich se imprimía el *Sozialdemokrat*, que luego se difundía ilegalmente en toda Alemania, y los jóvenes «marxistas» de la socialdemocracia alemana habían fijado allí su residencia. Se mantuvo un hábil equilibrio entre la actividad legal realizada en Alemania por las organizaciones electorales y por el grupo parlamentario y la actividad publicística ilegal organizada desde el exterior, de modo que en 1890 la socialdemocracia alemana se convirtió en el mayor partido político alemán en número de votos; cayeron las leyes antisocialistas, el nuevo emperador empezó a pensar que la «cuestión social» no era una fantasía y el viejo Bismarck acabó pagando con la

²⁰ Aunque trata de un período anterior, cf. J. M. MEIJER, «Knowledge and Revolution, The Russian colony in Zürich». 1870-1873, Amsterdam-Assen, 1956.

dimisión el giro que parecía asumir la vida interna del Imperio alemán. Entre 1890 y el final del siglo se sitúa el período de máxima expansión de la influencia de la socialdemocracia alemana y de las ideas de las que se hacía portadora; todos los partidos socialistas nacidos a partir de esa fecha se reclamaron explícitamente de los modos de ser, el programa y la doctrina de la socialdemocracia alemana.²¹

La discusión sobre el revisionismo constituye la primera cesura importante en la historia del marxismo y de su difusión y expansión a través de la socialdemocracia alemana. En primer lugar tuvo significación y efectos profundos en el seno del movimiento obrero y de los partidos socialistas no sólo europeos: redujo la atención hacia el marxismo en una serie de países, especialmente en el área latina (por ejemplo en Italia y en Francia) sobre la base de un rechazo de las acentuaciones doctrinarias que comportaba una discusión como aquélla.²² En particular, precipitó la ruptura entre un sector «ortodoxo» y otro heterodoxo, a lo que se añadió la formación de una amplia base ideológica para la política reformista con respecto a los problemas sociales, económicos y políticos de principios de siglo que una nueva generación de dirigentes hizo suya y defendió hasta el período entre guerras. Por otra parte, la discusión sobre el revisionismo tuvo también otros efectos inducidos en una serie de países: lanzó, en la opinión pública culta de todo el mundo, los temas del debate marxista, extendiendo ulteriormente y modificando los términos mismos de una difusión y una divulgación del marxismo que salía de los límites de su relación con el movimiento obrero.

Pero una influencia, un prestigio internacional, una capacidad de determinar o al menos de estimular un proceso complicado y articulado como la formación de una ideología del movimiento obrero moderno no son posibles si el contenido de los éxitos políticos y organizativos no

²¹ Cf. B. TARTAKOWSKI, *Die Grundfragen des Marxismus in den Programmen der sozialistischen Parteien der siebziger bis neunziger Jahre des 19. Jahrhunderts*, en «Revolutionäres Parteiprogramm. Revolutionäre Arbeitereinheit», Berlín, 1975, pp. 515-546.

²² Cf. F. ANDREUCCI, *Il Partito socialista italiano e la Seconda Internazionale*, en «Studi storici», 1977, pp. 50 y ss.

se apoya en una doctrina, en un conjunto de ideas, en una base teórica. Adolf Wagner, el prestigioso «socialista de cátedra», ponía sobre aviso a los participantes en el congreso de las comunidades evangélicas de septiembre de 1892, al observar que la socialdemocracia alemana, en su programa de Erfurt, fruto de una larga y compleja elaboración, había fundamentado científicamente, por así decir, sus reivindicaciones y estaba en condiciones de presentar su misma existencia justificándola sobre la base de las más recientes e importantes tendencias de la ciencia moderna.

En su parte teórica y de principio (escribía Wagner) el nuevo programa es, por forma y por contenido, un sintético resumen de la teoría materialista de Marx sobre las leyes de desarrollo de la sociedad moderna, con la tendencia a extraer de esta teoría conclusiones prácticas y justificar así las consiguientes reivindicaciones.²³

El programa de Erfurt, de hecho, no circuló sólo como documento político, sino sobre todo como el texto que recogía el compendio de la doctrina marxista. Había sido redactado, sobre la base de una larguísima discusión, tras complicadísimas negociaciones en el partido, por los más autorizados representantes del marxismo: en una u otra medida habían participado Engels, Kautsky, Bebel, Liebknecht; el resultado había sido una serie de fórmulas que iluminaban, incluso en forma apodíctica, las tendencias del capitalismo, dominadas por la agudización de las contradicciones, e indicaban al proletariado la meta (el socialismo) que debía alcanzar sobre la base de una «necesidad natural», o sea de un conjunto de férreas leyes de desarrollo.

Circuló por todo el mundo no sólo el texto del programa, sino también el comentario de Kautsky, que fue traducido al menos a dieciséis lenguas (sólo en el período anterior a la Primera Guerra Mundial) y que se presentaba básicamente como una paráfrasis de los últimos capítu-

²³ A. WAGNER, «Das neue Sozialdemokratische Programm. Vortrag, gehalten auf dem dritten evangelisch-sozialen Kongress zu Berlin am 21. April 1892», Berlín, 1892, p. 1.

los, que son los que tienen un carácter más propiamente «histórico», del primer libro de *El Capital*.

En los orígenes de esta fase «paulina» de la trayectoria del marxismo tuvo un papel decisivo el viejo Engels, hasta el punto de que, en la periodización de la historia del marxismo, se suele hacer coincidir el inicio de la difusión más que con el origen estricto de la Segunda Internacional (1889), con el primer año de los doce en que Engels desarrolló solo su actividad (1883).²⁴ Son suficientemente conocidas las opiniones de Gustav Mayer sobre la vivacidad del viejo Néstor de la socialdemocracia para tener que repetir las aquí. Sin embargo, valdrá la pena subrayar al menos dos problemas: por una parte la cuestión de su fidelidad al marxismo, tal como éste se había desarrollado en el período anterior a la muerte de Marx (lo cual significa en esencia fidelidad al marxismo de Marx); en segundo lugar, los aspectos prácticos de su actividad conscientemente orientada a la afirmación y a la difusión de la doctrina suya y de Marx.

Sobre el primer punto se han hecho correr ríos de tinta intentando crear una fractura entre Marx (el «verdadero» marxismo) y Engels (divulgador y simplificador), o bien una unidad perfecta entre ambos.²⁵ Es difícil decir cuándo empezó esta contraposición, pero lo cierto es que no empezó a gozar de amplio predicamento hasta la discusión sobre el revisionismo. A propósito de las polémicas sobre la teoría del derrumbe, por ejemplo, Woltmann intervenía en el Congreso de Hannover de la socialdemocracia alemana en 1899, señalando que no podía encontrarse ni rastro de la misma en Marx, sino más bien «en Engels y en los llamados marxistas».²⁶ La discusión, que ya entonces no prometía mucho, dadas sus vinculaciones a polémicas de distintos tipos, ha llevado en la historia de las discusiones sobre el marxismo a numerosas «compul-

²⁴ RAGIONIERI, «Il marxismo e l'Internazionale», cit., páginas 126-162.

²⁵ Cf. G. STEDMAN JONES, *Semblanza de Engels*, en la presente «Historia del marxismo», vol. II.

²⁶ *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands. Abgehalten zu Hannover vom 9. bis 14. Oktober 1899*, Berlín, 1899, p. 148.

saciones» de textos y a numerosas contraposiciones dogmáticas. Probablemente, y teniendo en cuenta que no es posible dar una respuesta satisfactoria a un problema tan complejo, la opinión más acertada es la de quienes han subrayado que, más allá de la voluntad de Engels, los tiempos de su vejez fueron distintos de la época en la que él y Marx trabajaron conjuntamente. La demanda de ideología, de legitimación del movimiento obrero era mucho más sensible entre 1883 y 1895 que en los doce años anteriores.

El otro problema, el de la actividad práctica del viejo Engels en la difusión del marxismo, ha sido objeto de menores discusiones. Como ha mostrado Ragionieri, en los años ochenta y en un ambiente determinado y relativamente reducido (algunos intelectuales alemanes militantes o dirigentes de la socialdemocracia) se expresa la plena conciencia ya no sólo de la existencia de una «escuela» marxista, diferenciada y original con respecto a otras tendencias del socialismo, sino de un conjunto de elementos: un cuerpo de doctrinas, un programa político, un partido, una orientación cultural.

Kautsky, Bernstein, Bebel, Liebknecht, tuvieron desde este punto de vista, en formas y con características diferenciadas, un papel decisivo. Todos estuvieron directamente influidos por Engels. Pero la correspondencia (se han conservado casi 1.200 cartas de los años de la formación del marxismo, y es lícito suponer que se escribieron muchas más) llegaba prácticamente a todos los rincones del mundo y consistía en gran parte en consejos, sugerencias, puestas a punto, en el marco de una voluntad de presentar una imagen unitaria del marxismo, de su historia y de su contenido teórico. En sus escritos y en las numerosísimas introducciones a las nuevas ediciones o traducciones de obras suyas y de Marx, así como en la preparación del segundo y del tercer libro de *El Capital*, Engels se esforzó por ofrecer al movimiento socialista en ascenso la imagen de los complejos ligámenes que la doctrina de Marx tenía con sus propias «fuentes», la idea de la continuidad y de las rupturas existentes entre el marxismo y las grandes batallas de 1848, entre

el marxismo y la filosofía clásica alemana.²⁷

Sin embargo, la afirmación y la difusión del marxismo sólo estuvieron en parte, por así decir, bajo el control de Engels. Los «clásicos» eran ya leídos con una mirada atenta a su utilización práctica, las partes históricas de *El Capital*, más fácilmente simplificables, acababan teniendo vida propia, las síntesis y los manuales tenían gran éxito. No todo lo que Engels quería que se leyera fue realmente leído; su misma insistencia en combatir una lectura simplificada del materialismo histórico indica el éxito de las interpretaciones «vulgares». Él mismo tuvo lúcida conciencia de ello; y como él muchos contemporáneos. Antonio Labriola, a propósito de la vulgarización de la teoría del valor, observaba polémicamente:

Pero lo peor es que los efectos de esa crítica groseramente errónea se hicieron sentir precisamente en las mentes de los socialistas, y especialmente en las de la juventud intelectual, que entre 1870 y 1880 se unió a la causa del proletariado. Muchos de los fogosos renovadores del mundo de aquel tiempo (y en Alemania la cosa está más clara, porque ha dejado rastros en las polémicas del partido y en la literatura) se proclamaron seguidores de las teorías marxistas, tomando por bueno el marxismo más o menos inventado por los adversarios. Lo más paradójico de toda la equivocación está en el hecho de que las corrientes de los silogismos fáciles a los que se agarran los jovenzuelos, mezclando cosas nuevas con cosas viejas, crecieron, y que la teoría del *valor* y del *excedente*, tal como se presente usualmente simplificada en fáciles exposiciones, contiene *hic et nunc* la validez práctica, la fuerza impulsora, e incluso la moral y la legitimidad jurídica de todas las reivindicaciones proletarias.²⁸

Y Thomas Kirkup, autor de un difundido manual sobre el socialis-

²⁷ Cf. L. LONGINOTTI, *Federico Engels y la «revolución de la mayoría»*, en «La revolución de la mayoría», Barcelona, 1975, pp. 5-89 («Studi storici», 1974, pp. 769-827).

²⁸ A. LABRIOLA, «La concezione materialistica della storia», edición e introducción de E. Garin, Bari, 1965, p. 200 (se trata de una carta a Sorel del 10 de mayo de 1897).

mo, ponía de manifiesto, unos años antes, cómo «la obra histórica de Marx», «puesta al servicio de una potente y apasionada propaganda», era modificada y corregida precisamente por las formas en que era utilizada.²⁹ Pero este problema, sobre el que tendremos ocasión de volver a insistir, podría ser ilustrado con millares de ejemplos.

En los últimos veinte años del siglo XIX, el marxismo converge pues con las exigencias prácticas del movimiento obrero: todos los aromas fatalistas, mecanicistas, deterministas son absorbidos por la «filosofía de la praxis» de los partidos socialistas, por los publicistas de la prensa de partido, por los propagandistas. Nace la «trinidad» del marxismo: la concepción materialista de la historia, la teoría del valor, la lucha de clases. En los mismos años (aunque con el centro de gravedad un poco anterior) expelían aromas de parecido contenido la filosofía monista y las síntesis de las obras de Haeckel, Darwin, Spencer.

Sin duda, el otro punto de vista, junto al de su fusión con el movimiento obrero, desde el que puede leerse el conjunto de los procesos de la simplificación cientista del marxismo es el de sus relaciones con la cultura positivista. Tal vez ninguna frase, ninguna expresión referida a la definición de Marx tuvo tanto éxito como la que pronunció Engels en el cementerio de Highgate, y ninguna fue tan comprometida. «Marx (dijo Engels en aquella ocasión) descubrió la ley de desarrollo de la historia humana, del mismo modo que Darwin descubrió la ley de desarrollo de la naturaleza orgánica.» Era, en cualquier caso, una frase que interpretaba el espíritu de los tiempos, que reflejaba un ambiente difuso; Spencer, Darwin, Haeckel fueron constantemente vinculados a Marx. Se creía, y se trataba de una convicción bastante general, de un conjunto de formulaciones que parecían de sentido común, que «Spencer, Darwin, Haeckel [habían] dado a la ciencia social a través de la doctrina del desarrollo de la evolución, la base, el método científico y correcto».³⁰ Y no sólo lo creía un viejo militante como Vaillant, sino también

²⁹ T. KIRKUP, «A History of socialism», Londres, 1900 (la primera edición es de 1892), p. 163.

³⁰ M. DOMMANGET, «Edouard Vaillant. Un grand socialiste. 1840-1915», París,

un joven profesor universitario, estudioso de criminología y autor de un conocido folleto, leído en todo el mundo, sobre *Socialismo y ciencia positiva*, que llevaba el significativo subtítulo de *Darwin, Spencer, Marx*.³¹

En la relación entre positivismo y marxismo se contienen muchas de las contradicciones, de las tensiones, muchos de los problemas de la «contaminación» de la doctrina de Marx y Engels. ¿Tenían el marxismo y el positivismo algo en común? Y ese algo en común, si es que existía, ¿era algo interno o externo a ambas corrientes de pensamiento? ¿Había puntos de contacto entre el monismo naturalista de Haeckel y la dialéctica de Marx y Engels? Kautsky, a finales de los años setenta, cuando se estaba convirtiendo en marxista, tras un entusiasta engreimiento darwiniano y hackeliano, consideraba que había encontrado en el monismo de Haeckel «una concepción unitaria del mundo».

Esta monización de la sociedad (se ha observado) resolvía las contradicciones sociales entre dominadores y dominados, entre capitalistas y trabajadores, entre trabajadores intelectuales y manuales. Con la resolución de todas las contradicciones y dualismos se aleja del mundo la infelicidad. Este será el camino del «progreso de la humanidad» hacia la «meta final», hacia el «comunismo puro», la búsqueda de todos los problemas de la existencia.³²

Como Kautsky, los jóvenes intelectuales de su generación que se acercaban al socialismo buscaban en las ciencias sociales, como en Marx y en Engels, una concepción general y unitaria del mundo, una

1956, p. 290.

³¹ El libro de E. FERRI, «Socialismo e scienza positiva (Darwin, Spencer, Marx)», Roma, 1894, fue traducido a numerosas lenguas y tuvo gran éxito. Fue publicado en francés (París, 1896), en alemán (Leipzig, 1895) y en inglés (Londres, 1896, con numerosas reimpresiones, así como en Nueva York, 1900 y Chicago, 1909) y también en holandés (Amsterdam, 1899) y en sueco (Estocolmo, 1903), entre otras innumerables ediciones.

³² W. HOLZUEUR, «Karl Kautsky Werk als Weltanschauung», München, 1972, pp. 19-20.

doctrina capaz de ofrecer una auténtica filosofía de la historia. Max Beer, uno de los más inteligentes colaboradores marxistas de la prensa socialdemócrata alemana recordaba que se había acercado apasionadamente, antes que a la obra de Marx y Engels, a Lassalle. Y no sólo por la fascinación de su bello alemán clásico y por el idealismo hegeliano que transpiraban sus textos sino sobre todo porque iba en búsqueda de una clave que fuera capaz de unir «la idea del movimiento de la clase obrera y las tendencias de la historia». Y Lassalle parecía darle «un punto de vista sistemático del desarrollo histórico de la vida moderna».³³

El *Anti-Dühring*, y aún más los capítulos publicados con el título *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia de Engels*, dirigido a un público al que Marx y el mismo Engels sabían deseoso de «enciclopedismo» y de «síntesis», que «con poco trabajo quiere aprender en poco tiempo a decir la suya en todo», acabaron desempeñando un papel de «sistematización» que no estaba propiamente en la voluntad del autor.³⁴

Así pues, la fusión con el movimiento obrero, en una etapa inferior, y la fusión con el darwinismo cotidiano, son dos de los elementos que dieron a la filosofía de la praxis (recordemos una vez más las frases de Gramsci) «un “aroma” ideológico inmediato, una forma de religión y de excitante (del mismo tipo que los estupefacientes)».³⁵ Hay que añadir, no obstante, un tercer elemento. Por más que todas las «escuelas socialistas» no marxistas entraron, a partir de la Comuna de París, en una crisis de la que ya no se recuperarían, en un proceso caracterizado (como observaron Marx y Engels) por la traslación del centro de gravedad de la historia del movimiento obrero desde Francia a Alemania, es cierto que el marxismo tenía que vivir y coexistir con el «socialismo ecléctico», con un halo de ideología socialista de variada procedencia, del lassallismo al blanquismo, del proudhonismo al anarquismo. ¿Es

³³ M. BEER, «Fifty Years of International Socialism», Nueva York, 1935, p. 57.

³⁴ Cf. las penetrantes observaciones de V. Gerratana en su introducción a F. ENGELS, «Anti-Dühring», Roma, 1968 (en particular pp. XVIII y ss.).

³⁵ GRAMSCI, «Quaderni del carcere», cit, p. 1388.

posible distinguir claramente el marxismo del socialismo ecléctico? Desde un punto de vista de contenidos no hay duda. El marxismo se presenta con caracteres originales y fuertemente distintivos: es el «socialismo científico» y se distingue de todas las demás escuelas por la trinidad doctrinaria que lo compone, la lucha de clases, la concepción materialista de la historia y la teoría del valor. Pero la distinción que se puede hacer en el terreno de la fisonomía doctrinaria no es tan fácil de hacer en el terreno de la difusión y la expansión geográfica del marxismo. En este terreno sigue un camino franqueado por muchas ideas que se cruzan con él y dan lugar a encuentros y desencuentros intrincados y complejos. Por ello, trataremos de seguir los caminos del marxismo a través de la difusión de las ideologías socialistas en su conjunto en un recorrido de extraordinaria amplitud.

3. La geografía del marxismo

Los ritmos, las líneas directrices, los mismos instrumentos tradicionales de la difusión y de la circulación de las ideas sufrieron, en relación con el movimiento obrero, cambios profundos, una aceleración rápida, y conocieron una nueva y febril eficacia.³⁶

El partido político de tipo socialdemócrata, de inspiración marxista (con los límites y características a las que nos hemos referido) poseía al menos dos elementos capaces de incidir directamente en los mecanismos de circulación de las ideas: tenía una vocación de masas, es decir consideraba que una de sus tareas principales era conquistar el mayor número posible de afiliados, y consideraba que el instrumento principal para conseguirlo era la propagación y la afirmación de las ideas de las que era portador. Todos los instrumentos de la difusión de las ideas (desde el papel impreso a la propaganda oral) fueron sometidos a una proliferación voluntarista y canalizada en instituciones conscientemente organizadas y dirigidas. Pero tenía también otra vocación, que

³⁶ Cf. HOBBSAWM, «La diffusione del marxismo», cit.

incidía no ya en el terreno de la intensidad de la propaganda, sino en el de su extensión: el internacionalismo. La conciencia de la unidad esencial de destinos del género humano (desde el particular punto de vista del proletariado) que se basaba en la idea de la universalidad del socialismo, en la certeza de que toda sociedad podía ser analizada y colocada en un determinado peldaño del desarrollo histórico y que identificaba en la clase obrera internacionalmente concebida el sujeto de la revolución social, hacían que los caminos de la difusión del marxismo no estuvieran cerados sino que se abrieran a un horizonte mundial.

En su difusión, el marxismo (como ha explicado Hobsbawm) siguió caminos tortuosos y complejos, utilizó múltiples instrumentos y vehículos y llegó a todos los rincones del mundo, pasando por filtros y mediaciones que contribuyeron a simplificarlo o a modificar algunos de sus aspectos. Casi nunca hubo, como veremos, traducciones «nacionales» y «creativas» (como sucedería en el período de la Tercera Internacional) del marxismo. El marxismo que se exportaba era principalmente el elaborado por la socialdemocracia alemana, en las formas a las que hemos aludido, y se presentaba como una doctrina que, por un lado, permitía ofrecer una clave para situar civilizaciones determinadas en el desarrollo histórico, y por otro lado, era incapaz de ser «aplicada» al estudio de las relaciones económicas, sociales y políticas en su particularidad; era un marxismo capaz de explicar en qué «estadio» del desarrollo social se encontraba un determinado país, pero que no ayudaba a comprender las dimensiones originales de las experiencias particulares. Erradicado de su propia tierra de cultura, el marxismo que llegará a América latina o a Australia, a China o a Grecia será un marxismo «pobre», un conjunto de conceptos muy genéricos o, incluso, simple terminología.

El área de partida de esta expansión fue la Europa central y en particular Alemania; el núcleo cronológico, los últimos veinte años del siglo, pero con significativas franjas temporales en la segunda mitad de los años setenta y en los primeros años del siglo xx. Desde ahí, el marxismo se extendió a lo largo de los radios de un amplio círculo por el que circulaban los hombres y las ideas. Viajaba, en primer lugar, por los caminos seguidos por la prensa socialdemócrata alemana; en primer lugar, por

tanto, por una amplia área plurinacional de lengua alemana que dividía en dos partes la Europa latina y la Europa eslava y que estaba delimitada al norte y al sur por los límites naturales del Báltico y los Alpes y se prolongaba hacia el sudeste por la cuenca del Danubio. Además, alrededor de esta área el marxismo alcanzaba el área de influencia, más amplia, de la cultura alemana que, si bien especialmente a partir de 1870 se filtraba hacia occidente, también tenía enclaves en el este, el sudeste y el norte, hacia los Balcanes, Rusia y los países escandinavos.

Pero la prensa marxista, por su parte, recorría las líneas de la circulación de los hombres. Estos, entre los últimos veinte años del siglo y la Primera Guerra Mundial, se movieron con rapidez, utilizaron medios eficaces en una red de transportes que ya no conocía obstáculos. Se movieron, en primer lugar, grandes masas de hombres: la emigración es uno de los primeros y más caros precios pagados para el desarrollo del capitalismo. Hubo corrientes migratorias del campo a las ciudades, de las grandes áreas agrícolas a las áreas industrializadas o en vías de industrialización, y hubo migraciones intercontinentales. Pero hubo también flujos de emigración política, para los cuales pueden establecerse fácilmente las líneas directrices, ya que los puntos de atracción son los países que garantizaban una sólida y estable democracia. Por último, aunque sea un objeto de estudio difícil y casi imperceptible, había los viajes individuales, el turismo cultural, que tiende cada vez más a evitar las tradiciones aristocráticas del «grand tour» y a hacerse guiar por Baedeker bien informados.

Los primeros y significativos encuentros tuvieron lugar en un ambiente preferentemente intelectual: los grandes centros europeos receptores de la emigración política. Destinatarios privilegiados del mensaje marxista de la socialdemocracia alemana fueron los exiliados rusos, «revolucionarios errantes», agentes propagadores de las ideas socialistas a través del mundo»; Georges Haupt les ha dedicado una página magistral:

Como componentes de un fenómeno amplio y complejo de circulación de las ideas en el siglo XIX, la acción de los desterrados rusos en el exterior

se inscribe en la mayor parte de los casos en el sistema de comunicaciones de un ambiente socialista limitado a un mundo en el que hay relaciones estrechas por encima de las fronteras, en el que los exiliados políticos de las diversas nacionalidades ejercen una influencia subterránea... En torno a estos centros se reagrupan colonias rusas, sobre todo en las ciudades universitarias en las que se advierte la presencia de estudiantes de la Europa del Este. Estos fundan sus clubs, sus sociedades de mutua ayuda, sus salas de reuniones, bibliotecas, imprenta y periódicos, se constituyen en una subcultura a las que da el tono del exiliado político.³⁷

Son los grupos rusos de Zürich, y entre ellos casi todos los que, en la fase decadente del populismo, han mantenido relaciones epistolares con Marx y Engels, y que en los años ochenta viven en contacto casi cotidiano con los redactores del *Sozialdemokrat*; pero son también los estudiantes de otras universidades europeas, en las que el marxismo penetra a través de canales académicos cada vez más abiertos.³⁸

También es importante el papel de la emigración de pequeños grupos de obreros alemanes especializados, como los que residen en Budapest y en Milán en los años ochenta.³⁹ Como veremos al hablar de los vehículos de difusión y divulgación del marxismo, en poco tiempo alcanza una discreta popularidad también en Francia, en Italia, en Bélgica y en Holanda. Por otra parte, las ideas circulan con rapidez, o al menos con una rapidez mayor que los procesos económicos y sociales; por eso, en una primera fase, la geografía del marxismo coincide con una determinada geografía de intelectuales y no coincide con la geografía (mucho más reducida) del movimiento obrero organizado.

La imagen de un marxismo anclado en los sólidos batallones de la

³⁷ G. HAUPT, *Role de l'exil dans la diffusion de l'image de l'intelligentsia révolutionnaire*, en «Cahiers du monde russe et soviétique», 1978, n.º 3, p. 237.

³⁸ B. VRACHMANN, «Russische Sozialdemokraten in Berlin 1895-1914. Mit Berücksichtigung der Studenten-bewegung in Preussen und Sachsen», Berlín, 1961.

³⁹ G. L. JARAY, «La question sociale et le socialisme en Hongrie», París, 1909, p. 196; RAGIONERI, «Socialdemocrazia tedesca e socialisti italiani», cit., pp. 121 y ss.

socialdemocracia alemana y por tanto limitado al área del movimiento obrero de la Europa occidental es pues una imagen parcial. Como ya hemos señalado repetidamente, una de las características de la difusión del marxismo en la época de la Segunda Internacional es precisamente su circulación planetaria. Por tanto, hay que prestar atención a zonas situadas fuera de los tres núcleos, alemán, eslavo y latino, del socialismo europeo.

Fuera de Europa, el centro más rico y propulsor de la circulación de las ideas marxistas son los Estados Unidos. Son un punto de llegada de ideas y de libros transportados por sucesivas oleadas migratorias, a menudo en las diversas lenguas nacionales de los lugares de origen de numerosos intelectuales a los que la curiosidad por el socialismo empuja hacia Europa; pero los Estados Unidos son también el núcleo de un conjunto de relaciones abiertas hacia el Pacífico.

En Nueva York y en Chicago se traducen al inglés la mayor parte de los textos marxistas de la época de la Segunda Internacional, con lo que se incorporan a una lengua hablada por decenas de millones de hombres y pueden llegar así a Tokio, a Shangai y a Sidney. Se trata de un marxismo *sui generis*, muy marcado por la convivencia con corrientes de socialismo utópico popular, inextricablemente unido a Bellamy y Gronlund, un marxismo que tardará en difundirse a través de las obras de Marx y Engels, y que estará muy marcado por las vulgaridades de manual. Australia, Japón y China son los ejemplos más significativos de este tipo de difusión.

A Australia, Marx y el marxismo llegan sobre todo a través de la literatura socialista americana. Algunos exiliados alemanes habían emigrado a Australia después de 1848, y algunos de ellos habían conocido personalmente a Marx y Engels, aunque (aparte del hecho de que sus recuerdos sólo podían referirse a una fase muy prematura, a una época en la que aún no existía el «marxismo») se trataba en general de relaciones borrascosas. En cambio, en América, al menos hasta finales de siglo, la imagen del marxismo aparecía deformada por la del socialismo ecléctico. En una nota necrológica, Marx era definido como «un socialista de Estado», que «reivindicaba el control del Estado sobre todas las indus-

trias», y su personalidad se caracterizaba en una semblanza suya con estas palabras: «Como lógico, Marx ha sido uno de los hombres más claros y agudos entre los que alguna vez han tomado la pluma, pero era demasiado frío para provocar entusiasmo». ⁴⁰ En 1891, uno de los dirigentes del movimiento obrero australiano, W. G. Higgs, interrogado ante la Royal Commission on Strikes, demostró que sólo conocía a Marx a través del texto americano de Gronlund, *The cooperative commonwealth*:

- P.: Usted dice que es socialista. ¿Los socialistas pertenecen a una única escuela?
- R.: Pienso que los socialistas modernos pertenecen a una única escuela.
- P.: ¿Puede mencionar algún escrito conocido que represente su punto de vista?
- R.: Pienso en Karl Marx, que cree en la cooperación de Estado, como el más próximo. ⁴¹

Harry Holland, uno de los dirigentes socialistas de Nueva Zelanda, no había pasado de la portada de *El Capital*, tal vez por miedo a una jaqueca («Para leer a Marx, hay que cubrirse la cabeza con toallas mojadas con agua fría»), pero había leído a Darwin, a Engels, a Ferri y, en 1912 había comparado su concepción materialista de la historia («las leyes, las costumbres, la educación... están determinadas o modeladas por las condiciones económicas, o, en otras palabras, por la clase dominante en el gobierno, que el sistema económico hace aparecer en escena en cada período determinado») con la de Antonio Labriola, que pudo leer en la edición Kerr. ⁴²

También en Asia el marxismo penetró en formas y en épocas diferenciadas. En la época de la Segunda Internacional sólo echó raíces algo consistentes en dos países independientes, no coloniales, con una tra-

⁴⁰ Citado en H. MAYER, «Marx, Engels and Australia», Melbourne-Canberra-Sidney, 1964, p. 149.

⁴¹ «The Australian Labor Movement 1850-1907», Sidney, 1960, p. 54.

⁴² P. J. O'FARRELL, «Harry Holland militant socialist», Canberra, 1964, pp. 85 y ss.

dición cultural sólida y autónoma, basada en la existencia de instituciones y de grupos de intelectuales: Japón y China. Éstos eran además los dos países en los que la economía, la sociedad y la política mostraban signos de extraordinaria vivacidad: núcleos urbanos en vías de industrialización en China, una industrialización extendida e intensa en Japón, nacimiento y desarrollo en ambos países de movimientos nacionales reformadores o de movimientos socialistas.

Los Estados Unidos, Rusia y Alemania son, por orden, los países desde los que llegan al Japón (Japón servirá a su vez de mediador hacia China) las primeras noticias sobre el socialismo.⁴³ Inicialmente hubo interés por las fascinantes figuras de los héroes populistas que circularon muy pronto por el país.⁴⁴ Pero pronto llegó la influencia de los manuales americanos (Ely y Bliss, en primer lugar⁴⁵) que ofreció las fuentes para las primeras síntesis japonesas, como la de Kotoku, que tuvo gran éxito. Kynichi Tokuda, que se convertiría en secretario general del partido comunista japonés, recuerda que cuando tenía dieciséis años, en 1910, leyó la *Esencia del socialismo*: «Con caracteres tipográficos destacados, las expresiones “Marx ha dicho...” “Engels ha dicho...” me impresionaban en cada página.»⁴⁶ Hubo, por último, el papel desempeñado por algunas grandes figuras, como Sen Katayama, que garantizó al naciente movimiento obrero japonés una amplísima red de relaciones que llegaban hasta las mismas fuentes del marxismo.⁴⁷ En lo que se refiere a China, la afirmación de Mao de que los chinos no conocieron a Marx antes de la revolución de Octubre corresponde al menos en parte a la realidad.

⁴³ M. BERNAL, «Chinese Socialism to 1907», Ithaca-Londres, 1976.

⁴⁴ Cf. W. HAROCHI, *I narodniki e i giapponesi*, en «Rivista storica italiana», 1977, pp. 334-375.

⁴⁵ R. T. ELY, «French and German Socialism in modern times», Nueva York-Londres, 1903, 41.ª ed., 1883; W. D. P. BLISS, «A Handbook of Socialism», Londres-Nueva York, 1895.

⁴⁶ R. SWEARINGEN y P. LANGER, «Red Flag in Japan. International Communism in action», Cambridge (Mass.), 1952, p. 108.

⁴⁷ H. KUBLIN, «Asian Revolutionary. The Life of Sen Katayama», Princeton, 1964.

El nombre de Marx no apareció hasta finales de siglo en la prensa china, cuando ya se habían consolidado las influencias socialistas filtradas por las misiones cristianas. «El jefe de todos estos obreros (se dice en un artículo de 1899) es el famoso inglés Makesi (Marx). Las teorías de Marx afirman que el poder del rico se extenderá por los cinco continentes, y superará todas las fronteras.»⁴⁸ Sin embargo, el punto más alto se alcanzó a principios de siglo con la intensificación de la influencia japonesa y en particular en el período de la publicación del *Diario del pueblo*. Entonces los textos de Marx empezaron a ser citados directamente y se empezaron a conocer sus teorías. Chu Chih-hsin, que puede ser considerado el primer marxista chino, cita y discute algunos pasajes de Marx (tal vez sacados también de manuales americanos) en los que se expresa el núcleo de la concepción materialista de la historia.⁴⁹

La difusión del marxismo en América latina se proyecta directamente desde Europa (especialmente desde Italia y Alemania). Sin embargo es, sobre todo al principio, un producto de importación al que le cuesta ampliar sus raíces y que, hasta principios de siglo, seguirá fuertemente anclado en la cultura positivista al estilo Ferri.

Las ideas marxistas (ha escrito Carlos Altamirano) empezaron a difundirse en algunos países de América latina (Argentina, Uruguay, Chile) en el último tercio del siglo XIX. Esta difusión se limitó inicialmente a pequeños círculos obreros e intelectuales e integró el más vasto proceso de difusión de ideologías de tipo socialista que acompañaba al desarrollo capitalista de estas sociedades. Sólo hacia finales de siglo se formaron algunos grupos definitivamente marxistas que aplicaban los principios del materialismo histórico al análisis de las características de la política local. Éste era el caso del grupo que animaba el periódico *El Obrero* en Argentina, o el Club de Propaganda socialista de Cuba, dirigido por Carlos Balino, compañero de Martí en la lucha por la independencia cubana.⁵⁰

⁴⁸ BERNAL, «Chinese Socialism», cit., p. 37.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 126.

⁵⁰ VV. AA., «El marxismo en América latina», Buenos Aires, 1972, p. 7.

A finales de siglo, el nombre de Marx ha dado la vuelta al mundo; sus ideas, custodiadas en sus obras, circulan en áreas más reducidas. Como los flujos migratorios, los libros pueden ser seguidos en sus tortuosos recorridos. Así lo ha hecho Bert Andreas, que nos ha dado una completísima imagen de la suerte del *Manifiesto del Partido Comunista*:⁵¹ las traducciones de las obras de Marx y Engels, así como las de los marxistas a los que la opinión pública consideraba sus representantes autorizados (Kautsky, Plejánov, Labriola, Lafargue, Bebel, Liebknecht), abarcan un área de dimensiones extraordinariamente amplias. Lo mismo puede decirse, en un terreno distinto, de la circulación de la prensa periódica; hay conocidas anécdotas sobre la difusión de la *Neue Zeit* en los más alejados rincones del destierro en Siberia. Es menos conocido el hecho de que, más allá del estrecho de Bering, casi cerrado el círculo, la revista americana más autorizada en el campo marxista, la *International Socialist Review*, llegaba a los buscadores de oro del Klondike y a los colonos de las nuevas tierras de Alaska tras haber recorrido el largo camino que va de Chicago a Vancouver.

Pero, además de la difusión del papel impreso y de los grandes flujos migratorios, hay otra vía de circulación de las ideas a través de los grandes viajes individuales, los traslados de uno a otro continente de militantes socialistas en la época de la Segunda Internacional; se trata de viajes organizados con un fin explícitamente político, como el de Liebknecht y los esposos Aveling a América en 1886,⁵² o de viajes casi aventureros, que han dejado una huella a veces profunda en las biografías y en la influencia de las ideas. Ferri, el gran representante del marxismo europeo, según la imagen que de él circulaba en las dos partes del continente americano, dejó una pésima impresión en su ciclo de conferencias latino-americanas, y constituye un grave motivo de preocupación para el socialismo argentino, amenazado por las corrientes antimarxis-

⁵¹ B. ANDRÉAS, «Le Manifeste Communiste de Marx et Engels. Histoire et bibliographie: 1848-1918», Milán, 1963.

⁵² H. H. QUINT, «The Forging of American Socialism. Origins of the Modern Movement», Indianápolis-Nueva York-Kansas City, 1953, pp. 30 y ss.

tas de izquierda y de derecha.⁵³ Sneevliet, empleado de una compañía de comercio, llevó consigo la cultura marxista de la socialdemocracia holandesa cuando desembarcó en el puerto indonesio de Semarang.⁵⁴ Florence Kelley Wischnewetsky, que sería la traductora de numerosos textos marxistas y una de las corresponsales americanas de Engels, viajó por Europa y se estableció en Zürich.⁵⁵ Intercambiará ideas y opiniones sobre el marxismo con el profesor Richard T. Ely, otro intelectual americano que había tenido una rica experiencia de estudio en Europa, y contribuirá a difundir los conceptos marxistas. Pero hubo otros viajes desde Alemania: Vollmar, antes de convertirse en el representante de la derecha reformista en la socialdemocracia alemana, desempeñó una importante función de difusión de los «principios» marxistas con motivo de sus viajes a Italia en los años setenta,⁵⁶ y más tarde (estaba casado con una sueca) estuvo varias veces en Estocolmo y dejó también huella.⁵⁷ Podríamos hablar también de la fascinante vida del doctor Russel, de quien Wada Harochi ha escrito una apasionante biografía.⁵⁸

Además, aunque pueda parecer raro, hubo también otros viajes, viajes organizados, auténticas expediciones de grupos de obreros a los santuarios de la socialdemocracia alemana y a las fuentes de sus ideas, como las organizadas por De Man en el marco de su actividad de diri-

⁵³ En un debate público con Juan B. Justo, Ferri había llegado a sostener que, dadas las condiciones económicas del país, el partido socialista argentino no tenía razón de ser (cf. «Bulletin du Bureau Socialiste International», IV, 1913, n.º 10, p. 15, y también E. FERRI, «El Partido Socialista en la República Argentina», Buenos Aires, 1909).

⁵⁴ A. C. BRACKMANN, «Indonesian Communism. A History», Nueva York, 1963, p. 4.

⁵⁵ D. R. BLUMBERG, «Florence Kelley. The Making of a Social Pioneer», Nueva York, 1966, en particular pp. 36-121.

⁵⁶ Ragionieri «Socialdemocrazia tedesca e socialisti italiani», cit., pp. 100 y ss.

⁵⁷ R. HEBERLE, «Zur Geschichte der Arbeiterbewegung in Schweden», Jena, 1925, p. 33.

⁵⁸ HAROCHI, «I narodniki e i giapponesi», cit., pp. 360-373.

gente de la «Centrale d'éducation ouvrière» del partido belga, que escribía a Kautsky en estos términos:

Nuestra intención, con estos viajes, es hacer propaganda de un modo adecuado no sólo de la tendencia alemana en los sindicatos, sino también de la tendencia alemana (es decir marxista) en el movimiento obrero.⁵⁹

También se consolida en esa época, en particular en la publicística del movimiento obrero, pero también en sectores más amplios, una elemental iconografía de Marx y Engels. Sobre todo de Marx. Aunque un joven pintor italiano, que sería uno de los grandes de la pintura del siglo xx, Carlo Carrà, dedicó a Engels su primer retrato, a principios de siglo, fue sobre todo el rostro de Marx el que se hizo familiar. La imagen de Marx, que había entrado en los salones de la pequeña burguesía europea desde los tiempos de la Comuna, cuando los grandes semanarios ilustrados europeos habían publicado la hermosa litografía de Wunder de Hannover, era muy popular en el movimiento obrero. Sin embargo, raramente iba solo.⁶⁰ El 1.º de mayo de 1901 el círculo obrero de Sao José do Rio Pardo descubrió un gran retrato de Marx con motivo de la inauguración del local,⁶¹ pero en la cartulina de recuerdo de los congresos de la socialdemocracia alemana (que se estará de acuerdo en que es un símbolo más representativo) Marx compartía con Lassalle el puesto más destacado. En cambio en el congreso de unificación entre los ex-blanquistas de Vaillant y el partido de Guesde, la sala estaba presidida por los retratos de Marx y de Blanqui.⁶² Pero, dejando aparte la iconografía

⁵⁹ P. DODGE, «Beyond Marxism: the faith and works of Henrik De Man», Gravenhage, 1966, p. 31.

⁶⁰ Pero se podía comprar el bello retrato de Marx de Otto Friedrich de 60 X 75 cm., destinado especialmente a los locales de reunión, en el Wiener Volk-buchhandlung (cf. H. SCHROTH, «Verlag der Wiener Volksbuchhandlung. Eine Bibliographie», Viena, 1977, p. 16).

⁶¹ V. CHACON, «História das ideias socialistas no Brasil», Río de Janeiro, 1965, p. 284.

⁶² DOMMANGET, «Edouard Vaillant», cit., p. 192.

européa y americana (en ésta Marx presidía solo), Marx había hecho también su aparición en China: en 1909 un diario de Shanghai dedicaba a Marx, como fundador del socialismo moderno, el honor de un retrato: los ojos, ligeramente oblicuos, le hacían parecer un filósofo oriental.⁶³ El binomio con Engels se consolidaría, con la frecuencia con la que hoy lo conocemos, después de la revolución de Octubre, y pronto se les uniría Lenin y luego Stalin. Por otra parte, Engels nunca gozó de gran popularidad. Piénsese que cuando Florence Kelley Wischnewetsky propuso a un editor la publicación de un texto de Engels, obtuvo la siguiente respuesta: «¿Quién? ¿El que ahorcaron en Chicago?».⁶⁴

A lo largo de los caminos de su difusión, que el marxismo emprendía de una forma ya ampliamente influida por su fusión con el movimiento obrero centroeuropeo, se modificaba y se simplificaba progresivamente. Los instrumentos y los testimonios de este fenómeno fueron la actividad práctica y de propaganda del movimiento socialista. Los mítines, las conferencias, la lucha política cotidiana, la lectura del periódico fueron, en una fase de existencia del movimiento obrero en la que ya había construido todos sus eficaces aparatos, los medios de difusión del marxismo.

4. El marxismo, la formación de cuadros y la propaganda

Desde sus orígenes, la «cuestión social» había estado estrechamente vinculada a la cuestión de la educación obrera. En toda Europa, desde Sajonia al Piamonte, incluso cuando al frente de las primeras asociaciones obreras había empresarios o liberales, católicos o protestantes, la actividad educativa había sido una de las que más activamente se había

⁶³ El dato procede del artículo *Karl Marx in China*, en «Berliner Tageblatt», 29 de diciembre de 1909, recopilado con centenares de recortes de periódico en «Die Sozialistische Bewegung in Asien», en el archivo del Estado de Postdam (Pr. Br. Rep. 30, Berlin C Polizei Präsidium, Tit. 95, Sekt. 7, Lit. A, n.º 374).

⁶⁴ BLUMBERG, «Florence Kelley», cit., p. 87.

llevado a cabo. Analfabetos, campesinos, hombres para quienes leer y escribir no representaba una necesidad inmediata, se incorporaban a la vida urbana, o simplemente a los pequeños centros manufactureros, entraban en la fábrica, utilizaban máquinas poco complicadas pero de uso menos intuitivo que las herramientas agrícolas. Tenían que aprender a leer y a escribir. La educación obrera en las primeras fases del asociacionismo corresponde a esta necesidad, además de ser uno de los puntos de un programa de «salvación» del alma del obrero de todos los peligros de la vida pobre de la ciudad. Pero, a pesar de los esfuerzos de las asociaciones obreras y por la misma razón de que las intervenciones legislativas de los Estados acabaron promoviendo la alfabetización universal, una de las vías principales de educación obrera fue el mismo movimiento obrero. En primer lugar, hay un componente inmediatamente educativo en la militancia política; se aprende a escuchar discursos, intervenciones, conferencias, se aprende a intervenir y a discutir. En segundo lugar —y éste es el punto que ahora más nos interesa— el partido político promueve directamente iniciativas educativas y escolares.

Como en otros aspectos, también en éste Alemania fue un caso muy particular. Engels, que más de una vez había llamado al partido alemán a defender su «*theorethische Überlegenheit*», había elogiado incluso a Bebel y a Liebknecht por su capacidad para dirigir la lucha de clase del proletariado en los tres grandes frentes de la política, la economía y la cultura.⁶⁵ La posesión del arma de la ciencia aparecía como una condición connatural de la lucha del movimiento obrero por la emancipación. Son conocidas las palabras de Liebknecht en febrero de 1872: «Si renunciamos a la lucha, a la lucha política, renunciamos a la educación y al saber.»⁶⁶ Pero en general la reivindicación del estudio es una constante en el movimiento obrero de inspiración marxista.

Hermann Gorter explicaba con las siguientes palabras el objetivo de

⁶⁵ F. ENGELS, «La guerra dei contadini in Germania», Roma, 1949, pp. 24-25.

⁶⁶ W. LIEBKNECHT, «Wissen ist Macht. Macht ist Wissen. Festrede. Gehalten zum Stiftungsfest des Dresdner Arbeiter-Bildungs-Vereins am 5. Februar 1872», Hottingen-Zürich, 1884, p. 44.

su libro —dirigido explícitamente a los obreros— sobre el materialismo histórico:

La socialdemocracia no lleva a cabo únicamente una lucha económica y política. Lleva a cabo también una lucha ideológica a favor de una concepción del mundo opuesta a la de las clases propietarias. El obrero que quiera contribuir a derrocar a la burguesía y que quiera llevar a su propia clase al poder, debe superar, en su propia mente, los pensamientos burgueses que le han inculcado desde la infancia la Iglesia y el Estado. No basta con que se afilie al partido y al sindicato.⁶⁷

Los modos y las formas de esta política cultural se convirtieron, finalmente, en objeto de reflexión y de estudio. A través de la mediación de la propaganda socialista se realizaba, en términos de masas, la fusión concreta, práctica, entre el marxismo y los obreros.⁶⁸ Los resultados, como intentaremos poner de manifiesto, fueron básicamente dos: una reducción escolástica del marxismo y su traducción fideísta.

Gramsci, a quien se deben algunas de las más penetrantes páginas acerca de la fenomenología de esta dimensión ideológica del marxismo, nos ha dejado una imagen extraordinariamente viva sobre la relación entre la doctrina del socialismo científico y el proletario, el hombre del pueblo que se acerca al socialismo, al marxismo:

Imaginémonos (...) la posición intelectual de un hombre del pueblo; se ha formado opiniones, convicciones, criterios de discernimiento y normas de conducta. Cualquier defensor de un punto de vista opuesto al suyo, al ser intelectualmente superior, sabe argumentar sus razones mejor que él, le desarma en el terreno de la lógica, etc.; ¿debe por ello el

⁶⁷ «Der historische Materialismus. Für Arbeiter erklärt von Hermann Gorter», trad. del holandés de Anna Pannekoek, prólogo de Karl Kautsky, Stuttgart, 1920, p. 13.

⁶⁸ Cf., además del bello libro de M. PERROT, «Les ouvriers en grève. France 1871-1890», París, 1974, el ensayo de Y. LEQUIN, *Classe ouvrière et idéologie dans la région lyonnaise à la fin du XIX^e siècle*, en «Le Mouvement social», 1969, n.º 69, pp. 3-21; esta revista dedica una constante atención al tema.

hombre del pueblo cambiar sus convicciones, simplemente porque no sabe moverse en la discusión inmediata? Tendría que cambiar de opinión todos los días, siempre que encontrara un adversario ideológico intelectualmente superior. ¿En qué elementos se basa, pues, su filosofía, y especialmente su filosofía en la forma que para él tiene mayor importancia, o sea como norma de conducta? El elemento más importante es sin duda de carácter irracional, de fe. ¿Fe en qué y en quién? Especialmente en el grupo social al que pertenece, en cuanto piensa en gran medida como él; el hombre del pueblo piensa que no es posible que tantos se equivoquen al mismo tiempo como pretende el adversario polémico; piensa que él ciertamente es incapaz de defender y exponer sus razones tal y como el adversario defiende y expone las suyas, pero que en su grupo hay quien sabría hacerlo, incluso mejor que aquel adversario concreto, y de hecho recuerda haber oído exponer amplia y coherentemente las razones de su fe, y que quedó convencido. El haber sido convencido una vez de un modo fulgurante es la razón permanente de la permanencia de la convicción, aunque luego no se sepa argumentarla.⁶⁹

Este esfuerzo de argumentar correspondía precisamente a los cuadros intermedios, a los propagandistas y a los agitadores que los partidos socialistas intentaban formar.

Durante mucho tiempo, sin embargo, la «política cultural» del movimiento obrero permaneció confinada en el reducto de una cultura subordinada e improvisada, caracterizada por el cientismo, por el mito primitivo del progreso, por un gusto por la información indiferenciada y ecléctica que caracterizaba a muchas «Universidades populares» y a la red de «cátedras ambulantes».⁷⁰ El paso de una cultura de tipo enciclopédico a opciones conscientemente orientadas no se realizó nunca de un modo decidido, pero empezó a haber una cierta transformación cuando, con el crecimiento y el desarrollo del partido político, se planteó el problema de la formación de cuadros.

También en este aspecto de la propaganda oral y de la educación obrera la socialdemocracia alemana tenía fama de ser el partido mejor y

⁶⁹ GRAMSCI, «Quaderni del carcere», cit., pp. 1390-1391.

⁷⁰ M. G. ROSADA, «Le Università popolari», Roma, 1975.

más sólidamente organizado. No se trata de una fama sin fundamento. Desde los años setenta, antes incluso de las leyes antisocialistas, existía toda una red de instituciones culturales (muchas de las cuales procedían incluso de los núcleos originarios de la organización política), círculos de lectura, bibliotecas obreras, cátedras ambulantes, que garantizaban a los obreros socialdemócratas la posibilidad de elevar sus conocimientos y perfeccionar su conciencia política. Pero lo que es más significativo es que había formas de actividad específicamente dedicadas a la formación de agitadores y propagandistas.

En Hamburgo, en 1877, había un curso anual de este tipo que preveía dos lecciones semanales de economía política, historia y lengua alemana. Lo mismo sucedía en Leipzig, donde tenía mucha fuerza (incluso durante los doce años de leyes antisocialistas) la tradición del «Arbeiterbildungsverein», dirigido a partir de 1869 por Bebel, que disponía en la sala de lectura de 64 diarios y revistas.⁷¹ Sin embargo, hasta los primeros años del siglo, se trató más bien de una serie de actividades e iniciativas promovidas y coordinadas a nivel local. La unificación nacional de la actividad cultural y de formación de cuadros se decidió en el Congreso de Jena (1905); al año siguiente nació la sección central de cultura y, lo que más nos interesa ahora, la escuela del partido. Los profesores (entre otros, Rudolf Hilferding, Rosa Luxemburg, Anton Pannekoek, Heinrich Cunow, Franz Mehring) daban cursos de economía política, historia económica, materialismo histórico, historia del socialismo, historia de la evolución social, a un selecto público de militantes que ya ocupaban puestos de responsabilidad en el partido (de los 52 alumnos de 1906, 40 eran periodistas, responsables de organizaciones sindicales o de partido; en 1911, la proporción era de 80 a 101) y cuya edad media estaba entre los veintiséis y los treinta y cinco años.⁷²

Acerca de los resultados de esta actividad de formación de cuadros, hubo opiniones divergentes entre los contemporáneos; entre otras co-

⁷¹ D. FRICKE, «Die deutsche Arbeiterbewegung 1869-1914. Ein Handbuch über ihre Organisation und Tätigkeit im Klassenkampf», Berlín, 1976, p. 485.

⁷² *Ibid.*, pp. 498-502.

sas, la actividad de la escuela se desarrollaba en un período en el cual era particularmente viva la lucha de tendencias en el seno de la socialdemocracia alemana. Una parte de los alumnos (de una generación que ya era ajena al proceso de formación del marxismo) fue «ganada» por Rosa Luxemburg y Franz Mehring para el marxismo «ortodoxo», pero otra parte, tal vez la más sólida, recibió sólo un breve resumen de las tendencias pragmáticas y reformistas que aparecían como los rasgos ideológicos que caracterizaban a los jóvenes dirigentes socialdemócratas.

Los centros de formación de cuadros políticos preparados para la propaganda oral organizados por la socialdemocracia alemana son sin duda los más conocidos. Pero no son los únicos. En el otoño de 1910, Vandervelde pidió al joven De Man que tomara parte en un nuevo programa de educación popular. A través de la financiación de Ernest Solvay, que fue siempre muy generoso con las iniciativas del Parti ouvrier belge, Vandervelde había recibido fondos para realizar una Centrale d'Education ouvrière.⁷³ El programa consistía, entre otras cosas, en superar la tradicional actividad cultural típica de la mayor parte de los partidos socialistas:

No se trata (subrayaba De Man) como se hacía antes en muchas universidades populares, de hablar un día del descubrimiento del Polo Norte, otro día de la fauna de la isla de Java, y luego de la filosofía de Spinoza, de los anillos de Saturno, de las costumbres de los polinesios y de los crímenes de la Inquisición.⁷⁴

Los motivos de la constitución de la Centrale eran inicialmente dos:

Un motivo utilitario, procedente de la necesidad directa de dirigentes expertos por parte de las organizaciones, pero también de la tendencia, o mejor del deseo genérico de educación por parte de los obreros más

⁷³ E. VANDERVELDE, «Le Parti ouvrier belge (1885-1925)», Bruselas, 1925, pp. 420 y ss.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 423.

intelectuales; y un motivo teórico-propagandístico, de procedencia externa, por parte de dirigentes que querían construir un contrapeso a la vulgarización superficialmente materialista y al aburguesamiento del movimiento. El primer motivo era propio de Bélgica y del proletariado, y el segundo era externo, no sólo porque era desarrollado por intelectuales marxistas, sino también porque miraba como modelo al centro educativo de la socialdemocracia alemana y a su ideología.⁷⁵

También la socialdemocracia rusa disponía de escuelas del partido. Si bien no eran tan eficaces como las alemanas, por el nombre de los profesores eran igualmente prestigiosas. Jutta Scherrer nos ha dado una completa imagen de las escuelas de Capri y de Bolonia, dirigidas por Bogdánov y objeto de intensas polémicas con Lenin, quien organizó por su cuenta la escuela de Longjumeau cerca de París.⁷⁶ Los programas eran leídos y aprobados por Kautsky, y entre los profesores destacaban Bogdánov, Lunacharski, Gorki y Pokrovski. En Capri el curso se componía de 140 lecciones, 100 de las cuales eran de materias históricas y económicas; de las 166 lecciones del curso de Bolonia, las mismas materias ocupaban más del 80% del tiempo. El objetivo de la escuela era la preparación de «revolucionarios profesionales» capaces de convertirse en buenos propagandistas. En las lecciones sobre propaganda, se pedía que «cada alumno elaborara un capítulo del libro de Kautsky, *Las doctrinas económicas de Marx*, y lo completara con otras fuentes... para convertirlo en una lección de propaganda».

Un intelectual (había escrito Trotsky a propósito de esa actividad) adquiere hábitos metodológicos elementales en la escuela secundaria. Según cómo sea ésta, disciplinará su cerebro de un modo u otro. Y esto da al intelectual, en las filas del partido, enormes ventajas con respecto al obrero. Éste, fuera de las masas se siente solo e indefenso. El caos de los

⁷⁵ DODGE, «Beyond Marxism», cit., p. 30.

⁷⁶ J. SCHERRER, *Les écoles du parti de Capri et de Bologne: la formation de l'intelligentsia révolutionnaire*, en «Cahiers du monde russe et soviétique», 1978, n.º 3, pp. 259-284; cf. también en la presente obra, vol. V, su ensayo sobre Bogdánov y Lenin.

hechos le confunde. ¿Por qué? Porque carece de método. La escuela debe dirigir todos sus esfuerzos precisamente en esta dirección. Dad al obrero el método y adquirirá todos los conocimientos... El partido necesita trabajadores intelectuales, y la escuela intenta ofrecérselos.⁷⁷

Iniciativas parecidas, dirigidas a menudo, además de al objetivo de formar cuadros políticos, al de ofrecer a los menos pudientes centros de instrucción gratuita, se llevaban a cabo también en zonas más periféricas del movimiento socialista. Julián Marchewski, conocido por el pseudónimo Karski, había fundado en 1889 la liga de los obreros polacos, en cuyo programa estaba prevista «la educación de los obreros a través de la conciencia de sus intereses de clase», «la creación de círculos culturales y la publicación (legal) de opúsculos», y «la formación de cuadros de agitadores que procedan de los “círculos marxistas” de los intelectuales».⁷⁸

En el Canadá, en un clima sectario y dominado por un extremo obre-rismo, la afiliación al partido se hacía a menudo a través de un examen oral sobre el marxismo. Se argumentaba que había que disponer de militantes hábiles en la propaganda: «De esta gente —se afirmaba— deben salir escritores y oradores, y si no saben lo que dicen serán presa fácil del adversario.»⁷⁹

La New York Socialist School, una de los centenares de escuelas socialistas existentes en los Estados Unidos, pero una de las pocas cuyos programas impresos se han conservado, organizaba cursos dominicales de seis años.⁸⁰ Las lecciones, de unas dos horas, eran unas treinta al

⁷⁷ *Ibid.*, p. 259.

⁷⁸ U. HAUSTEIN, «Sozialismus und nationale Frage in Polen. Die Entwicklung der sozialistischen Bewegung in Congresspolen von 1875 bis 1900 unter besonderer Berücksichtigung der Polnischen Sozialistischen Partei (Pps)», Colonia-Viena, 1969, pp. 60 y ss.

⁷⁹ A. ROS McCORMACK, «Reformers, Rebels and Revolutionaries. The western Canadian Radical Movement 1899-1919», Toronto-Búfalo, 1968, p. 68.

⁸⁰ D. S. GREENBERG, «Socialist Sunday School Curriculum. Approved by the Committee on Education and adopted by the Membership of the Socialist

año, y los cursos se desarrollaban a tres niveles: primario, elemental e intermedio. Materias básicas eran la historia, la economía, la ética, la higiene social, la cultura física, la música y la poesía, y la expresión. Al último nivel correspondía un aumento de las materias históricas con tendencia a tratar la época contemporánea. El texto base del último curso era *The Class Struggle*, traducción americana de un amplio resumen del *Programa de Erfurt* de Kautsky. En la bibliografía recomendada (112 títulos) los textos marxistas se llevaban la parte del león: desde *El Capital* a *La guerra civil en Francia*, de *El origen de la familia* a *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*, de *El derecho a la pereza* de Lafargue a *La revolución social* de Kautsky.

El marxismo era el centro, el elemento ideológico unificador de este conjunto de actividades culturales y de formación de cuadros que se llevaba a cabo, con formas y métodos organizativos distintos, en todo el movimiento socialista. El mismo hecho de que el marxismo se enseñara en cursos escolares con fines explícitamente prácticos, ideológicos, de propaganda, comportaba evidentes formas de simplificación y de vulgarización. Oddino Morgari, uno de los principales dirigentes del Partido socialista italiano, al intentar enseñar a agitadores y oradores obreros el «arte de la propaganda socialista», daba los siguientes consejos:

Leer en primer lugar un compendio cualquiera de Darwin y de Spencer, que dará al estudioso la dirección general del pensamiento moderno; luego Marx completará la «formidable trinidad» que cierra dignamente el evangelio de los socialistas contemporáneos.⁸¹

Adviértase, entre otras cosas, el significativo consejo de aproximarse a los autores a través de un compendio. Con frecuencia los antiso-

School Union of Greater New York», Nueva York, 1913.

⁸¹ Cit. en R. MICHELS, «Storia del marxismo in Italia. Compendio critico con annessa bibliografia», Roma, 1908, página 102. «Un hombre que haya leído a Wallace y a Darwin está preparado para leer a Marx y Engels», en palabras de un vulgarizador americano del marxismo, cf. ROBERT RIVES LA MONTE, «Socialism positive and negative», Chicago, 1907, p. 20.

cialistas de la época —siguiendo una actitud psicológica tradicional en los reaccionarios de decir a los obreros que no se dejen convencer por la propaganda— reprochaban a los propagandistas marxistas su simplificación y su poca seriedad:

Razonar a través de afirmaciones, simplificar, suprimir las dificultades, es un atrayente método de enseñanza (escribe A. Bécheaux). Recuerdo que una vez escuché al señor Lafargue, yerno y discípulo de Marx, cómo explicaba a un auditorio obrero por qué el rico es cada vez más rico y el pobre cada vez más pobre. Cuando un obrero trabaja diez horas para su patrón, decía, la experiencia demuestra que se le retribuyen sólo cinco, mientras el excedente aumenta continuamente el beneficio de los capitalistas.⁸²

La palabra, la tradición oral, la conferencia, el mitin, parece que han desempeñado en la difusión del marxismo en el seno del mundo de los trabajadores un papel más importante que la palabra escrita. Sin embargo, no es posible, o al menos no es fácil, encontrar pruebas de ello. Obligados al silencio, escasos de testimonios directos, los obreros del siglo XIX obligan al historiador a hacer difíciles peripecias para reconstruir su mundo de ideas; sólo es posible hacerse una idea de la imagen del marxismo en la clase obrera a través de fuentes indirectas, reflejas, difícilmente capaces de satisfacer nuestra curiosidad. Sin embargo, algunos elementos pueden ponerse de manifiesto.

Las conferencias socialistas (como las que daba Bernstein en los años ochenta en el olimpo de la socialdemocracia alemana, el segundo piso del café Kessler de Zürich, o las que daba Enrico Ferri en Siena a principios de siglo), incluso cuando abordaban problemas políticos concretos (aunque la mayor parte de las veces el tema era «Quiénes son y qué quieren los socialistas», «Qué es el socialismo», etc.), se basaban en argumentos muy generales, en los principios, en el programa, en todo el modo de existencia y de lucha de la socialdemocracia.

⁸² A. BÉCHEAUX, «Les écoles socialistes. Marxisme, reformisme, syndacalisme», París, 1912, pp. 24.

Florence Kelley Wischnewetsky, antes de escribir a Engels y antes de estudiar y de traducir al inglés textos marxistas, aprendió directamente de Bernstein, que hablaba de las tarifas proteccionistas de Bismarck, el programa marxista de la socialdemocracia alemana, el principio de la solidaridad internacional de la clase obrera, el concepto de la lucha de clases, la economía política marxista. Fue entonces —se lee— cuando, sentada al lado de decenas de obreros y artesanos, «aceptó la filosofía del socialismo».⁸³

El historiador no puede reconstruir la microfenomenología de la vida social del pasado. No puede reconstruir, para poner un ejemplo, una conversación entre Kautsky y Bebel en una pausa del Congreso de Dresde acerca de la actitud que había que tomar ante las posiciones revisionistas de Bernstein. Pero en el fondo tampoco es necesario. Disponemos de intercambios de opiniones por carta que podemos suponer que en muchos casos no difieren excesivamente de la viveza y los contenidos de la conversación. En cambio, el gran problema de la tradición oral se plantea si queremos alcanzar el objetivo de reconstruir cada uno de los miles de canales de la propaganda marxista. Eva Broido, por ejemplo, una revolucionaria rusa que pasó largos períodos de su juventud en Berlín, cuenta sus visitas a la librería Vorwärts, describe los libros abiertos en las mesas, las conversaciones con el camarada Paetzel, que era entonces el director de la librería.⁸⁴ Nos la podemos imaginar sacando de los montones de libros un ejemplar de *Las doctrinas económicas de Marx* de Kautsky, o la última edición del programa de la socialdemocracia, o, como ella misma cuenta, la impresión que le producían las entregas de la *Historia del socialismo* y del libro de Bebel sobre *La mujer y el socialismo*. Y también podemos reconstruir los efectos de estas lecturas en el desarrollo de sus opiniones políticas y culturales. Lo que se nos escapa es el papel desempeñado por la propaganda oral, por la orientación que un hombre maduro diera a una joven emigrada, la fuerza de su autoridad,

⁸³ BLUMBERG, «Florence Kelley», cit., pp. 39-40.

⁸⁴ E. BROIDO, «Memoirs of a Revolutionary. Translated and edited by Vera Broido», Londres-Nueva York-Toronto, 1967, p. 11.

la capacidad o incapacidad de convencer y de cambiar opiniones.

Los mecanismos cotidianos de la formación intelectual y política, las lecturas, las conversaciones, las conferencias, la participación en las elecciones y en las manifestaciones políticas; el movimiento subterráneo de las influencias personales, de la formación y consolidación de las opiniones pueden, a pesar de todo, ser generalizados e imaginados de algún modo en la trayectoria de enteras generaciones de intelectuales, de grandes masas de obreros, de campesinos, de ciudadanos comunes, medios. En este sentido, incluso una ejemplificación simplificada puede resultar clarificadora. Daniel de León, considerado el principal representante americano de la ortodoxia marxista en la época de la Segunda Internacional, abogado, era también un gran orador. Sus conferencias, e incluso sus mítines fueron impresos en cientos de miles de ejemplares. En muchos de ellos se pueden encontrar muchas formulaciones elementales en las que se traducía el marxismo.

De León explicaba en estos términos la lucha de clases:

¿Acaso os parece que a medida que se engorda el capitalista se engorda igualmente el obrero? ¿No os parece más bien, sobre la base de vuestra experiencia, que cuanto más rico es el capitalista más pobres son los obreros? ¿Y que cuanto más espléndidas y lujosas son las casas de los capitalistas, más humildes y pobres son las del obrero? ¿Y que cuanto más feliz es la vida de la mujer del capitalista, mayores posibilidades tienen sus hijos de estudiar y de divertirse, y más pesada es la cruz de las mujeres de los obreros, mientras sus hijos son excluidos de las escuelas y privados de las alegrías de la infancia? ¿Es ésta o no es ésta vuestra experiencia? [*Voces en toda la sala: ¡Sí, señor! Aplausos.*] El punto decisivo que une estos hechos es que entre la clase obrera y la clase capitalista hay un conflicto insuperable, una lucha de clases por la existencia. Ninguna labia de político puede superarlo, ningún profesor capitalista o experto en estadísticas oficiales puede ignorarlo; ningún capitalista puede ocultarlo; ningún faquir del trabajo puede pasar por encima de ello; ningún arquitecto de las reformas puede tender un puente para salvar ese conflicto.

Aparece por todas partes de mil formas diferentes..., deshace todos los planes y todos los esquemas de quienes querrían negarlo o ignorarlo. Es una lucha sin tregua que terminará únicamente o con la sumisión to-

tal de la clase obrera o con la abolición de la clase capitalista.⁸⁵

Pero la propaganda socialista, a veces ingenua, a veces bastante astuta, tocaba todas las teclas de lo que podríamos llamar «comunicaciones de masas». A finales de 1909 se podía leer en la *International Socialist Review* el siguiente anuncio publicitario: «*The Class Struggle*. Nuevo juego socialista. Bueno para la diversión, óptimo para la propaganda.» El texto continuaba: «Este juego es muy parecido al backgammon (juego de chaquete) o al parchís. Hay un tablero dividido en casillas. Entre éstas hay un camino que sale de una columna y sube por la otra, desde el capitalismo al socialismo. Se juega con un dado y con tantas fichas como jugadores. Cada jugador tira el dado por turno y avanza tantas casillas como indica el dado. Pero a lo largo del camino hay casillas que indican, por escrito o con figuras, vicisitudes de la lucha de clases. Las que resultan favorables a los obreros hacen avanzar al jugador, si su ficha se queda encima, un determinado número de casillas; las favorables al capital le hacen retroceder. De este modo el juego proporciona una serie de indicaciones capaces de ayudar a los jóvenes a comprender los opuestos intereses en juego en la actual lucha de clases.»⁸⁶ Desgraciadamente no ha sido posible encontrar el tablero para ver qué vicisitudes se situaban en el centro de la lucha de clases. Pero el episodio constituye un claro ejemplo de manual de formación de una subcultura, de una integración negativa en la que el tema «radical» de la lucha de clases se pone de manifiesto.

Junto a la lucha de clases, el materialismo histórico era —con la teoría del valor— el otro gran tema de simplificación. El editor americano Charles H. Kerr aconsejaba la lectura de una serie de textos marxistas, entre ellos Labriola, y argumentaba de este modo:

¿Qué diferencia hay entre buenos y malos? ¿Por qué hace dos mil años

⁸⁵ D. DE LEON, «What Means This Strike?», Nueva York, 1920 (el discurso es de 1898).

⁸⁶ El juego estaba fabricado por Charles H. Kerr and Company. La publicidad apareció en la «*International Socialist Review*».

los más grandes filósofos del mundo consideraban que la esclavitud era un bien? ¿Por qué en 1850 la esclavitud era legal en Virginia e ilegal en Massachusetts? ¿Por qué la mayor parte de los obreros odia a los esquirols? Preguntas como éstas no pueden ser respondidas de un modo inteligente por quienes han llenado sus cráneos con ideas sobre la moral aprendidas en la iglesia. Sólo pueden tener respuesta a la luz de un descubrimiento de Marx al que nosotros los socialistas llamamos determinismo económico o concepción materialista de la historia. Los nombres pueden parecer difíciles, pero la teoría es tan clara y aclara de tal modo todo lo demás que les maravillará.⁸⁷

El caso de América, país alejado del centro de formación y de difusión del marxismo y del movimiento obrero, podría hacer creer que reúne una serie de particularidades, una situación peculiar caracterizada, entre otras cosas, por la falta de un consistente marxismo teórico (con la única excepción de Louis Boudin). En realidad todos los contemporáneos, tanto de dentro como de fuera del movimiento obrero, reconocieron que este marxismo fideísta y sumario era un eficacísimo instrumento de propaganda. Es interesante observarlo directamente en los protagonistas. Heller, que intervino en el animado congreso de Viena de la socialdemocracia austríaca en el que se discutieron los cambios que había que introducir en el Programa de Hainfeld que había constituido la base programática del partido durante más de veinte años, y en particular la eliminación del punto en el que se insinuaba la fórmula de la «miseria creciente», cuando advirtió que gran parte del partido era favorable a aquel cambio, sintió que se le hundía la tierra bajo los pies:

¿Pero entonces (pregunta) qué se pretende? Si la posesión [Besitzlosigkeit] no aumenta, si la concentración del capital no crece, si el miedo a precipitarse en los estratos inferiores no actúa como estímulo de la lucha y la exasperación de las capas medias, tengo que preguntarme si no ha sido inútil todo el trabajo que hemos llevado a cabo hasta ahora... Los principios de nuestro programa no son una pura y simple argumentación, sino que son la base de nuestra fuerza. Quiero preguntar a los com-

⁸⁷ CHARLES H. KERR, «What Socialism is», Chicago s. d. (1913).

pañeros que se dedican a la agitación, a la lucha política o sindical, si, en los momentos de desánimo o de depresión no se confortan precisamente con el tan despreciado «fatalismo» de los principios, que no son más que el fundamento científico de la necesidad del socialismo.⁸⁸

Comentando la formación de la escuela de la socialdemocracia alemana, un estudioso francés de ciencias sociales, Jean Bourdeau, intentaba explicarse y explicar (recogiendo las observaciones de Sombart) el motivo de la extraordinaria suerte del marxismo entre los obreros, en el proletariado:

Hay que tener en cuenta su mentalidad, su situación de dependencia desde el punto de vista económico, pero políticamente libre y soberana; el contraste siempre presente entre su pobreza y el lujo y la riqueza que les rodea en las ciudades; las privaciones de su vejez y la inseguridad de su vida en los períodos de depresión o de paro. Hay que tener en cuenta al mismo tiempo que estas grandes masas obreras, concentradas en las fábricas o en los talleres, desarraigadas y arrancadas de sus lugares de nacimiento, sin tradición, sin un hogar, siempre juntos, hombres y mujeres, en la fábrica, en la bolsa del trabajo, en el mitin, en el café o en la biblioteca popular, con todas las facilidades que les ofrecen los transportes y las relaciones, ignoran el individualismo y llevan a cabo, por así decir, una existencia colectiva. Estas masas están penetradas por el espíritu revolucionario que constituye el ambiente general de nuestro tiempo en el que religión, propiedad, familia, todo está en cuestión; están embebidas por esta fe en cambios inminentes y súbitos sobre la base de los prodigiosos descubrimientos y las aplicaciones de la ciencia.⁸⁹

En este mundo entraban los periódicos, los libros y los folletos que difundían las ideas del marxismo.

⁸⁸ «Protokoll über die Verhandlungen des Gesamtpartei-tages der Sozialdemokratischen Arbeiter-partei in Oesterreich abgehalten zu Wien vom II. bis 6. November 1901», Viena, 1901, p. 117.

⁸⁹ J. BOURDEAU, «Entre deux servitudes», París, 1910, páginas 68-69.

5. Marx, una lectura difícil

En comparación con los inciertos destinos de la tradición oral, el proceso de difusión del marxismo a través del papel impreso es más fácil de reconstruir, aunque también ha sido muy olvidado por los estudiosos. En la red de la circulación de las ideas, viajaba con mayor rapidez que los hombres y tenía una particularidad de la que no gozaban aquéllos: su contenido podía ser traducido. Seguir la actividad de algunas editoriales, observar las colaboraciones en algunas grandes revistas, sondear el terreno, totalmente virgen, de los manuales socialistas significa reconstruir una *koiné* cultural, un mundo de ideas, de pasiones, de intereses que, al menos a primera vista, revela una singular homogeneidad.

Las iniciativas editoriales dirigidas a la publicación de textos socialistas, de obras de Marx o Engels, de textos de divulgación o de manuales sobre el marxismo, son un fascinante capítulo de la historia del movimiento obrero internacional. En el centro de una intensa actividad de divulgación y de difusión del «socialismo marxista», como entonces solía decirse, se sitúan en primer lugar las editoriales vinculadas a las organizaciones de partido. También en este aspecto se equivocaría quien considerara que este tipo de acción cultural es una prerrogativa exclusiva de la socialdemocracia alemana. Aunque es cierto que el partido de Bebel fue en este campo extraordinariamente activo y precoz: entre la «Internationale Bibliothek» del editor Dietz y la más modesta «Sozialdemokratische Bibliothek», que a diferencia de la primera fue publicada en el exilio, se incluyen todos los títulos marxistas que darán la vuelta al mundo: hay los textos de Marx y Engels y sobre todo los de sus más destacados discípulos: Kautsky, Bebel, Liebknecht, Lafargue, Aveling, Dietzgen.⁹⁰ A diferencia de la situación en Alemania, donde el

⁹⁰ FRICKE, «Die deutsche Arbeiterbewegung», cit., pp. 480-485; F. SCHAAF, *Die «Sozialdemokratische Bibliothek» der Schweizerischen Volksbuchhandlung in Hottingen-Zürich und der German Cooperative Printing and Publishing Co. in London*, en DEUTSCHE AKADEMIE DER WISSENSCHAFTEN SENTRALINSTITUT FÜR GESCHICHTE, «Marxismus und deutsche Arbeiterbewegung. Studien zur sozialistischen Bewegung im letzten Drittel des 19. Jahrhunderts», Berlín, 1970, pp. 431-484.

SPD se convierte en 1897 en copropietario de la editorial Dietz y a partir de 1906 asume íntegramente la propiedad de la misma, en otros países las relaciones entre los editores y los partidos son más complejas: editores independientes, preservando celosamente su autonomía, prestan voluntariamente su catálogo a las publicaciones socialistas; otros, aprovechando el auge de las ciencias sociales y el interés por el socialismo en la década a caballo del siglo, publican obras de éxito asegurado; por último, los exiliados políticos, y especialmente (una vez más) los rusos, crean sus pequeñas editoriales, a menudo de vida intensa y efímera.

Una editorial de partido, L'Englantine de Bruselas, tras publicar textos de Vandervelde y De Brouckère, traduce el *Manifesto*, Kautsky y Otto Bauer.⁹¹ Entre las independientes, Sonnenschein de Londres, en cuyo catálogo de mediados de los años noventa se encontraba entre otros el libro de Aveling, *Student's Marx, El Capital, Socialism, utopian and scientific* de Engels, el *Ferdinand Lassalle* de Bernstein, Lafargue, Hyndman y mucho Bax;⁹² así como Giard et Brière de París, que además de publicar las revistas *Le mouvement socialiste* y *Le devenir social*, publicaba la «Bibliothèque socialiste internationale», dirigida por Alfred Bonnet, que en 1914 constaba de los siguientes títulos: la *Historia del tradeunio-nismo* de los Webb, *La cuestión agraria* de Kautsky, *El Capital* de Marx, *La política agraria del partido socialista* de Kautsky, *El problema agrario del socialismo* de Augé-Leribé, el *Anti-Dühring* de Engels, los *Principios socialistas* de Deville, la *Miseria de la filosofía* de Marx, *El socialismo en Bélgica* de Destrée-Vandervelde, *Socialismo y filosofía* de Labriola, *Revolución y contrarrevolución en Alemania* de Marx, *El socialismo y la agricultura* de Gatti, los *Discursos y Capital y trabajo* de Lassalle, los *Ensayos sobre la concepción materialista de la historia* de Labriola, *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx, el *Ensayo sobre la propiedad* de

⁹¹ Cf. VANDERVELDE, «Le Parti ouvrier belge», cit., páginas 436-437.

⁹² Los títulos proceden de la bibliografía de R. T. ELY, «Socialism. An examination of its Writers. Its strength and its weakness, with suggestions for social reform», Nueva York-Boston, 1894, pp. 398 y ss.

Tarbouriech, y *Proudhon y la propiedad* de Berthod.⁹³

También en Italia, junto a Luigi Mongini, editor y administrador del partido socialista, pulula una serie de editoriales empeñadas en la «difusión de la cultura a bajo precio».⁹⁴

Entre las múltiples iniciativas de los marxistas rusos, vale la pena recordar la «Biblioteca del socialismo contemporáneo», fundada en Ginebra en 1883 por el grupo de Plejánov, Axelrod, Deich, Zasulich, y en Rusia, en San Petersburgo (por los poros de una espesa censura, que ve-taba a Carlyle y dejaba pasar a Marx) la editorial de Olga Alexandrovna Popova, esposa de un capitán retirado, que además de publicar el *Novoe Slovo*, editaba una nueva traducción de *El Capital*, *La crisis agraria y el mercado mundial* de Parvus, y *La democracia industrial* de los Webb, traducida por Lenin.⁹⁵

Pero el fenómeno, que era parte de las formas de existencia del movimiento obrero, tenía un carácter bastante más amplio y probablemente no hubo país en el que no se verificase un esfuerzo editorial consciente orientado a la difusión del socialismo y del marxismo.

En los años noventa, la Australian Federation of Labour creó una colección de literatura socialista, «en la que Marx y Bellamy eran la Biblia y Shakespeare el nuevo fichaje».⁹⁶ En el Japón, en su único año de existencia, la «Imprenta del ciudadano», además de publicar el *Manifiesto* y *La mujer y el socialismo*, contribuía a difundir, a través de un acuerdo comercial, literatura marxista en inglés, en su mayor parte procedente

⁹³ «Extrait du catalogue général des ouvrages des fonds, bibliothèques, collections et revues édités par M. Giard & Brière, 1913-1914», París, 1914. También es de gran interés el catálogo de Alcan.

⁹⁴ M. G. ROSADA, *Biblioteche popolari e politica culturale del Psi tra Ottocento e Novecento*, en «Movimento operaio e socialista», 1977, núms. 2-3, p. 266, nota.

⁹⁵ R. KINDERSLEY, «The first Russian Revisionist. A study of «legal Marxism» in Russia», Oxford, 1962, pp. 75 y 82-83.

⁹⁶ A. ST. LEDGER, «Australian Socialism. An historical sketch of its origin and developments», Londres, 1919, p. 35.

del editor Kerr de Chicago.⁹⁷ En China, Liang Chi-chao reúne fondos de algunos comerciantes chinos en Japón en 1901 para formar una «Biblioteca para la difusión del conocimiento» que publicaba traducciones de textos japoneses sobre el socialismo y el marxismo (187 traducciones sólo en 1904).⁹⁸

En los Estados Unidos, la International Library Publishing Co. de Nueva York tenía en catálogo, a principios de siglo, la colección «The best socialist literature» en la que 4 de los 22 títulos eran de Marx (*El 18 Brumario*, *La cuestión de Oriente*, *Trabajo asalariado y capital*, *La guerra civil en Francia*) y 6 de autores marxistas o que así se consideraban (Deville, Lafargue, Hyndman, Ferri), además de textos de Lassalle, Lissagaray, Blatchfort, Sue, Jacoby, Webb, Tom Mann.⁹⁹

Un caso aparte es el de la editorial Charles H. Kerr de Chicago, a la que se debe en gran parte la difusión del marxismo en los Estados Unidos y en el área de influencia de la cultura americana. El estudio policial realizado en 1920 por el Senado del Estado de Nueva York sobre el «radicalismo revolucionario» (en un período caracterizado por las *razzias* reaccionarias) decía de ella que era la mayor editorial socialista americana y «probablemente la mayor editorial socialista del mundo». ¹⁰⁰ Hijo de un profesor de griego de la Universidad de Wisconsin, Charles H. Kerr fundó una pequeña editorial en 1886, pero no empezó a publicar literatura socialista hasta finales del siglo. Si todos los editores socialistas hubieran dejado una serie de testimonios como los que nos ha dejado Kerr, actualmente tendríamos una idea mucho más exacta de

⁹⁷ BERNAL, «Chinese Socialism», cit., p. 86. 97.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 94.

⁹⁹ Los títulos proceden de la publicidad editorial publicada en varias ocasiones durante el primer año de la «International Socialist Review».

¹⁰⁰ «Revolutionary Radicalism. Its history, purpose and tactics with and exposition and discussion of the steps being taken and required to cur it. Being the Report of the joint Legislative Committee investigating seditious activities, titled April 24, 1920 in the Senate of the State of New York», parte I: *Revolutionary and subversive movements abroad and at home*, vol. II, Albany, 1920, p. 1441.

las publicaciones de este tipo. Como editor de la *International Socialist Review*, que publicaba escritos de los principales marxistas europeos y mantenía sólidos contactos con *muckrakers* socialistas americanos, Kerr redactaba numerosos folletos ilustrativos de la actividad de la editorial y se reservaba un espacio específico en todos los números de la revista para las noticias editoriales.¹⁰¹ El resultado es una obra apasionada y generosa: una cooperativa sostenida por gran parte de los intelectuales marxistas americanos del Socialist Party, con un área de influencia geográfica amplísima, del Canadá a Australia, a toda el Asia oriental y, sobre todo, con un catálogo de centenares de folletos y libros, cuyo contenido era prácticamente todo el socialismo y el marxismo de la época de la Segunda Internacional.¹⁰²

El *American Journal of Sociology*, que la Universidad de Chicago empezó a imprimir en 1895, aún influido por Veblen y por la presencia de un vivo interés por las ciencias sociales, seguía las publicaciones de Kerr con inteligente curiosidad. Uno de los directores de la revista, C. R. Henderson, en una recensión de 1905 de la traducción del texto de Engels *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, observaba:

Es interesante advertir que una discusión sobre filosofía de la historia se publica como documento de propaganda para los obreros en Chicago. Será instructivo averiguar sus ventas y descubrir su influencia.¹⁰³

Las ventas fueron buenas y al año siguiente A. W. Small subrayaba «la campaña educativa que están realizando los socialistas marxistas».¹⁰⁴

¹⁰¹ Además de la sección fija «Publisher's Department», que aparecía en casi cada número de la revista, Kerr fue el autor entre otros de *What to read about socialism*, Chicago s. a., *Socialist songs with music*, Chicago, 1901 y del citado *What Socialism is*.

¹⁰² Se ha publicado el facsímil de la «International Socialist Review» por Greenwood en 1968, con una breve introducción de H. G. Gutman.

¹⁰³ «The American Journal of Sociology», vol. X, 1904-1905, p. 841.

¹⁰⁴ *Ibid.*, vol. XII, 1906-1907, p. 564.

Kerr publicó la primera traducción inglesa de los tres libros de *El Capital*,¹⁰⁵ mientras L. Boudin publicó la más comprometida síntesis del pensamiento de Marx;¹⁰⁶ también Kerr publicó Antonio Labriola, Liebknecht, Lafargue, Kautsky.¹⁰⁷ Y también aparecieron en Kerr todos los opúsculos de propaganda socialista, Bliss, Vail, Simons, en una de las más ricas y contradictorias actividades editoriales de todo el período de la Segunda Internacional.¹⁰⁸

El tema de las traducciones nos introduce a otro capítulo ignorado de la historia del marxismo: el mundo de los intelectuales de mayor o menor talla que dedicaron una parte considerable de su vida al estudio y a la traducción de Marx y Engels. Es un mundo rico y variopinto. Forman parte del mismo, aunque no con dedicación exclusiva, algunos dirigentes del movimiento obrero internacional que consideran necesario ofrecer a los militantes de su país la posibilidad de leer directamente los textos de los «fundadores del marxismo». Con frecuencia obtienen pequeñas ventajas económicas de sus conocimientos de idiomas o bien, como sucede a menudo, si publican revistas o periódicos se evitan los gastos de traducción. De ellos puede decirse con certeza que han leído directamente a los clásicos, aunque no siempre han obtenido de ello frutos duraderos. Son los Turati, Justo, Branting, Iglesias, De Leon. Pero la

¹⁰⁵ El primer libro había sido traducido por primera vez al inglés en 1883. El segundo y el tercero aparecieron en Kerr en 1907 y 1909 respectivamente.

¹⁰⁶ L. B. BOUDIN, «The theoretical system of Karl Marx in the light of recent criticism», Chicago, 1907.

¹⁰⁷ Véase una lista sumaria de sus obras publicadas en la primera década del siglo: A. LABRIOLA, «Essays on the materialistic conception of history»; ID., «Socialism and philosophy»; P. LAFARGUE, «The evolution of property»; ID., «Social and philosophical studies»; ID., «The right to be lazy and other studies»; K. KAUTSKY, «The class struggle»; ID., «The social revolution»; ID., «Ethics and materialist conception of history»; ID., «The High cost of living»; W. LIEBKNECHT, «Memoirs of Karl Marx»; ID., «Socialism: what it is and what it seeks to accomplish»; ID., «No compromise, no political trading».

¹⁰⁸ Un singular y vivo testimonio de ello es el opúsculo «What to read on Socialism», cit., que en realidad es un catálogo comentado.

mayor parte de los traductores pertenece a otra categoría: son personajes de segunda fila, como Martignetti (que tuvo un conmovedor intercambio epistolar con Engels),¹⁰⁹ de modestas condiciones económicas, que ponen a disposición del movimiento socialista sus conocimientos y su tiempo libre, lejos del mundo académico y de la dirección práctica del movimiento; son Ernest Untermann, que completó para Kerr la traducción de *El Capital* al inglés, y a quien en realidad pagaba el hijo del filósofo Dietzgen que dio a Kerr los derechos editoriales de la traducción;¹¹⁰ Axel Danielsson, Florence Kelley Wischnewetsky, Robert Rives La Monte. Son por último muchos exiliados y emigrados de la Europa balcánica y del Imperio ruso, que traducen un artículo, un breve escrito de Marx o de Engels, lo meten en un doble fondo y lo mandan a su país.¹¹¹ El mercado de estos editores, o al menos de algunos de ellos, era amplísimo y (como sucede aún hoy con las editoriales de partido) seguro. La difusión de la prensa periódica, acerca de la que disponemos de cifras, puede contribuir a dar la medida del mismo: en los Estados Unidos, en 1913, la *International Socialist Review* vendía 42.000 ejemplares, mientras la cifra global de la prensa periódica socialista era de más de dos millones de ejemplares;¹¹² en Alemania, donde en 1912 el 34,7 % de los electores estaba suscrito a la prensa de partido, sólo el *Vorwärts* tenía 165.000 suscriptores y la *Neue Zeit* (igualmente en 1912) 103.000.¹¹³

¿Qué libros, qué revistas, qué artículos, eran leídos, además de por los intelectuales, los funcionarios del partido, en dos palabras por los «afectos a la labor», también por los obreros? Algunas investigaciones pioneras nos ayudan a responder a estas preguntas *La Neue Zeit* informaba periódicamente de un modo sumario de las lecturas de los obreros alemanes. Hans-Josef Steinberg ha sabido leer entre las cifras y nos

¹⁰⁹ RAGIONIERI, «Socialdemocrazia tedesca e socialisti italiani», cit., pp. 192-219.

¹¹⁰ «International Socialist Review», vol. X, 1909-1910, pp. 91-92.

¹¹¹ BLUMBERG, «Florence Kelley», cit., p. 38.

¹¹² J. WEINSTEIN, «The decline of socialism in America 1912-1925», Nueva York-Londres, 1967.

¹¹³ FRICKE, «Die deutsche Arbeiterbewegung», cit., pp. 407, 421 y 429.

ha dado una imagen muy completa del mundo cultural de los obreros socialdemócratas.¹¹⁴ En casi todas las bibliotecas examinadas a mediados de los años noventa hay una buena representación de textos marxistas: el libro más leído en cifras absolutas es *La mujer y el socialismo* de Bebel, y aunque los escritos de Kautsky y de Liebknecht también son leídos, las preferencias, después de Bebel, van por los textos que tienen alguna relación con el darwinismo, como la *Teoría de Darwin* de Edward Aveling que había sido, entre otras cosas, el primer volumen de la «Internationale Bibliothek» del editor Dietz. De los «clásicos del marxismo», apenas una sombra: circulaban algunos ejemplares de *El Capital* y el *Anti-Dühring* de Engels. Es significativo, por último, el cambio de acento en los intereses de los lectores: en 1891 los libros científicos (por orden: ciencias sociales, ciencias naturales, historia, filosofía) son el 44,6 por ciento de los libros prestados.

En Milán, baluarte del reformismo italiano, una estadística de 1910 nos muestra cifras interesantes: 264.180 es el número global de libros pedidos, la inmensa mayoría de los cuales cedidos en préstamo en los horarios fuera del trabajo; sólo una pequeña parte de las lecturas se realizaba en las bibliotecas (56.795). Los lectores eran casi todos obreros (44,7%) y estudiantes (32%), pero la cifra global de los lectores (201.799) nos muestra que muy pocos, tras una primera lectura, se aventuran a la experiencia de una segunda. Entre los libros, en el marco de distinciones que nos dejan siempre insatisfechos, la «literatura amena» (de De Amicis a Zola, de Tolstoi a Sue, de Hugo a Gorki, a Ibsen, etc.) aventaja (48,7%) a los textos científicos (Ciccotti, Lombroso, Loria, Mantegazza, Sergi, etc.) que por otra parte, con un 28,7 %, superaban de largo a los «clásicos» (5,5 %).¹¹⁵ A Marx y Engels ninguna referencia.

En un panorama de lecturas tan incierto hay datos, sin embargo, que nos devuelven una visión más optimista de la circulación de la literatura marxista. Es posible señalar algunos *best seller* del marxismo que vehicularon gran parte de la difusión de la doctrina : en primer lu-

¹¹⁴ STEINBERG, «Sozialismus», cit., pp. 129-142.

¹¹⁵ ROSADA, «Biblioteche popolari», cit., pp. 276-283.

gar. *La mujer y el socialismo* de Bebel, del que entre 1879, año de su primera publicación, y 1913 se hicieron 53 ediciones, fue traducido, según los datos incompletos de Schraepler, a once lenguas, y (lo que es más significativo) hubo cinco ediciones en inglés antes de 1918, once rusas, dos holandesas, etc.;¹¹⁶ de Kautsky fueron particularmente conocidos *Las doctrinas económicas de Marx* (25 ediciones y traducciones a once lenguas hasta 1913), el *Programa de Erfurt* (unas veinte traducciones antes de 1914, entre íntegras y parciales),¹¹⁷ de Lafargue, *La evolución de la propiedad* tuvo 7 ediciones en inglés, mientras *El derecho a la pereza*, traducido al italiano, al inglés, al alemán, tuvo también muchísimas reediciones.¹¹⁸ Las numerosas y útiles bibliografías sobre el marxismo publicadas en la época de la Segunda Internacional confirman, si fuese necesario, la imagen de una amplia e importante circulación de los textos marxistas.

Se ha hablado hasta aquí de la extraordinaria difusión del marxismo. Una difusión vinculada, en primer lugar, a la ampliación del conocimiento de las obras de Marx y Engels. La pregunta que hay que formular ahora es la siguiente: ¿qué Marx? ¿qué Engels? La pregunta es legítima. La «Marx-Engels-Gesamtausgabe», que se está realizando desde hace años en Moscú y en Berlín, tal vez podrá producir también un aparato bibliográfico capaz de ayudarnos a responder a esta pregunta y los trabajos preparatorios de la edición crítica tal vez podrán contribuir al capítulo de la historia de la cultura moderna constituido por las vicisitudes de las obras de Marx y Engels. Pero actualmente, disponiendo de ediciones cuidadas y de un conocimiento casi completo de las obras de Marx y Engels, no es fácil imaginar un período del desarrollo

¹¹⁶ E. SCHRAEPLER, «August-Bebel-Bibliographie. Herausgegeben von der Kommission für Geschichte des Parlamentarismus und der Politischen Parteien», Düsseldorf, 1962.

¹¹⁷ W. BLUMENBERG, «Karl Kautskys Literarisches Werk. Eine Bibliographische Untersuchung», Gravenhage, 1960.

¹¹⁸ Sobre Lafargue, increíblemente olvidado por la historiografía sobre el marxismo, cf. C. WILLARD, *Paul Lafargue e la critica della società borghese*, en «Annali dell'Istituto G. G. Feltrinelli», 1973, pp. 514-527.

del marxismo en el que aquellos textos tuvieron, por varias y complejas razones, una suerte tan controvertida. En primer lugar, estuvieron desmembrados y adaptados a las exigencias del momento. Por otra parte, sus mismos autores habían dado vida, más que a un «sistema» basado en un patrimonio literario claro, unitario y cerrado, a lo que muchos contemporáneos consideraron necesario definir como «un conjunto de doctrinas». Y la expresión no es únicamente de Labriola.

Detengámonos en *El Capital*. En el movimiento obrero, el segundo y el tercer libro no tuvieron tanta suerte como el primer libro de la obra de Marx. Rosa Luxemburg escribió unas líneas en las que se expresa con mucha claridad cómo las condiciones de existencia del movimiento obrero acabaron dando prioridad al primer libro. No se trataba únicamente de las fechas de edición:

El tercer libro de *El Capital* debe ser considerado sin duda, desde el punto de vista *científico*, sólo como el complemento de la crítica marxiana del capitalismo. Sin el tercer libro no se pueden comprender la particular ley dominante de la cuota de beneficio, la división de la plusvalía en beneficio, interés y renta, el efecto de la ley del valor en el marco de la *competencia*. Pero lo fundamental es que todos estos problemas, por importantes que sean desde el punto de vista teórico, son notablemente indiferentes desde el punto de vista de la lucha de clases práctica. Para ésta el gran problema teórico era la *formación de la plusvalía*, es decir la explicación científica de la *explotación*, así como la *tendencia* a la socialización del proceso de producción, es decir la explicación científica de los *fundamentos objetivos de la transformación socialista*.

A ambos problemas responde ya el primer volumen, que deduce «la expropiación de los expropiadores» como inevitable resultado final de la producción de la plusvalía y de la progresiva concentración de capitales. De este modo las necesidades teóricas estrictas del movimiento obrero estaban satisfechas en líneas generales. El modo en que la plusvalía se divide entre los diferentes grupos de explotadores y los cambios que la competencia en la producción suscita en esta división, no presentaba ningún interés inmediato para la lucha de clase del proletariado. Por eso el tercer libro de *El Capital* ha quedado en general para el socialismo como

un capítulo no leído.¹¹⁹

Dado que entre la aparición del primer libro de *El Capital* y la publicación por parte de Engels del segundo en 1855, se había desarrollado la amplia fase de formación de los partidos socialistas en Europa, es decir la primera afirmación del marxismo en el movimiento obrero, todos los compendios y las síntesis de divulgación de *El Capital* fueron en realidad resúmenes del primer libro. Además, del primer libro acababan destacando algunas partes más directamente ligadas a las exigencias de la lucha política del movimiento obrero. A mediados de los años ochenta, por ejemplo, la formación de una ideología anticolonial en la socialdemocracia alemana se basó en los capítulos veinticuatro y veinticinco, dedicados a la «llamada acumulación primitiva» y a la «teoría moderna de la colonización», intentando leerlos como si fueran una historia del capitalismo y como si tuvieran una amplia y difusa autonomía,¹²⁰ se trataba de una lectura «histórica» de la doctrina de Marx (muchos habían definido *El Capital* como «la historia del capital», mientras los capítulos «históricos» a menudo aparecían también como publicaciones independientes) que, si bien por una parte llevaba consigo una significativa carga anticientífica, por otra parte acababa aislando un solo aspecto de *El Capital* y abría la puerta a las lecturas deterministas.

Pero para interpretar *El Capital* primero había que leerlo. A este respecto hay unanimidad en las fuentes para establecer que fueron muy pocos quienes lo leyeron. No es difícil prever cuál habría sido el resultado de la investigación que Alfonso De Pietri Tonelli intentaba llevar a cabo entre los socialistas italianos para descubrir cuántos conocían a Marx; la mayor parte de ellos, según Michels, «se limitaban en sus lecturas, a encuentros fugaces, esporádicos, casi fortuitos».¹²¹ Tal vez

¹¹⁹ R. LUXEMBURG, *Ristagno e progresso nel marxismo*, en Id., *Scritti Scelti*, a cargo de L. Amodio, Turín, 1975, pp. 227-228.

¹²⁰ F. ANDREUCCI, Engels, *la questione coloniale e la rivoluzione in Occidente*, en «Studi storici», 1971, pp. 437-479 (en particular, pp. 464-466).

¹²¹ R. MICHELS, «Storia critica del movimento socialista italiano. Dagli inizi fino al 1911», Florencia, s. d. (1921), pp. 135-136, donde Michels vuelve a los te-

fuera más difícil prever el resultado de un sondeo similar realizado a nivel internacional. Hay un amplio anecdotario al respecto.

Friedrich Stampfer, que había tomado contacto con el marxismo a través de la polarización kautskiana de *El Capital*, pidió prestada la obra de Marx en una biblioteca obrera y encontró las primeras veinte páginas con las huellas de numerosas lecturas mientras el resto del volumen estaba intacto.¹²²

En América, el líder del Socialist Party, Eugene V. Debs, confesaba que Marx le dejaba frío pero leía a Kautsky con mucho gusto.¹²³ William Morris, acerca de cuyo conocimiento de las obras de Marx hay opiniones diversas, declaró en una ocasión que se había declarado marxista para darse importancia, y a propósito de su lectura de Marx dijo:

He intentado... estudiar el aspecto económico del socialismo y me he acercado a Marx, pero debo confesar que si bien he apreciado plenamente la parte histórica de *El Capital*, mi cerebro ha experimentado el miedo a la confusión al leer la parte meramente económica de esta gran obra.¹²⁴

Probablemente, al menos en lo que se refiere a los cuadros intermedios del movimiento obrero y a los dirigentes alejados de la experiencia de la socialdemocracia alemana, hay que dar una respuesta negativa a la polémica pregunta de Antonio Labriola:

¿Acaso los escritos de Marx y Engels... fueron leídos alguna vez *por entero* por alguien, fuera de la esfera de sus próximos amigos y adeptos, y por tanto, de los seguidores e intérpretes directos de los mismos autores?

Pero Labriola se planteaba también el problema de la *unidad* de la

mas de los ensayos de 1906 y 1907 (cf. MICHELS, «Storia del marxismo in Italia», cit., pp. 73 y ss.).

¹²² STEINBERG, «Sozialismus», cit., p. 137.

¹²³ McALISTER COLEMAN, «Eugene V. Debs. A man unafraid», Nueva York, 1930, pp. 168-169.

¹²⁴ P. METER, «La pensée utopique de William Morris», París, 1972, p. 295.

obra de Marx y Engels:

¿En alguna ocasión han sido objeto de comentario y de ilustración *todos* esos escritos por personas que estuviesen fuera del área que se ha formado en tomo a la tradición de la deutsche sozialdemokratie, en cuya labor de aplicación y de explicación ha prevalecido durante muchos años sobre todo la *Neue Zeit*, revista indispensable para las doctrinas del partido?¹²⁵

Por otra parte, la definición de *El Capital* como la Biblia o el catecismo del movimiento obrero debía tener un origen real. El hecho es que la «suerte» y la «acogida» no se referían tanto a la obra de Marx en sí misma, a sus «abstracciones matemáticas y silogísticas», cuanto a su traducción «en un lenguaje común». Adolfo Posadas, un estudioso madrileño del socialismo que no era marxista, se planteaba explícitamente el problema e intentaba dar una respuesta a su pregunta:

Mi problema parte del presupuesto de la gran popularidad de la obra de Marx teniendo en cuenta el hecho de que:

- 1) no es conocida íntegramente;
- 2) la parte que conocemos, la conocemos desde hace poco tiempo;
- 3) no es muy clara y es bastante difícil de leer y de entender;
- 4) ofrece escaso atractivo literario;
- 5) ha sido y continúa siendo objeto de un número muy elevado de interpretaciones, hasta el punto de que actualmente no es fácil decir qué es realmente *El Capital* y es también difícil explicar científicamente las doctrinas de que se compone el pensamiento de Marx: materialismo histórico, lucha de clases, plusvalía, etc.

Hasta hoy no ha habido en la historia una popularidad tan grande y universal como la de *El Capital* de Marx. Es suficiente hablar con nuestros obreros para convencerse de ello. Desde luego, no lo han leído. ¿Cómo podrían leer una obra de tales proporciones y características? Pero saben de ella; están informados, discuten con argumentos y reflejan, con mayor o

¹²⁵ LABRIOLA, «La concezione materialistica della storia», cit., p. 185.

menor fidelidad y pureza, la doctrina de *El Capital*.¹²⁶

Una pregunta como ésta, que se refiere en general al tema de la vulgarización del marxismo, puede ser respondida (después de las respuestas que se han apuntado en las páginas anteriores) abordando un último aspecto del problema de los vehículos de difusión de la doctrina marxista: los manuales, las síntesis, las explícitas vulgarizaciones. Realmente parece casi incomprensible que se haya perdido todo conocimiento de la extraordinaria cantidad de manuales enciclopédicos de explicación, ilustración o incluso crítica del marxismo, que se publicó entre los años setenta y la Primera Guerra Mundial. Los únicos textos de los que se han mantenido un recuerdo en la literatura historiográfica sobre el socialismo y sobre el marxismo de la época de la Segunda Internacional (aparte de los compendios de *El Capital*), se pueden contar con los dedos de una mano: Schäffle, De Laveleye, Hunter, Walling, Compère-Morel. En realidad hubo centenares de textos que siempre eran objeto de una atenta recensión en la *Neue Zeit*: desde los alemanes Winterer y Cathrein al *Diccionario* de Hugo y Stegmann que contiene una afectuosa biografía de Marx, de los franceses Bécheaux, Bourdeau, Naudier, a los ingleses Rae y Kaufmann, a la jungla de los vulgarizadores americanos Ely, Bliss, Spargo, Skelton, Cross y al holandés Quack.¹²⁷

Si alguien hubiese aceptado la invitación contenida hace más de veinte años en un ensayo de Hobsbawm sobre los críticos Victorianos del «doctor Marx» habría podido entrar en contacto con un volumen indeterminado de textos de vulgarización centrados en el resumen del marxismo.¹²⁸ Estos textos pueden agruparse a grandes líneas en cuatro grandes categorías: la primera, que es la más conocida, comprende las síntesis, los comentarios y las paráfrasis explícitamente ligadas a *El*

¹²⁶ A. POSADAS, «Socialismo y reforma social», Madrid, 1904, pp. 82-83.

¹²⁷ No es posible citar ni tan sólo una parte de los centenares de vulgarizaciones, manuales, etc. Los mismos manuales ofrecen útiles bibliografías: cf., para todos, L. CROSS, «The essentials of socialism», Nueva York 1912, pp. 74 y ss.

¹²⁸ E. J. HOBBSAWM, «Il dottor Marx e i critici vittoriani» (1956), en Id., *Storia del movimento operaio*, Turín, 1972, pp. 279-291.

Capital, redactadas la mayor parte de las veces por marxistas (el menos conocido es, tal vez, *Marxian Economics* de Ernest Untermann)¹²⁹ o las vulgarizaciones, en general realizadas desde una óptica marxista, de aspectos específicos de la doctrina; a la segunda podrían pertenecer todas las grandes síntesis históricas que prestan atención al socialismo, sobre todo desde el punto de vista del desarrollo del movimiento obrero; la tercera comprende los ensayos sobre socialismo (pero sobre todo sobre el marxismo, al que se considera como la máxima y más coherente expresión de aquél) con intención crítica o de carácter académico: tienen el objetivo de refutar la teoría del valor o el «determinismo económico» (en esta categoría pueden incluirse, aunque sea un punto de vista muy particular, los críticos católicos, como Cathrein); a la cuarta corresponden los numerosísimos manuales de divulgación de tipo «periodístico», como «el socialismo del hombre medio», «el socialismo al alcance de todos», «el socialismo del sentido común»; pero la lista podría continuar con otros tipos de divulgación, algunos de los cuales tuvieron incluso un extraordinario éxito, como las versiones literarias de la lucha de clases (Jack London, Upton Sinclair)¹³⁰ o la literatura utopista (Bellamy).¹³¹ No es fácil reconstruir la tipología de los manuales del socialismo y del marxismo, pero probablemente tuvieron un triple origen: un intento antisocialista inmediatamente político, como en el caso del Schäßle y del Cathrein; una crítica «científica», como en el caso de los críticos ingleses y los socialistas de cátedra; o una voluntad meramente informativa.

La necesidad de disponer de una literatura a nivel de manual sobre el marxismo era sentida bastante explícitamente por los dirigentes so-

¹²⁹ E. UNTERMANN, «Marxian Economics. A popular introduction to the three volumes of Marx's "Capital"», Chicago, 1907.

¹³⁰ K. B. BECKER, «Die Muckrakers und der Sozialismus. Eine Untersuchung zum politischen Bewusstsein in der Progressive Era», Berna-Frankfurt am Main, 1974.

¹³¹ El libro de Bellamy fue uno de los más leídos en cifras absolutas; sobre su éxito internacional, cf. «Edward Bellamy Abroad. An American Prophet's Influence», Nueva York, 1962.

cialistas y, en general, por quienes se situaban entre una voluntad de difundir el marxismo y la militancia política. Florence Kelley, a la que ya hemos mencionado varias veces, polemizando violentamente contra «la primera popularización de la economía de Marx escrita por el socialista Laurence Gronlund», es decir la Cooperative Commonwealth, una obra «desgraciada y popular a toda costa», acaba proponiendo al mismo Engels la cuestión de la divulgación en manuales:

Estoy muy preocupada (escribía a Engels) por la falta de literatura socialista en inglés, y ahora que el *Kapital* y la *Lage* están disponibles necesitaremos otras obras científicas más breves, como la *Entwicklung*, la *Ursprung* y otras, que no sean ni opúsculos populares para la propaganda de masas, ni gruesos volúmenes cuya comprensión requiera una preparación, sino pequeños libros manejables para jóvenes con instrucción general pero sin una preparación específica para la investigación económica.

Pero poco tiempo después, convencida por Engels para dedicarse ella misma a la redacción de una obra de este tipo, y tras haber escrito un opúsculo basado en gran medida en *El Capital*, aconsejaba a sus lectores que completaran la cultura socialista a través del libro de Gronlund (además, naturalmente, de los textos citados de Engels y de Marx, de la *Ancient Society* de Morgan y de *La mujer y el socialismo* de Bebel).¹³²

Pero, si bien los manuales procedentes de las filas del movimiento obrero eran, sobre todo en América, de una cierta consistencia, la mayor parte procedía del campo adversario. El área geográfica y cronológica de origen era principalmente Francia y Alemania en los años setenta, aún bajo el shock de la Comuna la primera y preocupada por el avance socialista la segunda; son los Schäßfle, los De Laveleye, la publicística de los «socialistas de cátedra».

A partir de 1890 tiene lugar un auténtico cambio y las obras de divulgación se publican a centenares, incluyendo bibliografías cada vez más abundantes y resúmenes del pensamiento de Marx y Engels cada vez más elaborados. Son los años en los que el marxismo entra con fuer-

¹³² BLUMBERG, «Florence Kelley», cit., p. 57.

za en las universidades, en el marco de un interés intenso y amplio, en general, por las ciencias sociales: dan cursos sobre el socialismo y sobre la socialdemocracia Thorstein Veblen en la Universidad de Chicago, Bertrand Russell en la London School of Economics, Wagner en Berlín, Durkheim en París. Los principales estudiosos de ciencias sociales, de Sombart a Pareto, las grandes revistas sociológicas internacionales, dedican amplio espacio al marxismo y al socialismo. Los manuales, las vulgarizaciones son un eco pobre pero vivo de este interés, a menudo mezclado con una feroz aversión por el socialismo; a principios de siglo los ríos de tinta de los escritores desembocan en un auténtico mar.

Objetos preferentes de intervención son la teoría del valor y el materialismo histórico, temas que son refutados, presentados e interpretados en una increíble cantidad de versiones; el materialismo histórico habría acertado al resituar el papel de las grandes personalidades en la historia, pero correría el peligro de perder de vista la dimensión ética de la existencia; o bien no sería una teoría equivocada en la interpretación del pasado, pero sería falaz en el presente y anticientífica en su pretensión de prever el futuro. La teoría del valor suele ser discutida sobre la base de la crítica marginalista. Se trata en general de un tipo de presentación del marxismo que procede a través del esquema de la trinidad: materialismo histórico-teoría del valor-lucha de clases, realizando un progresivo aislamiento de los tres términos y ofreciendo una imagen de la política, de la teoría económica y de la interpretación de la historia por parte de los socialistas científicos como si fueran tres campos separados.

La doctrina marxista (se lee en el texto del Hughan) comprende una teoría de la historia y un sistema de economía pura, con deducciones de ambos en el terreno de la situación presente de la sociedad. Ambos pueden existir o dejar de existir por separado, ya que no tiene nada en común, excepto el hecho de que Marx los ha elaborado.¹³³

¹³³ J. W. HUGHAN, «American socialism of the present day», introducción de J. Spargo, Nueva York, 1911, p. 18.

En la oleada de la gran discusión internacional sobre la concepción materialista de la historia (a la que se debe entre otras razones el éxito internacional de Antonio Labriola) que interesó a círculos académicos no sospechosos de socialismo, el materialismo histórico acabó convirtiéndose en una simple contribución científica de Marx a la cultura moderna, y sólo cuando, fuera de la ciencia, algunos lo aplicaban a la sociedad contemporánea, pretendiendo interpretar los procesos de la misma, se convertía en una doctrina socialista. Así mismo, la teoría del valor, aislada a su vez, aparecía como una simple fórmula aritmética en el marco de un «sistema de economía pura» en el que, como ha observado Lucio Colletti, se realizaba una «adulteración profunda del concepto de economía».¹³⁴

Sin embargo, incluso los textos más hostiles suelen ser generosos en reconocimientos: el marxismo ha dado una base científica a las reivindicaciones socialistas, ha superado, hasta anular las tradiciones del mismo, toda forma de socialismo utópico y, sobre todo, Marx ha creado el movimiento y ha conseguido reunir en torno a sus doctrinas a millones de hombres. La ingenua aritmética del socialismo universal hacía calcular a Robert Hunter en 1907 que los votos socialistas eran 7.434.616.¹³⁵

El círculo se cerraba, afirmaba T. Edwin Brown: de los principios del año 89 y de la filosofía de Hegel había surgido una fuerza que había permitido a Marx, «el Melantón de la reforma social», liberar como Moisés a su pueblo de la esclavitud capitalista y llevarlo hacia la tierra prometida del socialismo:

El filósofo ha alcanzado su objetivo. Los abstractos principios que pocos podían comprender se han filtrado a través de todas las redes de la sociedad, hasta que la ira de la necesidad los ha traducido al lenguaje corriente y amenazante y los ha convertido en el grito de guerra del igno-

¹³⁴ El tema ha sido desarrollado en particular en las pp. XXX y ss. de la *Introducción* de L. Colletti a E. BERNSTEIN, «I presupposti del socialismo e i compiti della socialdemocrazia», Bari, 1968.

¹³⁵ R. HUNTER, «Socialists at work», Nueva York, 1908, p. 322.

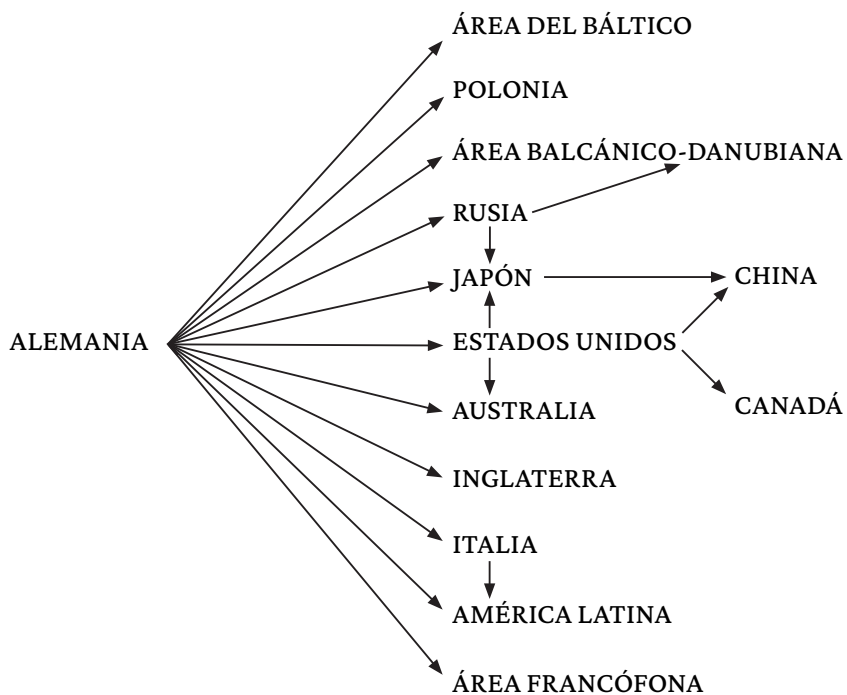
rante y del desesperado. El ama de casa de Chicago y el filósofo de Jena se dan la mano.¹³⁶

Así pues, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, el marxismo había llegado al ama de casa de Chicago, a grupos de intelectuales chinos, a numerosos estudiantes de todas partes y sobre todo a millones de obreros de todo el mundo. Estos no habían leído a Marx, pero discutían con argumentos procedentes de sus obras. No conocían *El Capital*, pero sabían que su destino estaba finalmente en sus manos: habían conquistado, a través del partido y del marxismo, formas más elevadas de conciencia, aunque se trataba de un marxismo pobre, reducido a esquema, transformado en argumentos para la discusión de café.

Hemos llegado pues al planteamiento inicial: expansión y empobrecimiento, difusión y esquematización, ampliación y sistematización. Pero la contradicción está en la historia y no se puede resolver. Es un hecho que el marxismo abrió, en la época de la Segunda Internacional, un capítulo nuevo y original en la historia de las ideas y de las luchas sociales: éstas no siguieron los esquemas y las previsiones del marxismo de entonces, pero precisamente aquel período de desarrollo extensivo del marxismo y del movimiento obrero (en expresión de Lenin) harían posible por primera vez experimentar y recorrer los caminos de la revolución.

¹³⁶ T. EDWIN BROWN, «Studies in modern socialism and labor problems», Nueva York, 1896, p. 29.

La geografía del marxismo:



Fuentes.

En general, cf. HOBBSAWM, *La diffusione del marxismo (1890-1905)*, en «Studi storici», 1974, pp. 241- 269; *Geschichte der Arbeiterbewegung (ITH Tagungsberichte)*, 7, *Internationale Tagung der Historiker der Arbeiterbewegung* (IX Linzer Konferenz), Linz 14. bis 15. Septiembre 1973, Viena 1973.

Para los distintos países, cf. R. HEBERLE, *Zur Geschichte der Arbeiterbewegung in Schweden*, Iena 1925; C. MARTINET, *Le socialisme en Danemark*, París 1893; L. BLIT, *The Origins of Polish socialism. The history and ideas of the first Polish Socialist Party 1878-1886*, Cambridge 1971; U. HAUSTEIN, *Sozialismus und nationale Frage in Polen...*, Colonia-Viena 1969; G. STROBEL, *Die Partei Rosa Luxemburgs, Lenin und die Spd*, Wiesbaden 1974; T. SÜLE, *Sozialdemokratie in Ungern. Zur Rolle der Intelligenz in der Arbeiterbewegung 1899- 1910*, Colonia-Graz 1967; G. L. JARAY, *La question sociale et le socialisme en Hongrie*, París 1909; J. ROTHSCHILD, *The Communist Party of Bulgaria. Origins and development (1883-1936)*, Nueva York 1959; A. DEAC, *Engels si Romana*, Bucarest 1970; N. COPOIU, *Socialismul european si miscarea muncitoreasca si socialista din Romania 1835-1921*, Bucarest 1971; W. D. McCLELLAN, *Svetozar Markovic and the origins of Balkan Socialism*, Princeton 1964; G. B. LEON, *The Greek socialist movement and the First World War. The road to unity*, Boulder 1976; B. P. MANTHOPULOS, *Die Geschichte der sozialen Frage und des Sozialismus in Griechenland (1821-1861)*, Hannover 1961; R. KINDERSLEY, *The first Russian Revisionists. A study of legal Marxism in Russia*, Oxford 1962; H. KUBLIN, *Asian Revolutionary. The life of Sen Katayama*, Princeton, 1964; M. BERNAL, *Chinese Socialism to 1907*, Ithaca-Londres 1976; T. DRAPER, *The origins of American Communism*, Nueva York 1957; J. WEINSTEIN, *The decline of socialism in America 1912-1925*, Nueva York-Londres 1967; C. CAMPORESI, *Il marxismo teorico negli Usa. 1900-1945*, Milán 1973; *The Australian Labor movement 1850-1907. Extracts from contemporary documents selected by R. N. Ebbels*, a cargo de L. C. Churchward y C. M. H. Clark, Sidney 1960; A. ST. LEDGER, *Australian Socialism. An historical sketch of its origin and developments*, Londres 1909; R. MICHELS, *Storia del marxismo in Italia. Compendio critico*

con annessa bibliografia, Roma 1909; C. TSUZUKI, *H. M. Hyndman and british socialism*, Oxford 1961; R. CHALLINOR, *The origins of British Bolshevism*, Londres 1977; VV.AA., *El marxismo en América latina*, Buenos Aires 1972; J. RATZER, *Los marxistas argentinos del '90*, Córdoba 1969; L. PAN, *Justo y Marx. El socialismo en la Argentina*, Buenos Aires 1964; V. CHACON, *Historia das ideias socialistas no Brasil*, Río de Janeiro 1965; J. W. F. DULLES, *Anarchists and communists in Brazil, 1900-1935*, Austin-Londres 1973; M. DOMMANGET, *L'introduction du marxisme en France*, Lausana 1969; C. WILLARD, *Le mouvement socialiste en France (1893-1905): les guesdistes*, París 1965; J. DESTRÉE-E. VANDERVELDE, *Le socialisme en Belgique*, París 1898; E. VANDERVELDE, *Le Parti ouvrier belge*, Bruselas 1925.

ERIC J. HOBSBAWM

La cultura europea y el marxismo entre los siglos XIX y XX

Las historias del marxismo han solido definir su campo de investigación por exclusión: su ámbito está delimitado por los que no son marxistas, una categoría que tanto los marxistas doctrinarios como los antimarxistas declarados tienden a ampliar al máximo, en base a criterios ideológicos y políticos. Incluso los historiadores más omnicomprendivos y ecuménicos han trazado una neta separación entre «marxistas» y «no marxistas» y han limitado su atención a los primeros, aunque estuvieran dispuestos a incluir en ellos una gama lo más amplia posible. En efecto, esta distinción es necesaria, ya que si no existiera, una historia peculiar del marxismo no tendría razón de ser y quizá ni tan sólo sería posible. Sin embargo, estos historiadores han concebido con frecuencia la historia del marxismo exclusivamente como historia del desarrollo de la ideología marxista propiamente dicha y del debate en el seno de ésta, olvidando toda el área de «irradiación» del marxismo, de notable importancia, aunque no sea fácilmente determinable. Pero esta área no puede ser olvidada por los historiadores del mundo moderno y no puede ser considerada como algo distinto y separado de los movimientos marxistas. Una historia del «darwinismo» no puede limitarse a los hombres de ciencia darwinianos y a algunos biólogos, sino que necesariamente tendrá que tener en cuenta, aunque sólo sea marginalmente, la utilización de ideas, metáforas o incluso simples locuciones darwinianas que han pasado a formar parte del universo intelectual de personas que nunca se han ocupado de la fauna de las islas Galápagos o de las precisas modificaciones que la genética moderna ha introducido en la teoría de la selección natural. Análogamente, la influencia de Freud se ha extendido mucho más allá de las distintas escuelas psicoanalíticas y de sus divergencias y conflictos, y ha alcanzado a muchas personas que en muchos casos no han leído ni una línea del fundador del psicoanálisis. En realidad Marx, como Darwin y Freud, forma parte de aquel

reducido número de pensadores que, con sus ideas, han pasado a formar parte de un modo u otro de la cultura general del mundo moderno. En lo que se refiere al marxismo, su influencia en la cultura ha empezado a notarse aproximadamente en la época de la Segunda Internacional.

1. El área de irradiación del marxismo

La gran expansión de los movimientos obreros y socialistas, que tenían como punto de referencia el nombre de Karl Marx, tuvo lugar en las dos últimas décadas del siglo XIX y determinaron una amplia difusión de las teorías del mismo Marx (o que así se consideraban), tanto dentro como fuera de esos movimientos. Dentro de ellos, el «marxismo» (acerca del origen y el desarrollo de este término véase lo que escribe Haupt¹³⁷) entró en competencia con otras ideologías de la izquierda y en varios países, al menos oficialmente, las desbancó. Fuera, el impacto de la «cuestión social» y la creciente presión de los movimientos socialistas provocó gran atención por las ideas de Marx, cuya originalidad de pensamiento y estatura intelectual estaban fuera de discusión, mientras que su nombre era cada vez más identificado con el socialismo.

A pesar de las tentativas polémicas de demostrar que Marx podía ser fácilmente refutado y que no había dicho mucho más que los primeros socialistas y críticos del capitalismo (o que les había plagiado en gran medida), los más serios estudiosos no marxistas raramente cometieron errores tan elementales.¹³⁸ Dentro de ciertos límites, su análisis fue utilizado incluso para integrar análisis no marxistas, como sucedió cuando algunos economistas ingleses, conscientes de los límites de la teoría malthusiana ortodoxa sobre el paro, manifestaron en los años ochenta

¹³⁷ Cf. G. HAUPT, «Marx y el marxismo», en el segundo volumen de esta obra.

¹³⁸ En lo que se refiere a las fuentes inglesas sobre el tema, cf. E. J. HOBBSAWM, «Studi di storia del movimento operaio», Turín, 1978, pp. 279 y ss.; un autorizado punto de vista alemán en R. STAMMLER, *Materialistische Geschichtsauffassung*, en «Handwörterbuch der Staatswissenschaften», 1900.

un positivo interés por la teoría de Marx sobre el «ejército industrial de reserva».¹³⁹ Naturalmente, una aproximación desinteresada de este tipo podía realizarse más fácilmente en países, como Inglaterra, en los que el movimiento obrero tenía en aquel período una consistencia más bien escasa. En cambio, donde éste era más fuerte era también mayor la necesidad de contrarrestarlo, recurriendo a la artillería pesada de los intelectuales académicos, o bien se sentía con mayor urgencia la necesidad de comprender el carácter y las razones del atractivo que tenía. Estas exigencias hicieron surgir, especialmente en Alemania y en Austria, hacia mediados y finales de los años noventa, obras científicas de gran valor, como *Das Ende des Marxschen Systems* de Böhm-Bawerk (1896), *Wirtschaft und Recht nach des materialistischen Geschichtsauffassung* de Rudolf Stammler, o *Die Arbeiterfrage* de Heinrich Herkner (1896).¹⁴⁰

Una tercera forma de influencia del marxismo fuera de los movimientos obreros y socialistas se ejerció a través de los estudiosos semi-marxistas o ex marxistas, cada vez más numerosos a partir de la «crisis del marxismo» de finales de los años noventa. En ese período se produjo el fenómeno bastante frecuente del marxismo como estadio provisional de la evolución política e intelectual de muchos hombres y mujeres, y es sabido que en general quienes atraviesan ese estadio quedan marcados de algún modo por él. Para comprender la influencia que tuvo esta primera generación de ex marxistas de los últimos veinte años del siglo XIX sobre la vida cultural e intelectual de su época, baste recordar a personalidades como Croce y Gentile en Italia; Struve, Berdiaev y Tugan-Baranovski en Rusia; Sombart y Michels en Alemania, y en un campo no académico, Bernard Shaw en Inglaterra. A los ex marxistas hay que añadir aquellos que, en número creciente, aunque eran reticentes a romper los ligámenes con el marxismo, tendían a distanciarse de lo que cada vez más se estaba elaborando como una precisa ortodoxia (como muchos intelectuales «revisionistas» alemanes) o de aquellos que, aun

¹³⁹ HOBBSAWM, «Studi», cit., pp. 282 y ss.

¹⁴⁰ Una buena reseña de la literatura disponible lo constituye la bibliografía del artículo de K. DIEHL, *Marx*, en «Handwörterbuch», cit.

no siendo marxistas, se sentían atraídos por algunos aspectos de las ideas de Marx, principalmente por haberse aproximado a la izquierda socialista.

En mayor o menor medida, estas formas de irradiación del marxismo se encuentran en ese período allí donde se habían desarrollado movimientos obreros y socialistas, es decir en la mayor parte de Europa y en algunas áreas de otros continentes, pobladas principalmente o en gran medida por inmigrantes europeos. En cambio, se puede decir que no había rastros fuera del radio de expansión de esos movimientos, tal vez con la excepción, bastante marginal, del Japón.¹⁴¹ No hay pruebas de influencia marxista en los movimientos prerrevolucionarios aparecidos en la India hacia 1914, a pesar de la influencia ejercida por grupos de intelectuales no sólo ingleses, sino también rusos, aunque la base social que estuvo en el origen de los terroristas bengalíes hacia 1914 resultó posteriormente notablemente receptiva con respecto al marxismo. Tampoco las hay en el mundo islámico, en el África subsahariana, o en América del Sur, con la excepción del cono Sur, caracterizado por una masiva inmigración europea. Por ello podemos eliminar todas estas áreas de nuestro análisis.

Por otra parte, la irradiación del marxismo ha sido particularmente importante y general en algunos países europeos, en los que se puede decir que todo el pensamiento social, independientemente de sus conexiones políticas con los movimientos obrero y socialista, ha estado marcado por la influencia de Marx. En lo que se refiere a estos países, Marx, más que representar un peligro para las ideologías burguesas establecidas (casi totalmente ausentes), puede ser considerado uno de los principales «padres fundadores» del pensamiento político y social, al que hay que referirse en cualquier análisis de la sociedad y de sus transformaciones. Éste era el caso de muchos países de Europa oriental, empezando por la Rusia zarista, en los que en aquel período no se podía ignorar a Marx, que constituye desde entonces una parte integrante del

¹⁴¹ Sobre el marxismo japonés, véase el ensayo de H. MIZUTA en la parte de esta obra dedicada a la época de la Tercera Internacional.

tejido intelectual. Esto no significa, naturalmente, que todos los que de un modo u otro sufrieron su influencia se considerasen o puedan ser considerados marxistas en un sentido específico.

2. Una periodización de la época de la Segunda Internacional

Aunque el período de tiempo que aquí se examina abarca poco más de un cuarto de siglo, no puede ser considerado como una unidad uniforme, sino que debemos distinguir al menos tres períodos. Un primer período, que abarca los años ochenta y los primeros años noventa, se caracteriza primero por el nacimiento de una serie de partidos socialistas y obreros, de orientación más o menos marxista, y después sobre todo por el gran avance que estos movimientos realizaron en los primeros cinco o seis años de vida de la Internacional. Pero lo más importante en esta fase no es tanto la fuerza organizativa, electoral o sindical de estos movimientos (aunque en algunos casos esta fuerza fue bastante notable), cuanto su repentina irrupción en la escena política de los respectivos países y a nivel internacional (a través de iniciativas como la fiesta del 1.º de mayo), así como la impresionante oleada de esperanza, a veces cargada de utopía, que sacudió a la clase obrera y de la que los mismos movimientos aparecían como portadores y como prolongación. El capitalismo estaba en crisis y su derrumbe parecía inminente, aunque no siempre esta perspectiva se concibiera y analizara de una forma específica; tanto la penetración del marxismo en los movimientos obreros (el partido socialdemócrata alemán se adhirió oficialmente al mismo en 1891) como su irradiación positiva o negativa fuera de los mismos movimientos, realizaron extraordinarios progresos en no pocos países.

El segundo período se puede situar a mediados de los años noventa, cuando la recuperación de la expansión capitalista a escala mundial parecía evidente. En los países donde existían, los movimientos de masas socialistas y obreros continuaron desarrollándose rápidamente, a pesar de algunas fluctuaciones y reflujos; en algunos países, surgieron también en esta fase movimientos de masas u otros movimientos organiza-

dos sobre una base más o menos permanente. Por otra parte, donde esos movimientos eran legales, aparecía cada vez con mayor claridad que su objetivo inmediato no era ni la revolución ni la transformación radical de la sociedad. La «crisis en el marxismo»,¹⁴² que observadores externos habían empezado a señalar sobre todo a partir de 1898, no se resolvía en el debate sobre el significado que debía tener para el marxismo el hecho de que el capitalismo estuviese aún vivo y floreciente (el debate «revisionista») sino que estaba producida por la aparición de grupos con intereses muy distintos en el seno de lo que hasta muy poco tiempo antes aparecía como la fuente unívoca del socialismo; recuérdense las escisiones que se produjeron en el seno de los movimientos austríaco, polaco y ruso. Todo esto transformaría profundamente tanto el carácter de los debates en el seno del marxismo y de los movimientos socialistas, como la influencia del marxismo fuera de ellos.

La revolución rusa de 1905 abre el tercer período, cuyo final puede situarse en 1914. Esta fase se caracteriza por la reanudación de amplias acciones de masas (primero, en la estela de la revolución de 1905 y, posteriormente, en las agitaciones obreras de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial) a las que corresponde una recuperación de la izquierda revolucionaria, tanto dentro de los movimientos marxistas como fuera de ellos (sindicalismo revolucionario). Al mismo tiempo continuaban creciendo las dimensiones de los movimientos obreros de masas organizados: entre 1905 y 1913, los afiliados a los sindicatos socialdemócratas en los países vinculados a la Internacional sindical de Amsterdam casi se doblaron, pasando de tres a casi seis millones de personas,¹⁴³ mientras los socialdemócratas, en los mismos países, se

¹⁴² Puede ser oportuno recordar que la expresión original de Masaryk, formulada en 1898, era precisamente «la crisis *en* el marxismo»; pero en el transcurso del debate revisionista fue rápidamente cambiada por «la crisis *del* marxismo», como Labriola advirtió, inmediatamente: cf. E. SANTARELLI, «La revisione del marxismo in Italia», Milán, 1977, p. 310.

¹⁴³ En estas cifras no se incluyen los sindicatos de los Estados Unidos, acerca de los cuales no hay datos hasta 1909; cf. W. WOYTINSKY, «Die Weit in Zahlen», Berlín, 1926, vol. II, p. 102.

convirtieron en el mayor partido existente, obteniendo del 30 al 40 % de los votos en Alemania, Finlandia y Suecia.

Naturalmente, aumentaba también el interés por el marxismo fuera de los movimientos socialistas. A este respecto podemos observar que en la revista de Max Weber *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* se publicaron sólo cuatro artículos sobre el tema entre 1900 y 1904, pero se publicaron quince entre 1905 y 1908, mientras en Alemania el número de tesis doctorales sobre el socialismo, sobre la clase obrera y sobre temas análogos pasó de dos o tres en los años noventa a una media de cuatro entre 1900 y 1905, de 10,2 en el período 1905-1909 y de 19,7 en el período 1909-1912.¹⁴⁴ Dado que en este período el movimiento revolucionario no se identificaba únicamente con el marxismo, sino que en los años inmediatamente anteriores a la Primera Guerra Mundial habían empezado a entrar en competencia con éste el sindicalismo revolucionario y otras formas más o menos definidas de rebeldismo, la influencia del marxismo tanto sobre sus potenciales simpatizantes como sobre sus adversarios resulta bastante complicada y de difícil definición. Puede decirse que esta influencia se distribuyó, de una u otra forma, con mayor amplitud que en el pasado a través de las obras no sólo de los ya numerosos ex marxistas, sino también de cuantos intentaban definir su posición con respecto al marxismo.

3. La influencia del marxismo en las ideologías y en los movimientos

Si queremos precisar más la influencia del marxismo, debemos tomar en consideración otras dos grandes variables, además de la que representan las estrictas dimensiones y por tanto la presencia política de los partidos obreros y socialistas. Nos referimos a saber en qué medida estos mismos partidos eran marxistas y en qué medida el marxismo

¹⁴⁴ E. J. HOBBSAWM, *La diffusione del marxismo*, en «Studi storici», XV, 1972, n.º 2, pp. 263-264.

ejercía una atracción en la capa social que más tiende a interesarse por las teorías, es decir los intelectuales.

Respecto al primer problema, los movimientos obreros podían clasificarse del siguiente modo: *a)* oficialmente identificados con el marxismo o dispuestos a identificarse; *b)* vinculados a otras ideologías de carácter revolucionario, o análogas, de tipo socialista; *c)* esencialmente no socialistas. En términos generales, la mayor parte de los partidos miembros de la Segunda Internacional, con la socialdemocracia alemana a la cabeza, eran del primer tipo, aunque la hegemonía que ejercía el marxismo en ellos ofuscaba la presencia de otras matrices ideológicas. Sin embargo, en algunos movimientos, como el francés, predominaban tradiciones revolucionarias más antiguas de carácter local, algunas de ellas sin apenas influencia marxista. En algunos países la izquierda socialista tenía un predominio aplastante en estos partidos, y en otros competía con otras ideologías y movimientos.

De cualquier modo, entre las ideologías rivales de la izquierda (con la excepción de algunas de carácter principalmente nacionalista) la influencia marxista tenía notables posibilidades de penetración, en parte (salvo razones distintas en algún caso particular) por el valor simbólico de su vinculación al principal teórico del socialismo, pero sobre todo porque los análisis teóricos de los primeros acerca de los males de la sociedad estaban bastante poco desarrollados en relación con sus ideas sobre la vía a seguir para realizar la revolución y con sus ideas (más bien vagas, cuando existían) sobre la construcción del futuro posrevolucionario.

Las principales ideologías que pueden interesarnos a los fines de este análisis, además de las de carácter fundamentalmente nacional (que en alguna medida se infiltraron en el marxismo), son el anarquismo y el sindicalismo revolucionario, en parte derivado de aquél, así como las tendencias populistas y, naturalmente, la tradición radical jacobina, en particular en su forma revolucionaria. Pero hay que dedicar una cierta atención, a partir de mediados de los años noventa, al socialismo reformista, deliberadamente no marxista, cuyo principal centro intelectual era la Fabian Society en Inglaterra. Ésta tuvo dimensiones limitadas,

pero su influencia a nivel internacional iba a ser notable, no sólo a través de algunos personajes extranjeros que vivieron durante algún tiempo en Inglaterra (particularmente, Eduard Bernstein) sino también a causa de los ligámenes culturales existentes entre Inglaterra y países como los escandinavos u Holanda. De todos modos, aunque esta irradiación del fabianismo sea interesante, se trata de un fenómeno demasiado limitado para poder detenemos en él.¹⁴⁵

La tradición radical jacobina ha sido muy impermeable a la penetración del marxismo, incluso cuando (o quizás precisamente por esta razón) sus exponentes más revolucionarios estaban más predispuestos a rendir homenaje a un gran nombre revolucionario y a identificarse con sus causas. De ahí procede el singular fenómeno del escaso desarrollo del marxismo en Francia. Hasta los años treinta de nuestro siglo, muchos de los más destacados intelectuales del partido comunista francés no pueden ser seriamente considerados como teóricos marxistas, aunque en ese período muchos de ellos, pero no todos, empezaron a considerarse así. La revista ideológica del partido, *La Pensée*, fundada en 1938, lleva aún el subtítulo de «revista del racionalismo moderno». En cambio, el anarquismo, a pesar de la conocida hostilidad entre Marx y Bakunin, bebió ampliamente en el análisis marxiano, excepto en algunos puntos específicos contrapuestos en ambos movimientos. Esto no nos puede sorprender si se piensa que hasta la exclusión de los anarquistas de la Internacional en 1896 (y en algunos países más tarde), muchas veces no es posible trazar una clara línea divisoria en el seno del movimiento revolucionario entre éstos y los marxistas, ya que ambos son expresión de la misma matriz de revolución y de esperanza.

Mayores eran las divergencias teóricas entre marxismo ortodoxo y sindicalismo revolucionario. Baste pensar que éste rechazaba del

¹⁴⁵ Los principales miembros de la Fabian Society se apartaron de la teoría marxista (que al principio había tenido cierta influencia en reducidos círculos de la ultraizquierda inglesa) a finales de los años ochenta. Sin embargo, aún puede advertirse una clara influencia marxista en algunas partes de los Fabian Essays, en los que se expresaban las opiniones del grupo, y en particular en el capítulo escrito por William Clarke.

marxismo no sólo la visión de la organización y del Estado, sino todo el sistema de análisis histórico, identificado con Kautsky, al que los sindicalistas revolucionarios consideraban determinismo histórico o incluso fatalismo en teoría y reformismo en la práctica. Hay que decir que el sindicalismo revolucionario ejercía una cierta atracción sobre los intelectuales propensos al ideologismo; aunque de todos modos éstos, especialmente los más jóvenes, estaban embebidos de influencias marxistas, entre otras razones porque muchos de ellos procedían directamente del marxismo. De este modo, las teorías de Sorel podían ser definidas con bastante naturalidad como «neomarxistas» por un joven estudioso rebelde inglés, que se situaba en una posición externa con respecto a las escuelas europeas.¹⁴⁶ En realidad, su protesta no se dirigía tanto contra el análisis marxista en sí como contra el evolucionismo y las «incrustaciones positivistas y naturalistas» con las que, según una expresión del joven Gramsci en 1917,¹⁴⁷ la socialdemocracia estaba contaminando el marxismo, o bien contra la curiosa mixtura de Marx con Darwin, Spencer y otros pensadores positivistas que a menudo se hacía pasar por marxismo. En efecto, en Occidente, la mayoría de los marxistas de la primera generación (por ejemplo, los nacidos hacia 1860) procedían de otras posiciones ideológicas; en otras palabras, para ellos el marxismo, aun siendo una teoría nueva y original, se incorporaba a las otras ideologías de la izquierda radical de las que sólo se distinguía por un poco más de radicalismo y por la específica identificación con el proletariado.

La situación era muy distinta en Europa oriental donde (también en este caso con la parcial excepción del nacionalismo) el marxismo había encontrado un enraizamiento mucho más profundo como explicación de las transformaciones sociales en curso en el siglo XIX. Sin influencia real en un primer momento, se fue extendiendo por Rusia y posteriormente por otros países de Europa oriental gracias a la influencia de los

¹⁴⁶ G. D. H. COLE, «The World of Labour», Londres, 1913, p. 167.

¹⁴⁷ A. GRAMSCI, «La rivoluzione contro il "Capitale"», en ID., *Scritti giovanili*, Turín, 1958, p. 150.

intelectuales rusos, aun antes de que en estos países se pudiera hablar de auténticos movimientos obreros, o incluso antes de que se formase una clase obrera y nacieran en ellos ideologías burguesas de cierta importancia y significación. Si Marx consiguió tener en Rusia un número de lectores relativamente amplio antes que en cualquier otro país, fue porque había una capa de intelectuales, no necesariamente protagonistas de la revolución social, que veían en sus teorías el análisis más agudo y la crítica más eficaz de la economía capitalista que empezaba a implantarse en Rusia y a la que, aun combatiéndola y deseando evitar su implantación o derrocarla, querían intentar comprender.

Los primeros marxistas rusos eran populistas, pero no hay que olvidar un cierto número de «economistas académicos, decididamente antirradicales, que sin embargo aceptaban tanto la terminología como el método de análisis económico marxista».¹⁴⁸ Como ideología propiamente dicha, el marxismo se implantó en Rusia con la tesis de que el progreso del capitalismo en aquel país era históricamente irreversible y que podía ser vencido no por fuerzas externas al mismo que no conseguirían enfrentársele (como los campesinos), sino por las fuerzas que él mismo crearía y que estaban destinadas a cavar su sepultura; es decir, que Rusia, como otros países, debería pasar a través de la experiencia del capitalismo.

Por eso en Rusia el marxismo, paradójicamente, además de constituir una teoría alternativa a la posición revolucionaria anticapitalista de los populistas (quienes, de todos modos, ya habían hecho parecidos análisis marxistas sobre el capitalismo), ofreció también una cierta justificación a la misión histórica del capitalismo, actitud más bien anómala en el ambiente ideológico general del país. El marxismo representó así la base del curioso fenómeno de los «marxistas legales», que subrayaron las realizaciones históricas positivas del capitalismo y abandonaron la perspectiva de eliminarlo. Al cabo de poco tiempo, a finales del siglo XIX y principios del XX, se llegó a una especie de re-

¹⁴⁸ R. PIPES, «La teoria dello sviluppo capitalistico in P. B. Struve», en ISTITUTO G. FELTRINELLI, «Storia del marxismo contemporaneo», Milán, 1973, p. 485.

conciliación con la burguesía¹⁴⁹ por parte de un reducido grupo de estudiosos que si hubieran vivido en Europa central u occidental en vez de vivir en Rusia, se habrían sentido más cómodos declarándose liberales no marxistas. Sin embargo, aunque las posiciones de los populistas, de los marxistas y de los «marxistas legales» fuesen divergentes, los tres grupos compartían el análisis fundamental de la naturaleza del capitalismo derivada y desarrollada sobre la base de los escritos de Marx. Si prescindimos de las masas de campesinos analfabetos y de las tentativas marginales (como la de Tolstoi) de situarlos en el centro de alguna forma de elaboración crítica, la izquierda rusa, cualesquiera que fuesen sus programas e ideologías, estuvo profundamente impregnada en su desarrollo por la influencia de Marx.

Fuera del mundo anglosajón, los movimientos obreros de cualquier importancia que continuaron siendo principalmente no socialistas constituían una excepción, pero en cambio tuvieron notable importancia en Inglaterra, en Australia y, en menor medida, en los Estados Unidos. Por otra parte, incluso en estos movimientos el marxismo no dejó de ejercer cierta influencia, aunque menor que la que ejercía en la Europa continental, y tampoco hay que subvalorar la penetración de influencias marxistas en el Nuevo Mundo a través de la inmigración masiva de alemanes, rusos y hombres de otros países, aunque sólo sea como un componente ideológico de su bagaje cultural.¹⁵⁰ Lo mismo puede decirse a propósito del movimiento de oposición y de crítica al *big business*, que suscitó en los Estados Unidos un período de agudas tensiones y efervescencia social e hizo particularmente receptivos, o

¹⁴⁹ A. GERSCHENKRON, «Il problema storico dell'arretratezza economica», Turín, 1965, p. 61.

¹⁵⁰ A escala más reducida, la emigración principalmente política de pequeños grupos de intelectuales (hombres y mujeres) procedentes de países de Europa oriental, contribuyó a difundir la influencia marxista en países que, de otro modo, habrían sido escasamente receptivos: por ejemplo, Charles Rappoport en Francia, Theodor Rothstein en Inglaterra: cf. G. HAUPT, *Le rôle de l'exil dans la diffusion de l'image de l'intelligentsia révolutionnaire*, en «Cahiers du monde russe et soviétique», XIX, 1978, n.º 3, pp. 235-250.

al menos interesados en la crítica socialista del capitalismo, a un cierto número de intelectuales radicales. Pensamos en Thorstein Veblen, y también en economistas progresistas autorizados como Richard Ely (1854-1943) que «probablemente ejerció más influencia que nadie en la economía americana durante su vital período de formación».¹⁵¹ Por estos motivos los Estados Unidos, aunque conocieron una escasa elaboración de un pensamiento marxista autónomo, se convirtieron en un importante centro de difusión de las obras marxistas y de su influencia. Esta difusión se dirigió no sólo hacia los países del Pacífico (Australia, Nueva Zelanda, Japón) sino también hacia Inglaterra, donde, en torno a la primera década del nuevo siglo, grupos reducidos de activistas marxistas del movimiento obrero recibían gran parte de la literatura que les enviaba (no sólo obras de Marx y Engels, sino también de Dietzgen) el editor Charles H. Kerr de Chicago.¹⁵²

Sin embargo, los movimientos obreros no socialistas no parecían poner seriamente en peligro la hegemonía intelectual de los grupos dominantes, y los representantes de éstos no se plantearon el problema de contrarrestar su influencia con mucha urgencia. El debate sobre el socialismo en la primera década del siglo fue de hecho menos intenso que en los veinte años anteriores. Esto explica los contenidos sustancialmente no políticos de los debates que tenían lugar en los primeros años del siglo en el seno del pequeño grupo de intelectuales de Cambridge que formaban el club (secreto) generalmente conocido como «Los Apóstoles» (H. Sidgwick, Bertrand Russell, G. E. Moore, Lytton Strachey, E. M. Forster, J. M. Keynes, Rupert Brooke, etc.). Es cierto que Sidgwick había elaborado una crítica de Marx, y que Bertrand Russell, que estaba en posiciones próximas a los fabianos en los años noventa, había

¹⁵¹ Cf. la voz *Richard T. Ely*, en «International Encyclopedia of the Social Sciences», 1968 (trad. cast. «Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales», Madrid, 1974).

¹⁵² Cf. E. J. HOBBSAWM, en «Studi storici», 1974, pp. 251-252. Es sabido que desempeñaron un cierto papel los caballeros del trabajo en Bélgica, el marxista Daniel De Leon en Inglaterra, y más tarde el grupo de los Industrial Workers of the World (sindicalistas revolucionarios) en varias partes del mundo.

escrito un libro sobre la socialdemocracia alemana; y también es cierto que las últimas generaciones de estudiantes anteriores a 1914 habían empezado a orientarse hacia el socialismo (aunque fuera en su forma no marxista); pero el más eminente de los economistas de este círculo, que resultó ser también el más activo a nivel político (nos referimos a J. M. Keynes —1882-1946—) en este período, no sólo no mostró interés por Marx y por el debate económico sobre Marx, sino que ni tan sólo parece que llegara a conocerlo.¹⁵³

4. Influencias del marxismo en los intelectuales

El segundo factor que nos permite evaluar la influencia del marxismo en este período es la atracción suscitada en los intelectuales de clase media como grupo, independientemente de las dimensiones de los movimientos obreros de los distintos países. En esos años había fuertes movimientos obreros que prácticamente no incluían intelectuales y no ejercían sobre ellos ninguna atracción; así sucedía en Australia (donde había sin embargo un gobierno laborista que estuvo en el poder desde 1904), tal vez porque en aquel continente los intelectuales eran escasos. Tampoco el potente movimiento obrero español, principalmente anarquista, consiguió atraer a muchos intelectuales del país. En cambio conocemos organizaciones revolucionarias marxistas esencialmente limitadas a los ambientes de los estudiantes universitarios, aunque en los mejores tiempos de la Segunda Internacional este fenómeno era

¹⁵³ De todos modos, vale la pena observar que la escuela de economistas británicos más interesada por Marx en los años ochenta y noventa estaba formada por el grupo de estudiosos que quedaron en minoría en la época de la famosa «pugna de los métodos» o «disputa metodológica» (*Methodenstreit*): cf. J. A. SCHUMPETER, «Historia del análisis económico», Barcelona, 1971, pp. 891-893. La mayor parte fueron expulsados de las cátedras económicas y se dedicaron a los estudios de historia económica, a la elaboración de programas de reformas sociales, o entraron en las administraciones estatales. Los estudiosos de Cambridge se habían decantado por el bando vencedor.

más bien raro. De todos modos, sabemos que algunos movimientos socialistas, como el ruso, estaban compuestos principalmente por intelectuales, probablemente porque los obstáculos que se planteaban a la formación de grandes partidos obreros eran muy fuertes. Pero también en otros países, como Italia, la atracción por el socialismo de los intelectuales y profesores universitarios fue particularmente notable, al menos durante un cierto período.

No podemos abordar a fondo en estas páginas el problema de la sociología de los intelectuales como grupos ni plantearnos la cuestión de si forman o no una capa social por sí mismos (la *intelligentsia*), aunque estos problemas fueran muy discutidos por los marxistas. En todos los países había grupos de hombres, y en menor medida de mujeres, que habían recibido algún tipo de instrucción universitaria, y el problema consiste en gran parte en la atracción ejercida en ellos por el socialismo y el marxismo. En los debates que tenían lugar en la socialdemocracia alemana, los que hoy llamaríamos «intelectuales» eran significativamente designados como *Akademiter*, es decir algo parecido a licenciados. A este respecto hay que hacer dos observaciones. En muchos países se hacía una distinción bastante clara, entre quienes practicaban una profesión, entre lo que en Alemania se llamaba *Kunst* (todas las artes) y lo que se llamaba *Wissenschaft* (todo el mundo del saber y de la ciencia), aunque el área de reclutamiento de ambos era la de las clases medias. Así, en Francia, el anarquismo, que en los años noventa atraía en número considerable a los «artistas», en el sentido más amplio del término, ejercía escasa atracción entre los *universitaires*. Aquí sólo podemos limitarnos a poner de manifiesto la diferencia, sin poder profundizar en ella; más adelante examinaremos las relaciones entre el marxismo y las artes. En segundo lugar, hay que distinguir entre los países en los que una minoría de intelectuales ocupaba posiciones destacadas en los partidos y movimientos socialistas, mientras la mayoría de ellos quedaban fuera (como por ejemplo en Alemania y en Bélgica), y los países en los que los términos «intelectuales» e «intelectuales de izquierda» eran casi sustitutivos, al menos en lo referente a los jóvenes (como en Rusia). Naturalmente la mayor parte de los movimientos socialistas dio una

posición destacada en sus direcciones a los intelectuales (Victor Adler, Troelstra, Turati, Jaurès, Branting, Vandervelde, Luxemburg, Plejánov, Lenin, etc.), y de estos grupos casi exclusivamente salieron sus teóricos.

No hay muchos estudios comparados sobre las actitudes políticas de los estudiantes y los docentes universitarios europeos en este período, y aún menos sobre el amplio estrato profesional que incluye a la mayor parte de los intelectuales adultos. Por eso nuestra evaluación de la atracción ejercida en estos grupos por el socialismo y el marxismo sólo podrá ser inductiva.¹⁵⁴ Sin embargo, de un modo global, parece posible afirmar con cierto fundamento que esa atracción sólo fue particularmente notable en algunos países, situados generalmente en la periferia del área capitalista más desarrollada.

En la península ibérica, la mayor parte de los intelectuales había adoptado posiciones anticlericales y radicales. Esto explica tal vez por qué los miembros de la «generación del 98», impulsores de una renovación de España tras las recientes derrotas militares (Unamuno, Baroja, Maeztu, Ganivet, Valle-Inclán, Machado, etc.), no siendo liberales, tampoco se adhirieron al socialismo.

También en Inglaterra los intelectuales eran fundamentalmente liberales de una u otra tendencia, y bastante poco atraídos por el socialismo; sin embargo, una cierta tendencia en este sentido podía advertirse en un sector más marginal, el de las mujeres de clase media que habían recibido una instrucción y que constituían una parte destacada de la Fabian Society y del modelo periodístico, en los años ochenta y noventa, de la «mujer nueva». Un movimiento de estudiantes socialistas de cierta consistencia no empezó a configurarse hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial. Muchos de los intelectuales de la Fabian Society pertenecían a una nueva capa de profesionales que «se habían hecho a sí

¹⁵⁴ Michels ha intentado una evaluación de este tipo y ha señalado la relativa hostilidad de los médicos en Europa occidental con respecto al socialismo (excepto en Italia y en Francia): cfr. R. MICHELS, «Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna», Buenos Aires, 1969, vol. II, p. 52.

mismos», procedentes de la clase obrera, pero sobre todo de la pequeña burguesía (Shaw, Webb, H. G. Wells, Amold Bennett).¹⁵⁵ En realidad, el teórico más interesante de la izquierda inglesa (J. A. Hobson) no era un socialista fabiano, sino un liberal progresista, lo suficientemente cercano a las tendencias de Europa continental para recibir la influencia de Marx (en su *Development of modern capitalism*) y para influir a su vez en los marxistas (con su *Imperialism*). Puede decirse pues que los intelectuales marxistas ingleses fueron casi inapreciables tanto en el aspecto numérico como cultural (con la excepción de William Morris, sobre el que volveremos a hablar más adelante).

La tradición revolucionaria francesa ejerció naturalmente mayor influencia en los intelectuales de aquel país y, en la medida en que incluía un componente socialista autóctono, también se notaron las influencias del socialismo, aunque a menudo sólo como símbolo circunstancial de las opiniones de izquierda (Michels ha observado que, a diferencia de la permanente adscripción al socialismo que puede observarse en otros países, cinco de los seis diputados socialistas elegidos en Francia en 1893, no sólo habían abandonado el socialismo en 1907 sino que se habían convertido en antisocialistas).¹⁵⁶ También formaba parte de la tradición burguesa un ultraradicalismo juvenil. Y por ello no es difícil descubrir tendencias socialistas entre los intelectuales franceses, y algunas instituciones prestigiosas, como la Ecole Normale Supérieure, se convirtieron en un fértil terreno de cultivo de intelectuales socialistas y socializantes a partir de los años noventa, en particular durante el asunto Dreyfus. Sin embargo, la influencia estricta de Marx (o del partido socialista guesdista que hacía referencia a Marx) era bastante limitada,¹⁵⁷ y no hay mucho que decir acerca de la atracción ejercida por

¹⁵⁵ HOBBSAWM, «Trabajadores. Estudios de historia del movimiento obrero», Barcelona, 1979, pp. 244 y ss.

¹⁵⁶ MICHELS, «Los partidos políticos», cit., vol. I, p. 134.

¹⁵⁷ Entre los numerosos *normaliens* que se hicieron socialistas en este período, el único socialista guesdista de cierto relieve era Bracke-Desrousseaux, apreciado estudioso de literatura clásica y traductor de Marx: cf. H. BOURGIN, «De Jaurès à Léon Blum», París, 1938.

el marxismo sobre los intelectuales franceses en este período. En efecto, antes de 1914, las obras de Marx y Engels disponibles en francés fueron bastante escasas con respecto a las ediciones en inglés (incluidas las publicadas en América), y aún más con respecto a las ediciones alemanas, italianas y rusas.¹⁵⁸

Los medios intelectuales y académicos alemanes, a pesar del liberalismo mostrado en 1848, en los años noventa estaban profundamente ligados al Imperio y eran en general decididamente contrarios al socialismo. La excepción la constituían los intelectuales judíos, un 20 o 30 por ciento de los cuales, según una estimación no documentada de Michels en 1907, simpatizaba con la socialdemocracia.¹⁵⁹ Entre 1889 y 1909, mientras las universidades francesas produjeron treinta y una tesis sobre el socialismo, la socialdemocracia y Marx, la comunidad académica alemana, mucho más amplia, sólo produjo once.¹⁶⁰ El marxismo y la socialdemocracia preocupaban a los intelectuales y académicos alemanes, pero no suscitaban simpatías entre ellos. Además está demostrado que entre los que se aproximaban al socialismo, al menos hasta

¹⁵⁸ El veterano guesdista A. ZÉVAÉS, en «De l'introduction du marxisme en France», París, 1947, observa que la traducción del primer libro de «El Capital», «à l'époque, passa à peu près inaperçue». Por lo que respecta al Manifiesto del Partido Comunista, aparte de las publicaciones en la revista de los guesdistas y en un libro de investigación burguesa sobre el socialismo, no fue editado como publicación unitaria hasta 1895 (reimpreso en 1897), y más tarde en la cuidada edición académica a cargo del profesor universitario C. Andler en 1901. La primera edición francesa de «La guerra civil en Francia» es de 1900, la de «El 18 Brumario», es de 1891, la de «Las luchas de clases en Francia», de 1900. En la segunda mitad de los años noventa se publicaron una serie de traducciones: la «Miseria de la filosofía», 1896; «Contribución a la crítica de la economía política», 1899; «Salario, precio y beneficio», 1899; «Revolución y contrarrevolución en Alemania», 1901. Es significativo que el segundo y el tercer libro de «El Capital» (publicados en 1900-1902) no se tradujeran en Francia, sino en Bélgica (ZÉVAÉS, «De l'introduction», cit., cap. X). Entre 1902 y 1914 se publicó muy poco.

¹⁵⁹ MICHELS, «Los partidos políticos», cit., vol. 2, pp. 53-60.

¹⁶⁰ HOBBSAWM, «Studi storici», 1974, p. 245.

los últimos años anteriores a 1914, había muchos más que manifestaban tendencias moderadas o revisionistas que tendencias de izquierda, y como ejemplo la organización de los estudiantes socialistas alemanes fue uno de los portavoces del revisionismo. Por ello es comprensible que el partido socialdemócrata alemán presentase una composición principalmente proletaria, tal vez más que cualquier otro partido socialista de masas.¹⁶¹ Por lo demás, también parece indicar que la atracción de los intelectuales alemanes por el marxismo era relativamente modesta el hecho de que no pocos de los teóricos más influyentes del mismo partido socialdemócrata fueran de origen extranjero: Rosa Luxemburg era de origen polaco, Kautsky y Hilferding procedían de Austria-Hungría, y Parvus de Rusia.

En lo que respecta a los países menores de Europa nordoccidental, en Bélgica y en los países escandinavos surgieron partidos obreros de masas relativamente amplios y fuertes que oficialmente se identificaban con el marxismo (aunque en Bélgica el partido obrero ampliamente extendido recogía también antiguas tradiciones locales de izquierda). Entre los escandinavos, los daneses parecían mostrar mayor interés por Marx que los noruegos y los suecos. En Noruega, aparte de algunos médicos y pastores protestantes, los dirigentes eran obreros en su mayor parte. En Suecia, como en todos los países escandinavos (incluido el potente movimiento finlandés), el movimiento obrero no produjo teóricos de relieve ni contribuyó de un modo significativo a los debates de la Internacional. Más fuerte fue la atracción ejercida en estos países por el socialismo (o por el anarquismo) en los medios artísticos, pero en conjunto, entre los intelectuales escandinavos el socialismo aparece más que nada como una especie de extensión hacia la izquierda del radicalismo democrático y progresista, típico de esta parte de Europa, tal vez con una particular acentuación en lo que se refiere a la reforma en el campo cultural y a la moral sexual. Si alguna figura puede aparecer

¹⁶¹ R. MICHELS, *Die deutsche Sozialdemokratie. Parteimitgliedschaft und soziale Zusammensetzung*, en «Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik», 1906, n.º 23, pp. 471-559.

como representativa de la izquierda teórica de los intelectuales suecos es la de K. Wicksell (1851-1926), que fue un radical, republicano, ateo, feminista y neomalthusiano, pero no se adhirió al socialismo.

El papel desempeñado por Holanda y Bélgica en la cultura europea de estos años fue probablemente superior al que habían tenido en cualquier otro período desde el siglo XVII. En el partido obrero belga, principalmente proletario, tuvieron un papel destacado intelectuales y universitarios procedentes en su mayor parte del ambiente académico racionalista de Bruselas: Vandervelde, Huysmans, Destrée, Héctor Denis, Edmond Picard y más a la izquierda De Brouckère. Sin embargo, tanto el partido como sus exponentes intelectuales se situaban en general a la derecha en el movimiento internacional y en relación con el ambiente internacional sólo pueden ser considerados marxistas por aproximación.¹⁶² Podemos preguntarnos si Vandervelde, a no ser por el contexto y por la época en que actuó, se hubiese considerado a sí mismo marxista. Como observa G. D. H. Cole,

ingresó en el movimiento socialista en un momento en que el marxismo, en su expresión socialdemócrata alemana, había llegado a ser factor tan esencial del desarrollo socialista en el occidente de Europa, que no sólo era casi necesario, sino natural para cualquier socialista del continente que aspirase a la jefatura política, sobre todo en un plano internacional, aceptar el esquema marxista dominante y adaptar su pensamiento a él.¹⁶³

Y, añadimos nosotros, especialmente en un partido obrero de masas de un país pequeño. En todo caso, puede decirse que la influencia del marxismo en los intelectuales belgas no fue particularmente notable.

Holanda, en cambio, donde no se había desarrollado un movimiento obrero con una influencia política comparable a la del belga, ha sido el

¹⁶² No hubo prácticamente una correspondencia propiamente dicha, en este período, entre Engels y los dirigentes socialistas belgas; la única carta de Engels a Vandervelde (1894) es casi de cumplido.

¹⁶³ G. D. H. COLE, «Historia del pensamiento socialista», vol. IV, México, 1957, p. 124.

país de Europa occidental donde la influencia del socialismo entre los intelectuales parece haber tenido una importancia determinante en el terreno cultural y donde, paralelamente, el papel de los intelectuales en el movimiento obrero ha sido particularmente destacado. El partido socialdemócrata holandés ha sido descrito a menudo irónicamente como un partido de estudiantes, pastores protestantes y abogados; al final, como sucede también en otros países, acabaron predominando los obreros cualificados, pero el peso ejercido por la tradicional división del país en grupos confesionales (calvinistas y católicos, además del fuerte grupo de laicos), cada uno de los cuales formaba un bloque político que atravesaba las divisiones de clase, dejó en un primer momento menos espacio que en otros países a la formación de un partido de clase. Esto parece tener relación también con una acentuada expansión de la cultura laica. En un primer momento, el nuevo partido se basó sobre todo en dos sectores más bien atípicos: los trabajadores agrícolas de Frisia (con las características de marginalidad territorial y especificidad nacional) y los talladores de diamantes de Amsterdam. En este pequeño movimiento, intelectuales como Troelstra (1860-1930), un frisio que se convirtió en el principal líder moderado del partido, o Hermann Gorter (1864-1927), notable figura de escritor que encabezaría el ala izquierda revolucionaria con la poetisa Henriette Roland-Holst y con el astrónomo A. Pannekoek (1873-1969), desempeñaron un papel desproporcionadamente destacado. Lo que sorprende, sin embargo, no es sólo el peso que tuvieron los intelectuales en la vida del partido o la aparición de algunos notables estudiosos marxistas en el campo de las ciencias sociales (como el criminólogo W. Bongers), sino sobre todo el relieve internacional asumido por un grupo de intelectuales holandeses de ultraizquierda que, a pesar de las analogías y los ligámenes con Rosa Luxemburg, no recibió influencias de Europa oriental. En otras palabras, el caso holandés, aunque de dimensiones limitadas, es bastante anómalo en la perspectiva general de Europa occidental.

El potente partido socialdemócrata austríaco se presenta con características de destacada militancia y notable identificación con el marxismo, entre otras razones por la estrecha amistad personal entre

su líder, Victor Adler (1852-1918) y el viejo Engels. Austria fue de hecho el único país donde surgió una escuela marxista con destacados caracteres nacionales, el austromarxismo. La monarquía de los Habsburgo constituía un área en la que la presencia del marxismo en la cultura general era innegable y en la que la atracción ejercida por la socialdemocracia en los intelectuales no fue marginal. Sin embargo, la ideología que éstos elaboraron estaría fatal y profundamente influida por el «problema nacional», que a su vez determinaría el destino de la monarquía. Es significativo que los marxistas austríacos fueran los primeros en analizar sistemáticamente este problema.¹⁶⁴

Los intelectuales pertenecientes a nacionalidades del ámbito de la monarquía que no gozaban de autonomía, como los checos, tendían en general a manifestar su nacionalismo lingüístico, o bien, si formaban parte de territorios «irredentos», el del país con el que aspiraban a unirse (Rumanía, Italia). Aunque recibieran la influencia del socialismo, el elemento nacional acababa prevaleciendo (como en el caso de los «socialistas populistas», que salieron del partido socialista austríaco a finales de los años noventa para formar un partido esencialmente checo, de carácter pequeño-burgués y radical). Estos, aun siendo plenamente conscientes de las problemáticas planteadas por el marxismo, permanecieron sustancialmente inmunes a su influencia: uno de los más eminentes intelectuales checos de este período, Thomas Masaryk (1850-1937), adquirió fama internacional con un estudio sobre Rusia y una crítica del marxismo.

¹⁶⁴ El problema nacional, a pesar de su evidencia, había sido olvidado por los socialistas de Europa occidental, incluidos los marxistas (cf. en el sexto volumen de esta obra el ensayo de R. GALLISSOT, «La cuestión nacional»). El partido obrero belga no prestó atención al problema flamenco, muy probablemente porque su implantación se concentraba sobre todo en Gante. En la bibliografía de 48 páginas que se incluye al final del libro de VANDERVELDE y DESTREÉ, «Le socialisme en Belgique», París, 1903, no hay ningún apartado ni ningún capítulo sobre este tema. Los movimientos nacionales-regionales eran considerados de escasa importancia política, además de esencialmente burgueses o pequeño-burgueses.

Antes de examinar a los intelectuales de las dos culturas dominantes (la alemana y la magiar) será oportuno dedicar una cierta atención a otra minoría de características bastante anómalas (la judía) cuyo papel, en el período que estamos examinando, es esencial para comprender la influencia del marxismo en la cultura en sentido amplio de la monarquía austro-húngara. La tendencia general de las minorías judías de clase media en Europa occidental había sido la asimilación cultural y política, que les era ampliamente permitida: se convertían en ingleses judíos, como Disraeli, o en franceses judíos, como Durkheim, o en italianos judíos, y sobre todo en alemanes judíos. En Austria, en los años sesenta y setenta, virtualmente todos los judíos de lengua alemana se consideraban alemanes, o sea constructores de una Gran Alemania unida y liberal; pero la exclusión de Austria de Alemania y la aparición de un antisemitismo político hacia finales de los años setenta, junto a la creciente inmigración masiva hacia occidente de judíos de Europa oriental, aún no asimilados culturalmente, y las mismas dimensiones de la comunidad judía, fueron elementos que acabaron haciendo insostenible esta posición. A diferencia de lo que ocurría en Francia, Gran Bretaña, Italia y Alemania, los judíos austro-húngaros no eran una pequeña minoría de la población, sino que representaban sectores bastante amplios de las clases medias: del 8 al 10 por cien de la población de Viena y del 20 al 25 por cien de la de Budapest (1890-1910). La situación de los intelectuales judíos (y los judíos eran sin duda los más entusiasmados beneficiarios del sistema educativo)¹⁶⁵ era pues bastante peculiar.

En Hungría la asimilación de los judíos continuó siendo activamente

¹⁶⁵ En Hungría (1910), el 22 por ciento de los judíos de sexo masculino había cursado cuatro años de enseñanza media, y el 10 por ciento había terminado los ocho años de ese nivel de enseñanza, porcentajes que eran respectivamente tres y dos veces superiores a los de cualquier otra religión del Imperio: cf. V. KARADY e I. KEMÉNY, *Les juifs dans la structure des classes en Hongrie*, en «Actes de la recherche en sciences sociales», 1978, n.º 22, p. 35. Para los datos sobre la población judía a finales del siglo XIX y principios del XX, sigue siendo útil A. RUPPIN, *Gli ebrei d'oggi dall'aspetto sociale*, a cargo de D. Lattes y M. Beilinson, Turín, 1922.

promovida en el marco de la política de magiarización, y por tanto caurosamente seguida por los judíos, que a pesar de ello no pudieron ser completamente integrados. En cierto sentido, su situación era comparable a lo que sucedería más tarde, en el siglo xx, con los judíos sudafricanos: aceptados como componentes de la nacionalidad dominante con respecto a los no magiares (en Sudáfrica, con respecto a los no blancos), no podían identificarse completamente con ésta por su elevada concentración y por su «especialización» social. En realidad, su papel en la socialdemocracia húngara (que mostró escaso interés por los problemas teóricos y actuó en condiciones de moderna represión) no fue relevante. Sin embargo, en la primera década del siglo xx, fuertes corrientes social-revolucionarias empezaron a tener influencia en el movimiento estudiantil, y esto provocaría que una parte importante de los judíos se uniera a la izquierda húngara después de la revolución de 1917. Sin embargo, es significativo el caso de György Lukács (1885-1971), el marxista húngaro más conocido en el extranjero: aunque fue socialista al menos desde 1902 y estuvo en contacto con Erwin Szabo (1877-1918), el intelectual marxista anarcosindicalista más destacado, no mostró ninguna señal de interesarse por los problemas teóricos del marxismo hasta 1914.

La parte austríaca de la monarquía de los Habsburgo marginó a los judíos antes y de un modo más claro. A diferencia de los magiares, disponía de una amplia reserva de intelectuales no judíos de lengua alemana, entre los cuales reclutaba a los cuadros superiores del apartado administrativo y académico, dos campos que a menudo coincidían. La «escuela austríaca» de economía, constituida después de 1870, estaba formada por estudiosos entre los que (con la excepción de los hermanos Mises) había muy pocos judíos: Menger, Wieser, Böhm-Bawerk, y los más jóvenes Schumpeter y Hayek. Además, el nacionalismo pangermánico, al que se habían adherido muchos judíos, acabó aproximándose muy a menudo, aunque no siempre, al antisemitismo.¹⁶⁶ En esta

¹⁶⁶ En Viena, el demagógico partido cristiano-social, que en los años noventa había conquistado el ayuntamiento de Viena, era violentamente antisemi-

situación los judíos se quedaron sin un auténtico centro de agregación y atracción de su lealismo y de sus aspiraciones políticas. El socialismo se convirtió así en una posible alternativa, elegida por Victor Adler pero imitada sólo por una minoría de sus más jóvenes contemporáneos, pero la socialdemocracia austríaca permaneció apasionadamente ligada a la idea de la Gran Alemania hasta 1938. En un segundo momento, otra alternativa fue el sionismo (creación de un intelectual vienés ultraasimilado, T. Herzl) pero con menos fuerza de atracción. El desarrollo, en primer lugar entre los trabajadores de lengua alemana, de un potente movimiento obrero capaz de suscitar la adhesión y la militancia de amplias masas, ejerció sin duda una cierta atracción en los intelectuales; y tampoco hay que olvidar que, en Viena como en otros sitios, fue el único movimiento de masas opuesto a la política antisemita de los demás partidos dominantes. A pesar de esto, la mayoría de los intelectuales judíos austríacos, más que decantarse por el socialismo, se dedicó a desarrollar una intensa actividad cultural entrelazada con relaciones personales, que a menudo acababa en evasión de la política o en un análisis introspectivo de la crisis de su civilización. Los nombres que vienen a la memoria cuando se habla de la cultura austríaca (es decir sobre todo vienesa) de este período no suelen ser nombres de socialistas: Freud, Schnitzler, Karl Kraus, Schönberg, Mahler, Rilke, Mach, Hofmannsthal, Klimt, Loos, Musil. Aún menor era la atracción ejercida por el socialismo sobre los intelectuales católicos.

Por otra parte, en las principales ciudades, en particular en Viena y en Praga, la socialdemocracia (o sea, en el terreno intelectual, el marxismo) se convierte en parte irrenunciable de la experiencia de los jóvenes intelectuales, como se puede observar en el vivísimo panorama del ambiente de la burguesía media culta de Viena (principalmente judía) trazado en la novela de Arthur Schnitzler, *Die Weg ins Freie* (1908). Esto explica que la socialdemocracia austríaca se convirtiera en un vivero de intelectuales marxistas y se formara un grupo de «austromarxistas»:

ta, aunque su líder Lueger era bastante cauto en la elección de sus objetivos: «Yo decidiré quién es judío».

Karl Renner, Otto Bauer, Max Adler, Gustav Eckstein, Rudolf Hilferding, así como el fundador de la ortodoxia marxista, Karl Kautsky, y un nutrido grupo de profesores universitarios marxistas (las universidades austríacas no procedían a una sistemática discriminación de los mismos como sucedía en Alemania). Entre estos últimos recordamos a Karl Grünberg, Ludo M. Hartmann y Stefan Bauer, que en 1893 fundaron una revista, *Viertel jahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, que más tarde se convirtió en el órgano más autorizado de historia social y económica en el mundo de lengua alemana, sin perjuicio de que acabara perdiendo su originaria connotación socialista. Grünberg, desde su cátedra vienesa, fundó en 1910 el «Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung» (conocido como «Grünberg's Archiv») que impulsó el estudio científico del movimiento socialista y, en particular, marxista. Por su parte, la socialdemocracia austríaca se caracterizaba por órganos de prensa particularmente vivos y por una insólita apertura a los intereses culturales: aunque no apreciaba mucho a Schönberg, fue una de las pocas instituciones que ayudaron a este revolucionario de la música a sobrevivir como director del coro obrero.

«Probablemente en ningún otro país se pueden encontrar tantos socialistas entre los hombres de ciencia, los estudiosos y los escritores más famosos», observó, a propósito de Italia, un escritor americano a principios de siglo.¹⁶⁷ Por otra parte, se ha señalado a menudo tanto el papel excepcionalmente amplio y preeminente desempeñado por los intelectuales en el movimiento socialista italiano, como la gran sugestión que el marxismo ejerció en ellos, al menos en los últimos años del siglo XIX. Numéricamente, su presencia en el movimiento socialista no fue muy destacada (menos del 4 por cien en 1904)¹⁶⁸ y no hay duda de que los socialistas eran una minoría entre los jóvenes estudiantes burgueses a principios de los años noventa. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría entre los profesores y los estudiantes, preferentemente conservadores, de las universidades alemanas y austríacas, el socialismo

¹⁶⁷ R. HUNTER, «Socialists at Work», Nueva York, 1908.

¹⁶⁸ MICHELS, «Los partidos políticos», cit., vol. II, p. 65.

italiano estuvo a menudo muy difundido (como en Turín) en los medios progresistas de las universidades italianas, más influyentes a nivel académico que a nivel político (mientras el socialismo de los universitarios franceses siguió al movimiento más que promoverlo). Sea como fuere, a diferencia del socialismo de los *universitaires* franceses, que entonces era principalmente no marxista, el marxismo ejerció tanta atracción en los intelectuales italianos que durante algún tiempo el marxismo italiano parecía la salsa de una ensalada cultural, fundamentalmente positivista, evolucionista y anticlerical, de la clase media italiana. No se trataba únicamente de un movimiento de rebelión juvenil, ya que entre los afiliados al socialismo marxista italiano había hombres maduros: Antonio Labriola había nacido en 1843, Lombroso en 1836, el escritor De Amicis en 1846, mientras que la generación típica de los dirigentes de la Internacional era de la década a caballo entre los años cincuenta y sesenta del siglo. Cualquiera que sea el juicio que se dé del tipo de marxismo o socialismo marxistizante predominante entre los intelectuales italianos, no hay duda del profundo interés de éstos por el marxismo. Incluso los antimarxistas más polémicos (algunos, como Croce, habían sido marxistas anteriormente) lo tenían en cuenta: el mismo Pareto escribió la presentación de un volumen de extractos de *El Capital* seleccionados por Lafargue (París, 1894).

Podemos hablar legítimamente de intelectuales italianos como de un todo único en la medida en que, a pesar del gran localismo del país y las diferencias entre Norte y Sur, la comunidad intelectual era nacional, aunque en general muy receptiva a las influencias culturales extranjeras, especialmente francesas y alemanas. En cambio sería menos exacto ver en términos nacionales las relaciones entre el socialismo de los intelectuales y el movimiento obrero, precisamente por el peso que a este respecto tenían las diferencias regionales. En ciertos aspectos, la interacción entre intelectuales y movimiento socialista y obrero del Norte industrial (en Milán y en Turín) era comparable a la que existía, por ejemplo, en Bélgica o en Austria, mientras que en Nápoles o en Sicilia la situación era muy distinta. La peculiaridad del caso italiano residía en el hecho de que no correspondía ni al modelo socialdemócrata mar-

xista occidental ni al de Europa oriental. Sus intelectuales no eran una intelligentsia disidente y revolucionaria. Nos lo indica no sólo el rápido reflujó de la oleada de entusiasmo por el marxismo, que había culminado a principios de los años noventa, sino sobre todo el decantamiento de los intelectuales socialistas hacia el ala reformista y revisionista del partido socialista a partir de 1901, así como el escaso desarrollo de una corriente de oposición de izquierdas, marxista, como sucedía en Alemania y en Austria.

Los intelectuales italianos, como grupo, se adaptaron al modelo básico europeo-occidental de la época: formaban parte integrante de la clase media y en ese contexto gozaban en general de buenas posiciones; a partir de la crisis de 1898, fueron aceptados como parte del sistema aunque fueran socialistas militantes. Había ciertamente buenas razones para su adhesión al socialismo en los años noventa: razones aún más fuertes que en Bélgica, si pensamos en el desarrollo político de Italia a partir del *Risorgimento*, en las condiciones de extrema miseria de los obreros y los campesinos, en la explosión de grandes revueltas de masas en los años ochenta y noventa del siglo, motivos reforzados ulteriormente por el generoso y rebelde empuje juvenil. Al mismo tiempo, no sólo no había una fuerte discriminación con respecto a los intelectuales socialistas como tales, ya que su socialismo era aceptado como una comprensible extensión de opiniones progresistas y republicanas, sino que sus modelos de vida privada y profesional no diferían sustancialmente de los intelectuales no socialistas. Felice Momigliano (1866-1924) tuvo durante algunos años algunas dificultades en su carrera de profesor de enseñanza media a causa de su adhesión al partido socialista en 1893, pero posteriormente en su currículum de docente y de profesor universitario, así como en su actividad literaria (dejando aparte los contenidos de ésta), se diferencia poco de sus colegas profesores de liceo no socialistas pero con antecedentes mazzinianos y fuertes intereses intelectuales. Como máximo se puede formular la hipótesis de que, si no hubiera sido socialista, tal vez habría conseguido antes la cátedra universitaria.

En pocas palabras, en Occidente la mayor parte de los intelectuales

socialistas gozaba, en la peor de las hipótesis, de lo que Max Adler llamó una «inmunidad personal y la posibilidad de desarrollar libremente sus propios intereses espirituales (*geistige*)».¹⁶⁹ Lo cual no ocurría con la intelligentsia de tipo ruso que, si bien originariamente procedía principalmente de las «clases acomodadas de la población», se distinguía claramente de ellas en base a su definición esencialmente revolucionaria: la pequeña nobleza y la clase de los funcionarios, «en su mayoría no pueden incluirse en la categoría de los intelectuales», declaraba resueltamente Peshejonov en 1906.¹⁷⁰ En esencia, la vocación profunda de la intelligentsia rusa y la reacción del régimen y de la sociedad a los que combatía, les impedía el tipo de integración «occidental», tanto si se formulaba en términos subjetivos e idealistas, como hacían los populistas, como si se consideraba una capa social en sí misma, cuestión muy debatida en la izquierda rusa a principios de siglo. El desarrollo en aquellos años tanto del proletariado como de una burguesía más consciente de su propia fuerza, vino a complicar la situación. En la medida en que una parte creciente de la intelligentsia parecía incorporarse a la burguesía («también en Rusia occidental, la intelligentsia se está dividiendo, y una parte de ésta, la parte burguesa, se pone al servicio de la burguesía y se fusiona definitivamente con ésta, observaba Trotski»¹⁷¹), la naturaleza de esta capa social, o incluso su misma existencia, como capa social en sí misma, ya no aparecía tan clara. En cualquier caso, el mismo carácter de este debate indica la profunda diferencia entre Europa occidental y los países como Rusia. En Europa occidental, tal vez no habría sido posible ni tan sólo plantear la hipótesis (como hizo el revolucionario ruso-polaco Majaiski entre 1898 y 1906 y algunos de sus comentaristas) de que los intelectuales como tales constituían un grupo social tendente a sustituir, mediante una ideología revolucionaria,

¹⁶⁹ M. ADLER, «Il socialismo e gli intellettuali», Bari, 1974, p. 203.

¹⁷⁰ A. V. PESHEJONOV, «Materialy dlya istorii ruskoy intelligentsii», citado por M. ACOUTURIER, *L'intelligentsia vue par les publicistes marxistes*, en «Cahiers du monde russe et soviétique», XIX, 1978, n.º 3, pp. 251-252.

¹⁷¹ L. TROTSKI, «Intelligencia i sotsializm», 1912, en ACOUTURIER, «L'intelligentsia», cit.

a la burguesía con el apoyo del proletariado, para luego explotar a esta clase.¹⁷²

Dado el papel central desempeñado por el pensamiento de Marx, como inspirador del análisis de la sociedad rusa contemporánea, la influencia profunda y penetrante ejercida por el marxismo sobre la *intelligentsia* no requiere mayores comentarios. Todas las posiciones de la izquierda, cualesquiera que fueran su carácter e inspiración, deben ser definidas en relación con él, porque el pensamiento marxista fue un fenómeno tan importante que los mismos movimientos nacionalistas sintieron la influencia del mismo. En Georgia, los mencheviques se convertirían en el «partido nacional»; el Bund (el partido más parecido en aquella época a una organización política nacional de los judíos en el Imperio ruso) era fuertemente marxista, y el mismo movimiento sionista, de dimensiones relativamente modestas, muestra claramente influencias análogas. Los padres fundadores de Israel que llegaron a Palestina con la «segunda *Aliyàh*» inmediatamente después de la revolución rusa de 1905, llevaban consigo las ideologías revolucionarias rusas que inspirarían la estructura y la ideología de la comunidad sionista.

Pero la influencia del marxismo se notó también entre poblaciones que parecían más refractarias a su influencia: significativamente, el partido socialista polaco, afiliado a la Segunda Internacional, y dentro de ciertos límites un partido obrero, se convirtió en el más destacado defensor del nacionalismo polaco hasta el punto de que los representantes de la más antigua tradición marxista tuvieron que constituir un partido rival, más declaradamente marxista, la socialdemocracia «del reino de Polonia y Lituania» (R. Luxemburg, Leo Jogiches). Análoga división se produjo en Armenia con los *dashnaki*, que también se consideraban ligados a la Segunda Internacional. En otras palabras, los intelectuales rusos que rompieron con las seculares tradiciones de su pueblo no pudieron sustraerse a la influencia del marxismo en una forma u otra.

Esto no significa que todos los intelectuales fueran marxistas y con-

¹⁷² ACOUTURIER, «L'intelligentsia», cit., pp. 253 y ss.

tinuaran siéndolo a lo largo de los años, ni mucho menos que, cuando así se consideraban, estuvieran de acuerdo con una rígida interpretación del marxismo. En Rusia y en otros países, tras la gran oleada de principios de los años noventa que provocó la brusca caída del populismo y la convergencia momentánea de la mayor parte de las ideologías revolucionarias y progresistas en un genérico marxismo, las divergencias y las divisiones se agudizaron con el nuevo siglo, y quizá por primera vez empezó a aparecer una *intelligentsia*, en un cierto sentido no política y claramente antimarxista. Sin embargo, ésta procedía también de un ambiente en el que inevitablemente había entrado en contacto con el marxismo y había recibido su influencia.

La atracción por el marxismo por parte de los intelectuales en Europa sudoriental estuvo limitada en primer lugar por la escasez de intelectuales de todo tipo en algunos de los países más atrasados (como en parte de la península balcánica), por su resistencia a las influencias rusa y alemana, como en Grecia y en cierta medida en Rumanía, que miraban más hacia París,¹⁷³ por las dificultades de formación de un movimiento obrero y campesino con cierta fuerza (como en Rumanía, donde un grupo aislado de intelectuales socialistas entró rápidamente en crisis a partir de los años noventa), y por la fuerza de atracción de ideologías nacionalistas rivales, como quizás en Croacia. El marxismo penetró en algunos de estos países por la vía de la influencia populista (como sucedió sobre todo en Bulgaria) y a través de las universidades suizas, auténticos centros de movilización revolucionaria, donde se concentraban y se mezclaban estudiantes políticamente disidentes de Europa oriental. *El Capital* no fue traducido a ninguna lengua de la Europa sudoriental, con la excepción del búlgaro, antes de 1914. Sin embargo, en las condiciones de atraso general de estos países, el hecho de que el marxismo consiguiera penetrar en ellos (incluso en los remotos valles de Macedonia) es tal vez más significativo que su enraizamiento relativamente modesto

¹⁷³ Aunque Constantin Dobrogeanu-Gherea, el teórico más original y líder socialista, era un emigrado ruso, marxista populista: cf. G. HAUPT, «L'Internazionale socialista della Comune a Lenin», Turín, 1978, pp. 199 y ss.

(salvo el caso de Bulgaria, más sometida a la influencia rusa).

5. Relaciones entre marxismo y cultura no marxista

¿Cuál fue, pues, la influencia del marxismo en la cultura y en la enseñanza, según las diferencias nacionales y regionales? Tal vez sea útil recordar que la misma pregunta, formulada en estos términos, está viciada de origen, ya que lo que nos proponemos examinar es la interacción entre marxismo y cultura no marxista (o no socialista), más que la medida en que la segunda muestra la influencia de la primera. Por otra parte, es imposible separar la correspondiente influencia que ejercieron a su vez sobre el marxismo las ideas no marxistas: éstas fueron exorcizadas y condenadas como «corrupciones» por parte de los marxistas más rigurosos, como muestra la polémica de Lenin contra la kantización de la filosofía marxista y la penetración del «empirio-criticismo» de Mach. Intentemos comprender estas objeciones; al fin y al cabo, si Marx hubiese querido ser kantiano no habría tenido ninguna dificultad en serlo; además, no hay duda de que la tendencia a sustituir a Hegel por Kant en la filosofía marxiana se identificaba a menudo, aunque no siempre, con el revisionismo. De todos modos, hay que decir en primer lugar que no es tarea del historiador, en el presente contexto, decidir entre marxismo «correcto» e «incorrecto», entre marxismo «puro» y «contaminado»; en segundo lugar, y tal vez más importante, esta tendencia a la recíproca penetración de ideas marxistas y no marxistas constituye una de las mejores pruebas de la presencia del marxismo en la cultura general de las clases cultas. De hecho, precisamente cuando el marxismo tiene una notable presencia en la escena intelectual se hace más difícil mantener una rígida y recíproca separación entre ideas marxistas y no marxistas, ya que tanto las ideas marxistas como las no marxistas operan en un mismo universo cultural que las contiene a ambas. Del mismo modo, la tendencia de parte de la izquierda en los años sesenta de este siglo a combinar a Marx con el estructuralismo, con el psicoanálisis, con la econometría, etc., prueba, entre otras cosas, la fuerte

atracción ejercida por el marxismo en los intelectuales universitarios en estos años. Un proceso opuesto se verificaba en cambio en los primeros años del siglo en Inglaterra, donde los economistas que enseñaban en la universidad escribían como si Marx no hubiese existido, mientras la economía marxista, relegada al ámbito de pequeños grupos de militantes, vivía en condiciones de total separación y sin ninguna forma de coincidencia y de confrontación con la economía no marxista.

Naturalmente, también es cierto que los grandes partidos marxistas de la Internacional, a pesar de sus tendencias a formular una doctrina marxista ortodoxa contrapuesta al revisionismo y a otras herejías, se cuidaban de no negar legitimidad a las interpretaciones heterodoxas en los debates en el seno del movimiento socialista. En esta actitud no había sólo la preocupación, como cuerpos políticos prácticos, de salvaguardar la unidad del partido, lo cual implicaba, tratándose de partidos de masas, aceptar una considerable variedad de opiniones teóricas, sino también la exigencia de formular análisis marxistas en campos y sobre temas acerca de los cuales los textos clásicos no proporcionaban una guía adecuada, o no proporcionaban ninguna; por ejemplo, sobre la «cuestión nacional», sobre el imperialismo, y sobre otros problemas. No se podía formular ningún juicio apriorístico sobre «lo que enseña el marxismo» acerca de esos temas, y aún menos recurrir a la autoridad de los textos. La gama del debate en el campo marxista era por tanto extraordinariamente amplia. Por lo demás, una separación rígida que llevase a una recíproca exclusión entre marxismo y no marxismo, sólo habría sido posible a través de una no menos rígida delimitación de la ortodoxia marxista y (como han demostrado los acontecimientos posteriores) de la prohibición de hecho de la heterodoxia por parte de un poder estatal o de una autoridad de partido. La primera solución no era posible, y la segunda no se aplicaba o si se hacía tenía una eficacia relativa. La creciente influencia de las ideas marxistas fuera del movimiento iba por tanto acompañada por una cierta influencia de ideas procedentes de la cultura no marxista en el seno del movimiento; eran las dos caras de la misma moneda.

Sin juzgar su naturaleza o su significado político, ¿podemos valorar

la presencia del marxismo en la cultura general del período que va de 1890 a 1914? Casi se puede asegurar que esta presencia era modesta en el campo de las ciencias naturales, aunque el marxismo estuviera fuertemente influido por éstas, en particular por la biología evolucionista darwiniana. Marx apenas había tocado las ciencias naturales en sus escritos, mientras que los de Engels sobre este tema tenían un mero valor de divulgación científica para el movimiento obrero. Hasta 1895 la *Dialéctica de la naturaleza* era considerada tan poco acorde con las elaboraciones científicas que Riazanov la excluyó de la edición de las obras completas de Marx y Engels, y sólo la publicó más tarde, por primera vez, en uno de los volúmenes marginales del «Marx-Engels Archiv». En la época de la Segunda Internacional no hubo nada comparable al intenso interés por el marxismo que manifestaron muchos eminentes hombres de ciencia en los años treinta de este siglo. Además, en general no hay trazas de radicalismo político entre los hombres de ciencia del período, que se puede decir que constituyeron un grupo exiguo de estudiosos, en su mayor parte alemanes, que trabajaban en los campos de la química y de la medicina. Eso no significa, naturalmente, que en los medios científicos de los países occidentales no se pudiese encontrar algún socialista, por ejemplo, entre quienes procedían de instituciones con orientaciones de izquierda, como la École Normale Supérieure (por ejemplo, el joven Paul Langevin). Algún hombre de ciencia había entrado en contacto con el marxismo, como el biólogo estadístico Karl Pearson,¹⁷⁴ que luego tomaría una orientación ideológica muy distinta. Los marxistas, por su parte, deseosos de encontrar darwinianos socialistas, no consiguieron descubrir muchos.¹⁷⁵ La principal tendencia política que tenía cierta difusión entre los biólogos (principalmente anglosajones) era la eugénica neomalthusiana, en aquellos tiempos considera-

¹⁷⁴ Cf. los dos artículos sobre *Socialism and Darwinism*, reproducidos en la «Neue Zeit», XVI, 1897-1898, n.º 1, p. 709, nota; así como la voz *K. Pearson*, en «Dictionary of Scientific Biographies», X, Nueva York, 1974, n.º 448.

¹⁷⁵ «Neue Zeit», IX, 1891, n.º 1, pp. 171 y ss.: *Ein Schüler Darwins als Verteidiger des Sozialismus*.

da en cierta medida de izquierda, pero que en realidad era totalmente extraña, o incluso hostil, al socialismo marxista.

Como máximo se puede decir que los científicos formados en Europa oriental, como Marie Sklodkowska-Curie, y tal vez los que habían estudiado o trabajado en las universidades suizas, notablemente influidas por la intelligentsia radical de Europa oriental, conocían a Marx y los debates sobre el marxismo. El joven Einstein que, como es sabido, se casó con una colega yugoslava que estudiaba en Zürich, estaba en contacto con este ambiente. Sin embargo, de cara a resultados concretos, estos contactos entre ciencias naturales y marxismo deben ser considerados más bien biográficos y marginales, y el tema puede dejarse de lado.

Bastante distinta era la situación en lo que se refiere a la filosofía y aún más a las ciencias sociales. El marxismo no podía dejar de plantear profundos interrogantes filosóficos que provocaban grandes discusiones. En aquellos países en los que la influencia de Hegel era fuerte, como en Italia y en Rusia, este debate era intenso. En ausencia de un fuerte movimiento marxista, los filósofos hegelianos ingleses, y principalmente un grupo de Oxford, mostraron escaso interés por Marx, aunque algunos de ellos se orientaban hacia las reformas sociales. Alemania, patria de los filósofos, era en este período notablemente no hegeliana, y no sólo por las relaciones de escuela filosófica entre Hegel y Marx.¹⁷⁶ La revista *Neue Zeit*, para discutir los temas hegelianos tenía que recurrir a estudiosos rusos como Plejánov, a falta de socialdemócratas alemanes con esta experiencia filosófica.

En cambio, la importante escuela neokantiana no sólo (como ya se ha indicado) influyó de modo sustancial en algunos marxistas alemanes (por ejemplo, los revisionistas y los austromarxistas), sino que suscitó también un cierto interés de simpatía en la socialdemocracia (como

¹⁷⁶ Cf. G. VON BELOW en «Historische Zeitschrift», 1898, n.º 81, p. 241: «Los historiadores, salvo alguna excepción insignificante, han rechazado el esquema evolucionista hegeliano y cualquier otro rígido sistema dogmático. Tampoco muestran ninguna simpatía por el esquema evolucionista materialista».

es evidente en Vorländer, *Kant und der Sozialismus*, Berlín, 1900). Entre los filósofos, por tanto, la presencia marxista es innegable.

En el campo de las ciencias sociales, los economistas siguieron siendo totalmente hostiles a Marx, y el neoclasicismo marginalista de las escuelas dominantes (la austríaca, la anglo-escandinava y la italo-suiza) tenía muy pocos puntos en común con la economía política marxiana. Mientras los austríacos dedicaron mucho tiempo a refutarla (Menger, Böhm-Bawerk), los anglo-escandinavos se desinteresaron totalmente de ella a partir de los años ochenta, cuando muchos de ellos llegaron a la conclusión de que la economía política marxiana era errónea.¹⁷⁷ Esto no significa, de todos modos, que la presencia marxiana no se notara. El más brillante exponente de la escuela austríaca, Josef Schumpeter (1883-1950), preocupado por el destino histórico del capitalismo desde el principio de su carrera científica (1908) se planteó el problema de encontrar una alternativa a la interpretación marxiana del desarrollo económico (sobre todo en *Theorie der wirtschaftlichen Entwicklung*, 1912). Sin embargo, la deliberada delimitación del campo de la economía académica por parte de las nuevas ortodoxias hizo difícil abordar los grandes problemas macroeconómicos, como los del desarrollo y las crisis. Es interesante observar que el interés de los estudiosos italianos por el socialismo (aunque fuera desde un punto de vista estrictamente no marxista o antimarxista) había llevado a la demostración (en polémica con el austríaco Mises que había sostenido lo contrario) de que una economía marxista era teóricamente posible. Pareto ya había sostenido que tal imposibilidad no estaba teóricamente fundamentada, incluso antes de que Barone (1908) publicara su ensayo fundamental *Il ministro della produzione nello Stato collettivo*, que suscitó notable eco en el debate económico en el período siguiente al que estamos examinando.

¹⁷⁷ También contribuyeron a convencer a los principales miembros de la Fabian Society de la validez de la ortodoxia económica, y por este motivo la nueva London School of Economics, fundada por los fabianos en los años noventa, se convirtió en un baluarte de la economía ortodoxa y se opuso también a la heterodoxia no marxista.

Cierta influencia marxista, o al menos algunos estímulos, pueden detectarse tal vez en la escuela (o corriente) «institucional» de la economía americana, entonces muy difundida en los Estados Unidos, donde, como hemos observado, la destacada orientación de muchos economistas en un sentido progresista y reformista, les movía a considerar favorablemente las teorías económicas más críticas con respecto al sistema de la gran empresa (R. T. Ely, la escuela de Wisconsin y, sobre todo, Thorstein Veblen).

La economía como disciplina separada de las demás ciencias sociales casi no existía en Alemania, donde predominaba la influencia de la «escuela histórica» y la del concepto de «Staatswissenschaften». Por esto el impacto del marxismo, es decir de la sólida realidad representada por la socialdemocracia alemana, sobre la economía no puede abordarse aisladamente. No es necesario recordar que en la Alemania imperial las ciencias sociales se orientaban en un sentido fuertemente antimarxista, aunque los viejos liberales, que habían polemizado personalmente con Marx (Lujo Brentano, Schäffle)¹⁷⁸ parecían más comprometidos en la controversia que la escuela de Schmoller, más orientada en un sentido prusiano. El «Schmoller's Jahrbuch» no publicó ningún ensayo sobre Marx hasta 1898, mientras que Schäffle reaccionó ante el ascenso de la socialdemocracia con una serie de artículos en su revista *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft* (publicados entre 1890 y 1894), antes de hacer el silencio sobre el tema. En general, como ya se ha observado, el interés de los estudiosos alemanes de ciencias sociales por el marxismo creció paralelamente al reforzamiento del SPD.

En Alemania las ciencias sociales, además de mantener distancias con respecto a una ciencia económica autónoma y especializada, desconfiaban también de una sociología especializada (a la que se conside-

¹⁷⁸ Ambos habían tratado estos temas desde 1870. Curiosamente, el libro de A. E. SCHÄFFLE, «Quintessenze der Sozialismus», cuya primera edición apareció en 1874, fue considerado sustancialmente como una exposición imparcial del socialismo y fue utilizado fuera de Alemania como una introducción al socialismo.

raba un producto francés e inglés) y, como sucedía en otros países, con propensión demasiado marcada hacia la izquierda.¹⁷⁹ En efecto, la sociología como disciplina individualizada no empezó a consolidarse en Alemania hasta pocos años antes de la Primera Guerra Mundial (1909). No obstante, si se observan las obras de los sociólogos de aquel tiempo se advierte que, cualquiera que sea su definición, ponen de manifiesto una fuerte influencia de Marx, como sucedería también en los años posteriores. Gothein¹⁸⁰ no dudaba de que Marx y Engels (cuya aproximación a las ciencias sociales era más convincente que la de Quételet y «más lógica y coherente» que la del mismo Comte) habían dado el impulso más eficaz a los estudios de estas disciplinas. En 1912, hacia finales del período que estamos examinando, Albion Small, uno de los más autorizados sociólogos americanos, valoraba el papel del marxismo con las siguientes palabras :

Marx ha sido uno de los pocos pensadores realmente importantes de la historia de las ciencias sociales... No creo que Marx haya aportado a las ciencias sociales una sola fórmula decisiva en los términos expresados por él, pero también estoy convencido de que, en el juicio que hará la historia, Marx tendrá en las ciencias sociales un puesto análogo al que se le ha reconocido a Galileo en las ciencias físicas.¹⁸¹

La influencia del marxismo estuvo favorecida sin duda por el radicalismo político de muchos sociólogos que, fuesen o no marxistas, estaban próximos a los movimientos socialdemócratas, como sucedió en Bélgica. León Winiarski (cuyas teorías, hoy olvidadas, difícilmente po-

¹⁷⁹ Cf. E. GOTHEIN, *Gesellschaft und Gesellschaftswissenschaft*, en «Handwörterbuch der Staatswissenschaften», 1924, p. 207; H. BECKER y H. E. BARNES, «Social Thought from Lore to Science», 1961, III, p. 1009: «Muchísimos académicos italianos parecen identificar la sociología con las doctrinas del materialismo histórico».

¹⁸⁰ GOTHEIN, «Handwörterbuch», cit.

¹⁸¹ A. SMALL, *Socialism in the light of social science*, en «American Journal of Sociology», XVII, mayo de 1912, pp. 809-810.

drían llamarse marxistas) publicó en la *Neue Zeit* (X, 1891, n.º 1) un ensayo sobre el socialismo en la Polonia rusa. La influencia directa de Marx sobre los estudiosos no marxistas puede ilustrarse con el hecho de que, entre los fundadores de la sociedad alemana de sociología, encontramos a Max Weber, Ernst Troeltsch, Georg Simmel y Ferdinand Tönnies, de quien se ha dicho: «parece claro que la clara exposición por parte de Marx de los aspectos más negativos de la competencia ha ejercido una influencia... sólo comparable a la de Thomas Hobbes...»¹⁸² La revista de Weber *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* fue tal vez la única publicación alemana de ciencias sociales que estuvo abierta a la colaboración de escritores próximos, influidos o incluso identificados con el socialismo.

No hay mucho que decir acerca de las eclécticas mezcolanzas de marxismo y positivismo, ni sobre la polémica antimarxista promovida por la sociología italiana, rusa, polaca y austríaca, salvo que todo esto es también una prueba de la presencia de Marx. Y aún habría menos que decir en lo que se refiere a los países culturalmente más lejanos, donde sociología y marxismo prácticamente se identificaban, como sucedía entre los escasos estudiosos serbios. Sin embargo hay que señalar la notable, aunque no sorprendente, debilidad de la presencia marxista en Francia: basta con recordar a Durkheim. A pesar de que los medios de la sociología francesa, fuertemente republicanos y dreyfusanos, estaban orientados hacia la izquierda, y algunos de los más jóvenes colaboradores de la revista *Année sociologique* se hicieron socialistas, una cierta influencia marxista, más bien discutible, sólo puede reconocerse en el caso de Halbwachs (1877-1945), y a partir de 1914.

Si procedemos a una lectura retrospectiva de la historia intelectual, para identificar a los estudiosos que más tarde se considerarían los padres de la sociología moderna, o aunque nos limitemos a examinar la sociología más autorizada de los últimos veinte años del siglo pasado (Gumpowicz, Ratzenhofer, Winiarski, etc.), llegaremos a la conclusión

¹⁸² BECKER-BARNES, «Social Thought», cit., p. 889; cf. también F. TÖNNIES, «*Ge-meinschaft und Gesellschaft*», 1926, pp. 55, 80-81, 163, 249.

de que la presencia del marxismo era indiscutible y fuerte. Lo mismo puede decirse con respecto al campo de lo que hoy llamaríamos ciencia política. La teoría política tradicional del «Estado», desarrollada en este período tal vez principalmente por parte de filósofos y juristas, no era ciertamente marxista; sin embargo, como hemos observado, el desafío filosófico lanzado por el materialismo histórico había tenido bastante impacto y suscitaba numerosas respuestas. La investigación concreta sobre el modo de actuación de la política práctica, así como nuevos campos de estudio como los movimientos sociales y los partidos políticos, estaban destinados a recibir más directamente aquellas influencias. No queremos decir con esto que, en un período en el que el nacimiento de la democracia política y de los partidos populares de masas convertían a la lucha de clases y a la dirección política de las masas (o a la resistencia de éstas a tal dirección) en una cuestión de aguda relevancia práctica, los teóricos tuviesen que recurrir necesariamente a Marx para descubrir los mecanismos de las mismas. Ostrogorski (1854-1919), caso bastante excepcional tratándose de un ruso, no muestra signos de la influencia de Marx, como tampoco los muestran un Tocqueville, un Bagehot o un Bryce. Sin embargo, la doctrina de Gumplowicz, según la cual el Estado es siempre el instrumento a través del cual una minoría domina a la mayoría (teoría que también podría haber tenido alguna influencia en Pareto y en Mosca) procedía de algún modo de Marx, del mismo modo que la influencia de éste en Sorel y en Michels está fuera de discusión. No hay mucho más que decir sobre este campo de estudio, que entonces era más bien limitado comparado con la expansión que ha tenido en períodos más recientes.

Aunque la sociología estuvo claramente influida por Marx, la fortaleza de la historiografía académica oficial se defendió encarnizadamente de tales incursiones, especialmente en los países occidentales. Se trataba de una defensa no sólo contra la socialdemocracia y la revolución, sino contra todas las ciencias sociales. Negaba las «leyes» históricas, la primacía de fuerzas distintas a la política y las ideas, la evolución a través de una serie de estadios predeterminados, y ponía en duda la legitimidad de toda generalización histórica. «El problema de fondo

(sostenía el joven Otto Hintze) sigue siendo la antigua y controvertida cuestión sobre la posibilidad de que «los fenómenos históricos» estén regulados por leyes». ¹⁸³ O (como se decía con términos menos cautos en una recensión de un libro de Labriola) «la historia no es ni puede ser otra cosa que una disciplina descriptiva». ¹⁸⁴

Por tanto el enemigo no era sólo Marx sino toda la invasión de las ciencias sociales en el campo de la historia. En los ásperos debates que tuvieron lugar en Alemania hacia mediados de los años noventa, y que tuvieron un cierto eco internacional, el adversario contra el que se combatía no era Marx, sino las teorías de Karl Lamprecht, la historiografía inspirada en Comte, o bien (en un tono de evidente sospecha) toda historia económica tendente a hacer derivar la historia política de la evolución socio-económica, o incluso toda historia económica. ¹⁸⁵ Sin embargo, era evidente, al menos en Alemania, que el marxismo estaba muy presente en quienes criticaban toda historia «colectivista» por basarse esencialmente en una «concepción materialista de la historia». ¹⁸⁶ Por su parte Lamprecht (apoyado por historiadores más jóvenes como R. Ehrenberg, cuya obra *Zeitalter der Fugger* fue sometida a análogos ataques) afirmaba que era acusado de «materialismo» simplemente para así poder ser identificado con el marxismo. Pero, como la *Neue Zeit*, aun criticándolo, afirmaba que «se había aproximado al materialismo histórico» más que todos los demás historiadores burgueses, sus defensas

¹⁸³ *Über individuelle und kollektivistische Geschichtsauffassung*, en «Historische Zeitschrift», 1897, n.º 78, p. 60.

¹⁸⁴ «Historische Zeitschrift», 1890, n.º 64, p. 258.

¹⁸⁵ Cf. la nota sobre el positivista Breysig, en «Historische Zeitschrift», 1897, n.º 78, p. 522, y G. VON BELOW, ID., 1891, n.º 65, p. 294.

¹⁸⁶ *Die neue historische Methode*, id., 1898, n.º 81, pp. 265-266: Lamprecht «ha rechazado solemnemente la acusación de materialismo. Es verdad que no es marxista, pero nadie le había acusado de serlo. Sin embargo, su concepción de la historia es materialista. Es cierto que no lo atribuye todo a motivaciones económicas, pero tampoco los marxistas sostienen que los motivos económicos tengan siempre efectos inmediatos; a menudo señalan como motivos inmediatos los políticos o religiosos».

convencieron poco a los ortodoxos, quienes llegaron a la conclusión de que «tal vez había aprendido de Marx más de lo que los discípulos de éste querían admitir».¹⁸⁷

Sería por tanto una reducción limitar la influencia del marxismo a los escasos historiadores declaradamente marxistas, y más teniendo en cuenta que algunos de éstos deben ser desechados como propagandistas poco cualificados a nivel historiográfico.¹⁸⁸ Como en el campo de la sociología, las influencias del marxismo hay que buscarlas también entre los autores que habían empezado a plantearse las mismas preguntas que Marx, aunque luego no llegaran a las mismas conclusiones. Es decir, entre los historiadores que querían integrar el campo de la historia narrativa, política, institucional y cultural en el marco más amplio de las transformaciones sociales y económicas. Algunos de éstos eran historiadores académicos ortodoxos, aunque la influencia de Lamprecht aparezca claramente en el belga Henri Pirenne, alejado de hecho de toda forma de socialismo,¹⁸⁹ que defendió abiertamente a Lamprecht en la *Revue Historique* (1897).¹⁹⁰

¹⁸⁷ BELOW, ID., 1891, n.º 65, p. 262. Por lo que se refiere a las influencias marxianas en Lamprecht, cf. también L. LOCLÈRE, *La théorie historique de M. Kart Lamprecht*, en «Revue de l'Université de Bruxelles», IV, 1899, pp. 575-599.

¹⁸⁸ Para la crítica a Kautsky, cf. «Historische Zeitschrift», 1897, n.º 79, p. 305. Sin embargo, las obras marxistas más serias no eran tan fácilmente desechadas. El jurista Jellinek elogió las pioneras investigaciones de Bernstein sobre los Levellers y sobre los Diggers, movimientos igualitarios de la época de la revolución inglesa del siglo XVII, mientras Robert Pöhlmann, muy hostil al socialismo moderno y al comunismo, no pudo dejar de expresar su valoración favorable a «Il tramonto della schiavitù nel mondo antico», de E. CICCOTTI (1895), admitiendo la contribución del marxismo a esta tarea y reconociendo que estudios de ese tipo hacía progresar el estudio de la antigüedad («Historische Zeitschrift», 1899, n.º 82, p. 110). Pöhlmann escribió ampliamente sobre el socialismo y sobre el comunismo; parece que aún no tenía conocimiento del marxismo en 1893, pero lo conocía ya muy bien en 1897.

¹⁸⁹ BRYCE LYON, «Henry Pirenne», Gante, 1974, pp. 128

¹⁹⁰ H. PIRENNE, *Une polémique historique en Allemagne*, en «Revue Historique», LXIV, 1897, n.º 2, pp. 56-57.

La historia económica y social (profundamente distinta de la historiografía habitual) era el campo más receptivo, y de hecho los historiadores más jóvenes, poco atraídos por la aridez del conservadurismo dominante, empezaron a sentirse más cómodos en este sector especializado. Como hemos visto, incluso en Alemania la primera revista de historia económica y social apareció por iniciativa de estudiosos marxistas (principalmente austríacos). En Inglaterra, George Unwin, el más brillante estudioso de historia económica de esta generación, aunque se proponía refutar a Marx, estaba convencido de que «Marx intentaba llegar al tipo de historia justo. Los historiadores ortodoxos ignoran todos los factores más significativos del desarrollo de la humanidad».¹⁹¹ Tampoco hay que subvalorar la influencia ejercida por los historiadores rusos, profundamente impregnados de marxismo populista: Kareiev y Luchitsky en Francia, Vinogradov en Inglaterra.

Para terminar, el marxismo se situaba en una tendencia general a integrar la historia en las ciencias sociales y, en particular, a subrayar el papel fundamental de los factores sociales y económicos en los hechos políticos e intelectuales.¹⁹² Pero, desde el momento en que el marxismo era considerado la teoría más amplia, eficaz y coherente de las que iban en esta dirección, su influencia era relevante, aunque no sea fácil distinguirla claramente de las demás. Precisamente porque Marx había dado una base mucho más seria a la ciencia de la sociedad que la elaborada por Comte, entre otras razones porque incluía una sociología del conocimiento que ya ejercía «una gran influencia, aunque subterránea» en autores no marxistas, como Max Weber, algunos observadores más perspicaces ya se habían dado cuenta de que el verdadero desafío a la historiografía tradicional procedía más de Marx que, por ejemplo, de un Lamprecht.

Sin embargo, no siempre es posible especificar o definir la efectiva

¹⁹¹ Cf. «Studies in Economic History», a cargo de R. H. Tawney, Londres 1927, pp. XXIII y LXVI.

¹⁹² E. J. HOBBSAWM, *Karl Marx's Contribution to Historiography*, en «Diogenes», 1968, n.º 64.

influencia del marxismo en el pensamiento no marxista. Hay una amplia zona gris en la que esa influencia era clara y creciente, aunque fuera negada por razones políticas o bien por los marxistas o bien por los no marxistas. Podemos preguntarnos si los autores de la recensión del libro de Labriola en la *Historische Zeitschrift* coincidían con el punto de vista marxista cuando sostenía que el estudioso italiano «se acercaba más a las concepciones de la historiografía burguesa que los demás exponentes más jóvenes de la teoría socialista», o que aquél, «como es sabido, es la expresión de un materialismo moderado». ¹⁹³ Parece evidente que no pensaban en ningún tipo de convergencia desde el momento que rechazaban tanto a Labriola como a Marx. Y, sin embargo, es precisamente en esta zona gris (en la que los no marxistas admitían que no podían estar en total desacuerdo con los marxistas) donde hay que buscar la mayor parte de la influencia marxista en los estudiosos no marxistas y, en general, en la cultura no marxista. Si bien en el momento de la muerte de Marx esta influencia era muy escasa, principalmente porque Marx era poco conocido y leído fuera de la intelligentsia europea-occidental, hacia 1914 era ya bastante grande. En amplias zonas de Europa había pocas personas cultas que ignorasen su existencia, y algunos aspectos de su teoría eran ya de dominio público.

6. El marxismo y las vanguardias culturales

Nos queda por tratar el problema, aún más general, de las relaciones del marxismo con las artes, y en particular con las vanguardias culturales, que precisamente en este período desempeñaron un papel de creciente importancia. Entre ambos fenómenos no hay ninguna conexión necesaria o lógica, ya que la afirmación de que todo lo que es revolucionario en arte tiene que serlo también en política es un juego de palabras. Por otra parte hay, o había, a menudo una relación exis-

¹⁹³ E. KLEBS, en «*Historische Zeitschrift*», 1899, n.º 82, pp. 106-109; A. VIERKANDT, *íd.*, 1900, n.º 84, pp. 467-468.

tencial, en cuanto los socialdemócratas y las vanguardias artísticas y culturales estaban de algún modo al margen, contestaban la ortodoxia burguesa y eran rechazados por ésta; por no hablar de los jóvenes y, muy a menudo, de las condiciones de relativa pobreza de muchos miembros de la vanguardia y de la llamada *bohème* artística. Tanto los socialdemócratas como las vanguardias estaban en cierta medida obligados a una coexistencia no recíprocamente grata entre ellos y con otros disidentes de la moral y del sistema de valores de la sociedad burguesa. Los movimientos políticos minoritarios revolucionarios o «progresistas» atraían no sólo a las habituales franjas de la heterodoxia cultural y a los creadores de modos de vida alternativos (vegetarianos, espiritistas, teósofos, etc.) sino también a mujeres independientes y emancipadas, que contestaban los conformismos sexuales, a jóvenes de ambos sexos que aún no habían encontrado su camino en la sociedad burguesa, y a rebeldes que se sentían excluidos de ella o querían expresar su rebelión de un modo llamativo. En suma, las heterodoxias se superponían. Se trata de ambientes familiares a los historiadores de la cultura, y el pequeño movimiento socialista británico de los años ochenta ofrece bastantes ejemplos de ellos. Eleanor Marx no era sólo una militante marxista, sino una mujer libre comprometida en una actividad profesional, que rechazaba la convención del matrimonio, traducía a Ibsen y hacía de actriz de teatro aficionada. Bernard Shaw era un militante socialista de orientación marxista, escritor autodidacta, feroz enemigo de los conformismos, crítico musical y teatral y adelantado de la vanguardia artística y cultural (Wagner, Ibsen). El movimiento de vanguardia Arts-and-crafts (artes y oficios), del que eran miembros William Morris y Walter Crane, fue atraído por el socialismo (marxiano), mientras las vanguardias de la liberación sexual (el homosexual Edward Carpenter y el defensor de la liberación sexual general, Havelock Ellis) actuaban en el mismo ambiente. Oscar Wilde, aunque no tuvo ninguna actuación política, se sintió muy atraído por el socialismo y escribió un libro sobre el tema.

Afortunadamente para esta coexistencia entre vanguardias y marxismo, Marx y Engels habían escrito bastante poco específicamente so-

bre arte y habían publicado aún menos, por lo que los primeros marxistas no estuvieron demasiado vinculados en sus orientaciones por una doctrina rígida. Marx y Engels no habían mostrado ninguna simpatía por las vanguardias a partir de los años cuarenta. Al mismo tiempo, la falta de un cuerpo doctrinal estético en los clásicos obligaba a los marxistas a elaborar uno. Los criterios más obvios de arte contemporáneo aceptables por la socialdemocracia (nunca hubo ninguna duda en lo que se refiere al arte clásico) eran que el arte representase la realidad de la sociedad capitalista de un modo francamente crítico, preferiblemente con una atención particular por los trabajadores, y mejor aún si expresaba una adhesión a sus luchas. Esto no implicaba necesariamente una tendencia favorable a la vanguardia, ya que escritores y pintores tradicionales y consagrados podían fácilmente ampliar el área de sus temas y de sus simpatías sociales, y de hecho en la pintura se pudo observar un giro hacia la ilustración de escenas de la vida industrial, de obreros y campesinos, e incluso escenas de luchas obreras (como en *Huelga* de H. Herkomer), realizadas en general por artistas moderadamente progresistas, alejados de la vanguardia (Liebermann, Leibl). De todos modos, todo esto no requiere mayor discusión.

Este tipo de estética socialista no planteó particulares problemas a las relaciones entre marxismo y vanguardias en los últimos veinte años del siglo XIX (época dominada, al menos en lo que se refiere a la narrativa, por escritores realistas con fuertes intereses sociales y políticos, o que así pueden ser considerados). Algunos estaban cada vez más influidos por el auge del movimiento obrero, hasta el punto de interesarse específicamente por los problemas de los trabajadores. Los marxistas no tuvieron dificultad en acoger favorablemente, sobre tales bases, a los grandes novelistas rusos (cuyo descubrimiento en Occidente se debe en gran medida a los «progresistas»), los dramas de Ibsen y demás productos de la literatura escandinava (Hamsun y Strindberg, aunque este último hoy pueda sorprendernos), y sobre todo a los escritores de la escuela que se llamó «naturalista», que se habían ocupado abierta y vigorosamente de los aspectos de la realidad capitalista a los que los artistas tradicionales parecían haber dado la espalda (Zola y Maupassant

en Francia, Hauptmann y Sudermann en Alemania, Verga en Italia). El hecho de que muchos «naturalistas» fuesen, de hecho, propagandistas políticos y sociales o que, como Hauptmann, se aproximasen a la socialdemocracia,¹⁹⁴ hacía sin duda que esta escuela fuera aún mejor aceptada por los marxistas. Naturalmente, los ideólogos distinguían cuidadosamente entre ser conciencia socialista y mera complacencia por lo turbio; Mehring, al escribir sobre el naturalismo en 1892-1893,¹⁹⁵ lo acogió favorablemente como un signo de que «el arte empieza a sentir en su propio cuerpo el capitalismo», y trazó un paralelismo entre naturalismo e impresionismo que entonces era menos original de lo que hoy puede parecer:

En efecto, así podemos explicarnos fácilmente el placer, que de otro modo resultaría inexplicable, que sienten los impresionistas... y los naturalistas al tratar con todas las sucias inmundicias de la sociedad capitalista; viven y trabajan entre esta inmundicia y, movidos por un oscuro instinto, no podrían expresar una protesta más dolorosa contra quienes les maltratan.

Pero sostenía que esto era como máximo el primer paso hacia un «auténtico arte». Sin embargo, la *Neue Zeit*, abierta a la colaboración de los «modernos»,¹⁹⁶ reseñaba o publicaba escritos de Hauptmann, Maupassant, Korolenko, Dostoievski, Strindberg, Hamsun, Zola, Ibsen, Björnson, Tolstoi y Gorki. El mismo Mehring admitía que el naturalismo alemán estaba orientado hacia la socialdemocracia, aunque pensaba que los «naturalistas burgueses tenían una mentalidad socialista, del mismo modo que los socialistas feudales tenían una mentalidad

¹⁹⁴ Las obras teatrales de HAUPTMANN, «Die Weber y Florian Geyer» estaban abiertamente comprometidas a nivel socio-político, y fueron muy apreciadas precisamente por ello.

¹⁹⁵ *Gesammelte Schriften und Aufsätze*, a cargo de E. Fuchs, en «Literaturgeschichte». Berlín, 1930, vol. II. p. 107.

¹⁹⁶ Cf. «Was wollen die Modernen, von einem Modernen», 1893-1894. pp. 132 y ss., 168 y ss.

burguesa; ni más ni menos».¹⁹⁷

Otro punto de contacto significativo era el existente entre el marxismo y las artes figurativas. Un determinado número de artistas socialmente conscientes descubrieron la clase obrera como sujeto, y se sintieron atraídos consecuentemente por el movimiento obrero. En este terreno, como en otros campos de la vanguardia cultural, fue particularmente importante el papel de los Países Bajos, ya sea por su situación de encrucijada entre las influencias francesas, inglesas y en cierta medida alemanas, o bien (en lo que se refiere a Bélgica) por la presencia de una clase obrera particularmente explotada y oprimida. Como se ha dicho, el papel de estos países (especialmente de Bélgica) en la cultura internacional fue fundamental en este período, mucho más que en los siglos anteriores; sin su aportación no se puede entender ni el simbolismo, ni el *art nouveau* o más tarde la arquitectura moderna, ni la pintura de vanguardia posterior a los impresionistas. En particular, en los años ochenta el belga Constantin Meunier (1831-1905), perteneciente a un grupo de artistas próximo al partido obrero belga, inició lo que luego se convertiría en la tradicional «iconografía obrera»: trabajadores musculosos con el torso desnudo, madres y mujeres proletarias flacas y dolientes (las exploraciones de Van Gogh en el mundo de los pobres no se conocieron hasta más tarde). Los críticos marxistas como Plejánov consideraron con la habitual cautela esta ampliación de los temas pictóricos al mundo de las víctimas del capitalismo, aun cuando esta tendencia iba más allá de la mera documentación o de la expresión de una conmisericordia social. De todos modos, también estos artistas interesados ante todo por sus temas representaron un puente entre su mundo y los ambientes en los que se discutía el marxismo.

Se produjo un ligamen más eficaz y directo con el socialismo a través de las artes aplicadas y decorativas. Se trataba de una vinculación inmediata y consciente, especialmente en el movimiento inglés Arts-and-crafts, cuyo principal representante William Morris (1834-1896) se hizo marxista a su manera y prestó una notable contribución teórica y

¹⁹⁷ MEHRING, «Literaturgeschichte», cit., p. 298.

práctica a la transformación social del arte. Estas tendencias artísticas tomaban como punto de partida no al artista individual y aislado, sino al artesano, y expresaban la protesta contra la reducción por parte de la industria capitalista del obrero-artesano creativo a mero «ejecutor»; su objetivo principal no era la producción de obras de arte individuales, idealmente creadas para ser contempladas en el aislamiento, sino todo el panorama de la vida cotidiana, como pueblos y ciudades, casas y muebles. Sucedió sin embargo que, por razones económicas, el mercado principal de sus productos acabó siendo el de la burguesía más curiosa culturalmente y los profesionales; un destino análogo, entonces y posteriormente, al de los creadores de un «teatro popular».¹⁹⁸ En realidad, el movimiento Arts-and-crafts y su posterior desarrollo en el *art nouveau*, iniciaron lo que sería el primer estilo confortable de vida burguesa del siglo XIX: casas y chalets suburbanos o semirrurales, un estilo que, en distintas versiones, encontró favorable acogida en las comunidades burguesas de jóvenes y de provincianos, deseosos de expresar una identidad cultural propia, en Bruselas y en Barcelona, en Glasgow, en Praga y en Helsinki. También es verdad que las ambiciones sociales de los artistas-artesanos y de los arquitectos de esta vanguardia no se limitaron a satisfacer las exigencias de las clases medias, sino que impulsaron las tendencias de la arquitectura moderna y de la planificación urbanística, en las cuales es evidente el elemento utópico-social. Con frecuencia estos pioneros del «movimiento modernista», como W. R. Lethaby (1857-1931), Patrick Geddes y los creadores de las ciudades jardín, procedían de los ambientes socialistas y progresistas ingleses; también en la Europa continental los miembros de este movimiento estaban muy ligados a la socialdemocracia: Víctor Horta (1861-1947), el gran arquitecto del *art nouveau* belga, proyectó la Maison du Peuple de Bruselas (1897), en cuya

¹⁹⁸ Por las mismas razones nunca llegó a desarrollarse una ópera «popular», a pesar de algunas tentativas en ese sentido; el compositor de ópera «revolucionario» Gustave Charpentier imaginó una heroína perteneciente a la clase obrera (Louise, 1900); y en algunas óperas de este período se pueden encontrar algunos elementos de «verismo» (por ejemplo, «Cavalleria rusticana», de Mascagni).

«sección artística» H. Van de Velde, que se convirtió más tarde en una figura clave del desarrollo del movimiento moderno en Alemania, dio una conferencia sobre William Morris. H. P. Berlage (1856-1934), socialista y pionero de la arquitectura moderna holandesa, proyectó la sede del sindicato de talladores de diamantes de Amsterdam (1899).

El hecho esencial es que en ese momento convergieron la nueva política y las nuevas artes. Pero tal vez es aún más significativo el hecho de que el núcleo originario de artistas (en su mayor parte ingleses) que había promovido esta revolución en las artes aplicadas, no sólo estuvo directamente influido por el marxismo (como Morris) sino que dio, con Walter Crane, al movimiento socialdemócrata gran parte del vocabulario iconográfico corriente a nivel internacional. William Morris, por su parte, había elaborado un agudo análisis de las relaciones entre arte y sociedad, de acuerdo con una posición que él consideraba marxista, aunque en ella puedan advertirse las primeras influencias de los prerrafaelistas y de Ruskin. De todos modos, es bastante singular que el pensamiento ortodoxo marxista sobre el arte permaneciera totalmente impermeable a estos procesos. Los escritos de William Morris no han encontrado hasta hoy un puesto en los grandes debates marxistas sobre el arte, aunque en los últimos tiempos han empezado a ser mejor conocidos y han encontrado defensores válidos en el campo marxista.¹⁹⁹

No se produjeron ligámenes tan claros en los años ochenta y noventa entre el marxismo y el otro importante grupo de vanguardia que podemos llamar por aproximación simbolista, aunque muchos poetas simbolistas tuvieron simpatías revolucionarias o socialistas. Los simbolistas franceses, como muchos de los nuevos pintores de este período, al principio de los años noventa estaban mayoritariamente orientados hacia el anarquismo (mientras los viejos impresionistas eran más bien apolíticos, salvo excepciones aisladas como Pissarro). Presumiblemente, esto sucedía no por objeciones de principio con respecto a Marx («la

¹⁹⁹ E. P. THOMPSON, «William Morris. Romantic to Revolutionary», Londres, 1955, nueva ed. 1977; P. MEIER, «La pensée utopique de William Morris», París, 1972.

mayor parte de los jóvenes poetas», que se habían convertido «a las doctrinas de la rebelión, fuesen las de Bakunin o las de Marx»,²⁰⁰ habrían seguido probablemente cualquier prometedor estandarte de rebelión) sino porque los dirigentes socialistas franceses (hasta la aparición de Jaurès) no consiguieron suscitar sus simpatías. En particular, el filisteísmo pedante de los guesdistas difícilmente habría podido atraerles, mientras los anarquistas, no sólo mostraron un interés bastante mayor por el arte, sino que acogieron entre sus primeros militantes a pintores y críticos del valor, como Félix Fénéon.²⁰¹

En Bélgica, en cambio, el partido obrero atrajo a los simbolistas, bien porque en él militaban también rebeldes anarquizantes, bien porque en su grupo dirigente, procedente de la clase media culta, había hombres visible y activamente interesados por el arte. Jules Destrée escribió bastante sobre el socialismo y el arte, y publicó un catálogo de las litografías de Odilon Redon; Vandervelde trataba frecuentemente a poetas. Así, Maeterlink permaneció en el partido casi hasta 1914, Verhaeren se convirtió casi en el poeta oficial, y los pintores Eekhoud y Khnopff trabajaron en la Maison du Peuple. Es cierto que el simbolismo florecía en países en los que no había teóricos marxistas (como Plejánov) dispuestos a condenarlo, y de este modo las relaciones entre la rebelión artística y la rebelión política eran bastante cordiales.

Como puede verse, hacia finales de siglo hubo un vasto terreno común entre las vanguardias culturales y las expresiones artísticas propias de las minorías de oposición, por una parte, y la socialdemocracia

²⁰⁰ Stuart Merrill, citado por E. W. HERBERT, «The Artist and Social Reform in France and Belgium. 1855-1898», New Haven, 1961, p. 100, nota.

²⁰¹ Entre los suscriptores de la revista anarquista «La Révolte» encontramos, en 1894, Alphonse Daudet, Anatole France, Huysmans, Lecomte de Lisle, Mallarmé, Loti, y los miembros de la vanguardia teatral Antoine y Lugné-Poe. Ninguna revista socialista de aquel tiempo podía enorgullecerse de contar entre su público con una análoga constelación de personalidades. De todos modos, incluso un veterano anarquista como el poeta Gustave Kahn era un gran admirador de Marx y se mostraba favorable a la unidad de todos los hombres de izquierda. HERBERT, «The Artist and Social Reform», cit., pp. 110-111.

cada vez más influida por el marxismo, por otra. Los intelectuales socialistas que se habían convertido en dirigentes de los nuevos partidos eran lo suficientemente jóvenes para no haber perdido contacto con los gustos de la vanguardia, e incluso los de mayor edad, como Victor Adler (1852) y Karl Kautsky (1854) tenían menos de cuarenta años en 1890. Adler, que iba con frecuencia al café Griensteidl, centro de los artistas y los intelectuales vieneses, fue no sólo un profundo cultivador de literatura y música clásica, sino también un apasionado wagneriano (como Plejánov y Shaw, había encontrado en Wagner más implicaciones «socialistas» y revolucionarias de lo que hoy suele ser habitual), un entusiasta admirador de su amigo Gustav Mahler, y uno de los primeros fervientes defensores de Bruckner. Como casi todos los socialistas de su generación, compartía la admiración por Ibsen y Dostoievski y estaba profundamente impresionado por la poesía de Verhaeren, cuya lírica tradujo.²⁰²

Por su parte, gran parte de los «naturalistas», simbolistas y miembros de las demás escuelas de vanguardia de la época se orientaron, como se ha visto, hacia el movimiento obrero y (excepto en Francia) hacia la socialdemocracia. Pero estas simpatías no eran siempre de larga duración: el escritor austríaco Hermann Bahr, que actuaba como portavoz de los «modernos», se distanció del marxismo a finales de los años ochenta, mientras el gran «naturalista» Hauptmann se orientó hacia el simbolismo, reforzando las reservas teóricas de los críticos marxistas. También la escisión entre socialistas y anarquistas produjo sus efectos, ya que algunos artistas (particularmente en el campo de las artes figurativas) siempre habían estado claramente atraídos por el puro espíritu de rebeldía de los anarquistas. Sin embargo, los «modernos» continuaron sintiéndose a gusto en los medios próximos al movimiento obrero, y los marxistas (al menos los que eran hombres de cultura) en los de los «modernos».

Por razones que aún no han sido suficientemente aclaradas, estos ligámenes se rompieron al cabo de un cierto tiempo. Pueden formu-

²⁰² W. EMERS, «Victor Adler», Viena, 1932, pp. 236-237.

larse algunas hipótesis. En primer lugar, como probó la «crisis en el marxismo» a finales de los años noventa, en Europa occidental ya no podía sostenerse la convicción de que el capitalismo estaba en vísperas de su hundimiento y el movimiento socialista en vísperas del triunfo revolucionario. Intelectuales y artistas, que habían sido atraídos por un movimiento obrero genérico, vagamente definido por el ambiente de grandes esperanzas, de confianza e incluso de expectativas utópicas que él mismo había alimentado, se encontraban ante un movimiento inseguro con respecto a sus propias perspectivas futuras y azotado por diferencias internas cada vez más sectarias. También en Europa oriental había una fragmentación ideológica análoga: una cosa era simpatizar con un movimiento en el que todas las corrientes parecían converger en una dirección genéricamente marxista, como al principio de los años noventa (o en el caso del socialismo polaco, antes de la división entre nacionalistas y antinacionalistas), y otra verse obligados a elegir entre grupos rivales y recíprocamente hostiles de revolucionarios y ex revolucionarios.

En Occidente, en cambio, los nuevos movimientos se institucionalizaron cada vez más y acabaron comprometidos en una política cotidiana, bastante poco fascinante para artistas y escritores, una práctica reformista que dejaba las perspectivas de una revolución futura en manos de una especie de fatalidad histórica. Además, los partidos de masas institucionalizados, que desarrollaban a menudo un mundo cultural propio, eran cada vez menos propensos a favorecer expresiones artísticas que el público obrero difícilmente hubiera comprendido o aprobado. Es cierto que los lectores de las bibliotecas obreras alemanas tendían cada vez más a abandonar los libros políticos y a decantarse por la narrativa, pero también leían menos poesía y literatura clásica, y el escritor más popular, un tal Friedrich Gerstaecker, era un autor de historias de aventuras bastante alejado de la vanguardia.²⁰³ No es sorprendente que en Viena, Karl Kraus, que se sintió atraído en un primer

²⁰³ H. J. STEINBERG, «Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie», Hannover, 1967, pp. 132-135.

momento por la socialdemocracia por su propia orientación de disidencia cultural y política, se alejara de la misma en la primera década del siglo xx. Reprochaba a la socialdemocracia que no promoviera un nivel cultural suficientemente serio entre los obreros, y no estuvo a favor de la gran campaña por el sufragio universal lanzada por el partido (que tuvo, final mente, un resultado favorable).²⁰⁴

La izquierda revolucionaria socialdemócrata, al principio más bien marginal en Occidente, y las tendencias sindicalistas-revolucionarias o anarquistas parecían estar en mejores condiciones para atraer a la vanguardia cultural de orientación radical. A partir de 1900, los anarquistas, en particular, encontraban su base social (excepto en algunos países latinos) en círculos de *bohémians*, en grupos de trabajadores autodidactas, en capas de subproletariado, es decir, en los diversos Montmartres del mundo occidental: un ambiente caracterizado por una genérica subcultura de quienes rechazaban tanto el modo de vida «burgués» como los movimientos de masas organizados y no eran asimilables ni por uno ni por otros.²⁰⁵ Sin embargo, esta rebelión individualista y antinómica no se contraponía a la revolución social. A menudo se esperaba únicamente la ocasión de un movimiento insurreccional y revolucionario al que poder unirse, y de hecho hubo de nuevo una movilización masiva contra la guerra y a favor de la revolución rusa. El soviét de Múnich de 1919 constituyó quizás el momento de máxima afirmación política de estos grupos. Sin embargo, tanto en la realidad como en la teoría habían dado la espalda al marxismo: Nietzsche, un pensador que por razones bastante obvias era profundamente aborrecido por los marxistas y los demás socialdemócratas, a pesar de su odio por «el burgués», se convirtió en un típico gurú para los anarquistas y los rebeldes anarcoides, así como para los disidentes culturales de la clase media apolítica.

Por otra parte, el mismo radicalismo cultural de los productos de

²⁰⁴ CAROLINE KOHN, «Karl Kraus», Stuttgart, 1966, pp. 65-66.

²⁰⁵ Por lo que se refiere al anarquismo austro-alemán, cf. G. BOTZ, G. BRANDSTETTER, M. POLLAK, «Im Schatten der Arbeiterbewegung», Viena, 1977, pp. 83-85.

la vanguardia a principios de siglo les apartaba de los movimientos obreros, cuyos miembros mantenían los gustos tradicionales, y seguían vinculados a los lenguajes conocidos y a los códigos simbólicos de comunicación que expresaban los contenidos de las obras de arte. Las vanguardias de los últimos veinte o veinticinco años del siglo XIX aún no habían roto con estos lenguajes, aunque los habían forzado: con un pequeño esfuerzo de adaptación era perfectamente posible «comprender» aproximadamente a Wagner, a los impresionistas, e incluso a muchos simbolistas. Pero, a partir de principios de siglo (tal vez el Salón de Otoño de París de 1905 marca el punto de ruptura en las artes figurativas) ya no fue así.

Además, los dirigentes socialistas (incluidos los de la última generación, nacida después de 1870) ya no conseguían «mantener el contacto». Rosa Luxemburg tuvo que defenderse de la acusación de que no le gustaban los «escritores modernos», pero a pesar de haber estado muy próxima a la vanguardia en los años noventa (por ejemplo, a los poetas naturalistas alemanes), admitió que no entendía a Hofmannsthal y que nunca había oído hablar de Stefan George.²⁰⁶ Incluso Trotski, que alardeaba de estar en estrecho contacto con las nuevas modas culturales (en 1908 escribió un amplio análisis de Frank Wedekind para la *Neue Zeit* y reseñó algunas exposiciones de arte) no parece que tuviera mucha familiaridad con lo que los jóvenes más extravagantes del período entre 1905 y 1914 considerarían vanguardia, con la excepción de la literatura rusa. Como Rosa Luxemburg, había subrayado y desaprobado el extremo subjetivismo de las vanguardias; su capacidad, para usar las palabras de Luxemburg, de expresar un «estado de ánimo», pero nada más («y no es posible formar seres humanos con estados de ánimo»)²⁰⁷ Sin embargo, a diferencia de Luxemburg, intentó elaborar una interpretación marxista de las nuevas tendencias de rebelión subjetivista y de la «lógica puramente estética», para la cual «la rebelión contra el

²⁰⁶ R. LUXEMBURG, «J'étais, je suis, je serai. Correspondance. 1914-1919», París, 1977, pp. 306-307.

²⁰⁷ *Ibid.*, p. 307.

academicismo se ha transformado naturalmente en una rebelión de la forma artística autosuficiente contra el contenido, como hecho indiferente». ²⁰⁸ Atribuía este hecho a la novedad de la vida en las enormes concentraciones urbanas modernas y, más específicamente, lo consideraba una expresión de esta experiencia por parte de los intelectuales que vivían en estas modernas Babilonias. Sin duda tanto Luxemburg como Trotski ponían de manifiesto los prejuicios sociales particularmente fuertes de la teoría estética rusa, pero en última instancia también reflejaban una actitud general de los marxistas, orientales y occidentales. Había algunos, particularmente interesados por las artes y deseosos de mantenerse al corriente de las tendencias más recientes, que conseguían desarrollar un cierto gusto por alguna de estas innovaciones, a nivel individual y privado, pero hay que preguntarse en qué medida estos intereses podían vincularse a sus actividades y convicciones socialistas.

No era sólo una cuestión de edad, a pesar de que pocos de los miembros más destacados de la Internacional tuvieran menos de treinta años en 1910, y muchos fueran de mediana edad. Lo que los marxistas comprensiblemente no conseguían apreciar era lo que consideraban una retirada (más que un avance, como proclamaba la vanguardia) hacia el virtuosismo formal y el experimentalismo, y hacia el abandono de los contenidos artísticos, incluidos los contenidos políticos y sociales claramente reconocibles. Lo que no podían aceptar era la elección del puro subjetivismo, casi de un solipsismo, como Plejánov señaló en los cubistas. ²⁰⁹ Era enojoso, aunque explicable, «que entre los ideólogos burgueses pasados a las filas del proletariado, hubiera tan pocos expertos en arte (Künstler)»; y en los años inmediatamente anteriores a 1941 parecía que hubiera aún menos que se sintieran atraídos por el movimiento obrero que en las últimas décadas del siglo anterior. La vanguardia de la pintura francesa se mantenía distante de todo movimiento intelectual

²⁰⁸ Cf. L. TROTSKI, «Letteratura e rivoluzione», a cargo de V. Strada, Turín, 1973, p. 467.

²⁰⁹ J. PLEJANOV, «Kunst und Literatur», Berlín, 1954, páginas 284-285.

y social, encerrada en sus diatribas técnicas.²¹⁰ Pero aún había más: en 1912-1913 Plejánov podía afirmar, como algo absolutamente evidente, que «la mayoría de los artistas de hoy siguen los puntos de vista burgueses y son totalmente impermeables a los grandes ideales de libertad de nuestro tiempo».²¹¹ No era fácil encontrar entre los numerosísimos artistas que se declaraban «antiburgueses» alguno que estuviera próximo a los movimientos socialistas organizados, e incluso entre los anarquistas había muchos menos pintores que en los años noventa; en cambio era mucho más fácil dar con alguien que lamentara el filisteísmo de los obreros: personajes declaradamente elitistas, como los del círculo de Stefan George en Alemania, acmeístas rusos, a la búsqueda de compañías aristocráticas (preferiblemente femeninas), e incluso (especialmente en los ambientes literarios) reaccionarios potenciales o efectivos. No hay que olvidar, por otra parte, que las nuevas vanguardias experimentales se habían rebelado no tanto contra el academicismo cuanto precisamente contra las vanguardias de los años ochenta y noventa que habían estado relativamente próximas al movimiento obrero y socialista de la época.

En definitiva, ¿qué otra cosa podían ver los marxistas en estas nuevas vanguardias, sino otro síntoma de la crisis de la cultura burguesa, y qué otra cosa podían ver las vanguardias en el marxismo, sino otra prueba de que el pasado no puede entender el futuro? Es cierto que entre las escasas decenas de personas (coleccionistas o mercaderes de arte) de las que dependían financieramente los nuevos pintores, había también simpatizantes marxistas, como Morosov. Por otra parte, era bastante improbable que los amantes de la rebelión artística fueran, en este período, conservadores a nivel político. Había también la excepción de algunos teóricos marxistas, como Lunacharski y Bogdánov, que intentaban teorizar sus propias simpatías por los innovadores, pero estaban destinados a encontrar una fuerte oposición. Por lo demás, el ambiente cultural del movimiento socialista y obrero no dejaba espacio a las nue-

²¹⁰ J. C. HOLL, «La jeune peinture contemporaine», París, 1912, pp. 14-15.

²¹¹ PLEJÁNOV, «Kunst und Literatur», cit., pp. 292, 295.

vas vanguardias, y los teóricos ortodoxos de la estética marxista (de hecho una especie propia de la Europa central y oriental) las condenaban.

A pesar de que algunos sectores de las nuevas vanguardias permanecieron alejados del socialismo y de cualquier otra idea política, y algunos fueron luego abiertamente reaccionarios e incluso fascistas, también es cierto que gran parte de los artistas rebeldes sólo esperaban que se presentase otra coyuntura histórica en la que la rebelión artística y la rebelión política pudieran unirse una vez más. Así sucedió después de 1914, en el movimiento contra la guerra y en la revolución rusa. Después de 1917 se produciría la convergencia entre marxismo (en la forma del bolchevismo leniniano) y vanguardia, al principio sobre todo en Rusia y en Alemania. Aunque la época del fenómeno que los nazis llamaron (no sin acierto) «Kulturbolchevismus» no pertenece a la historia del marxismo en la época de la Segunda Internacional, será oportuno recordar brevemente los procesos posteriores a 1917 porque llevaron a la bifurcación de la estética marxista entre «realistas» y «vanguardistas» (las divergencias entre Lukács y Brecht, entre los admiradores de Tolstoi y los de Joyce), y, como se ha visto, esta división tiene sus raíces en los años anteriores a 1914.

Si contemplamos la época de la Segunda Internacional en su conjunto, tenemos que decir que la relación entre marxismo y arte nunca ha sido muy fácil, pero ha sido aún más difícil a partir de principios del nuevo siglo. Los teóricos marxistas siempre habían manifestado una cierta incomodidad con respecto a los movimientos «modernos» de los años ochenta y noventa, dejando que sus entusiastas promotores fueran intelectuales situados al margen del marxismo, como en Bélgica, o revolucionarios no marxistas y socialistas. Los principales críticos marxistas ortodoxos se consideraban más comentaristas o árbitros, que seguidores o jugadores en el partido de fútbol cultural. Esto no les impedía realizar un análisis histórico de la evolución artística en el que las más recientes manifestaciones de ésta se consideraban síntomas de la decadencia de la sociedad burguesa. Se trata de un análisis muy severo que sorprende porque está hecho básicamente desde fuera. Todos los intelectuales marxistas se consideraban partícipes en la ela-

boración filosófica o científica, aunque únicamente como aficionados; difícilmente alguno se consideró partícipe en la creación artística. Analizaron la relación entre el arte, la sociedad y el movimiento, y pusieron notas buenas y notas malas a escuelas, artistas y obras. En el mejor de los casos acogieron favorablemente a los escasos artistas que ingresaron en los distintos movimientos socialistas, y tuvieron en cuenta sus extravagancias personales e ideológicas, como también hacía por su parte la sociedad burguesa. Por eso era plausible que la influencia del marxismo en las artes fuera bastante marginal. Incluso el naturalismo y el simbolismo, que habían estado bastante próximos a los movimientos socialistas de su tiempo, habrían seguido por esta vía aun en el caso de que los marxistas no hubieran mostrado ningún interés por ellos. En realidad, a los marxistas les resultaba difícil encontrar alguna función a los artistas en el sistema capitalista que no fuera la de propagandistas, «clásicos», o «síntomas sociológicos». Podríamos decir que en realidad el marxismo de la Segunda Internacional no tenía una adecuada teoría del arte y, a diferencia de lo que sucedió con la «cuestión nacional», no se vio obligado por la urgencia de las circunstancias políticas a reconocer su propia inadecuación teórica.

Sin embargo, en el seno de la Segunda Internacional hubo una auténtica teoría del arte en la sociedad, aunque el cuerpo oficial de la doctrina marxista no se enterara: se trata de la teoría desarrollada a fondo por William Morris. Si ha habido una influencia importante y duradera del marxismo en las artes, ha sido a través de esta corriente de pensamiento, que miró más allá de la estructura de las artes en la época de la burguesía (el «artista» individual) para captar el elemento de la creación artística en todo trabajo y en las artes (tradicionales) de la vida popular; y a partir del equivalente de la producción de bienes de consumo en arte (la «obra de arte individual») examinó los ambientes de la vida cotidiana. Es interesante señalar que ésta es la única rama de la estética marxista que ha prestado atención a la arquitectura, considerándola incluso la piedra clave y la coronación de todas las artes.²¹² Así como la

²¹² W. MORRIS, «On Art and Socialism», Londres, 1946, p. 76.

crítica marxista fue el aguijón del naturalismo o del «realismo», esta teoría fue el motor del movimiento Arts-and-crafts, cuyo impacto histórico en la arquitectura moderna y en el dibujo ha sido y sigue siendo de fundamental importancia.

Ha sido olvidada tanto porque Morris (que fue uno de los primeros marxistas ingleses)²¹³ fue considerado un artista famoso, pero un político de escaso relieve, como porque la tradición teórica inglesa de las relaciones entre arte y sociedad (medievalismo neorromántico, Ruskin), que él integró con el marxismo, tuvo pocas relaciones con la corriente principal del pensamiento marxista. Sin embargo, su obra nació del seno del arte, era marxista (al menos así lo decía Morris) y convirtió e influyó en artistas, designers, arquitectos, urbanistas, así como organizadores de museos, escuelas de arte, etc., en muchos países europeos. No es casual que esta importante influencia marxista en el arte viniera de Inglaterra, donde el marxismo tenía muy escasa importancia; en aquel tiempo este país era el único lo suficientemente transformado por el capitalismo como para que la producción industrial provocase la transformación de la producción artesana. Si se reflexiona, no puede sorprender que el país que Marx consideraba «clásico» en el desarrollo capitalista produjera la única elaboración crítica importante de los efectos del capitalismo en el arte. Ni tampoco es sorprendente que el elemento marxista de este significativo movimiento artístico haya sido olvidado. El mismo Morris era suficientemente realista para darse cuenta de que mientras durase el capitalismo, el arte no podría convertirse en socialista.²¹⁴ En cuanto el capitalismo salió de la crisis y reanudó la expansión, se apropió de las expresiones artísticas revolucionarias y las absorbió. La clase media acomodada e instruida, los designers in-

²¹³ Morris participó por primera vez en una convención socialista en 1883 para discutir la construcción de albergues populares.

²¹⁴ «Considerando la relación existente entre mundo moderno y arte, nuestra tarea es hoy, y lo será durante mucho tiempo, no tanto la de intentar “producir arte” en sentido estricto, cuando la de preparar el terreno para dar al arte todas sus oportunidades», W. Morris, «The Socialist Ideal», en Id., «On Art and Socialism», cit., p. 323.

dustriales asumieron el control de las mismas. La obra más importante del arquitecto socialista holandés H. P. Berlage no es la sede del sindicato de talladores de diamantes, sino el palacio de la Bolsa de Amsterdam. Y las obras con las que los urbanistas seguidores de Morris consiguieron aproximarse más a los proyectos de «ciudad para el pueblo» fueron los «barrios jardín», destinados a residencia de la clase media, y las «ciudades jardín», alejadas de la industria. De este modo las artes reflejan las esperanzas y la tragedia del socialismo de la Segunda Internacional.

ANDRZEI WALICKI

El marxismo polaco entre los siglos XIX y XX

1. Los marxistas polacos de la primera generación

Los primeros seguidores polacos de Marx y Engels no eran marxistas sino patriotas en el exilio, entregados a la romántica idea de una fraternidad revolucionaria entre las naciones, convencidos de que la causa de todos los oprimidos (fueran clases oprimidas o fueran naciones) era fundamentalmente la suya, y profundamente impresionados por la coherente posición filopolaca de los padres del «socialismo científico».²¹⁵

Desde la revolución de Cracovia, en 1846, Marx y Engels sostuvieron que el movimiento de liberación nacional polaco contra la reaccionaria Santa Alianza, el cual había abrazado la idea de la revolución agraria, era la fuerza revolucionaria más consistente al Este del Elba; sostuvieron igualmente que Polonia se había convertido en «la parte revolucionaria de Rusia, Austria y Prusia»,²¹⁶ y que su liberación tenía particular importancia para la transformación y la unificación de Alemania. Decían que se habían de devolver a Polonia las fronteras de 1772, pues sólo un gran Estado polaco podía ser suficientemente fuerte y vital como para proteger a Europa de la influencia reaccionaria de la Rusia zarista, influencia especialmente fuerte en Alemania. En la insurrección polaca de 1863 vieron el comienzo de una nueva era revolucionaria para Euro-

²¹⁵ Cf. J. W. BOREJSZA, «W kregu wielkich wygnancow 1848-1895», Varsovia, 1963; C. BOBINSKA, «Marksa spotkania z Polska», Cracovia, 1971; I. KOBERDOWA, «Pierwsza Miedzynarodowka i lewica Wielkiej Emigracji», Varsovia, 1964; Cf. además dos ediciones de las fuentes principales: «Marks i Engels o Polsce», con una introducción de C. Bobinska, vol. I-II, Varsovia, 1960, y «Pierszwa Miedzynarodowka a sprawa polska. Dokumenty i materialy», a cargo de J. BOREJSZA, H. KATZ, I. KOBERDOWA y M. WALTE, Varsovia, 1964.

²¹⁶ K. MARX y F. ENGELS, «Il dibattito sulla Polonia a Francoforte», en «Opere», Roma, 1974, vol. VII, pp. 384-385.

pa,²¹⁷ y durante la insurrección Marx propuso al coronel polaco Lapinski la organización de una legión que combatiera junto a los polacos bajo la bandera nacional alemana.²¹⁸ Sentimientos filopolacos de este tipo estaban desde entonces muy difundidos entre la clase obrera de Europa occidental: precisamente la idea de la Asociación Internacional de Trabajadores nació durante una reunión de obreros franceses e ingleses organizada en Londres en julio de 1863 para apoyar la lucha polaca. Marx y Engels declararon, en el marco de la Internacional, que la causa polaca constituía una cuestión especialmente importante para la política exterior de la clase obrera, y defendieron resueltamente estas tesis contra los ataques de los proudhonianos, según los cuales (y a ello no fue ajena la propaganda oficial zarista) la insurrección polaca era un movimiento de la nobleza católica reaccionaria. Polemizando con los proudhonianos, Engels escribió:156

Con una sola excepción [Proudhon] (de la que me ocuparé directamente dentro de poco) los trabajadores europeos declaran unánimemente que la restauración de Polonia es una parte fundamental de su programa político, la expresión más candente de su política exterior.²¹⁹

²¹⁷ Cf. Marx a Engels, 13 de febrero de 1863, en «Opere», cit., vol. XLI, p. 359.

²¹⁸ Cf. BOREJSZA, «W kregu», cit., pp. 371-88. Marx habló de sus conversaciones con Lapinski en su carta a Engels del 12 de septiembre de 1863, en «Opere», cit., vol. XLI, p. 409. La reacción intelectual de Marx ante la insurrección de 1863 aparece en sus manuscritos sobre Polonia, recientemente editados, cuya tesis principal es que la restauración de Polonia es una necesidad absoluta para los demócratas alemanes, como única vía para liberar a Alemania de la tutela de la Rusia zarista. Cf. K. MARX, «Manuskripte über die Polnische Frage (1863-1864). Herausgegeben und eingeleitet von Werner Conze und Dieter Hertz-Eichenrode», s'Gravenhage, 1961. Diez años después apareció en Polonia una nueva edición aumentada (en alemán y polaco), con el título de «Przyczynki do historii polskiej. Rekopisy z lat 1863-1864», Varsovia, 1971, a cargo de un grupo de historiadores soviéticos, polacos y alemanes.

²¹⁹ Cf. F. ENGELS, *Was hat die Arbeiterklasse mit Polen zu tun?*, en «Mew», vol. XVI, pp. 153-163.

No es pues de extrañar que la Internacional conquistase las simpatías de muchos polacos, a veces incluso entre los conservadores liberales, y que algunos miembros de la izquierda de la emigración patriótica polaca entraran a formar parte de ella y trabajaran en su Consejo general, defendiendo las opciones políticas de Marx y Engels, justamente considerados como sus mejores amigos. La consciencia del hecho de que, según las palabras de Marx y Engels, o eran revolucionarios o perecerían,²²⁰ fue uno de los principales motivos de que los exiliados polacos dieran su apoyo masivo a la Comuna de París. Dos dirigentes de la insurrección polaca de 1863 llegaron a ser comandantes en jefe de la ciudad revolucionaria: Jaroslaw Dabrowski, que moriría en una barricada, fue comandante en jefe de todas las fuerzas militares de la Comuna; Waleri Wroblewski, comandante en jefe de la orilla izquierda del Sena, organizó el último núcleo de resistencia contra las tropas de Versalles, defendiéndose hasta el final. Tras la derrota, Wroblewski entró a formar parte del Consejo general de la Internacional y se hizo amigo íntimo de Marx y Engels, cuyas casas fueron para él (son palabras suyas) «sus únicas casas fraternales».²²¹ No se hizo marxista, pero en varias ocasiones fue útil a Marx y Engels en su lucha contra el «apoliticismo» de los proudhonianos y de los bakuninistas. A su vez, Marx y Engels hicieron lo posible por estimular los sentimientos filopolacos de la Internacional. Ello tuvo para los polacos una gran importancia, ya que tras la Comuna de París (que había desprestigiado a la Internacional ante la opinión pública) y tras la unificación de Alemania, la Internacional fue el único foro en que su causa se juzgó como una importante cuestión europea.

2. La cuestión nacional y el socialismo en un país atrasado

Por una especie de paradoja (sin duda curiosa, aunque comprensible), la cuestión de la independencia nacional polaca se convierte en el

²²⁰ Cf. «Mew», vol. XVIII, p. 526.

²²¹ Citado por BOREJSZA, «W kregu», cit., p. 163.

punto respecto del cual chocaron las opiniones de Marx y Engels con las de los primeros marxistas polacos (Ludwik Warynski, Kazimierz Dluski, Szymon Diksztajn, Stanislaw Mendelsohn y otros) que a finales de la década de 1870 habían elaborado el llamado «Programa de Bruselas» (1878), iniciando también, en Ginebra, la publicación de su revista *Rownosc* (Igualdad). A su juicio, el internacionalismo proletario era lo opuesto del patriotismo, y estaban convencidos de que el patriotismo polaco se había convertido en un instrumento de los reaccionarios, los cuales intentaban impedir la formación de una conciencia de clase entre los trabajadores polacos. En 1880 organizaron en Ginebra una asamblea internacional para celebrar el quincuagésimo aniversario de la insurrección polaca de 1830, y en tal ocasión proclamaron que el viejo grito de «¡Viva Polonia!» había perdido su contenido revolucionario. El nuevo eslogan de los revolucionarios polacos debía ser «¡Abajo el patriotismo y la reacción!», «¡Viva la Internacional y la revolución social!». ²²² Oponiéndose a esta toma de posición, Marx y Engels enviaron a la asamblea un largo mensaje de salutación (firmado también por Lafargue y Lessner, en Londres, el 27 de noviembre de 1880); en él reafirmaban el contenido revolucionario de la causa polaca, declarándola una vez más digna del total apoyo de los revolucionarios europeos, incluidos los rusos.

En su carta a Kautsky del 7 de febrero de 1882, Engels comentaba así la asamblea de Ginebra: «Parece que el grupo de *Rownosc* ha quedado impresionado por el vulgar radicalismo de los rusos en Ginebra» (es decir, de los anarquistas y los populistas rusos que rechazaban las cuestiones políticas, tachándolas de irrelevantes para los objetivos de la revolución socialista). En esta misma carta Engels proporcionaba la siguiente explicación teórica de su posición y la de Marx:

Cualquier campesino u obrero polaco que despierte del adormecimiento general y se ocupe de los problemas de la colectividad, se encuentra en primer lugar con la situación de sumisión nacional. Esta realidad

²²² *Ibíd.*, p. 138.

es, por todos lados, la primera barrera que se opone en su camino. Removerla es la condición fundamental para una evolución sana y libre. Los socialistas polacos que no ponen el problema de la liberación nacional en el primer punto de su programa nos recuerdan a los socialistas alemanes que no piden antes que nada la revocación de las leyes antisocialistas, la libertad de prensa, de asociación y de reunión. Para poder sostener la batalla es necesario en primer lugar un terreno de lucha, aire, luz y espacio. Todo lo demás es charlatanería ociosa.²²³

El encuentro con sus maestros no cambió las opiniones de los primeros marxistas polacos. En el prefacio a la edición a imprenta de las actas de la asamblea de Ginebra polemizaron con la carta de Marx y Engels al observar que los revolucionarios de la nobleza polaca lo habían sido más en el extranjero que en su patria.²²⁴ No era del todo cierto, pero la divergencia de fondo no concernía a las opiniones históricas. Lo más importante era que el rechazo total de la lucha por la independencia nacional era una especie de necesidad psicológica para quien quería entregarse a la lucha de la clase proletaria, defendiendo el principio de la prioridad de los intereses de la clase contra la fuerte presión de la tradición patriótica, que recurría al ideal de la cooperación y la solidaridad entre todas las clases de la nación.

En 1882 Ludwik Warynski (1856-1889) organizó en el «reino del Congreso» (la Polonia rusa) el primer partido obrero polaco, con el nombre de partido social-revolucionario «Proletariat». Al mismo tiempo se constituía, en la universidad rusa de Varsovia, un círculo de jóvenes socialistas polacos cuyo principal exponente era Stanislaw Krusinski (1857-1886); los miembros del grupo tomaron de él el nombre de «krusinskistas». El más conocido fue el sociólogo Ludwik Krzywicki (1859-1941), que luego se convertiría en uno de los máximos estudiosos polacos en el campo de las ciencias sociales. Los krusinskistas publicaron en 1884, en Leipzig, la traducción polaca del primer libro de

²²³ Cf. «Mew», vol. XXXV, p. 270.

²²⁴ Reproducido en «Pierwsze pokolenie marksistów polskich», a cargo de Alina Molska, Varsovia, 1962, vol. I, páginas 375-424.

El Capital.²²⁵ En la ideología de los primeros marxistas polacos hay que distinguir dos tendencias distintas: una social-revolucionaria y otra socialdemócrata. La primera preveía en el Proletariat de Warynski; tras la escisión de un grupo socialdemócrata dirigido por Kazimierz Puchewicz, dicha tendencia fue aceptada por unanimidad en el partido. La segunda tendencia predominaba en el círculo de Krusinski. Las diferencias que las dividían no eran tácticas, sino teóricas. En términos generales, los social-revolucionarios insistían en la importancia del papel histórico del «factor subjetivo», mientras que los socialdemócratas ponían por delante el carácter objetivo de los procesos sociales y la necesidad de una «maduración» gradual de los requisitos económicos de la revolución socialista. Los social-revolucionarios mantenían una estrecha colaboración con los populistas rusos de la Narodnaia volia, y por influencia suya apoyaron el terrorismo político;²²⁶ en cambio, los socialdemócratas se oponían a él resueltamente.

Más importante aún fue la controversia acerca de los presupuestos teóricos fundamentales del marxismo y acerca de la posibilidad de aplicarlos en un país económicamente atrasado. Los socialdemócratas estaban convencidos de que las condiciones objetivas de una revolución socialista no podían estar maduras hasta que el país en cuestión no hubiera atravesado todas las fases del desarrollo capitalista; sobre la base de tales opiniones, se consideraba como clase progresista a la burguesía polaca (cuyos ideólogos eran los llamados «positivistas de Varsovia»),²²⁷ mientras que los campesinos representaban un bastión

²²⁵ La mejor obra sobre los primeros marxistas polacos es la larga introducción de A. Molska a la antología «Pierwsze pokolenie marksistów polskiej filozoficznej myśli marksitowskiej», 1878-1939, Varsovia, 1973.

²²⁶ La colaboración entre ambos partidos estaba regulada por un acuerdo formal. Cf. «Pierwsze pokolenie marksistów polskich», cit., vol. II, pp. 144-147.

²²⁷ Este fue el nombre dado al grupo de ideólogos liberales, muy influyentes en los años 70, según el cual los polacos deberían abandonar la idea de combatir por la independencia nacional, concentrándose en cambio en el llamado «trabajo orgánico», es decir, la modernización de la vida nacional en las esferas económica y cultural. El personaje más importante del grupo fue Alexan-

del atraso indígena, una masa reaccionaria de pequeños propietarios que no podía convertirse en fuerza de reserva de la revolución proletaria si antes no había sido por completo expropiada por el desarrollo capitalista. Se deducía de ello que los objetivos de los socialistas polacos debían limitarse a la actividad de educación y de propaganda y a la lucha económica tendente a una gradual mejora de las condiciones de los trabajadores en el marco del sistema capitalista existente; el papel de guía en la lucha política debía confiarse a la burguesía liberal (aunque, es necesario precisarlo, la burguesía polaca estaba entonces muy lejos de embarcarse en la lucha política contra el zarismo); el ideal de una transformación en sentido socialista debía conservarse solamente como remoto objetivo de las futuras generaciones. En todas estas cuestiones la posición de los social-revolucionarios era diametralmente opuesta. La «madurez» del capitalismo era para ellos su madurez a nivel histórico mundial; el capitalismo polaco era parte integrante del capitalismo europeo, es decir, una parte del sistema social y económico llegado ya a la máxima «madurez», y por tanto había entrado (incluidos los países relativamente atrasados) en la fase inevitable del declive. Sostenían además que la madurez de las condiciones objetivas, económicas, no lo era todo: no menos importante era la madurez de las condiciones subjetivas, o sea la conciencia de clase, la experiencia política y el espíritu militante de las masas. La experiencia histórica de los países occidentales más avanzados había introducido en la burguesía polaca demasiado miedo al potencial revolucionario de las masas como para permitirle asumir cualquier misión histórica progresista; en cambio, el proletariado polaco, una vez aprendida la lección de las luchas de clases en Occidente, era más inmune a las ilusiones burguesas, más sensible a las ideas socialistas, es decir, más maduro de lo que lo habían sido los trabajadores occidentales en la fase de desarrollo económico correspondiente. Por consiguiente, sostenían los social-revolucionarios, la clase obrera polaca podía iniciar la revolución socialista sin esperar el máximo desarrollo del sistema capitalista en Polonia. En el caso de

der Swietochowski.

Rusia (bastante más retrasada que Polonia desde el punto de vista económico) se creía conveniente y posible evitar por completo el desarrollo capitalista, y Marx había dado argumentos en favor de esta tesis en su discutida carta al director de «Notes on Fatherland» (1877).²²⁸

A esta posición se añadía una interesante opinión sobre la cuestión campesina: se afirmaba que por la aceleración y la coexistencia de diversas fases de desarrollo histórico (característica de la modernización económica de un país atrasado) podía pensarse que los campesinos polacos habían transformado su aversión hacia la explotación feudal en hostilidad hacia toda forma de explotación, incluida la capitalista, siendo así un potente aliado de la revolución proletaria. Los trabajadores polacos debían iniciar, según ellos, la revolución, consiguiendo el objetivo de una transformación democrático-burguesa, pero sin ceder el poder político a la burguesía; luego, debían intentar conseguir los objetivos propios del proletariado, o sea la transformación socialista de la sociedad. En la lucha revolucionaria el papel de guía correspondería a un partido socialista bien organizado, con esquemas clandestinos; tras la victoria de la revolución, tal partido asumiría el papel institucional de máximo órgano del poder político del nuevo Estado. La esencia de este poder era definida como «dictadura del proletariado».²²⁹

Como se ve, el debate teórico entre los primeros marxistas polacos fue bastante similar al debate ruso entre Plejánov (cuya posición era muy parecida a la de los socialdemócratas polacos) y los ideólogos de la Narodnaia volia. No por ello hemos de concluir que los social-revolucionarios polacos sólo sufrieron la influencia de los populistas revolucionarios rusos y que, por tanto, su marxismo, contaminado por elementos heterogéneos, era simplemente «menos marxista» que el de los socialdemócratas. Al contrario de lo que sucedió en los debates rusos en

²²⁸ La carta de Marx fue publicada y discutida en Walka Klass, 1886, núms. 5-7, pp. 11-12. Su importancia en el contexto ruso es examinada en A. WALICKI, «Populismo y marxismo en Rusia», Barcelona, 1971.

²²⁹ Cf. «Pierwsze pokolonie marksistów polskich», cit., volumen II, pp. 119 y 496.

el inicio de los años ochenta, la disputa polaca entre social-revolucionarios y socialdemócratas fue un debate dentro del marxismo. Si lo consideramos en la perspectiva de los desarrollos posteriores descubriremos la anticipación de algunas divergencias teóricas e ideológicas que iban a dividir a bolcheviques y mencheviques rusos.

El motivo más profundo de estos elementos similares y paralelos fue el hecho de que (por citar una prestigiosa obra polaca sobre los primeros marxistas en Polonia), «Polonia fue tal vez el primer país europeo en que los seguidores de la teoría marxista pudieron afrontar las dificultades producidas por el contraste entre la teoría y la práctica del movimiento obrero en Europa occidental y las diferentes condiciones de Europa oriental, económicamente atrasada. Precisamente por la particularidad de las circunstancias existentes en Polonia y fuera de ella (circunstancias que eran resultado del desarrollo interno de la sociedad polaca y de la nueva realidad de las fuerzas revolucionarias a nivel internacional), el pensamiento marxista polaco de finales de los años setenta se formó a través de la confrontación entre experiencias viejas y nuevas, entre lo que se había conseguido en los viejos países capitalistas de Europa y lo que se proponía o se planteaba en Rusia».²³⁰ Pese a las notables diferencias, podemos afirmar que en los años ochenta los dos grupos de marxistas polacos compartían una plataforma común que los distinguía claramente de todas las demás corrientes del pensamiento político y social polaco. La definición más sucinta y concreta de esta plataforma fue el título del órgano mensual del partido Proletariat, *Walka Klass* (lucha de clase), publicado en Ginebra en 1884 a 1886. Lo mismo los social-revolucionarios que los socialdemócratas defendían con empeño la división de clases y se oponían a toda ideología de solidaridad nacional, incluida la nueva ideología positivista del «trabajo orgánico» y el viejo patriotismo revolucionario. A veces llegaron también a absolutizar esta posición, y, por ejemplo, no hacían distinción alguna entre solidaridad progresista, que llamaba a las clases superiores a renunciar a sus privilegios en nombre de la causa nacional común, y solidaridad

²³⁰ *Ibíd.*, pp. XVII-XVIII.

conservadora, que invocaba la unidad nacional para poder pedir a las clases explotadas que renunciaran a la lucha por la justicia social. Como es comprensible, esta tendencia los hizo rígidamente sectarios respecto de la cuestión nacional.

3. El problema del conocimiento y el neokantismo

En su pensamiento filosófico, los primeros marxistas polacos (a diferencia de los marxistas rusos del grupo de Plejánov) supieron evitar ciertos excesos de dogmatismo. Como muchos otros marxistas contemporáneos suyos, consideraban el marxismo como una teoría general del desarrollo social y económico, y sobre todo como una teoría de la génesis, de las contradicciones internas y del inevitable hundimiento del capitalismo; sin embargo, no prestaron mucha atención a los problemas ontológicos y gnoseológicos contenidos en el *Anti-Dühring* de Engels y elaborados más tarde, sobre todo por Plejánov, en la teoría omnicomprendensiva del «materialismo dialéctico». A diferencia del marxista ruso, no mostraban excesivo interés por la herencia hegeliana, siendo en cambio propensos a intentar elaborar o ampliar la vertiente filosófica de la teoría marxista con las corrientes de pensamiento entonces en auge: en primer lugar, estaban interesados por la posibilidad de integrar en el marxismo las aportaciones del positivismo, el evolucionismo y las teorías epistemológicas de los empiriocríticos y los neokantianos, definidas genéricamente como neocriticismo. Sin pretender discutir en detalle los problemas filosóficos del marxismo decimonónico polaco, me limitaré a presentar en sus líneas más características las ideas filosóficas de los primeros marxistas polacos que ejercieron mayor influencia sobre la evolución posterior del pensamiento en su país. Además de las ideas de Krzywicky y de Krusinski, tomaremos en consideración las del más prestigioso teórico del partido socialista polaco (PPS), Kazimierz Kelles-Krauz (1872-1905), el cual, aunque no pertenecía a la generación de los primeros marxistas, se consideraba muy próximo a ellos, insistiendo en la relación entre sus teorías y algunas formulacio-

nes de Krusinski.

El tema principal del pensamiento filosófico de los primeros marxistas polacos consiste en diversos y reiterados intentos de superar la concepción individualista y receptiva (pasiva) del sujeto, poniendo de relieve el carácter social y práctico del conocimiento: éste fue el significado de su idea de reinterpretar en sentido marxista el evolucionismo y el neocriticismo. Krzywicki aceptó el principio empiriocrítico de «economía del pensamiento», por ver en él una confirmación de la tesis marxista sobre la génesis de las teorías por exigencias de la praxis;²³¹ también intentó interpretar el apriorismo kantiano en el espíritu del evolucionismo naturalista, sosteniendo que los elementos *a priori* de la experiencia son de hecho el resultado de la evolución filogenética, o sea de la «continua adaptación de los organismos vivos a las condiciones de vida». Ideas análogas se encuentran, según él, en los escritos de Krusinski, opinión formulada para demostrar que el materialismo de los biólogos y el idealismo de los neokantianos no son en realidad contradictorios. Por su parte, Kelles-Krauz coincidía con Kant en la existencia de los elementos *a priori* de la experiencia, pero rechazaba el trascendentalismo kantiano (es decir, la concepción de las condiciones *a priori* de toda la experiencia) y su interpretación biológica y evolucionista (el *a priori* como resultado de una evolución biológica genérica de la humanidad). Él proponía, en cambio, la teoría del «apriorismo social», concentrándose en el problema de la preformación y predeterminación del conocimiento por parte de la herencia social y de la posición de clase del conocedor. La teoría marxista de la consciencia como sobreestructura se transformaba, pues, en teoría de la «*percepción de clase*», interpretada como explicación de los verdaderos elementos de la gnoseología kantiana en términos sociológicos y de clase.

En esta perspectiva, el materialismo histórico parecía implicar una teoría epistemológica. Según Kelles-Krauz, tal teoría era: 1) fenomenalista, por cuanto presuponía que las cosas en sí no son ni pueden ser

²³¹ Cf. los artículos de KRZYWICKI, *Najnowszy ruch filozoficzny w Niemczech*, 1884, y *Zasada Najmniejszosci w filozofii*, 1886.

conocidas; 2) activista, por cuanto insistía en la función de la praxis en la génesis del conocimiento, atribuyendo a la mente el papel activo de «filtrar» los infinitos y amorfos datos proporcionados por la experiencia sensorial; 3) historicista y sociológica, en cuanto teoría del conocimiento colectivo, social e históricamente determinada. Obviamente era también una teoría del carácter de clase de la conciencia social, así como del condicionamiento clasista de las ciencias sociales. Krauz consideraba que en la sociedad sin clases del futuro el conocimiento sería libre, desinteresado y objetivo, pero insistía en que en el presente todos los puntos de vista de las ciencias sociales (incluido el marxismo) están condicionados por los intereses de clase, y que es demasiado pronto para pensar en la superación de tal estado de cosas. Esta convicción lo distinguía de los krusinskistas, los cuales, admitiendo la posibilidad de un conocimiento «puramente científico» y objetivo de la sociedad, creían que tal conocimiento era accesible al «proletariado pensante», es decir, a la intelligentsia privada de lazos sociales y entregada a la causa del progreso.²³²

La idea del marxismo como reinterpretación sociológica del kantismo fue elaborada especialmente por Stanislaw Brzozowski en 1906; habremos de volver sobre los problemas por él tratados. El aspecto «fenomenalista» de las ideas de Kelles-Krauz fue recogido, ampliado y reinterpretado por Edward Abramonski (1868-1918), un importante teórico del «socialismo sin Estado» y del cooperativismo, que sólo en una segunda etapa se pasó al marxismo. Según su interpretación, las leyes del materialismo histórico son leyes esencialmente psicológicas que muestran las relaciones recíprocas entre necesidades y facultades del hombre, entre sentimientos inconscientes y acciones conscientes, con finalidad. Mientras son evidentes el idealismo y el psicologismo de tal concepción, no es posible valorar de igual manera (como hicieron

²³² Esta idea, que recuerda la concepción del «privilegio cognitivo» de la «freischwebende Intelligentsia» de K. Mannheim, fue sobre todo elaborada por el crítico literario B. Bialoblocki, influido por el publicista ruso Dmitry Pisarev.

algunos marxistas en los años cincuenta de este siglo) la teoría de Kelles-Krauz; a lo máximo, puede señalarse que no estaba suficientemente alejada de la posibilidad de análoga interpretación. Por otra parte, vale la pena señalar que la teoría de Krauz sobre la «percepción de clase» ha sido considerada por un marxista de la categoría de Oscar Lange como una formulación útil de los presupuestos epistemológicos fundamentales del marxismo;²³³ podrían establecerse igualmente analogías entre esta teoría y algunas ideas de Gramsci sobre la relación entre la concepción marxista de la consciencia y la tradición filosófica del «subjetivismo moderno».²³⁴

Kelles-Krauz afirmaba haber «socializado» la idea epistemológica de Kant. Esta «socialización» expresaba una tendencia antiindividualista, muy típica del modo de pensar de los marxistas polacos de la segunda generación, que los distinguía claramente de los positivistas liberales y que está presente no sólo en las teorías generales, epistemológicas y sociológicas, sino también en las concepciones metodológicas. La superación de las «robinsonadas gnoseológicas» mediante una explicación sociológica e histórica del conocedor y del conocimiento se daba la mano con el antinominalismo metodológico. Un buen ejemplo de tal posición lo proporcionan las observaciones metodológicas de Krzywicki, que subrayaban el papel de la abstracción en la ciencia, y señalaban la importancia de la idealización del método. En su opinión *El Capital* de Marx representaba una aplicación magistral del método idealizado («lógico»).

²³³ Cf. O. LANGE, «Ekonomia polityczna. Zagadnienia ogolne», Varsovia, 1959, pp. 279-80. Para la teoría de Kelles-Krauz sobre la «percepción de clase», cf. K. KELLES-KRAUZ, «Pisma wybrane», Varsovia, 1962, vol. I, pp. 35-41.

²³⁴ Cf. A. GRAMSCI, «La così detta “realtà del mondo esterno”», en *Quaderni del carcere*, ed. crítica a cargo de V. Gerratana, Turín, 1975, pp. 1411-16.

4. Pasado y presente

En las concepciones sociológicas de los primeros marxistas polacos la tendencia antiindividualista se expresó mediante una particular idealización de las formas primitivas, y comunitarias, de la vida social, que encontraba confirmación en las obras de Bachofen, Maurer, Maine, McLennan, Taylor y Morgan. En opinión de Krusinski, sólo las sociedades primitivas, cuyo único vínculo es el parentesco, eran verdaderamente «naturales» y «orgánicas»; en las sociedades civilizadas, divididas por antagonismos de clase, veía una continua disolución de los lazos sociales naturales y el aumento de las contradicciones y de las fuerzas centrífugas, proceso que culmina con el capitalismo (en polémica con la afirmación de Spencer, según el cual el capitalismo, por haber llevado la división del trabajo al punto de máximo desarrollo y complejidad, era el sistema social más «orgánico»). La sociedad sin clases del futuro era para él un retorno, a un nivel más elevado, a las relaciones sociales primitivas, «naturales», y estaba convencido de que sólo tras la superación de los antagonismos de clase podrían manifestarse los aspectos positivos de la integración económica, resultado del elevado desarrollo alcanzado por la división del trabajo: desaparecerían el egoísmo y el aislamiento de los individuos y la sociedad se convertiría en un verdadero organismo, dotado de memoria colectiva y de consciencia propia, o sea de un «alma social» propia.

Análogos temas se encuentran presentes en los escritos de Krzywicki. En muchas ocasiones afirmó que las sociedades basadas en la relación de parentesco (por ejemplo, las comunas indias americanas) representaban un tipo de socialización más elevado que el de las sociedades civiles de la Europa capitalista.²³⁵ Su tipología de los sistemas sociales era dicotómica, basada en la distinción entre dos géneros fundamentales de relaciones sociales: 1) relaciones personales, que unen a los hombres en cuanto seres humanos, en un sentido de recíproca solidaridad; 2) relaciones objetivas, que unen a los hombres a través de la mediación

²³⁵ Cf. S. KRUSINSKI, *Dusza sopleczna*, en «Pisma wybrane», Varsovia, 1958.

de las cosas. El primer género de relación social predomina en la sociedad primitiva basada en el parentesco; el segundo es típico de todas las sociedades clasistas. Para definir estas últimas, Krzywicki empleó precisamente el término de «sociedades territoriales». En una sociedad territorial el fundamento de las relaciones humanas es siempre una determinada unidad territorial (pueblo, ciudad o Estado), en el interior de la cual los hombres se relacionan los unos con los otros a través de su relación con las cosas; en estas sociedades, pues, los hombres son «un simple apéndice, órganos vivos de cosas muertas».²³⁶ Krzywicki fue muy cauto en sus pronósticos del futuro, pero la lógica interna de su concepción indica que para él la sociedad socialista representaba la superación de las relaciones sociales reificadas, un retorno a los lazos sociales naturales, personalizados. En la descripción y en la crítica de la relación social reificada, Krzywicki se refirió, como es obvio, al análisis marxista del fetichismo de la mercancía, pero con una diferencia característica: el autor de *El Capital* consideraba la reificación de las relaciones sociales como un fenómeno derivado de la producción desarrollada de las mercancías, o sea como característica específica del capitalismo; en cambio, el sociólogo polaco le atribuía un significado más amplio, al encontrar el fenómeno de la reificación en todos los sistemas sociales en que existiera la división de clases y la propiedad privada. Esto concordaba con el punto de vista característico de los krusinskistas, que solían contraponer el socialismo a todas las sociedades clasistas, considerándolo como una restitución dialéctica de los valores colectivistas del comunitarismo primitivo.

Kelles-Krauz, que acariciaba la idea de crear una psicología social científica basada en el materialismo histórico, intentó presentar este punto de vista como ejemplo de una ley general. A esta ley le dio una formulación, y la definió como «ley de la retrospección revolucionaria». En efecto, se trataba de una reinterpretación socio-psicológica de la «negación de la negación» hegeliana y del concepto de recursos en la fi-

²³⁶ L. KRZYWICKI, *Rozwój Kultury materialnej, wiezi społecznej i pogladu na swiat*, en «Swiat i Czlowiek», Varsovia, 1912, n.º 3, pp. 85-86.

losófia de la historia de Vico.²³⁷ A su juicio, «los ideales con que los movimientos reformadores quieren sustituir las normas sociales existentes, son similares a las de un pasado más o menos remoto».²³⁸ El pasado es siempre fuente ideal del futuro. Las luchas por una radical renovación de la sociedad comportan, obviamente, una ruptura con el presente y con el pasado reciente, por lo que buscan inspiración en un pasado más remoto: cuanto más remoto es, más radical será el ideal de renovación. El ideal proletario se opone a toda forma de división de clases y de explotación, y por tanto debe remitirse al pasado más remoto, al comunismo primitivo.

Kelles-Krauz no consideraba su «ley de la retrospección revolucionaria» como una revisión o una modificación del materialismo histórico. Así, se opuso a todo intento de los revisionistas alemanes de poner en entredicho el papel decisivo del factor económico en la historia; para subrayar su fidelidad a esta tesis definió su posición como «monoecconomismo». Su teoría de la «retrospección revolucionaria» tenía validez solamente en el campo de la psicología social; no fue elaborada para corregir o para «integrar» el marxismo, sino únicamente para dar una explicación teórica al peculiar modo en que la consciencia social es modelada por las condiciones económicas. Resumiendo, sostenía que toda formación económica satisface y desarrolla determinadas necesidades en detrimento de otras, desarrolladas por la formación anterior y suprimidas por la nueva; de estas necesidades «suprimidas» son representantes las clases explotadas, oprimidas, y por consiguiente los ideales de estas clases corresponden a las normas arcaicas del pasado.

Esta concepción ha sido valorada de modo desigual. Algunos estudiosos marxistas sostienen que, independientemente de sus intenciones, Kelles-Krauz (como Abramowski, con quien se solidarizaba y

²³⁷ La admiración por Vico, a quien consideraba uno de los máximos pensadores, llevó a Kelles-Krauz a escribir el ensayo «La dialéctica de la sociedad en la filosofía de Vico», cf. K. KELLES-KRAUZ, «Pisma wybrane», op. cit., pp. 169-177.

²³⁸ *Ibid.*, p. 250. El artículo citado fue publicado por primera vez en francés con el título de *La loi de la retrospection révolutionnaire vis à vis de la théorie de l'imitation*, en «Annales de l'Institut International de Sociologie», 1896, vol. II.

cuyas obras había leído con suma atención) había adoptado de hecho el punto de vista idealista del «fenomenalismo» y del psicologismo.²³⁹ Pero creo que esta crítica es exagerada. Más equilibrada me parece la valoración de Krzywicki, según el cual Kelles-Krauz «modificó ligeramente» el materialismo histórico atribuyendo excesiva importancia a las tradiciones históricas.²⁴⁰ Además, se puede valorar positivamente la teoría de la «retrospección histórica» si se la aísla de la posición general «fenomenalista» de su autor. Después de todo no se trata de una teoría omnicomprendiva, sino sólo de la explicación teórica de algunos fenómenos históricos que también Marx había observado. El mismo Kelles-Krauz citó el famoso pasaje sobre la importancia de las tradiciones en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Si hubiera podido conocer la correspondencia de Marx, habría encontrado una confirmación de sus opiniones en la carta a Engels del 25 de marzo de 1868, en la que el autor de *El Capital* señalaba que «volver la mirada, más allá de la Edad Media, hacia la primera era de cualquier pueblo» representaba la segunda reacción «ante la Revolución francesa y el iluminismo que la caracterizaba», reacción que corresponde «a la tendencia socialista».²⁴¹ Una confirmación aún más convincente de sus tesis la habría encontrado en los célebres borradores de carta a Vera Zasulich, de 1881, en los que Marx afirmaba que el comunismo sería el renacimiento, en forma más elevada, del tipo «arcaico» de la propiedad colectiva.²⁴²

A este propósito puede añadirse que ejemplos importantes de la «ley de retrospección histórica» se encuentran en la ideología de los demócratas polacos de la época romántica, los cuales se referían al antiguo comunitarismo eslavo y a las teorías de los populistas rusos, en las que se idealizaba la antigua institución de la comuna aldeana rusa. Kelles-Krauz conocía muy bien tanto la tradición democrática polaca

²³⁹ Cf. A. SCHAFF, «Narodziny i rozwój filozofii marksistowskiej», Varsovia, 1950.

²⁴⁰ Cf. el prólogo de Krzywicki a la primera edición de «KELLES-KRAUZ, Pisma wybrane», cit., p. 10.

²⁴¹ Marx a Engels, 25 de marzo de 1868, en «Opere», cit., vol. XLIII, pp. 57-58.

²⁴² Cf. WALICKI, «Populismo y marxismo en Rusia», cit.

como el populismo ruso²⁴³; por tanto, parece probable que tuviese presentes tales ejemplos al comenzar a teorizar la dialéctica de la retrosección.

En la producción teórica de los primeros marxistas polacos hay que señalar también la teoría de Krzywicki sobre el «vagar de las ideas».²⁴⁴ Era una respuesta indirecta a las críticas realizadas a los marxistas polacos por un representante del «positivismo de Varsovia», Wladislaw Wscieklica, que en 1882 publicó un opúsculo (*Los sueños de los socialistas polacos comparados con las enseñanzas de su maestro*) en el que sostenía que en las condiciones de Polonia la realización del socialismo era prematura e imposible. Puesto que el requisito necesario para el socialismo es el nivel máximo del desarrollo capitalista, la difusión de las ideas socialistas en un país atrasado es un anacronismo, una anomalía que va a contrapelo del desarrollo normal, natural; los socialistas polacos no comprenden que lo que en Occidente es una ciencia en su país sólo es utopía. Se trata de los mismos argumentos polémicos dirigidos contra los socialistas por los liberales rusos, que, también ellos, recurrieron con ese fin a la autoridad de Marx,²⁴⁵ haciendo referencia al prólogo de éste a la primera edición alemana de *El Capital*, en el que se afirmaba que las leyes del desarrollo social se abren camino con «férrea necesidad» y que los países subdesarrollados deben pasar por las mismas fases de desarrollo que los desarrollados. El problema era grave; los socialistas polacos sentían la necesidad de replantearlo, elaborando una solución propia.

El razonamiento de Krzywicki recuerda el artículo de Chernyshevski, *Crítica de los prejuicios filosóficos contra la propiedad común de la tierra*, así como la argumentación de Marx en los borradores de carta a Vera Zasulich, ya mencionada. Afirmaba resueltamente que todas las gran-

²⁴³ Cf. su artículo sobre las ideas sociológicas de N. K. Mijailovski, en K. KE-
LLES-KRAUZ, *Pisma Wybrane*, cit., vol. I, pp. 360-69.

²⁴⁴ Fue desarrollada en el tratado de KRZYWICKI, *Idea y vida*, publicado en 1888.

²⁴⁵ Cf. A. L. REUEL, «Russka ia ekonomicheska ia mysl'60-70-ch godov XIX veka i Marxizm», Moscú, 1956, pp. 139-40.

des ideas históricas tienen sus raíces «en las necesidades de la vida», es decir, en determinadas condiciones sociales y económicas. Las ideas que se adelantan excesivamente al presente están condenadas a quedarse en impotentes utopías; pueden convertirse en fuerza capaz de hacer historia solamente cuando se traicionan a sí mismas. Pero esto no significa que las ideas surgidas en los países avanzados carezcan de toda utilidad para las sociedades económicamente atrasadas: las grandes ideas históricas nacen siempre de las condiciones económicas de un país determinado, pero pronto se hacen autónomas y comienzan a «vagar» hacia otros países. Por consiguiente, si una idea nacida en condiciones más evolucionadas comienza a actuar en un país atrasado, pero en vías de desarrollo, dicha idea se convierte en un motor autónomo de su progreso y acelera su desarrollo histórico. Buen ejemplo de ello era, a juicio de Krzywicki, el papel desempeñado por el antiguo derecho romano en el desarrollo del capitalismo europeo: había proporcionado modelos de los contratos jurídicos correspondientes a las necesidades de las nascentes relaciones contractuales, ligadas al crecimiento de la producción de mercancías, y por tanto significaba para la burguesía occidental una excelente solución a sus problemas jurídicos. En su opinión, desempeñaba análogo papel la difusión del socialismo moderno en los países atrasados, pues permitía a los trabajadores e intelectuales progresistas saltarse, en el desarrollo ideológico, las fases intermedias de la democracia burguesa y del socialismo utópico; de este modo facilitaba y aceleraba el progreso socioeconómico. La lógica interna de esta concepción ponía en entredicho no sólo el punto de vista de los críticos liberales de los marxistas polacos, sino también las teorías de los socialdemócratas, que interpretaban el marxismo a la luz del evolucionismo positivista.²⁴⁶

Un estudio más profundo de las ideas sociológicas de los primeros marxistas polacos exigiría situarlos en el contexto de las otras corrientes de pensamiento existentes en Polonia en el último cuarto del siglo

²⁴⁶ Cf. MOLSKA, «Pierwsze pokoloniae marxistow polskiej filozoficznej», cit., p. LXXVII.

XIX. En esa época había muchos sociólogos polacos de talento, como Boleslaw Limanowski, un teórico del PPS, que ligaba el pensamiento de Comte con la herencia de los pensadores románticos polacos; como Zygmunt Bałucki, teórico del nacionalismo integral; como Ludwik Gumplowicz, que en los años siguientes alcanzó fama internacional; o como Edward Abramowski, León Winiarski y otros. Por su parte, los pioneros marxistas desempeñaron un papel muy relevante en la fundamentación de la tradición sociológica polaca. Para valorar plenamente el alcance de la empresa hay que recordar que les estaba vedada la carrera universitaria: en la parte rusa y en la prusiana de Polonia no existían universidades polacas, y las de Cracovia y Lvów estaban dominadas, en el campo de las ciencias sociales, por conservadores radicales. En tal situación, Krzywicki ni siquiera podía aspirar a una cátedra universitaria, a no ser tal vez en la universidad rusa de Varsovia, lo que no habría aceptado por patriotismo. Docente apasionado, participó durante muchos años en los cursos ilegales y clandestinos que se organizaban en Varsovia en casas privadas, siempre trasladándose de un sitio a otro por motivos de seguridad, razón por la que se ganaron el apelativo de «universidad volante». Muchos otros estudiosos polacos de la época (por lo general los mejores) se encontraban en la misma situación y eligieron una solución similar.

5. Kelles-Krauz y la cuestión nacional

Uno de los problemas más importantes para el pensamiento polaco, como es obvio en un país sometido, era «la cuestión nacional», entendida en el sentido más amplio del término. No sorprende, pues, que los marxistas polacos le dedicaran gran atención. Las contribuciones teóricas más significativas fueron las de Rosa Luxemburg y Kelles-Krauz. La primera es muy conocida en Occidente y sus ideas se abordan en otra parte de esta obra. En cambio, las obras de Kelles-Krauz sobre la cues-

tión nacional, escritas en polaco entre 1900 y 1904,²⁴⁷ han permanecido ignoradas por los estudiosos occidentales, que normalmente se centran en Rosa Luxemburg sin preocuparse de conocer las tesis de sus opositores socialistas en Polonia. Tal actitud queda confirmada por la convicción, tan extendida, de que el PPS no era un partido marxista y de que en sus filas no hubo teóricos dignos de interés. Sólo es cierto en parte: Kelles-Krauz, personaje influyente en el PPS, fue sin duda un pensador de relieve y un apasionado marxista.

Kelles-Krauz profundizó en la cuestión polaca durante su polémica con Rosa Luxemburg. Rechazaba las tesis de ésta según las cuales los mercados rusos eran necesarios para el desarrollo de la industria polaca y, por tal motivo, Polonia debía permanecer unida a Rusia. Kelles-Krauz sostenía que la anexión no es necesaria para la cooperación económica y el comercio; ni siquiera sirve para garantizar que el gobierno zarista no levante una barrera aduanera entre el «reino del Congreso» (la Polonia rusa) y Rusia, si ello favorece los intereses de los industriales rusos. En general, reducir importantes cuestiones políticas a simples consideraciones económicas corresponde a un «economismo» característico del «apoliticismo» de los anarquistas y los populistas, del todo ajeno al marxismo. El argumento marxista más importante a favor de la independencia de Polonia es que, como reconoció Engels en el prólogo a la edición polaca del *Manifiesto* (1892), la clase obrera polaca es más evolucionada, más madura y proporcionalmente más numerosa que la clase obrera rusa. La dominación rusa de Polonia obstaculiza la transformación democrática de Rusia porque, como observaron repetidas veces Marx y Engels, «un pueblo que oprime a otro pueblo no puede ser libre».²⁴⁸

La idea de Marx y Engels, para quienes la autodeterminación na-

²⁴⁷ Como *Niepodlegiosc Polski w programie socjalistycznym*, 1900; *Kwestia narodowosciowa w Niemczech*, 1901; *Nowa teoria narodowosci w Austrii*, 1903; *Program narodowosciowy socjalnej demokracji austriackiej*, 1904. Reproducidas en KELLES-KRAUZ, *Pisma Wybrane*, op. cit., vol. II.

²⁴⁸ Cf. F. ENGELS, *Eine polnische Proklamation*, en «Mew», vol. XVIII, pp. 521-527.

cional no debía considerarse como un derecho absoluto e inalienable, era esencialmente correcta: los movimientos separatistas en naciones pequeñas y culturalmente subdesarrolladas, irían en dirección opuesta a los intereses de la transformación socialista de Europa. Pero Polonia no pertenece a esta categoría; es (empleando la terminología de Engels) una «nación histórica», más evolucionada que Rusia en el campo de la economía y de la cultura, más cercana a Europa y más avanzada en el camino del socialismo. El verdadero problema lo representan las poblaciones lituanas bielorrusas y ucranianas del antiguo Estado polaco. Ateniéndose a la vieja posición de Marx y Engels, Kelles-Krauz aceptaba que estas naciones no estuvieran lo bastante maduras como para constituirse en Estados independientes, pero, a diferencia de Engels, no las consideraba simples «nacionalidades», o sea grupos étnicos incapaces de convertirse en naciones modernas separadas. Proponía que éstas desarrollaran su conciencia nacional en una federación con Polonia, restaurada y socialista. Afirmaba que tal federación sería mucho más útil para su desarrollo nacional que la permanencia dentro de las fronteras del imperio ruso, autocrático y esencialmente «asiático». La definitiva solución de este problema, y con él de la cuestión polaca, debía depender de la actividad organizativa y educativa de los socialistas polacos: las futuras fronteras de Polonia estarían delimitadas por el radio de acción territorial de la actividad del PPS.

La actitud de Krauz hacia los primeros marxistas polacos del Proletariat de Warynski era claramente distinta de la de Rosa Luxemburg y su «socialdemocracia del reino de Polonia y Lituania». Sostenía que existe cierta dialéctica en la evolución de la conciencia proletaria y del movimiento obrero. En la primera fase de la comunidad nacional debe destacarse un partido proletario que instituya y defienda la propia posición de clase; después, el movimiento proletario debe superar su propia alienación por la comunidad nacional, asumiendo la responsabilidad de resolver los problemas nacionales y confiando a los trabajadores el papel de clase dirigente en la sociedad nacional. Los primeros marxistas polacos habían representado la primera fase de esta evolución; rechazaban la idea de la independencia polaca, pero al mismo tiempo

despertaban el sentido de la dignidad humana entre los trabajadores polacos y suscitaban el sentido de la dignidad nacional en ellos, por lo cual, consciente o inconscientemente, habían contribuido en gran medida a ganarlos para la causa nacional. El caso de Rosa Luxemburg le parecía totalmente diferente: su partido actuaba en condiciones distintas, más maduras, y por consiguiente el rechazo de la independencia polaca no era más que miope sectarismo, un obstinado aferrarse a la fase de evolución primitiva de la consciencia de clase proletaria. En los primeros años de la república popular polaca, Kelles-Krauz fue considerado como un nacionalista e incluso un «imperialista» disfrazado de socialista, por haber proporcionado tantas justificaciones pseudo-marxistas a la expedición de Pilsudski a Kiev.²⁴⁹ Un análisis menos superficial ha permitido descubrir el valor de su reflexión marxista, hasta el punto de que hoy sus escritos sobre la cuestión nacional merecen una gran consideración, aun cuando sus ideas sobre las fronteras orientales de Polonia continúan suscitando fuertes reservas.²⁵⁰ Yo creo que Kelles-Krauz fue el único pensador de cierto relieve que, a lo largo de los cambios de situación, intentó permanecer fiel a las ideas de Marx y Engels sobre la cuestión polaca. Al igual que los marxistas austríacos, se daba cuenta de que las ideas de Marx y Engels sobre los llamados «pueblos sin historia» (*geschichtslose*), considerados reaccionarios y condenados a perecer por el bien común del progreso europeo, eran insostenibles,²⁵¹ aun cuando pensara que había algo de válido en la distinción entre naciones como Italia, Polonia, y Hungría, preparadas en todos los aspectos para la independencia, y cuya unificación o independencia habría favorecido

²⁴⁹ Cf. SCHAFF, «Narodziny i rozwój», cit.

²⁵⁰ Cf., por ejemplo, M. Waldenberg, *Z problematyki narodu w polskiej myśli socjalistycznej okresu zaborow*, en «Idee i koncepcje narodu w myśli polskiej czasow porozbiorowych», a cargo de I. Gockowski y Walicki, Varsovia, 1977, pp. 246-266.

²⁵¹ Cf. G. HAUPT, *Les marxistes face à la question nationale: l'histoire du problème*, p. 21 (Introducción a «Les marxistes et la question nationale 1848-1914. Etudes et textes», a cargo de G. Haupt, M. Lowy y C. Weill, París, 1974, trad. catalana, Barcelona, 1978).

sin duda los intereses de la evolución política progresista europea, y las naciones cuyo derecho a la autodeterminación, por sus escasas dimensiones o su atraso económico y cultural, podía considerarse discutible desde el punto de vista de la Internacional (Krauz incluía en esta categoría a lituanos, ucranianos y bielorrusos). Es evidente que infravaloraba la fuerza del nacionalismo moderno, basado en criterios étnicos y lingüísticos, por lo que tendía a defender la anacrónica idea de restaurar, aun en forma de libre federación, el antiguo Estado polaco. Mas, por otro lado, fue importante su contribución a la teoría marxista de la nacionalidad, al afirmar la función de guía de la clase obrera en el proceso de modernización nacional y en la lucha por la independencia. En su opinión, el proletariado polaco era la clase más evolucionada, madura y moderna de la sociedad, es decir, la «clase nacional» en la acepción marxista del término.²⁵² Al oponerse a Rosa Luxemburg o al patriotismo tradicional, no mantenía que la conciencia de clase de los trabajadores polacos fuera algo ajeno, irrelevante u hostil al patriotismo, sino que la consideraba como la forma más elevada y moderna de la conciencia nacional polaca. La misma tesis fue adoptada por Stanislaw Brzozowski (1878-1911), que en los años revolucionarios 1905-1906 descubrió en la clase obrera polaca la única fuerza social capaz de combatir por la independencia nacional, contribuyendo al mismo tiempo, de manera decisiva, a la modernización económica y espiritual de Polonia. A principios del siglo xx, cuando la idea marxista de «clase nacional» había sido casi olvidada del todo, fue una postura original, digna de mención como intento de ligar el marxismo con un patriotismo proletario progresista.

²⁵² La teoría marxiana de la «clase nacional» se discute en S. F. BLOOM, «The World of Nations. A Study of the National Implications in the Work of Karl Marx», Nueva York, 1941, pp. 57-64. La importancia de esta teoría ha sido recientemente señalada por G. Lichtheim, que escribe: «El concepto de la “clase nacional” de Marx es plenamente original y extremadamente significativo para la teoría y la práctica del comunismo moderno. Lo más sorprendente es que haya permanecido ignorado». (G. LICHTHEIM, «Marxism. An Historical and Critical Study», Nueva York, 1962, p. 86; trad. cast., «El marxismo. Un estudio histórico y crítico», Barcelona, 1971, p. 112.)

6. La «filosofía del trabajo» de Brzozowski

Stanislaw Brzozowski, el crítico literario y filosófico que acabamos de mencionar, siguió una evolución intelectual fascinante, en la que el marxismo sólo fue una fase, aunque muy importante.²⁵³ Antes de la revolución de 1905-1906 consideraba el materialismo histórico como la última palabra del naturalismo en las ciencias sociales, como la concepción de un desarrollo socioeconómico «objetivo», totalmente independiente de la voluntad humana y subordinado a las «leyes de hierro» de la necesidad histórica. Sin embargo, más tarde, en 1906, se vio obligado a concluir que esta interpretación del marxismo, característica de los dirigentes de la Segunda Internacional, era en realidad una distorsión positiva del verdadero significado de lo que Antonio Labriola había definido como «filosofía de la praxis».²⁵⁴ Sostenía que el marxismo es una filosofía antinaturalista de la acción, que tiene muy en cuenta la «revolución copernicana» llevada a cabo por Kant en el campo de la filosofía. Las *Tesis sobre Feuerbach* demuestran que Marx había rechazado la concepción receptiva, pasiva, del sujeto, sustituyéndola por la de un sujeto humano activo, que adquiere el conocimiento del mundo exterior para plasmarlo, luchar contra él, y subordinarlo a fines humanos «subjetivos». Naturalmente, Brzozowski se daba cuenta de que en el marxismo el «sujeto activo» no es trascendente, sino más bien sujeto colectivo biológico e histórico: la humanidad que trabaja. Por tanto, para evitar

²⁵³ De los numerosos libros de Brzozowski recordamos: «Kultura i zycie» (1906), «Idee» (1910), «Legenda Miodej Polski» (1910) y «Glosy wrsod nocy» (1912). Escribió además una novela histórica, «Plomienie» (Las llamas) sobre los revolucionarios rusos de la Narodnaia volia. Su fascinante correspondencia ha sido editada por M. Sroka (S. BRZOZOWSKI, «Listy» vols. I-II, Cracovia, 1970). La obra más exhaustiva y reciente sobre las ideas filosóficas y sociales de Brzozowski es A. WALICKI, «Stanislaw Brzozowski. Drogi mysli», Varsovia, 1976.

²⁵⁴ Véase el artículo de Brzozowski sobre Labriola, reproducido en la nueva edición de su «Kultura i zycie», Varsovia, 1973. Brzozowski, que pasó sus últimos años en Italia, donde murió, era un admirador entusiasta de la cultura italiana.

confusiones con el activismo idealista fichtiano, definió su concepción como una «filosofía del trabajo».

Presupuesto fundamental de esta filosofía es que el trabajo que tiene por finalidad la supervivencia y el desarrollo, y ante todo el trabajo físico, es la más importante de las actividades humanas, la fuente última de nuestro conocimiento del mundo exterior y la base del dominio del hombre sobre las fuerzas elementales de la naturaleza. Brzozowski dotaba al trabajo de una capacidad creativa y lo pensaba en términos sociológicos e históricos. Desde el punto de vista filosófico ello significaba que la llamada «definición clásica de la verdad» es un absurdo por cuanto el mundo exterior, tal cual lo conocemos, no es algo hecho, «dado», sino algo que creamos nosotros mismos en los procesos históricos y sociales del trabajo colectivo; la «naturaleza», tal cual la conocemos (y no existe otra naturaleza, pues nada sabemos de las «cosas en sí»), es un producto de la historia, pues todo lo que está contenido en nuestra idea de «naturaleza» es el producto de la praxis histórica del hombre. De este modo, el marxismo equivalía, para Brzozowski, al definitivo derrumbe del «naturalismo» (es decir, de la idea de un mundo hecho, «empíricamente dado») y del «intelectualismo», es decir, de la idea de un «pensamiento puramente teórico», producto de la actitud contemplativa del observador. La batalla de Vico contra el cartesianismo, pensaba Brzozowski, había sido completamente justa.

Podemos decir que el pensador polaco transformó el materialismo histórico en una concepción epistemológica que puede definirse como un subjetivismo activista genérico. Consecuencias de tal concepción fueron la «antropologización» y la relativización histórica de la verdad: creer en una verdad «sobrehumana», independiente de la praxis del hombre, equivalía para él a una teología laica. Al mismo tiempo, se oponía al relativismo en técnica, y quería fundamentar el juicio moral sobre una base sólida. La encontró en la teoría económica marxista del valor, a la que transformó en una axiología general.²⁵⁵ La relación con el

²⁵⁵ Cf. su artículo *Psychologia i zagadnienie wartosci*, reproducido en la reedición de «Kultura i zycie», 1973.

trabajo, a su juicio, es un criterio de valor universalmente válido, un criterio histórico (en cuanto existen diversos sistemas de trabajo colectivo) y al mismo tiempo inalienable de la existencia humana en cada fase histórica, ya que la humanidad misma se crea en el proceso del trabajo.

Otra importante consecuencia de la «filosofía del trabajo» fue que la idea de las denominadas «leyes objetivas de la naturaleza» (o «leyes de la historia») representa una imagen falsa, reificada, del mundo, producida por la alienación de los intelectuales, la cual, a su vez, es producto de la separación entre productores inactivos de ideas (para los que el mundo, tal cual lo conocen, es una cosa «dada») y la gente que trabaja, a la que este mundo ha creado en realidad. Si estos mismos trabajadores tienen la ilusión de una «objetividad» de los procesos naturales e históricos, es sólo por causa de su esclavitud social, durante tanto tiempo necesaria para el desarrollo de las fuerzas productivas. En esta perspectiva, el proletariado industrial moderno constituye la clase de trabajadores que, por vez primera en la historia, tiene la posibilidad de liberarse sin provocar, al hacerlo, una regresión en el dominio humano de la naturaleza.

En el intento de explicar la génesis intelectual de las distorsiones «naturalistas» del marxismo, Brzozowski llega a teorizar una diferencia fundamental entre el pensamiento filosófico de Marx y el de Engels. En un artículo programático publicado en la *Neue Zeit* (1907), *Der geschichtsmaterialismus als Kulturphilosophie*, atribuyó a Engels la responsabilidad de haber traicionado inconscientemente al marxismo, por el homenaje rendido a «Madonna Evoluzione».²⁵⁶ Decía que Engels no comprendió nunca el verdadero significado de la dialéctica y de la praxis, como lo demuestra el hecho de haber introducido la dialéctica de la historia en el contexto de una dialéctica «objetiva» de la naturaleza, cuando la existencia de esta última es incompatible con la posición filosófica de Marx.

En los años 1908-1909, Brzozowski comenzó a distanciarse del marxismo para acercarse cada vez más a las posiciones de Sorel. En un pri-

²⁵⁶ En italiano en el original.

mer momento dirigió sus críticas contra Engels, y en particular contra sus obras más tardías,²⁵⁷ comenzando por la *Dialéctica de la naturaleza*; pero luego su blanco fue el mismo marxismo en su conjunto, al que finalmente acabó por reconocer tan sólo el valor de «mito» social, en la acepción soreliana del término. Aunque sin duda hubo graves razones personales que lo impulsaron a asumir una actitud de amargo escepticismo hacia el movimiento socialista,²⁵⁸ consideramos su evolución filosófica²⁵⁹ en la línea de la crítica del marxismo de la Segunda Interna-

²⁵⁷ Estas ideas fueron desarrolladas luego en el largo artículo de Brzozowski titulado *Anti-Engels* (1910), publicado en sus «Idee».

La contraposición del marxismo de Marx al de Engels (considerado como una deformación positivista del marxismo) es uno de los temas constantes en el libro de LICHTHEIM, «Marxism», cit. Al buscar los orígenes de esta concepción, Lichtheim hace referencia a Lukács («Geschichte und Klassenbewusstsein») y a Korsch («Marxismus und philosophie», Leipzig, 1931). P. Breines observa, en la revista norteamericana «Telos» (1970, n.º 5, pp. 1-2), que la idea de una incompatibilidad de fondo entre las ideas de Marx y las de Engels fue elaborada por un marxista austríaco poco conocido, Erwin Dan, en su artículo *Engels als Theoretiker* («Kommunismus», XII, 1920, 3). Pero, por lo que sé, nadie en Occidente está al corriente de que esta interpretación fue propuesta por vez primera por Brzozowski, aun cuando la primera elaboración de sus ideas fue publicada en el órgano oficial de la socialdemocracia alemana.

²⁵⁸ En mayo de 1908, un social-revolucionario ruso, Vladimir Bursev, acusó a Brzozowski de ser un agente de la Ojrana, la policía secreta zarista; la acusación fue hecha pública por el órgano del partido socialista de Rosa Luxemburg y recogida incluso por el PPS, el partido con el que Brzozowski se sentía más identificado en los años 1905-1907. El filósofo polaco exigió inmediatamente juicio, de prohombres de los distintos partidos socialistas (además de los polacos, el POSDR y el Bund judío), pero este jurado de honor no llegó a un veredicto, aun cuando no encontró ninguna prueba convincente contra Brzozowski. Cf., sobre todo esto, la meticulosa reconstrucción de M. Sroka, en su introducción a la edición de la correspondencia de Brzozowski.

²⁵⁹ Característica del pensamiento de Brzozowski fue su capacidad para inspirarse en fuentes distintas sin caer en el eclecticismo. Aparte su interés por el pensamiento romántico polaco y, más tarde, la influencia de Sorel y Bergson, conoció y asimiló el llamado «neomarxismo» ruso, especialmente como con-

cional, que se estaba desarrollando a principios de siglo, no sólo a través de la polémica revisionista, sino también de las reflexiones mismas de pensadores como Labriola y Sorel, crítica que posteriormente tendría una expresión acabada dentro de la tradición marxista en la elaboración de Lukács y de Gramsci.

secuencia de su encuentro, en Capri, con Lunacharski, que quedó impresionado por la coincidencia de sus opiniones sobre Plejánov (Cf. A. WALICKI, *Stanislaw Brzozowski and the Russian «neomarxist» at the beginning of the XX century*, en «Canadian-American Slavic Studies», 1973, n.º 2).

VALENTINO GERRATANA

*Antonio Labriola y la introducción
del marxismo en Italia*

En diciembre de 1896, al presentar a los lectores franceses (de hecho, a un público internacional) los *Essais sur la conception matérialiste de l'histoire* de Antonio Labriola, Sorel escribía que «la publication de ce livre marque une date dans l'histoire du socialisme». Sin embargo, un par de años después, ni el mismo Sorel, embarcado en la propaganda de la «crisis del marxismo», se hubiera atrevido a repetir este juicio, ni hubiera definido ya la obra de Labriola como «un livre indispensable pour qui veut comprendre quelque chose aux idées prolétariennes».²⁶⁰ Por lo demás, tampoco en otros casos, ni siquiera cuando resultaba menos efímero, lograba el prestigio de Labriola convertirse en influencia real. En sus memorias, Trotski ha recordado el entusiasmo suscitado en su mente juvenil por la lectura de los *Ensayos* de Labriola, del que hasta podía repetir de memoria, a treinta años de distancia, algunas expresiones típicas²⁶¹; también Lenin, al leer los *Essais* en 1897, consideraba el libro «serio e interesante», y aconsejaba una rápida traducción al ruso.²⁶² Pero no por ello puede hablarse de influencia importante de Labriola sobre Trotski o sobre Lenin. Más controvertido y, en cualquier caso, más complejo es el caso de Gramsci, cuya formación intelectual parece haberse basado en otras influencias; no obstante, es cierto que para Gramsci (como han revelado diversos autores)²⁶³ el reconocimien-

²⁶⁰ G. SOREL, *Préface* a A. LABRIOLA, «Essais sur la conception matérialiste de l'histoire», París, 1897, p. 19.

²⁶¹ Cf. L. TROTSKI, «Mi vida», Madrid, 1972, p. 125.

²⁶² Cf. LENIN, «Opere complete», Roma, 1968, vol. XXXVII, p. 104.

²⁶³ Cf. V. GERRATANA, «Ricerche di storia del marxismo», Roma, 1972, pp. 157-158; L. DAL PANE, «Antonio Labriola nella politica e nella cultura italiana», Turín, 1975, pp. 463-464; C. LUPORINI, *Il marxismo e la cultura italiana del Novecento*, en «Storia d'Italia Einaudi», vol. V, pp. 1587-1588.

to genérico de la importancia de Labriola precede en muchos años a la reflexión crítica sobre su obra y a la utilización de algunos motivos teóricos filtrados por tal reflexión.

Más allá de la distinción entre prestigio e influencia (una distinción obvia, pero demasiado frecuentemente descuidada incluso respecto de Marx), la ubicación de Labriola en la historia del marxismo está destinada a encontrar muchas dificultades al intentar esclarecer las connotaciones más relevantes de su figura. ¿Era un teórico puro? ¿Un simple divulgador del marxismo? ¿Un pensador original? ¿Un clásico de segundo orden? ¿El jefe espiritual del socialismo italiano? ¿Un profesor inclinado a la maledicencia? Apelativos tan diferentes pueden encontrarse incluso entre sus mismos contemporáneos.

1. Oscilaciones interpretativas

A este propósito resulta significativo comparar dos notas necrológicas: la aparecida en la *Neue Zeit* y la inserta en *Critica sociale*. In memoriam de Antonio Labriola —muerto en Roma el 2 de febrero de 1904—, el órgano teórico de la socialdemocracia alemana, entonces la revista más prestigiosa del socialismo europeo, dedicaba un largo editorial, no firmado, pero escrito por Franz Mehring.²⁶⁴ En el homenaje a quien no dudaba en definir como «jefe espiritual del socialismo italiano», el artículo señalaba dos características para poner de manifiesto la peculiar relación de Labriola con el marxismo:

- 1) En su espíritu se sentía íntimamente afín al espíritu de un Marx y de un Engels. Totalmente independiente de ambos, Labriola había seguido el mismo proceso intelectual que ellos;
- 2) Si existiera una ortodoxia marxista, que no existe, Labriola no habría

²⁶⁴ «Neue Zeit», XXII, 1903-1904, vol. I, pp. 585-588. La paternidad de los editoriales no firmados puede averiguarse a partir de los índices anuales. Apareció una traducción italiana de este artículo, con motivo del cincuenta aniversario de la muerte de Labriola, en «Rinascita», XI, 1954, pp. 318-340.

sido nunca un seguidor de la misma. Este espíritu sutil era un espíritu demasiado libre e independiente para serlo.

Labriola se habría reconocido fácilmente en ambas características, ya que en el fondo se limitaban a reflejar lo que había pensado de sí mismo y del marxismo; en cambio, tal vez habría apreciado menos la calificación de «jefe espiritual del socialismo italiano». No porque se hubiera sentido ajeno a la suerte del movimiento socialista italiano, como parecía insinuar entre líneas la necrológica de la *Critica sociale*. Escrito y firmado por Turati, y relegado a la penúltima página de la revista, el breve artículo respondía manifiestamente al propósito de reducir la contribución de Labriola a la causa del socialismo. Las mismas alabanzas y los juicios positivos, que no faltaban, daban la impresión de querer circunscribir los méritos de Labriola a una zona ajena a los intereses prácticos del movimiento. Al mostrar el aprecio por «la erudición» y «la sutileza de su ingenio», y al expresar su admiración por «toda la agilidad de un pensamiento que se complacía en los más sutiles arabescos y en los matices más singulares», Turati podía rendir homenaje al «espíritu más crítico con que nunca haya sido honrado el socialismo italiano» y negar al mismo tiempo que de tanto «honor» se hubiera derivado algo realmente positivo para el movimiento:

La naturaleza esencialmente crítica de su talento no le dejó ser un militante del partido, en el pleno sentido de la palabra, ni un elemento cooperador con nuestra acción positiva, de la que destacaba sobre todo las imperfecciones y las inevitables incoherencias.

Podían añadirse otras alabanzas sin modificar, pues, la frialdad de este comentario: «Volveremos con frecuencia a sus libros, en los breves ratos de ocio que la vida militante concede a los estudios.»²⁶⁵

Una cultura erudita y brillante para los momentos de ocio, no una teoría que pueda guiar la acción. Con un juicio tan estrecho, Turati podía incluso ocultar la reserva, mucho más grave, con que desde hacía al

²⁶⁵ «Critica sociale», XIV, 1904, p. 63.

menos un decenio había intentado liquidar al Labriola político, como príncipe de la maledicencia. Era una reserva que hubiera parecido fuera de lugar en una necrológica, lo que no quiere decir que la hubiese olvidado. El *alter ego* de Turati, Ana Kulischoff, escribía a su amigo el 5 de febrero de 1904:

¿Has leído el artículo de Rastignac (Vincenzo Morello) en la *Tribuna*, sobre Antonio Cabriola? Me parece el mejor entre todas las apologías más o menos exageradas que han publicado los periódicos. Este Sócrates moderno convertido en un Don Marzio de café es terriblemente cáustico, pero dice la verdad.²⁶⁶

En realidad, lo que sonaba a cáustico en el ataque de Rastignac era el juicio sobre los motivos que habían impulsado a Sócrates-Labriola a convertirse en Don Marzio: «como la Ciudad no le ofrecía ya el Atrio, él se refugiaba en el Café».²⁶⁷ Sin metáfora alguna, años atrás Engels había dado prácticamente la misma explicación, respondiendo a Turati, el cual se había lamentado de las «maledicencias» de Labriola:

La méchante langue que vous lui attribuez, a peut-être quelque droit d'existence dans un pays comme l'Italie, où le parti socialiste, comme tous les autres partis, souffre d'une invasion, comme des sauterelles, de cette «jeunesse bourgeoise déclassée», dont Bakunin était si fier.²⁶⁸

Para saber algo más y orientarse entre estas opiniones contradictorias es indispensable tener mayores elementos de juicio sobre el movimiento obrero italiano en relación con el desarrollo de la personalidad

²⁶⁶ La carta se cita en A. SCHIAVI, «Filippo Turati», Roma, 1955, p. 159 (pero no está incluida en el «Carteggio Turati-Kulischoff», Turín, 1977).

²⁶⁷ Cf. RASTIGNAC [VINCENZO MORELLO], *Labriola*, en «La Tribuna», Roma, 4 de febrero de 1904.

²⁶⁸ Carta de Engels a Turati, del 28 de junio de 1895, en «La corrispondenza di Marx e Engels con italiani. 1848-1895», a cargo de G. del Bo, Milán, 1964, p. 608. También en K. MARX y F. ENGELS, «Opere complete», vol. L («Correspondencia 1893-1895»), Roma, 1977, pp. 529-530.

de Labriola.

2. Los sueños de la revolución italiana

La alusión de Engels a la «jeunesse bourgeoise déclassée», a la que Bakunin había considerado como la mejor garantía para la revolución italiana, hace referencia a una definición que el mismo Bakunin había dado en 1872. En una carta al español Francisco Mora, el cándido profeta de la anarquía había argumentado del modo siguiente sus optimistas auspicios revolucionarios para Italia:

El pueblo en el campo y en las ciudades se encuentra en una situación realmente revolucionaria, es decir económicamente desesperada, y las masas empiezan a organizarse muy en serio; sus intereses se están transformando en ideas. Hasta ahora en Italia no habían faltado los instintos, sino precisamente la organización y las ideas. Una y otras están cobrando forma, hasta el punto de que Italia, después de España y con España, es tal vez en este momento el país más revolucionario del mundo. En Italia existe lo que falta en otros países: una juventud ardiente, enérgica, sin empleo, sin carrera, sin caminos de salida y que, a pesar de su origen burgués, no está aún moral e intelectualmente derrotada como la juventud burguesa de otros países. Actualmente esta juventud se echa en brazos del socialismo revolucionario, con todo nuestro programa, el programa de la Alianza.²⁶⁹

Dieciocho años después, citando un pasaje de esta carta en una correspondencia aparecida en el *Sozialdemokrat*, Labriola podía constatar que el anuncio de Bakunin sólo había sido un «sueño»; «no era música del futuro —añadía— sino tan sólo el estribillo de una canción que iba a ponerse de moda»²⁷⁰; pero nunca se había sentido fascinado por ese

²⁶⁹ K. MARX y F. ENGELS, «Critica dell'anarchismo», a cargo de G. Backhaus, Turín, 1973, p. 251

²⁷⁰ A. LABRIOLA, «Scritti politici. 1886-1904», a cargo de V. Gerratana, Bari,

sueño, aun viviendo en Nápoles, «centro natural del anarquismo italiano»²⁷¹; en 1872, cuando Bakunin escribía a Francisco Mora sobre la juventud desclasada de origen burgués dispuesta a entregarse totalmente al socialismo revolucionario, Labriola estaba sin duda comprometido en una militancia política, pero en el extremo opuesto, entre las filas de los moderados napolitanos. A decir verdad, no había sido una experiencia entusiasmante, a juzgar por los diez artículos escritos para *La Nazione* de Florencia con ocasión de la campaña electoral para el ayuntamiento de Nápoles, que concluyó con la inesperada victoria de los clericales.²⁷² Labriola debió de mirar con desencanto la situación, que ya parecía irreparable, de crisis y disgregación de la hegemonía moderada. Era para él la muerte de otro sueño, el de la revolución italiana desde arriba, dirigido por los hombres de la derecha histórica que habían sido los protagonistas victoriosos de la unificación política del país.

Éste era el sueño en el que se había educado Labriola. Nacido en Cassino en 1843, en el seno de una familia de la pequeña burguesía intelectual ligada a los ambientes patrióticos, el joven Antonio se había trasladado a Nápoles en 1861 para asistir a la universidad. En sus primeras experiencias de vida política unitaria había podido medir toda la distancia que separaba a los programas políticos y los debates ideológicos de la realidad. Asistía a la universidad en el momento de la segunda ola de hegelianismo napolitano, y en tal ambiente pronto logró dar muestras de un talento prometedor, si bien la vida de cada día era tan deprimente que dejó una huella en su formación intelectual y moral.

1976, p. 243. La carta de Bakunin a Francisco Mora había sido publicada como apéndice en el opúsculo «L'Alliance de la Démocratie socialiste et l'Association internationale des travailleurs, Rapport et documents publiés par ordre du Congrès International de La Haye», Hamburgo, 1873, y Labriola la conoció a través de esta fuente.

²⁷¹ G. D. H. COLE, «Historia del pensamiento socialista», cit., vol. IV, p. 176.

²⁷² Localizadas por Giuseppe Berti, los diez artículos de Labriola, publicados con el título de *Lettere napolitane*, en «La Nazione» de Florencia entre el 28 de junio y el 2 de agosto de 1872, fueron reproducidos en «Cronache meridionali», julio-agosto de 1954, pp. 558-584.

Obligado por las estrecheces económicas de la familia a buscar un trabajo antes de finalizar sus estudios universitarios, hubo de contentarse en 1863, tras vanos intentos, con un puesto de «auxiliar de seguridad pública», gracias a los oficios de Bertrando Spaventa cerca de su hermano Silvio, entonces secretario de los Internos. Tal experiencia había de ser una dura prueba para el joven estudiante de filosofía, que ya se había medido con Zeller sobre el problema del «retorno a Kant» y sobre el significado de la dialéctica hegeliana. Durante muchos años perdurará en él el estado de ánimo que queda bien reflejado en una carta de julio de 1864 a su prometida:

 Mi posición individual y las condiciones generales de la sociedad en que vivo, mis libres aspiraciones y el aire deprimente que me veo obligado a respirar se dan la mano para producir en mí un estado de profundo descontento que, por debilidad de mi talento o por falta de ambición, no he sido hasta hoy capaz de transformar en un principio serio de actividad.²⁷³

Labriola no sale de este inquieto descontento que lo impulsa a veces a refugiarse en sí mismo, en una intimista resignación, ni siquiera cuando en 1865, superados los exámenes para poder enseñar en el liceo, puede encontrar un puesto menos humillante en la escuela secundaria. También es una experiencia frustrante, vivida además con escaso entusiasmo y con poca confianza en las propias aptitudes profesionales. El primer intento de transformar su descontento en un «principio serio de actividad» tiene lugar con la decisión de reemprender sistemáticamente los estudios filosóficos, después de haber estado un tiempo indeciso entre la lingüística y la filosofía (como recordará el mismo Labriola en su primera carta a Engels).²⁷⁴ Ensayos como la memoria inédita sobre Spinoza, escrita en 1866, y el libro sobre Sócrates, publicado en 1871, pueden leerse como momentos significativos de la construcción de un

²⁷³ La carta se cita en DAL PANE, «Antonio Labriola», cit., p. 4.

²⁷⁴ Cf. la carta de Labriola a Engels del 2 de abril de 1890, en «La corrispondenza di Marx e Engels con italiani», cit., pp. 358-359: «Lange war ich zwischen Sprachwissenschaft und Philosophie geteilt».

pensamiento crítico destinado luego a confluir en la experiencia teórica de su marxismo; aunque igualmente pueden considerarse en relación con la orientación política que lo liga aún al moderantismo, pese a que son potencialmente críticos de éste. Esa «antiespeculación crítica» que diferencia, como se ha señalado,²⁷⁵ la investigación del joven Labriola de la orientación de Bertrando Spaventa y de la tradición hegeliana en que aquél se había formado, no pretende salir de una visión elitista de los que hubieran debido ser los objetivos de reconstrucción del recién nacido Estado italiano. Mientras sigue ligado a tal visión, mientras no consigue desencantarse del todo del sueño de una revolución por arriba que regenerara el tejido de la deshecha sociedad italiana su atención aparta cualquiera otra posibilidad, por real o fantástica que sea. Así se explica cómo, viviendo en Nápoles en los años en que fermentaban los primeros brotes anarquistas, Labriola los ignorara por completo, sin ni siquiera tener ningún contacto con ellos.

Es cierto que los desafortunados intentos de unificación del movimiento obrero italiano parecían destinados al fracaso. La *Declaración de hermandad* aprobada por el Congreso de las sociedades obreras italianas, convocado en Nápoles en 1864, fue papel mojado, y las sociedades obreras mazzinianas continuaban «a la desbandada y acéfalas».²⁷⁶ Pero justamente la crisis del mazzinismo iba a convertirse en fértil terreno de cultivo para las prédicas de Bakunin, durante su estancia en Nápoles entre 1865 y 1867. Ajeno a ese mundo, el joven Labriola no se entera y no parece que conociera la intensa actividad napolitana de Bakunin, ni siquiera en sus aspectos públicos.²⁷⁷ Por ello es también probable que se

²⁷⁵ Cf. A. ZANARDO, «Metodo storico e motivi realistici nel giovane Labriola», también en Id., *Filosofia e socialismo*, Roma, 1974, pp. 19-57.

²⁷⁶ Cf. G. MANACORDA, «Il movimento operaio italiano attraverso i suoi congressi», Roma, 1963, p. 94.

²⁷⁷ Cf. sobre la actividad de Bakunin en Nápoles, N. BAKUNIN, «Scritti napoletani (1865-1867)», a cargo de P. P. Masini, Bérghamo, 1963; A. ROMANO, «Storia del movimento socialista in Italia», vol. I, Bari, 1966; A. SCIROCCO, «Democrazia e socialismo a Napoli dopo l'Unità (1860-1878)», Nápoles, 1973; F. DAMIANI, «Bakunin nell'Italia postunitaria (1864-1867)», Milán, 1977. Para informacio-

le escapase a su atención, pese al interés que ya entonces mostraba por todo lo que se publicaba en Alemania, el anuncio aparecido en el semanario napolitano *Libertà e giustizia* (número del 27 de abril de 1867) sobre la inminente publicación de un libro titulado *Das Kapital*, «obra del talento sólido y severo de Carlos Marx, uno de los infatigables propagadores de las ideas sociales en Europa». Con el anuncio, el semanario publicaba la traducción de buena parte del prólogo, «gentilmente enviado por el autor», aunque la advertencia marxiana «de te fabula narratur» debía sonar entonces totalmente prematura para Italia.²⁷⁸ Además, el éxito del bakuninismo retrasó en muchos años la organización del movimiento socialista italiano.

3. Crisis y alejamiento del compromiso político

Puede situarse en 1872-1873 la crisis del moderantismo político sufrido por Labriola. Probablemente se mezclan en dicha crisis motivos ocasionales de preocupación personal. En el umbral de los treinta años no había encontrado aún una ubicación social estable para salir del estado de «profundo descontento» que caracterizó, como se ha visto, sus primeras experiencias juveniles. El título académico obtenido en el verano de 1871 como profesor «agregado» de Filosofía de la historia en la universidad de Nápoles no le había abierto de entrada ninguna posibilidad inmediata de sistematización. En el otoño, tras abandonar la enseñanza secundaria, que se le había hecho insostenible, intenta el camino del periodismo y encuentra al fin un empleo satisfactorio en la

nes sintéticas sobre todo el período y para una bibliografía más amplia, cf. L. VALIANI, «Questioni di storia del socialismo», Turín, 1975, pp. 67-80, 215-216.

²⁷⁸ «Libertà e giustizia» (hoja semanal democrático-social, órgano de la asociación del mismo nombre), tuvo corta vida: apareció en Nápoles del 17 de agosto al 24 de diciembre de 1867. Cf. en *Testi e documenti per la storia del Mezzogiorno*, «Libertà e giustizia», edición íntegra a cargo de A. Ralli, Salerno, 1977 (el anuncio de la publicación de «El Capital» y el texto de Marx, con el título «El socialismo in Europa», están en las pp. 248-250).

redacción de *L'Unità nazionale*, el nuevo diario moderado fundado en Nápoles por Ruggero Bonghi.²⁷⁹ Desde tal palestra política se había hecho quizá la ilusión, durante casi un año, entre 1871 y 1872, de participar con su activa labor política en la obra de reconstrucción nacional de los moderados (a los que no consideraba conservadores sino «revolucionarios temperados»)²⁸⁰ La amarga experiencia de las elecciones napolitanas del verano de 1872, que sella además el fracaso de sus ambiciones periodísticas, abre en él una nueva crisis.

Será una crisis de difícil superación. No sólo porque recomienza la afanosa búsqueda de una nueva «sistematización», a la que se añaden penosas desgracias familiares. De tales dificultades parece deducir (como él mismo reconoce en una carta a Bertrando Spaventa de finales de 1873) una confirmación de su «natural misantropismo» y un reforzamiento de «la acritud y el pesimismo»²⁸¹: pero a todo ello le impulsaba algo más serio que las mezquinas intrigas de pasillo que enturbian el éxito del concurso universitario en que ese año participa. El favorable resultado de este concurso, tras meses de incertidumbre y de tensión, le asegura de hecho una posición decorosa, aunque no sirve para hacerle superar su desconsuelo ni su inclinación al pesimismo. El ocupar a los treinta años la cátedra de Filosofía moral y pedagogía de la universidad de Roma podía haberle inducido a sentirse satisfecho, junto a una generación recién llegada a la que se abre un futuro aún más prometedor. Es lo que parecen sugerirle los colegas más antiguos de la Facultad, pero son precisamente estas sugerencias consoladoras las que más exasperan su deprimido estado de ánimo.

Recién llegado al mundo político-literario de la capital, le parecía respirar «una atmósfera de cretinismo»,²⁸² y esta impresión suya no

²⁷⁹ Sobre la colaboración de Labriola en «*L'Unità nazionale*» en 1871-1872, cf. N. SICILIANI DE CUMIS, «Studi su Labriola», Urbino, 1976, pp. 165-206.

²⁸⁰ Este juicio de Labriola se repite en un artículo de 1903; cf. LABRIOLA, «*Scritti politici*», cit., p. 503.

²⁸¹ *123 lettere inedite di Antonio Labriola a Bertrando Spaventa*, en «*Rinascita*», suplemento al n.º 12, 1953, p. 726.

²⁸² *Ibid.*, p. 722.

cambia cuando se encuentra, académico entre los académicos, en el santuario de los hombres de talento: un «mundo extraño» e irrespirable. Espiritualistas y positivistas, que tienen a gala exhibir su vanidad intelectual, con la pretensión de una renovación cultural a la que no corresponde nada serio. Labriola intenta defenderse con ironía de este ambiente, descrito en las cartas a Bertrando Spaventa con la ácida polémica de una minuciosa anécdota:

En cuanto a la filosofía, estoy convencido de que en el libro del destino no está escrito que se haya de hacer precisamente en Roma. Éste es el argumento que aduzco en mi defensa ante todos aquellos que preguntan por qué no participo en la fundación de la filosofía italiana. Yo les digo: «Mirad, no tengo la suerte de ser un hombre de talento, y por consiguiente no puedo inventar una filosofía propia. Me conviene adaptarme a la de los otros. Ahora bien, filosofía italiana de este siglo solamente conozco una, la rosmiiniana, y no me gusta. Por tanto, quien se crea un genio, que la haga, que yo luego decidiré si la acepto».²⁸³

Las raíces más profundas de la crisis eran, no obstante, de carácter político. Más tarde, en la primera carta a Engels (1890), Labriola dirá que había sido hasta 1873, cuando era profesor en Roma, «un socialista sin saberlo», como «adversario declarado del individualismo».²⁸⁴ Se trataba en realidad de un socialismo totalmente inconsciente, y en consecuencia irreconocible. Por lo demás, al recordar que un año antes había escrito «contra los principios rectores del ordenamiento liberal»,²⁸⁵ él mismo había evitado abordar una noción tan abstracta y evanescente como la de «socialismo inconsciente». Esta expresión solamente podía tener sentido como reconocimiento indirecto de lo estéril de una crítica al liberalismo individualista privada de una alternativa positiva, como únicamente podía proporcionar el socialismo. En cambio, la crítica de Labriola al individualismo liberal se basaba, durante ese período, en la

²⁸³ *Ibid.*, pp. 731-732.

²⁸⁴ Cf. «La corrispondenza di Marx e Engels con italiani», cit., p. 359.

²⁸⁵ Cf. LABRIOLA, «Scritti politici», cit., p. 285.

concepción ética del Estado, un pilar corroído ya por la realidad, aunque no aún en la conciencia del filósofo.

Esto no quiere decir que permaneciese vinculado a la tradición hegeliana en que se había formado. Además, es improbable que pueda hablarse de una verdadera fase hegeliana en el desarrollo de su pensamiento filosófico. «Más que de un hegelianismo juvenil (se ha señalado oportunamente) conviene hablar de lecturas de textos hegelianos y de familiarización con los temas específicos de Spaventa, con el cual conservó, toda su vida, lazos de devota amistad.»²⁸⁶ Pero incluso frente a Spaventa había sabido mantener su independencia de juicio. Por ejemplo, no parece que le convenciera la segunda lectura de la hegeliana *Filosofía del Derecho* (cuyas pruebas había corregido el mismo Labriola). Recordando, en los últimos meses de su vida, que ya entonces estaba «fuera de aquel orden de ideas», Labriola llegaba incluso a poner en tela de juicio la legitimidad de una ética hegeliana, ya que «en el sistema de Hegel es posible una sociología, pero no una ética».²⁸⁷ Puede entenderse lo que quiso expresar con esta en apariencia sibilina sentencia rele-yendo precisamente sus escritos de 1873 (*De la libertad moral y Moral y religión*),²⁸⁸ donde se pronunciaba «contra los principios rectores del ordenamiento liberal». La recuperación de la filosofía moral de Kant llevada a cabo por Herbart y la escuela herbartiana, que en este período inspira la reflexión filosófica de Labriola, ha de alejarlo por fuerza de un tipo de planteamiento teórico como el hegeliano, en el que la ética, vista como momento subordinado del proceso dialéctico universal, puede justificar (como señalaban los herbartianos) un sustancial indiferentismo moral.²⁸⁹ Por tanto, el antiindividualismo de Labriola no

²⁸⁶ E. GARIN, *Labriola*, en «Dizionario del movimento operaio italiano», vol. III, Roma, 1977, p. 22.

²⁸⁷ A. LABRIOLA, «Lettere a Benedetto Croce, 1885-1904», Nápoles, 1975, pp. 373-374.

²⁸⁸ Véase en A. LABRIOLA, «Opere», a cargo de L. Dal Pane, vol. III: «Ricerche sul problema della libertà e altri scritti di filosofia e di pedagogia (1870-1883)», Milán, 1962.

²⁸⁹ Cf. sobre este tema, S. POGGI, «Antonio Labriola. Herbartismo e scienze

tiene mucho campo en los motivos propios de la filosofía hegeliana. Sin embargo, al centrar todo el esfuerzo de su investigación en el análisis de la experiencia moral, de la que derivan las funciones éticas del Estado, se adentra por un camino de inciertas y en muchos aspectos contradictorias salidas.

Aunque el conocimiento de la filosofía académica alemana, con la que continúa manteniendo regulares contactos incluso después de 1873, no parece estimular demasiado sus trabajos científicos, en realidad no puede decirse que se refugiara en la tranquila vida vegetativa del estudioso orgulloso de una retórica riqueza interior. El interés por la experiencia moral es en él inseparable de la instintiva repulsión hacia toda forma de ascesis mística y de especulación repetitiva. Por ello, la literatura filosófica alemana de la segunda mitad del siglo XIX (de la vivaz escuela herbartiana a los primeros frutos de las nuevas «ciencias del espíritu») le ofrece un amplio material de reflexión sobre el que trabajar con esfuerzo y profundidad. Los desarrollos de la ética y de la pedagogía, ligados a los nuevos intentos de dar una nueva base científica de la psicología, y el nuevo gusto por la investigación empírica enriquecida con el empleo de los más refinados instrumentos conceptuales, amplían su horizonte intelectual, aunque al mismo tiempo lo alejan de la tentación de sacar conclusiones orgánicas. La extensión de sus intereses a nuevos campos de investigación, como la metodología de la historia y las nuevas ciencias de la política y de la sociedad, contribuyen finalmente a hacer más lenta una maduración que en gran parte aparece como fragmentaria y subterránea.

Cuando al final de este proceso publica la introducción de 1887 a los *Problemas de la filosofía de la historia*,²⁹⁰ puede compendiar los resultados de un quinquenio de estudios y reflexiones en un breve esbozo tan

dello spirito alle origini del marxismo italiano», Milán, 1978, pp. 43-47.

²⁹⁰ Este escrito, que fue traducido al alemán en 1888, fue reproducido por B. Croce en A. LABRIOLA, «Scritti varii di filosofia e politica», Bari, 1906 (véase también en «Scritti filosofici e politici», a cargo de F. Sbarberi, vol. I, Turín, 1973).

rico en sugerentes adquisiciones como abierto a problemáticas dudas. Sin embargo, es suficiente compararlo con los escritos anteriores, correspondientes al período de enseñanza universitaria (*De la enseñanza de la historia*, «estudio pedagógico» de 1876, y *Del concepto de la libertad*, «estudio psicológico» de 1878),²⁹¹ para advertir, junto a una significativa línea de continuidad, el nuevo nivel de madurez alcanzado.

En 1887 Labriola está ya fuera de la exclusiva dedicación profesional en la que se había encerrado por tan largo período desde 1873. Salvo el breve paréntesis de unas vacaciones otoñales en Bolonia para colaborar en la campaña electoral de 1874 como redactor del *Monitore* (aunque ya entonces podía escribir que había aceptado la invitación para huir del aburrimiento), su falta de compromiso político había sido total. Había comenzado a dudar de la capacidad de los moderados para estar a la altura de las tareas que se habían atribuido, pero no veía alternativas en otra parte, aunque se resistía instintivamente a la idea de adoptar el papel de espectador. En una carta escrita en el verano de 1875, en la que describía a Bertrando Spaventa la ruina de la vida económica de Ancona (a donde había sido enviado como examinador), parece estar todavía esperando acontecimientos improbables, susceptibles de llevar a un cambio de la situación:

Me pregunto siempre si en Italia hay o no hay una docena de personas que sientan la responsabilidad del Estado, para llenar las vacías formas de la libertad y para restablecer la seriedad de la vida. El Estado debe ser el dominio de lo óptimo, y lo óptimo no nace de la casualidad, con permiso de Darwin y de los truhanes que se llaman liberales.²⁹²

Pero al poco parece recaer en esa «despechada resignación» que había caracterizado sus años juveniles. Tras la caída de la derecha, reprocha a los moderados el ser «ineptos para dirigir la oposición».²⁹³ En 1879

²⁹¹ Cf. LABRIOLA, «Opere», cit., vol. III, pp. 153-265.

²⁹² *123 lettere inedite di Antonio Labriola a Bertrando Spaventa* (segunda parte), en «Rinascita», suplemento al n.º 1, 1954, p. 73.

²⁹³ Véase la carta de 1882 a Silvio Spaventa, citada por G. ANTONUCCI, *Una let-*

le pregunta con algo de malicia al mismo Spaventa:

Llegué a creer que la parte moderada era por lo menos un partido de gobierno; pero ¿cómo se explica que ahora no sepa hacer nada más? Al fin y al cabo, ¿quién tiene que trabajar para enderezar algo las cosas?²⁹⁴

El fenómeno del transformismo parlamentario, del que sólo ve sus peores aspectos, exaspera su pesimismo, que incluso afecta ahora a las justificaciones teóricas de la política moderada. También en 1879, y respondiendo a otro moderado, Camillo De Meis, que le había obsequiado con un opúsculo suyo, le dice que lo ha leído «con mucho desagrado»;

¡Figúrate qué días éstos; después de la larga intriga amorosa de Nicotera y de Sella se llega ahora al concubinato declarado! Los moderados, desde Spaventa, Bonghi, Lanza, hasta todos los demás están como poseos. ¡Y luego los jóvenes! Pobre país nuestro. Está enfermo, todo enfermo. No tiene remedio. Va de mal en peor.²⁹⁵

El apasionado desengaño político que se trasluce tras este agrio pesimismo no parece encontrar por el momento otra salida que una amarga constatación de impotencia. La denuncia de la corrupción de la vida política puede paralizar de este modo cualquier otro intento de análisis más en profundidad, y llevarlo a encerrarse en la inocua práctica de la «maledicencia». Nada más parece deducirse de las brillantes explosiones de desahogo que se repiten en sus cartas a Bertrando Spaventa; basta recordar la última de ellas, en la carta del 22 de octubre de 1882:

No puedo explicarte por carta los misterios de Roma. ¿Cómo haré para describirte las escenas cotidianas de afluencia de votos en las oficinas del *Popolo Romano*? ¡Qué maravilla ver a Chauvet llevando del brazo a Scios-

tera di A. Labriola, en «Bergomum», Bérgamo, enero-marzo de 1941, p. 51.

²⁹⁴ *123 lettere inedite* (segunda parte), cit., p. 82.

²⁹⁵ Carta de Antonio Labriola a Camillo De Meis de 13 de julio de 1879, copia en Instituto Gramsci (Archivo Togliatti).

ciammocca!... Ni con toda la filosofía de la historia se podría comprender a un Coccapieller... Husmear, ver, escuchar, tocar, respirar, probar cada día el estiércol, la basura, la obscenidad, la mentira, la impudicia; y luego viene la percepción clara, precisa y completa de lo que es Italia. Cierto que se corre peligro de asfixia; pero, superado el momento fatal, se acaba viviendo igual gracias a la adaptación.²⁹⁶

Así pues, a su esfuerzo de investigación y de análisis teórico corresponde en ese período el más completo alejamiento del compromiso político. El «disgusto por la corrupción política» (del que el mismo Labriola hablará en su citada primera carta a Engels)²⁹⁷ va camino de convertirse en un pretexto para justificar una actitud de aristocrático aislamiento y de inactividad práctica. Todavía en 1883, tras la desaparición de Bertrando Spaventa, escribe a su hermano Silvio, el estadista moderado que la política del transformismo había marginado de la vida política italiana:

Aquí no veo alma viviente, y ni siquiera leo los periódicos. Además, hasta que Depretis no se decida, muriendo, a clausurar la edad de oro, no hemos de mezclarnos en nada.²⁹⁸

Pero no esperó la muerte de Depretis para pasar del negro pesimismo a un renovado esfuerzo político y a la lucha coherente con las nuevas orientaciones que habían ido madurando en él tras la crisis del moderantismo.

4. Del moderantismo al radicalismo socialista

En 1889, en una conferencia dada en un círculo obrero de Roma para

²⁹⁶ *123 lettere inedite* (segunda parte), cit., p. 87.

²⁹⁷ Cf. «La corrispondenza di Marx e Engels con italiani», cit., p. 359.

²⁹⁸ A. LABRIOLA y S. SPAVENTA, *Carteggio*, en «Movimento operaio», a cargo de A. Foresti, junio-julio de 1950, pp. 263-264.

ilustrar sus convicciones socialistas, Labriola declaraba haber comenzado a moverse «en esa vía de nueva fe intelectual» a partir de 1879, o sea desde hacía diez años.²⁹⁹ Sin embargo, la primera parte de este camino había seguido un curso subterráneo, ni siquiera claro para quien lo recorría, por venir de tan lejos. Un año después de la conferencia romana precisaba en un escrito a Engels que entre 1879 y 1880 ya se había «casi adentrado en la concepción socialista, aunque más por la visión general de la historia que por el impulso interno de una activa convicción personal».³⁰⁰ Así se explica que este nuevo proceso intelectual pudiera coexistir largo tiempo con la mencionada inactividad política, que duró hasta 1886. La lentitud de este proceso de maduración refleja además, en gran medida, la lentitud y las dificultades del mismo proceso de formación del movimiento socialista en Italia.

La vitalidad organizativa mostrada por el movimiento anarquista italiano de los años setenta se había revelado finalmente inoperante, y entre los mismos anarquistas se iba abriendo paso la conciencia del fracaso de una experiencia de lucha destinada a dejar tras de sí un reguero de víctimas, en una sociedad que seguía disgregada, pasiva y subalterna ante los viejos y nuevos privilegios. De 1879 (año en que el filósofo Labriola comienza a abrirse a las ideas del socialismo) es la famosa carta abierta de Andrea Costa, *A mis amigos de la Romagna*, con la que el fiero combatiente de la Internacional anarquista, obligado a reconocer que «la revolución es una cosa seria», invita a sus compañeros a la autocrítica.³⁰¹ Pero ni siquiera el generoso y confuso intento de Costa, que sin abandonar el fondo ideológico de la tradición anarquista hubiera querido unir socialistas de todas las tendencias, podía servir para dar sólidas bases al movimiento socialista italiano, que todavía durante más de diez años continuará fraccionado en grupos y partidos locales,

²⁹⁹ LABRIOLA, «Scritti politici», cit., p. 185.

³⁰⁰ «La corrispondenza di Marx e Engels con italiani», cit., p. 359.

³⁰¹ La carta de A. COSTA, *Ai miei amici di Romagna*, está reproducida como apéndice al volumen de MANACORDA, «Il movimento operaio italiano», cit., pp. 357-361.

incapaces de hallar una estrategia y un programa común. Todavía no ha aparecido en el horizonte el marxismo como elemento ideológico de nucleamiento del socialismo italiano.

Para el mismo Labriola el acercamiento al socialismo se produce en un primer momento por otros caminos, tal vez menos ocasionales de lo que parece. Al escribir a Engels (en la primera carta ya citada) que había estudiado en cierto momento «derecho público, derecho administrativo y economía política», Labriola no aclara en qué fase de su desarrollo debe ubicarse esta ampliación de sus intereses, orientados en los años setenta sobre todo hacia los estudios de ética y pedagogía, filosofía de la historia y psicología social. Basándonos en los apuntes de sus lecciones universitarias, conservados en la Biblioteca Dal Pane, parece que el primer curso dedicado a la *Ciencia del Estado* es de 1880.³⁰² Se sabe igualmente que estos apuntes siguen la huella de la *Encyclopädie der Staatswissenschaften* de Rudolf von Mohl, teórico del *Rechtstaat*, jurista y estadista de orientación liberal moderada y por tanto ajeno a cualquier simpatía por el socialismo. De todos modos, más allá del uso didáctico de ese texto, queda por explicar por qué Labriola sintió la necesidad de extender el círculo de sus estudios habituales al campo del derecho público. Puede avanzarse una respuesta coyuntural ligando este nuevo tipo de estudios con la necesidad del profesor de pedagogía de la universidad de Roma (y, también, director de un centro de instrucción y educación) de ocuparse de la legislación escolar comparada. Invitado a colaborar en la reforma de la escuela secundaria, en discusión en el Parlamento italiano en 1879, había querido, en primer lugar, profundizar en el estudio de los «criterios seguidos por otros gobiernos», con el fin de ofrecer una «comparación metódica y continua del estado de nuestra cultura escolar con la de los países más civilizados».³⁰³ Los primeros frutos de estas investigaciones habían sido utilizados ya en el Parlamento como «alegación al *Proyecto de ley sobre la instrucción secundaria*,

³⁰² Cf. DAL PANE, «Antonio Labriola», cit., pp. 170 y ss.

³⁰³ A. LABRIOLA, «Scritti di pedagogia e di politica scolastica», a cargo de D. Bertoni Jovine, Roma, 1961, p. 118.

del honorable Coppino («Actas parlamentarias», 1878-1879); les siguen una serie de *Apuntes sobre la enseñanza secundaria privada en otros Estados*, incluidos por Ruggero Bonghi en un ensayo suyo publicado en 1880 en el *Annuario delle scienze giuridiche, sociali e politiche*, y finalmente un estudio, más amplio, *Sobre el ordenamiento de la escuela popular en diversos países*, publicado por Labriola en 1881 en los «Annali di statistica». ³⁰⁴

En la *Advertencia* a este último estudio, el mismo Labriola había creído necesario señalar «la forma más bien árida» que había seguido en su exposición, para subrayar el carácter exclusivamente técnico de su contribución científica, comparable con su conocida posición de no compromiso político. Pero más tarde, en la conferencia de 1888, cuando el problema de la escuela se había planteado ya como tema de lucha política, ³⁰⁵ podrá demostrar los muchos estímulos que entonces recibió, para su orientación democrática, de este trabajo que en apariencia se presentaba como simple colección de datos. Desde el primer momento había tenido claro que estas investigaciones sobre legislación escolar estaban relacionadas con problemas teóricos propios del derecho público, y ante todo con los relativos a las funciones del Estado y a las relaciones Estado-Iglesia. Por otra parte, es muy comprensible que también en este campo (que Labriola comienza a explorar probablemente hacia 1879) se centre en primer lugar en la ciencia considerada entonces más avanzada, la ciencia académica alemana. En ella encuentra, junto a los viejos teóricos del *Rechtstaat*, a nuevos teóricos del «socialismo de cátedra», de los que presumiblemente recibe los primeros estímulos para profundizar su reflexión sobre las ideas del socialismo.

En Alemania el movimiento socialista, unificado en un solo partido desde 1875, había ya echado sólidas raíces y se imponía como fuerza social en auge con la que era imposible no contar. Un intento de ordenar las relaciones con el movimiento, dentro de límites razonables para la burguesía, había sido propuesto por los «socialistas de cátedra» (así llamados despectivamente por liberales y conservadores); pero, tras al-

³⁰⁴ *Ibíd.*, pp. 115-229.

³⁰⁵ LABRIOLA, *Delta scuola popolare*, en «Scritti politici», cit., pp. 121-150.

gunas vacilaciones, Bismarck había preferido jugar la carta de la represión, poniendo fuera de la ley a los socialistas en 1878. El interés demostrado por Labriola hacia el *Katherdersozialismus*, aun después de 1878, demuestra entre otras cosas que ya entonces juzgaba negativamente la solución bismarckiana y estaba abierto a la búsqueda de una solución democrática. Por lo demás, lo que más le había interesado de las obras de los socialistas de cátedra, por ejemplo de autores como Brentano y Schmoller (recordados en una importante recesión de 1883),³⁰⁶ era la amplitud de los nuevos horizontes que se le abrían, más que las específicas soluciones propuestas; era el nuevo campo de investigación más que la certeza de los resultados. Había tomado conciencia de la importancia del socialismo, pero no de la exacta ubicación de éste en la perspectiva del desarrollo histórico. Tal ubicación quedaba subordinada a las «razones de una ética social» que confiaban al Estado la nueva y difícil tarea de encontrar cada vez la justa medida para «compaginar el individualismo con el socialismo».³⁰⁷ Parece que, en definitiva, Labriola se orientó en este período, más que hacia un modelo ejemplar de socialismo, hacia la búsqueda de una tercera vía capaz de satisfacer al tiempo las exigencias del liberalismo y las del socialismo, sin ser ni lo uno ni lo otro: ni una definición abstracta ni una combinación ecléctica, sino justamente un *tertium datur* capaz de soslayar el drástico dilema señalado en uno de los apuntes de sus lecciones: «ilícito el privilegio, imposible el socialismo».³⁰⁸

El más importante resultado de esta atormentada y subterránea búsqueda es la decisión práctica, tomada en 1886, de volver a la vida política activa, en la que podrá al fin medir con el metro transparente de la realidad los pasos efectivamente dados sobre el terreno por la pura experimentación teórica. A un proceso tan lento de maduración sigue

³⁰⁶ Se trata de la recensión de una obra de F. BÄRENBACH, «Die Socialwissenschaften. Zur Orientirung in den socialwissenschaftlichen Schulen und Systemen der Gegenwart», véase en LABRIOLA, «Opere», cit., vol. III, pp. 332-335.

³⁰⁷ *Ibid.*, p. 335.

³⁰⁸ Cf. DAL PANE, «Antonio Labriola», cit., p. 180.

en este período una rápida aceleración que bien pronto transforma su nueva orientación radical-democrática en una concreta dirección radical-socialista, como preludeo, a su vez, de su adhesión al marxismo. Pero esta aceleración no se explica solamente por motivaciones psicológicas, sino a que está también motivada por la evolución de la situación real. En la introducción política de 1886 lo que importa no es tanto el episodio de la abortada candidatura de Labriola a las elecciones políticas de ese año como la visión a la que en dicha ocasión llega sobre las perspectivas de la lucha política en Italia. En sustancia, llega a la conclusión de que el manifiesto desgaste del transformismo parlamentario sólo dejaba abiertas dos posibilidades: o una involución en sentido autoritario y reaccionario, o un efectivo cambio democrático mediante la formación de una nueva oposición capaz de llegar a ser nuevo partido de gobierno. La decisión de descender sobre el terreno para hacer operativa esta segunda posibilidad lo lleva a un esfuerzo de concreción realista liberado de preocupaciones doctrinales. Cuando escribe a Giosué Carducci, en abril de 1886, para señalar las líneas del programa que habría desarrollado en su campaña electoral en el caso de que hubiera sido presentada oficialmente su candidatura, parece que su preocupación mayor era precisamente la claridad y la sencillez:

Dejo estar el pasado y no me hago el filósofo. Acepto la posición tal como se dibuja en el presente, para decir cuál debe ser el papel de la oposición. Radicales y progresistas deberían ponerse de acuerdo para combatir al gobierno personal que lleva a la reacción y para volver a hacer que el Parlamento cumpla su función. También deberían ponerse de acuerdo para poner freno legal a la acción de la policía, que hoy es descarada arbitrariedad, y para buscar la solución práctica de las cuestiones sociales que el país sufre efectivamente. Combato el *austriacismo* de la política exterior y me ocupo de manera especial de la escuela.³⁰⁹

Pese a que fracasa la propuesta de su candidatura al segundo colegio de Perugia para las elecciones de 1886, Labriola se dedica con una

³⁰⁹ *Ibid.*, p. 188.

amplia actividad política al desarrollo de estas ideas, definidas con mayor precisión en un esquema de programa electoral redactado en ese período.³¹⁰ Resulta significativo que entre todas las reivindicaciones democráticas que consideraba urgentes en ese momento fueran precisamente las relacionadas con la protesta obrera y campesina las defendidas con menor ímpetu y mayor prudencia. A este respecto no parece encontrar cosa mejor que el viejo método de las «encuestas», preferido por los conservadores más inteligentes:

La rebelión de las clases se acentúa y las cuestiones sociales se agravan. No hay medios represivos que valgan, ni tampoco leyes calcadas de los libros. Es necesaria una amplia encuesta de las necesidades efectivas y un gobierno capaz de realizarla para que se consolide con la popularidad y la equidad de sus intentos. Es necesario que la voz de los obreros tenga eco seguro en el Parlamento.³¹¹

«La voz de los obreros», confiada a tres diputados socialistas en el Parlamento italiano de 1886 (cinco tras las elecciones de 1890), no podía encontrar mucha resonancia en ese marco. Aun dándose cuenta de ello, Labriola consideraba entonces que una política de renovación democrática no puede ir, en este campo, más lejos de un prudente gradualismo. Todavía en noviembre de 1887, en una carta abierta al honorable Baccharini, en el mismo momento en que se declaraba «teóricamente socialista», se muestra confiado en la bondad del método siguiente: frente al conservadurismo burgués de la mayoría parlamentaria no queda otra solución que «graduar los intentos, midiéndolos cada vez con la resistencia, que ha de ser sucesivamente decreciente si el país ha de progresar».³¹² El cauto optimismo de esta tesis, aun prescindiendo de la frágil noción de socialismo que suponía (una noción mediatizada, como se ha visto, por la influencia de los «socialistas de cátedra»), respondía evidentemente a la confianza en la viabilidad de ese cambio democrá-

³¹⁰ Cf. LABRIOLA, «Scritti politici», cit., pp. 105-107.

³¹¹ *Ibid.*, p. 107.

³¹² *Ibid.*, pp. 118-119.

tico por el que Labriola abogaba, convencido de que todavía era posible para Italia la adopción del modelo inglés de los dos partidos, de conservación y de progreso, que se alternan en el poder y en la oposición. Tal confianza se basaba, más que en el análisis de una determinada experiencia histórica, en la asunción teórica de una concreción de la función principal del Estado moderno: es decir, un Estado (como había escrito en la introducción de 1887 a los *Problemas de la filosofía de la historia*) «que, equilibrando las fuerzas radicales y conservadoras, gradúe intencionalmente el progreso y sea una voluntaria y consciente función de éste».³¹³

La experiencia política concreta vivida en estos años de renovada actividad pública, entre 1886 y 1889, al esfumarse la perspectiva del cambio democrático, obligaba a Labriola a revisar todas sus posiciones, teóricas y prácticas, y a repensar en términos nuevos el problema de las relaciones entre socialismo y desarrollo democrático. Como punto de partida, está convencido de que una nueva oposición democrática no puede formarse como simple combinación parlamentaria, sino que debe basarse en un amplio movimiento de base que plantee grandes cuestiones unificadoras. Una de ellas es la defensa de la laicidad del Estado, que a Labriola le parece comprometida por una política de aquiescencia y de excesiva prudencia (una prudencia «que raya en el miedo») con una Iglesia que se niega a reconocer el principio de la «preeminencia del Estado». En esta dirección se mueve la primera intervención política que tiene amplia resonancia, el discurso en la universidad de Roma contra los primeros intentos de «conciliación» (junio de 1887),³¹⁴ al que le sigue su activa participación en la agitación democrática que se desarrolla en torno a la iniciativa de levantar un monumento a Giordano Bruno, contra la resistencia del clero y los clericales. Según Labriola, mediante este movimiento de base era necesario superar los obstáculos con que había tropezado la revolución desde arriba, comenzando por la ilusión de que, para conservar sus bases, al Estado unitario le convenía «aminorar

³¹³ LABRIOLA, «Scritti filosofici e politici», cit., vol. I, p. 30.

³¹⁴ Cf. ID., «Scritti politici», cit., pp. 108-112.

el impulso del progreso, entrando en acuerdos y compromisos con las fuerzas e ideas contra las cuales se había alzado la revolución». ³¹⁵ Pero la condición para el éxito de esta lucha es la capacidad del movimiento democrático para apropiarse y unificar todos los impulsos de progreso que surgen de la base.

Una verificación negativa de tal capacidad es el resultado de la intensa experiencia política realizada por Labriola en 1888 y 1889. En 1888 se muestra muy activo en la propaganda y en la agitación democrática (por la escuela popular, por las celebraciones pro Bruno y por la campaña antitriplicista), y por vez primera entra en contacto directo con la agitación del movimiento obrero. Los tumultos de los obreros romanos en paro (marzo de 1888) por la crisis de la construcción subsiguiente al boom especulativo de la capital, ³¹⁶ no sólo lo impulsan a una acción de solidaridad con los manifestantes, amenazados por la represión policial, ³¹⁷ sino que lo colocan también frente a las dificultades del nuevo terreno de lucha con las que hasta el momento sólo se había medido teóricamente. Después de haber entrado, en esta ocasión, en contacto con Andrea Costa, que el mismo año había organizado en Roma una Federación obrera socialista, Labriola siente la necesidad de nuevas iniciativas que hagan salir al movimiento obrero italiano, de la fragmentación y del aislamiento político en que hasta entonces se encontraba. A esta exigencia respondía, por ejemplo, la propuesta, hecha a Costa en agosto, de organizar una manifestación de solidaridad con los socialistas alemanes, en ocasión del décimo aniversario de la ley antisocialista todavía vigente en Alemania. ³¹⁸ La coincidencia de este aniversario con la visita oficial del káiser alemán a Italia habría fundido la agitación democrática antitriplicista (en la que Labriola estaba comprometido ade-

³¹⁵ *Ibid.*, p. 155.

³¹⁶ Cf. L. CAFAGNA, *Anarchismo e socialismo a Roma negli anni delta «febre edilizia» e delta crisi (1882-1891)*, en «Movimento operaio», IV, septiembre-octubre de 1952, n.º 5, páginas 729-771.

³¹⁷ Cf. LABRIOLA, «Scritti politici», cit., pp. 151-152.

³¹⁸ Cf. ID., *Lettera a Costa*, en «Quarto stato», a cargo de G. Bosio, IV, Milán, 30 de abril-15 de mayo de 1949, núms. 8-9, p. 41.

más como presidente de la Asociación irredentista Giovanni Prati) con la protesta obrera, contraponiendo a las alianzas internacionales de la reacción europea un frente unitario democrático y socialista. El hecho de que Costa ignorara esta propuesta, tal vez preocupado por los recelos que habría suscitado en los ambientes anarquizantes, era síntoma de uno de los obstáculos con que estaba destinada a topar la iniciativa política de Labriola.

Se iría encontrando con obstáculos y dificultades más graves cuanto mayor fuera su compromiso con experiencias concretas de lucha para ampliar los espacios de libertad existentes en un régimen político que confiaba su principal defensa a la arbitrariedad y a las provocaciones de una policía secundada por una justicia complaciente y una opinión pública retrógrada. A un diputado «facineroso» como Andrea Costa le había bastado con emplear un paraguas en un pequeño altercado con la policía (a causa de una manifestación no autorizada, en conmemoración de Oberdan, en diciembre de 1888) para ser procesado y condenado a tres años de cárcel. En esta ocasión la solidaridad de Labriola se había de imponer a cualquier otro motivo de debate interno sobre la táctica política de los socialistas. Pero también al profesor radical, que en la universidad había iniciado en 1889 un agitado curso libre sobre la revolución francesa (en ocasión del centenario), le tocó su parte. Había bastado su presencia en una manifestación de parados ante el Montecitorio para que la prensa conservadora lo denunciase como instigador de desórdenes y revueltas, decidido a llevar a la calle las lecciones subversivas impartidas en la universidad desde su «cátedra de anarquía»: para acallar tal cátedra se preparó la protesta de un grupo de estudiantes de derecha, inspirados en esa campaña de prensa y apoyados por las autoridades académicas, que suspendieron todas las clases de Labriola durante más de un mes.³¹⁹ Era una «advertencia» para obligarlo a volver «al árido tono académico», como él mismo le dirá a Engels un año des-

³¹⁹ Para una reconstrucción de este episodio a través de la prensa romana de la época, cf. SICILIANI DE CUMIS, «Studi su Labriola», cit., pp. 291-306.

pués del amargo episodio.³²⁰

El radical Labriola recibe de estas experiencias el impulso para aumentar su interés por el movimiento socialista y para ver en su desarrollo la clave principal del mismo desarrollo democrático. Lo que al principio solamente parecía el subproducto gradual de un proceso político más general se transforma entonces en la condición fundamental de todo progreso real. A esta inversión de la relación entre socialismo y democracia lo lleva no sólo la experiencia política italiana, bloqueada por el podrido transformismo, sino también, y al mismo tiempo, una más profunda reflexión sobre la historia europea del último siglo desde su arranque en la revolución de 1789. Las líneas de esta reflexión están muy claras en la primera y motivada profesión de fe en el socialismo pronunciada públicamente por Labriola en la citada conferencia de junio de 1889 en un círculo obrero de Roma.³²¹ La vieja aversión del moderado hacia toda forma de jacobinismo liberal encuentra ahora en el socialista una nueva y muy distinta motivación. La «gran fiesta» de 1789, «no turbada sino más bien ilustrada por la guillotina como arma aparente de la razón triunfadora»,³²² no puede ser la perspectiva de una nueva revolución social: una perspectiva que «como teoría mide por siglos la transformación».³²³ Ciertamente se trata «no de rechazar las libertades políticas, sino de completarlas, no de dar un paso atrás, sino más pasos adelante hacia la democracia política»,³²⁴ pero precisamente por ello la tarea es bastante más ardua que la afrontada por la revolución democrático-burguesa:

Éste es hasta ahora el principal mérito del socialismo; es decir, el haber descubierto y descrito la verdadera naturaleza del nuevo enemigo, el capital, y el haber puesto en la picota a los charlatanes, los hipócritas y los demagogos del liberalismo.

³²⁰ Cf. «La corrispondenza di Marx e Engels con italiani», cit., p. 359.

³²¹ Cf. LABRIOLA, «Scritti politici», cit., pp. 170-185.

³²² *Ibid.*, p. 178.

³²³ *Ibid.*, p. 176.

³²⁴ *Ibid.*, p. 175.

Pero si les resultó fácil a unos pocos filósofos y a las multitudes entusiastas descubrir y golpear a los representantes visibles de las tiranías públicas, no lo es tanto vencer ahora las respuestas arteras del nuevo, recóndito e impersonal enemigo que es el capital, ni defenderse de las insidias liberales. No se lleva al patíbulo, como a Luis XVI, a una banca capaz de someter el trabajo por muchas vías. La ley férrea del salario no se asalta como castillo o ciudadela. La organización social del trabajo no se improvisa como la guardia nacional. Los hombres no se constituyen en falanges compactas de cooperativa con el entusiasmo que impulsó en 1793 a los proletarios, que prepararon, para su patria, las desleales glorias militares de Napoleón, y, para sus hijos, la mala suerte de los asalariados. Aquí no hay retórica girondina o audacia jacobina que baste. Se trata de un trabajo enorme y multiforme, de larga duración; se trata del trabajo que se necesita para regenerar todo el cuerpo social.

El siglo XIX, con los triunfos parciales del liberalismo, y con sus desilusiones, no es más que el comienzo. Estamos en la aurora.³²⁵

Queda, pues, confirmado el ligamen entre democracia política y socialismo, pero se trata del socialismo que sale a las candilejas y ocupa el escenario principal, y lo ocupa durante un período histórico «de larga duración», del que la era liberal sólo ha sido el prólogo.

5. La madurez marxista

Con la conferencia de 1889 sobre el socialismo, no obstante ser una mezcla de sugerencias y esbozos teóricos procedentes de diversas direcciones (sobre todo los análisis teóricos y teorizaciones del llamado «socialismo jurídico»),³²⁶ Labriola demuestra haber adquirido los primeros elementos de su formación marxista. Se trata de una adquisición que no es consecuencia de un aprendizaje escolástico ni de una repentina ins-

³²⁵ *Ibid.*, pp. 178-179.

³²⁶ Cf. V. GERRATANA, *Antonio Labriola di fronte al socialismo giuridico*, en «Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno», 1974-1975, núms. 3-4, vol. I, Milán, 1975, pp. 55-72.

piración, sino resultado de una elaboración teórica independiente, lentamente madurada, y de una más intensa y rápida experiencia política. La profundización de esta formación tiene lugar con el mismo método en los años siguientes, y no llega a madurar por completo hasta 1894, cuando finalmente puede escribir a Engels que se le «han disipado todas las dudas sobre la interpretación materialista de la historia».³²⁷

Por consiguiente, de los escritos de Marx y Engels (sea de los leídos antes de 1889, sobre todo a través del *Sozialdemokrat* y la *Neue Zeit*, sea de los buscados afanosamente en el mercado internacional de anticuarios o los que Engels le proporciona expresamente) Labriola no recibe la iluminación de una doctrina revelada, sino los estímulos intelectuales para una investigación que ha de abordar en el terreno de la praxis histórica el momento decisivo de su verificación. La combinación entre teoría y práctica es lo que regula el ritmo de su maduración marxista, mucho más que en su anterior actividad. En este método no hay ninguna garantía de éxito inmediato, como Labriola deberá experimentar en su experiencia, más bien amarga y decepcionante, de socialista militante. Pero a diferencia de lo que le había sucedido al político moderado, ahora se muestra no sólo capaz de superar la sensación de derrota y desaliento, sino de encontrar un fundamento seguro en la historia de su tiempo, en la consciencia de ir con ella y progresar hacia desarrollos no del todo ignorados. Punto de partida de la nueva actividad de Labriola como socialista militante es la consigna lanzada por el Congreso internacional socialista celebrado en París con motivo del centenario de 1789 (Congreso de la Salle Pétrelle, 14 de julio de 1889): la organización de la manifestación internacional del 1 de mayo, con la consigna de la jornada de trabajo de ocho horas. Labriola es de los pocos, en Italia, que se dedican a la realización de la iniciativa, pese a la debilidad organizativa de un movimiento socialista todavía disgregado, y al esclarecimiento del significado estratégico de la reivindicación de las «ocho horas», contrapuesta a la anterior consigna del «derecho al trabajo», que hasta el momento había dominado en la agitación de los parados:

³²⁷ «La corrispondenza di Marx e Engels con italiani», cit., p. 523.

En la manifestación por las ocho horas hay todo un sistema de ideas prácticas, actualmente prácticas. La reducción universal y sistemática de las horas hace aumentar el número de trabajadores efectivos y disminuir el de desocupados, reduce el campo de la competencia y limita su explotación: señala un paso hacia la socialización del capital.

Quien ha lanzado la idea de esta gran manifestación sabe lo que quiere y sabe también cómo debe quererse.³²⁸

Esta indicación estratégica («quien conoce el camino que le toca recorrer sabe también sus distintas y sucesivas estaciones») se corresponde con la insistente polémica de Labriola contra la «insidiosa» reivindicación del «derecho al trabajo». Es probable que ya hubiese leído lo que Marx había escrito en *La lucha de clases en Francia* sobre el «droit au travail» de los años cuarenta, esa «primera fórmula grosera en la que se resumen las exigencias revolucionarias del proletariado» (al análisis de Marx se referirá más tarde diciendo que «la fábula del derecho al trabajo acaba en la tragedia de las jornadas de junio»);³²⁹ pero es significativo que derive estas conclusiones no tanto de reminiscencias doctrinarias como de la concreta experiencia política vivida en el seno del movimiento obrero italiano. En esta experiencia había aprendido a desconfiar de una consigna como la del «derecho al trabajo», que además de prestarse a múltiples instrumentalizaciones y mistificaciones burguesas, había demostrado su incapacidad para lograr resultados positivos organizativos para el movimiento obrero; todo lo más, tumultos extemporáneos del agrado de los anarquistas.

En cambio, en la nueva consigna de la reducción del horario de trabajo había intuido inmediatamente el potencial estratégico que contenía, no sólo para los países más avanzados en el desarrollo capitalista, sino también para un país como Italia, que tenía necesidad de un movimiento integrador de fuerzas sociales homogéneas para despegar de su histórico atraso. Labriola estaba convencido de que, aun indepen-

³²⁸ LABRIOLA, «Scritti politici», cit., p. 214.

³²⁹ ID., «Saggi sul materialismo storico», a cargo de V. Gerratana y A. Guerra, Roma, 1977, p. 31.

dientemente de los resultados inmediatos que se hubieran logrado en el terreno reivindicativo, la iniciativa podía poner en movimiento, por su misma lógica intrínseca, ese proceso que había permanecido bloqueado por los mecanismos transformísticos del atraso italiano.

No le iba a decepcionar del todo esta previsión. Al hacer el balance, en un artículo para el *Socialdemokrat*, de lo que había sucedido en Italia el 1 de mayo de 1890, Labriola podrá mostrarse más que satisfecho por un resultado que iba bastante más allá de la entidad de las fuerzas, muy pequeñas, que había logrado salir a la calle. El tragicómico terror de la burguesía italiana por el fantasma de la revolución, que de nuevo recorría Europa, había contribuido a dar relieve a una manifestación que de otro modo habría pasado inadvertida.

¿Hubiera podido hacer algo más útil por la democracia un gobierno burgués? Infantería, caballería y policía, armadas hasta los dientes, han esperado 48 horas el estallido de la revolución en Nápoles, en Roma, en Livorno, en Milán, en Bolonia, en Turín, en toda Italia: ¿acaso no es ésta una fiesta por la presentación oficial del socialismo? El señor Crispi ha acelerado el movimiento obrero unos cuantos años. Gracias en nombre de todos los compañeros.³³⁰

Aun estando convencido de que en esa ocasión se había afirmado y hecho valer públicamente «el sano germen de un partido de los trabajadores», Labriola no se hacía por ello ilusiones sobre un desarrollo posterior rápido y fácil. Pero mientras ponía en guardia contra estas ilusiones, se planteaba el problema de lo que había que hacer para colaborar en el desarrollo de ese «germen» histórico, es decir, la formación de un partido organizado de los trabajadores italianos. Es un problema que comienza a abordar anunciando públicamente, tras el 1 de mayo (con la carta abierta a Socci, *Proletariado y radicales*, fechada el 5 de mayo de 1890),³³¹ su distanciamiento político de los radicales. Cierra así voluntariamente una fase de su actividad política como socialista dentro de un

³³⁰ Id., «Scritti politici», cit., p. 226.

³³¹ *Ibid.*, pp. 218-224.

movimiento democrático más general: y no porque esta actividad suya hubiera estado de alguna manera obstaculizada o frenada (por ejemplo, como vicepresidente del Círculo radical de Roma no había tenido dificultad en hacer enviar un mensaje de solidaridad del Círculo por la gran victoria de los socialistas alemanes en las elecciones del 20 de febrero de 1890),³³² sino porque ya se había convencido de que el socialismo no podía desarrollarse si no era como movimiento completamente autónomo, libre de la interesada tutela de los burgueses progresistas. En los radicales veía ahora «la extrema izquierda del liberalismo burgués y medioburgués», la cual tenía todavía ante sí un vasto y útil campo de acción, a condición de renunciar a la pretensión de presentarse como «jefes, guías y correctores del nuevo movimiento proletario» y de considerar al socialismo como «un codicilo, un añadido, una nota, una apostilla del gran libro del liberalismo».³³³

La separación de los radicales era para Labriola una condición necesaria pero no suficiente para garantizar la autonomía del movimiento proletario: objetivamente, la premisa subjetiva de esta autonomía sólo podía ser un resultado, y tal resultado únicamente podía lograrse con la formación de un partido socialista, políticamente independiente y consciente de sus fines. Pero incluso cuando parezca logrado este resultado se mostrará Labriola insatisfecho, y cinco años después, en el último de sus artículos para el *Leipziger Volkszeitung* (mayo de 1895), dirá que «el plan de separar totalmente el socialismo de los radicales y los republicanos no se ha conseguido en el fondo».³³⁴ He aquí una clave para entender su disidencia con Turati y su posición anómala en el partido socialista italiano.

Durante algunos meses, en el segundo semestre de 1890, Labriola había creído encontrar, incluso con Turati, una base de entendimiento estable para cooperar de la manera más eficaz en la creación del socialismo italiano. En contacto con el vivo movimiento obrero de Milán y

³³² *Ibíd.*, pp. 209-210.

³³³ *Ibíd.*, pp. 221-223.

³³⁴ *Ibíd.*, p. 365.

de la Italia septentrional, y también procedente de una experiencia de radicalismo democrático y de socialismo genérico, Turati se había acercado, independientemente de Labriola, al marxismo en el mismo período, y por eso había podido reconocer en el opúsculo del profesor romano *Proletariado y radicales* un planteamiento programático válido de acción política. Su adhesión pública a este planteamiento³³⁵ había animado sin duda a Labriola (que ya había iniciado con el joven abogado de Milán un útil diálogo en las columnas de *Cuore e critica*),³³⁶ sugiriéndole el proyecto de asociar a Turati, con su Liga socialista milanesa, a una iniciativa política común. Al proyecto, más tarde realizado, de recoger firmas de socialistas de toda Italia en apoyo a un *Mensaje de salutación* al Congreso de Halle de la socialdemocracia alemana (octubre de 1890), que había salido victoriosa y reforzada de los doce años de represión bismarckiana, Labriola le atribuía el valor de un comienzo, para iniciar concretamente el proceso de agregación de ese partido que todavía faltaba, en Italia, señalando el ejemplo de la socialdemocracia alemana, «iniciadora y educadora de la nueva historia».³³⁷ Además de divulgar el texto del *Mensaje*, Labriola había cuidado las relaciones con los socialistas alemanes, pero no menospreciaba la importancia del hecho de que había sido Turati quien se había hecho cargo de la mayor parte del trabajo organizativo para buscar y recoger adhesiones, o sea, en la práctica, para la exploración de reconocimiento necesaria para distinguir los elementos integrables en el futuro partido. Por eso debió de ser muy grande su desilusión cuando Turati, al acabar este trabajo, que había sido coronado por un significativo éxito, se mostró escéptico sobre la posibilidad de continuar en la misma dirección: una dirección que

³³⁵ Cf. «Turati giovane. Scapigliatura, positivismo, marxismo», a cargo de L. Cortesi, Milán, 1962, pp. 409-413.

³³⁶ Cf. LABRIOLA, «Scritti politici», cit., pp. 199-208.

³³⁷ *Ibid.*, p. 249. Sobre el origen de esta fórmula cf. E. RAGIONERI, «Socialdemocrazia tedesca e socialisti italiani, 1875-1895», Milán, 1961, p. 246, nota 174; en esta obra fundamental de Ragioneri (pp. 236-260) se incluye también la más amplia reconstrucción analítica de la iniciativa de Labriola para el mensaje al Congreso de Halle.

el mismo Turati consideraba justa en abstracto, pero poco practicable en la situación italiana, porque hubiera llevado a hacer nacer el nuevo partido sobre bases demasiado frágiles.

En realidad, lo que se demostró a la larga que era impracticable fue la opción de Turati de renunciar a una línea programática precisa para mantener abierto el diálogo entre todos los componentes desacordes del todavía nonato socialismo italiano; como indirectamente reconocería el mismo Turati cuando, dos años después, en el Congreso de Génova (agosto de 1892), hizo suya, en un brusco viraje, la línea de Labriola que antes había rechazado como «demasiado alemana». La maduración marxista de Labriola se veía sometida a duras pruebas por estas oscilaciones pragmáticas. Decepcionado al principio, pero no desanimado, por el repliegue de Turati a finales de 1890 (cuando el amigo milanés había decidido dar a la *Critica sociale*, fundada luego en enero de 1891, una bandera ecléctica para hacer de la revista más una palestra de discusión que un órgano de orientación política), el profesor romano no se había resignado a renunciar a sus esfuerzos de mayéutica político-pedagógica dirigidos a favorecer el nacimiento del nuevo partido italiano de los trabajadores. Juzgando utópico el proyecto turatiano de agregar sin discriminar, había acentuado su polémica contra el genérico filantropismo democrático, en el que entonces veía el mayor obstáculo que había que superar para pasar de la pura espontaneidad reivindicativa del movimiento obrero a su consciente organización. El problema no era, pues, según Labriola, el que se había propuesto Turati, de «hacer propaganda entre los burgueses» para «hacer simpático el socialismo» («Dios le ayude —añadía— en tal filantrópica empresa»),³³⁸ sino el de abordar desde posiciones de fuerza la lucha de clases que se había iniciado precisamente en Italia. Volvió sobre el tema con motivo de una reunión internacional organizada en Milán por los círculos mazzinianos en abril de 1891:

³³⁸ Cf. «Filippo Turati attraverso le lettere di corrispondenti (1880-1925)», a cargo de Alessandro Schiavi, Bari, 1947, pp. 78-79.

La vigorosa, aguda, constante, segura y consciente lucha de clases, he aquí lo que impone la historia de hoy. Cualquier lamento sobre la mala suerte de los trabajadores que no ponga el acento en la organización de los mismos trabajadores es vaniloquio de filántropos; y ya se sabe que la filantropía frecuente demasía la casa de la hipocresía. La prédica abstracta del socialismo es una vanidad intelectual procedente del viejo prejuicio de que de las ideas vienen las cosas, mientras que en realidad las ideas germinan, nacen y se alimentan de las cosas y por las cosas... Los reformadores baratos, los estrategas de pacotilla y los inventores de recursos legales dan pruebas de soñar con los ojos abiertos si no ven que donde no hay fuerza no hay derecho, o si esperan que el capital se ponga a sí mismo un nuevo órgano, el corazón, o si se imaginan que la burguesía se autosacrificará suicidándose ante los gritos y las protestas de los demás; si, finalmente, no se convencen de que no son posibles las reivindicaciones si no hay un partido de los trabajadores, fuerte, seguro y consciente.³³⁹

Sin duda Labriola no esperaba milagros de esta lección marxista; como buen filósofo, no ignoraba que al referirse a la categoría mental de «cosa» (tan despreciada por sus colegas idealistas como «asilo de ignorancia») podía reclamar para ella un derecho de prioridad respecto de la categoría mental de «idea», en cuanto referible a una red de relaciones objetivas susceptibles de desarrollo únicamente a través de un proceso de no fácil maduración. En la misma ocasión advertía que los obreros que estaban realizando «por vez primera su educación de proletariado moderno militante» debían aún aprender «de la experiencia y de la adversidad a separar lo posible de lo imposible, a entender cómo lo imposible de hoy puede ser lo posible de mañana».³⁴⁰

Pero es precisamente la fuerza de la adversidad lo que le hace más difícil al mismo Labriola, en esta fase de su maduración marxista, el discernir lo posible de lo imposible para encontrar el punto justo de equilibrio en su actividad de socialista militante. En 1891, tras haber trabajado con gran esfuerzo en la preparación de la nueva manifestación del 1 de mayo (recuérdese que el año anterior había visto en los mo-

³³⁹ LABRIOLA, «Scritti politici», cit., pp. 255-256.

³⁴⁰ *Ibid.*, p. 256.

destos resultados del 1 de mayo «una fiesta de la presentación oficial del socialismo», juicio que probablemente era algo optimista), la decepción ante el magro éxito de la prueba de fuerza lo lleva a inclinaciones pesimistas, que tienden a expresar una desolada impotencia política. No se trata sólo de la dura represión gubernativa (miles de manifestantes detenidos y procesados en toda Italia: Labriola hablará de un «terror blanco»), sino sobre todo de los contragolpes negativos que la contraofensiva reaccionaria provoca en el seno del movimiento obrero italiano, de la desorientación que nace con el agrandamiento del abismo entre la exasperación anarquista y el reflujo democrático-moderado de los llamados «legalistas». En esta situación el objetivo de la constitución de un nuevo partido parecía alejarse antes que aproximarse, y Labriola tiende a sacar de esta impresión las más amargas conclusiones, análogas a aquellas a las que había llegado en su período moderado:

He llegado a la total convicción (escribe a Turati a fines de 1891) de que el socialismo italiano no es el principio de una nueva vida, sino la manifestación extrema de la corrupción política e intelectual.³⁴¹

Engels, que había entablado relaciones epistolares con Labriola desde marzo de 1890 y había encontrado en él una valiosa fuente de informaciones concretas sobre la situación italiana, no puede dejar de sentirse impresionado por el pesimismo de su corresponsal romano, y tiende a explicarlo sobre todo por razones psicológicas:

Labriola (escribe a Kautsky en diciembre de 1891) está muy descontento de cómo marchan las cosas en Italia y no sé si esto tiene que ver con la desilusión por el hecho de que su ingreso en el movimiento no ha provocado inmediatamente un cambio general y un gran crecimiento.³⁴²

Parece como si Engels no se hubiera convencido del todo con las explicaciones proporcionadas por Labriola; éste, por su parte, agradece

³⁴¹ Cf. «Filippo Turati attraverso le lettere», cit., p. 83.

³⁴² K. MARX y F. ENGELS, «Werke», Berlín, 1868, volumen XXXVIII, p. 235.

ciéndole sus «afectuosos consejos», ya había intentado defenderse de la acusación de impaciencia hablándole de cierto «proyecto» que tenía en la cabeza «para popularizar la idea del socialismo científico» como condición para un real desarrollo del socialismo en Italia:

Para que el socialismo nazca y se desarrolle en Italia (le había escrito en una carta del 9 de noviembre de 1891) son necesarias muchas condiciones que ahora faltan. Por ello conviene que mientras tanto no se falsifique el concepto.³⁴³

De esta forma, el marxismo de Labriola tenía de hecho un aire algo doctrinario, y Engels tenía razón en desconfiar. Una «idea», un concepto de socialismo que preceda y modele el desarrollo de las «cosas», ¿no era un contrasentido respecto de aquella concepción materialista de la historia defendida poco antes por el mismo Labriola? ¿No entraba así en crisis esa misma idea de «socialismo científico» que se proponía popularizar?

Así era en efecto. La crisis de desconfianza política que sufre Labriola en la segunda mitad del año 1891 era también, en el fondo, una crisis teórica, y sólo podría superarla mediante una nueva prueba de maduración, que no sería solamente teórica, de estudio doctrinario o de esfuerzo divulgador. Para ello no bastaban los más valiosos consejos de Engels, de los cuales decía que servían para «completar» su educación socialista.³⁴⁴ Por reaccionar contra la orientación de Turati, que tendía pragmáticamente a subordinar la teoría a la práctica, Labriola acaba de hecho, en su crisis de 1891-1892, pasando al extremo opuesto, en un veleidoso esfuerzo por subordinar la práctica que vivía a una teoría que se estaba convirtiendo en una jaula de datos. Naturalmente advertirá al final que las cuentas no cuadran y que para reequilibrar la relación entre teoría y práctica, todas las categorías interpretativas del marxismo debían ser repensadas y rediscutidas, y no sólo «popularizadas».

³⁴³ «La corrispondenza di Marx e Engels con italiani», cit., p. 408.

³⁴⁴ *Ibid.*, p. 440.

Hoy la acción práctica en Italia no es posible. Hay que escribir libros para instruir a quienes quieran hacerla como maestros. Falta en Italia medio siglo de ciencia y de experiencia de los otros países. Es necesario colmar esta laguna.³⁴⁵

Al escribir de este modo, en la víspera del Congreso de Génova, en una carta a Engels del 3 de agosto de 1892, Labriola llegaba al fondo del callejón sin salida en que se había metido hacía casi un año. Que una laguna histórica no puede llenarse escribiendo libros lo comprenderá después, cuando decide llevar a cabo su proyecto de popularización del marxismo, cuidadosamente preparado mediante sus cursos universitarios.³⁴⁶ Pero no podían hacerlo cambiar de idea sobre las posibilidades de la acción práctica en Italia los sorprendentes resultados del Congreso de Génova, del que improvisadamente surge, como de un golpe de varita mágica, ese partido de los trabajadores italianos para cuya formación se había preparado durante tanto tiempo. Exponiendo a Engels los motivos de su profunda incredulidad, Labriola se esfuerza, no obstante, por encima de sus juicios pesimistas, por encontrar en los datos objetivos de la situación alguna luz de esperanza para el futuro:

Como que la cosa ha nacido (y casi todas las cosas humanas nacen mal y casi por azar, al menos en apariencia), ahora se trata de saber si podría tener efectos útiles y duraderos o si habrá de degenerar en una de las frecuentes vanidades matrimoniales a la italiana... Puede ocurrir que el pequeño partido surgido por sorpresa y el programa votado de cualquier manera hagan nacer el amor por la disciplina y el pudor de la responsabilidad.³⁴⁷

Labriola llegará una vez más mediante el banco de pruebas de los

³⁴⁵ *Ibid.*, p. 443.

³⁴⁶ Cf. la carta a Engels del 12 de marzo de 1893 (*ibid.*, pp. 475-476): «Nadie puede llenar una laguna de la historia, ni rehacer lo que tenían que haber hecho el padre y el abuelo.»

³⁴⁷ *Ibid.*, pp. 448-449.

acontecimientos externos (que ya nunca más lo verán, como antes, como pasivo espectador) a eliminar sus reservas sobre la naturaleza de ese «embrión» que había nacido en Génova, y a volver a confiar en las posibilidades de la acción política en Italia. Su activa participación tanto en la denuncia de los escándalos bancarios (1892-1894) como en la campaña de solidaridad y de apoyo político al movimiento de los braceros sicilianos («el primer gran acontecimiento del socialismo italiano») le permite fundir su combativa experiencia política con el más sagaz conocimiento de una profunda maduración teórica. Ciertamente su relación con el partido será siempre atormentada y difícil, pero no lo es menos que no podrá prescindir de la presencia de ese partido y que siempre se sentirá parte integrante del mismo, pese a las apariencias y a las ásperas polémicas. No se sentía ni «soldado» ni «capitán»,³⁴⁸ pero se negaba a ser considerado solamente un «socialista teórico». Cuando desde las columnas de la *Critica sociale*, en 1897, se siente calificado, incidentalmente, como «teóricamente socialista, aunque no inscrito en el partido»,³⁴⁹ Labriola reacciona escribiendo a Turati sobre las deficiencias de «nosotros, los socialistas italianos» :

Al decir aquí *nosotros* no intento colocar un plural de mera conveniencia retórica, porque en este nosotros me incluyo positivamente, sabiéndome también yo, por mi parte, responsable de cómo van y cómo no van las cosas en el partido, pese a que Soldi, no sé en qué número de la *Critica* me ha llamado un socialista *in partibus infidelium*.³⁵⁰

³⁴⁸ Cf. la carta a Engels del 22 de agosto de 1893, de vuelta de la reunión de Zúrich, con motivo del Congreso internacional socialista: «Usted tenía razón: debería tener más valor. Pero para tener valor hay que ser soldado o capitán. Y yo soy solamente un francotirador» (*ibid.*, p. 497).

³⁴⁹ Cf. R. SOLDI, *Il Partito socialista e la politica italiana in Oriente*, en «*Critica sociale*», VII, 1897, p. 84.

³⁵⁰ Carta de Labriola a Turati de 2 de septiembre de 1897 (fragmento suprimido en la edición Schiavi, cit.).

6. De la redacción de los «Ensayos» a la «crisis del marxismo»

Al escribir a Engels en 1892 que había aceptado la doctrina del socialismo «como cosa hecha y elaborada» y que se ponía a su servicio «como orador ocasional»,³⁵¹ Labriola venía a señalar el límite en que se había detenido durante aquel período su formación marxista. Aunque en aquella ocasión le interesaba señalar ese límite («temo que se me tache de incompetente», añadía), sobre todo para explicar su resistencia a desechar los libros que consideraba urgentemente necesarios en Italia, puede verse en esa conciencia el nuevo punto de partida de una investigación teórica que consolida definitivamente su marxismo, ya no entendido como «cosa hecha y elaborada», sino como adquisición estable de una orientación de pensamiento que es por naturaleza rigurosa, y por tanto que ha de continuar, desarrollar y corregir críticamente.

En la cautela con que Labriola procede en esta nueva fase de su desarrollo intelectual hay que ver uno de los rasgos más relevantes de su método científico. La originalidad de su aproximación crítica al marxismo madura en la duda metodológica, que lo mantiene alejado de cualquier apresurada conclusión, positiva o negativa. En tal sentido resulta ejemplar su relación epistolar con Engels, en la que una deferente admiración convive sin problema con manifiestas reservas críticas. Éstas no conciernen solamente a cuestiones secundarias, de oportunidad política (sobre las que por lo general Labriola tiende a remitirse a la mayor experiencia de su prestigioso corresponsal), sino también a esenciales cuestiones teóricas. Como filósofo, es natural que se interesara de manera especial por las dimensiones filosóficas del marxismo, y en este plano el entendimiento con Engels es todo menos inmediato (y nunca llegará a ser completo). En octubre de 1892, tras haber leído el prólogo de Engels a la edición inglesa, aparecida ese año, de *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*, en donde se replantea y vuelve a elaborar la teoría del materialismo histórico, Labriola no le esconde su perplejidad al autor:

³⁵¹ «La corrispondenza di Marx e Engels con italiani», cit., p. 450.

He leído con mucha atención su nuevo prólogo... y desearía enormemente conversar con usted sobre la «interpretación materialista de la historia», la cual, me parece que necesita, para llegar a la madurez, un estudio más largo de análisis particulares. Indiscutible cuando se trata de los orígenes (y una prueba de ello es su libro sobre el origen de la familia), aparece llena de dificultades cuando se aplica a los complejos hechos de las civilizaciones avanzadas.³⁵²

Hasta año y medio después, en la carta del 14 de marzo de 1894, en la que ofrece a Engels un sumario de sus estudios sobre «la génesis del socialismo moderno», Labriola no podrá anunciarle: «Asisto a la germinación del marxismo, y se me han disipado todas las dudas sobre la interpretación materialista de la historia.»³⁵³ Es importante el nexo entre estas dos afirmaciones. Las dudas sobre si es aplicable la concepción materialista de la historia «a los complejos hechos de las civilizaciones avanzadas» son superadas no en abstracto, deshojando margaritas especulativas, sino mediante un análisis genético del socialismo moderno que permita explicar desde un punto de vista materialista la misma «germinación» del marxismo. Al reconducir la naturaleza del marxismo a su origen histórico, a las condiciones objetivas de las relaciones sociales que presiden su nacimiento, logra finalmente entender la necesidad, no como personal lucubración de un cerebro genial, sino como fruto y momento de desarrollo del movimiento histórico del que es expresión. Éste es el hilo conductor que lo guía en la trama de los tres *Ensayos* sobre la «concepción materialista de la historia», escritos y publicados entre 1895 y 1898 (*En memoria del Manifiesto Comunista, Acerca del Materialismo Histórico: dilucidación preliminar, y Hablando de Socialismo y Filosofía*).³⁵⁴

³⁵² *Ibid.*, p. 459.

³⁵³ Cf. V. GERRATANA, *Per una corretta lettura di Labriola. Precisazioni e rettifiche*, en «Crítica marxista», septiembre- octubre de 1973, p. 265.

³⁵⁴ Del primero de los tres *Ensayos*, hay traducción castellana en K. Marx, F. Engels, «Biografía del Manifiesto Comunista», México, 1967, pp. 297-356; el tercero fue editado en traducción castellana con el título «Socialismo y filoso-

Pero esta posición lo lleva a renunciar a sus originarios intentos divulgadores y a dedicarse, en un esfuerzo más complejo, a una elaboración teórica que pone en tela de juicio puntos esenciales del marxismo, comenzando por las cuestiones de método, que parecían definidas de una vez por todas. La primera y principal de tales cuestiones es la del «método dialéctico», objeto, entre junio y agosto de 1894, del más profundo diálogo filosófico de toda la larga relación epistolar de Labriola con Engels.³⁵⁵ La exigencia fundamental que hace valer Labriola en esta ocasión es la de «salvar los fenómenos», a fin de dejar «sin juzgar la naturaleza empírica de cada particular formación», sin invalidar al mismo tiempo la legitimidad de «todo esfuerzo del pensamiento dirigido a dar cohesión y unidad a la variedad de la observación». Por tanto, se trata de una instancia antihegeliana, pero también, al mismo tiempo, antipositivista, dirigida a asegurar, en este doble aspecto, la autonomía filosófica del marxismo. Según Labriola, tal autonomía aparecía empañada por el recurso al «método dialéctico», sobre el que a su vez Engels tanto había insistido como clave interpretativa de todo el método de Marx. Al proponer sustituir la expresión «método dialéctico», ambigua por sus orígenes hegelianos y por el abuso que se tendía a hacer de ella, por la otra expresión de «método» o «concepción genética», Labriola no pretendía en realidad subvertir las bases metodológicas del marxismo, sino más bien reforzarlas. De ahí que su diálogo con Engels, aunque revela un desacuerdo (Engels continuaba defendiendo la validez del concepto marxiano de «método dialéctico»), nunca adquiere tonos polémicos.

Es curioso el modo en que este diálogo filosófico se refleja en los *Ensayos*, sobre todo en los escritos tras la muerte de Engels. Más que exasperar el desacuerdo, Labriola parece atenuarlo. Cuando desarrolla

fía», traducción y prólogo de Manuel Sacristán, Madrid, 1969; recientemente ha sido reeditado «En memoria del Manifiesto Comunista», presentación de José A. Stoute, Barcelona, 1979, y se ha anunciado la próxima aparición de los otros dos ensayos (N. del t. J. M. C.).

³⁵⁵ Cf. las cartas del 13 de junio y del 11 de agosto de 1894, en «La corrispondenza di Marx e Engels con italiani», cit., pp. 536-539, 545-546.

su «método genético» (que intenta ligar ideas y hechos, refiriéndolos a una única «génesis»), no lo presenta ya como una alternativa al método dialéctico; este último aparece como momento subordinado de la concepción. También utiliza en el mismo sentido a Hegel, aunque dentro de límites bien concretos y rechazando la tentación de asumirlo escolástica y acríticamente. En realidad no había nada nuevo en esta actitud de Labriola; hacía tiempo que se había alejado de Hegel para seguir otros caminos, más accidentados e impenetrables, pero sin ceder a la moda de volverle desdeñosamente la espalda. Se había dado cuenta de que volviéndole la espalda a Hegel queda uno expuesto mucho más a sus influencias más nocivas, como les había sucedido a los «generalizadores del darwinismo», los cuales, con su monismo dentista, reproducían una forma de hegelianismo «aún peor, por acéfalo».³⁵⁶

La importancia de estas reflexiones sobre el método es más clara con relación al debate sobre los contenidos de la teoría, iniciado por Labriola en el primer ensayo de 1895 (*En memoria del Manifiesto Comunista*). La diferenciación de estos contenidos mediante el método genético parece a primera vista disolver o desvalorar la noción misma de «marxismo». El término es empleado en el primer ensayo casi con reticencia, y solamente para no contradecir una convención tácita: «el conjunto de doctrinas (escribe) que ahora se suele llamar marxismo».³⁵⁷ Pero ya había empezado señalando su preferencia por otro nombre, el de «comunismo crítico»: «éste es su verdadero nombre, y no hay otro más exacto para tal doctrina».³⁵⁸ Después, en el tercer ensayo, adaptándose a la incipiente tradición y motivándola críticamente, tenderá sobre todo a esclarecer el alcance de sus reservas: «De aquí en adelante es adoptable como símbolo y compendio de una dirección múltiple y de una doctrina compleja», pero el marxismo «no está y no permanecerá cerrado en los escritos de Marx y Engels».³⁵⁹ En todo caso, marxismo

³⁵⁶ Cf. LABRIOLA, «Scritti filosofici e politici», cit., vol. I, p. 24.

³⁵⁷ LABRIOLA, «Saggi sul materialismo storico», cit., p. 32.

³⁵⁸ *Ibid.*, p. 15.

³⁵⁹ *Ibid.*, p. 187.

(o comunismo crítico) es teoría, doctrina o conjunto de doctrinas, y no se identifica con el movimiento obrero, que se genera «y continúa generándose independientemente de la acción de cualquier doctrina».³⁶⁰ Pero el marxismo se convierte en parte integrante y momento esencial de desarrollo de este moderno movimiento obrero (cuya acción política «admite, ciertamente, pasos atrás y retrasos, pero ya no absorción total o aniquilamiento»), por la «función revolucionaria» de su génesis y de su naturaleza. A través de la especificidad de esta función revolucionaria, el momento subjetivo de la consciencia se convierte en el eslabón decisivo de un proceso objetivo real:

El comunismo crítico no fabrica las revoluciones, no prepara las revoluciones, no organiza las revueltas. Ciertamente es una sola cosa con el movimiento proletario, pero ve y apoya este movimiento en la plena inteligencia que tiene, o puede y debe tener, del conjunto de todas las relaciones de la vida social. No es, en suma, un seminario en el que se forme el estado mayor de los capitanes de la revolución proletaria, sino sólo la consciencia de tal revolución y, sobre todo, en ciertas contingencias, la consciencia de sus dificultades.³⁶¹

Todo esto significa también cambiar el concepto mismo de «revolución» y transformarlo en una noción tan alejada del modelo jacobino como del espontaneísmo fatalista:

Esta concepción histórica, al elevar a teoría la necesidad de la nueva revolución social, más o menos explícita en la consciencia instintiva del proletariado y en sus motivaciones pasionales y subitáneas, y desde el momento en que reconocía la intrínseca e inmanente necesidad de la revolución, cambiaba el concepto de la misma. Lo que les parecía posible a las sectas de los conspiradores, como cosa que pudiese quererse a capricho y disponerse a voluntad, se convertía en un proceso que se había de favorecer, apoyar y secundar. La revolución se transformaba en objeto de una política, cuyas condiciones vienen dadas por la compleja situación de

³⁶⁰ *Ibíd.*, p. 24.

³⁶¹ *Ibíd.*, p. 40.

la sociedad; es decir, se trata de un resultado al que el proletariado debe llegar, a través de diversas luchas y medios distintos de organización, todavía no inventados por la vieja táctica de las revueltas.³⁶²

En este orden de ideas quedaba sobreentendido un amplio programa que de todos modos sólo se desarrolla parcialmente en los tres *Ensayos*. Tras los precisos análisis históricos del primer ensayo, el segundo y el tercero desarrollan sobre todo los temas metodológicos, para defender el marxismo de las deformaciones corrientes del dogmatismo y el escolasticismo y para poner en guardia contra falsas orientaciones de su desarrollo (como la que pretendía hacer del marxismo una omnisciencia enciclopédica). Las aclaraciones que aporta a las cuestiones abordadas son siempre, por su lucidez, aprovechables y tal vez continúan hoy no superadas; pero lo que queda en la sombra en los últimos *Ensayos* es precisamente el desarrollo de esa función revolucionaria de la teoría que tan bien había diferenciado, en relación con las exigencias del movimiento real. Parece que, previendo una ola de reflujos, se preocupe especialmente de reforzar las defensas, sin intentar preparar esos nuevos instrumentos de análisis que tanto necesitaba. Poco después de terminar el segundo ensayo había advertido la imperfecta correspondencia entre los análisis del marxismo, tal como hasta ese momento se habían elaborado, y la nueva evolución de la realidad social. En una carta a Romeo Soldi, del 31 de agosto de 1896, comentando los inciertos resultados del Congreso de Londres de la Segunda Internacional, no había dudado en escribir que «las nuevas teorías marxistas (hablo de las *verdaderas*) no son hoy del todo adecuadas a los nuevos fenómenos económico-sociales del último ventenio», previendo, por consiguiente, que el movimiento socialista internacional iba a entrar «en un largo período de crisis».³⁶³ Parecía por tanto preparado para esa explosión intelectual de finales de siglo conocida como la primera «crisis del marxismo». Los principales protagonistas de esta crisis (Bernstein en Alemania, Sorel

³⁶² *Ibid.*, p. 25.

³⁶³ Cf. R. SOLDI, *Il Congresso internazionale socialista di Londra del 1896*, en «Movimento operaio», Milán, 1950, p. 253.

en Francia, Croce en Italia) se habían hecho ilusiones, al conocer sus dudas y sus impacencias antidogmáticas, de que se pondría de su parte. Pero Labriola iba a decepcionarlos, al declararse vivamente contra la crisis y al romper públicamente con sus promotores, en una actitud de absoluta intransigencia que podía parecer sorprendente en un espíritu crítico como el suyo.

Sin embargo, no se trataba de una rigidez teórica, ni de un repliegue dogmático, sino de una profunda coherencia con el método y los contenidos de su elaboración marxista. Esto no podían entenderlo quienes se aferraban al prejuicio de ver en el atributo de «crítico» únicamente lo opuesto de «dogmático». Pero para Labriola «crítico» no se opone únicamente a «dogmático», sino también, en otro sentido, a «superficial» e «improvisado». La superficialidad está lejos del dogmatismo, pero no por ello está más cerca de lo que es «crítico» en sentido estricto; y lo crítico es para Labriola una sola cosa con el procedimiento metódico de la ciencia. Por ello se niega a atribuir dignidad científica a cualquier ataque contra las teorías de Marx. Como el marxismo, había escrito, «es en sí la crítica, así también no puede continuarse, aplicarse y corregirse si no es críticamente».³⁶⁴ Por tanto, la confluencia de los ataques de la más diversa naturaleza en la campaña de la «crisis del marxismo» habían de irritarle por fuerza, aunque al mismo tiempo veía en tal confluencia la señal más convincente de la naturaleza política de esa campaña. El intento de desacreditar científicamente el marxismo, del que en sustancia se reconocía su función revolucionaria, expresaba en realidad, por encima de las intenciones subjetivas, la tendencia a frenar el movimiento socialista, y en este ataque Labriola sabía bien de parte de quién había de ponerse.

Podía embargarlo cierto malestar por el hecho de haber estado ligado anteriormente, en relaciones de colaboración, con los principales protagonistas de la «crisis del marxismo». Por otra parte, sus reacciones estaban diferenciadas, quizá también para intentar dividir el frente del ataque. La ruptura fue más brusca con Sorel (promotor de las tra-

³⁶⁴ LABRIOLA, «Saggi sul materialismo storico», cit., p. 187.

ducciones francesas de sus *Ensayos* y objeto de la dedicatoria del tercer ensayo, escrito en forma de «cartas a Sorel»), en unas páginas de sarcástica polémica publicadas como prólogo a la edición francesa del tercer ensayo (1899). Con Croce (que se había prestado gustoso a ser el editor de los *Ensayos* en Italia y que en 1895, gracias a la influencia de Labriola, se había acercado con cierto entusiasmo de novicio al marxismo y al socialismo) el tono es más suave, en la esperanza de seguir encontrando en él un interlocutor «pedagogizable»: no sólo en las lecturas privadas, sino también en la polémica pública del *postscriptum* a la edición francesa del tercer ensayo, donde se esfuerza por demostrar la inmadurez científica de las juveniles críticas crocianas a Marx. Distinto igualmente es el tono de la polémica con Masaryk, el primero, según Labriola, en poner en circulación la consigna de la «crisis del marxismo», pero también el único con el que no mantuvo relaciones personales: se trata de una polémica iniciada para demostrar la fatuidad de la crítica académica al marxismo.³⁶⁵

En un plano completamente diferente sitúa la polémica con Bernstein. De todos los dirigentes de la socialdemocracia alemana con los que Labriola había intentado relacionarse, Bernstein era el que le había parecido más prometedor; incluso le había animado en sus primeros tanteos revisionistas, que le parecían responder a la exigencia de encontrar una explicación marxista a los cambios sobrevenidos en los últimos decenios en el mundo capitalista. Se había mostrado solidario con él cuando Bernstein fue atacado por Plejánov desde el sitio de una presunta ortodoxia marxista. Pero su actitud cambia bruscamente cuando sale el libro de Bernstein³⁶⁶ y la prensa internacional lo patrocina como la pieza clave de la aclamada «crisis del marxismo». Labriola no cree que esta utilización propagandística del libro teórico de un socialista

³⁶⁵ *Ibid.*, pp. 303-319.

³⁶⁶ Cf. E. BERNSTEIN, «Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie», Stuttgart, 1899 (trad. cast., Barcelona, 1975). Para las relaciones de Labriola con Bernstein, cf. A. LABRIOLA, «Lettere a E. Bernstein, L. e K. Kautsky (1895-1904)», a cargo de B. Andreas y G. Procacci, en «Annali dell'Istituto Giangiacomo Feltrinelli», Milán, 1960, pp. 285-341.

carezca de fundamento, y rechaza la actitud ambigua de Bernstein, que por un lado dice querer librar una batalla en el seno del partido, y por otro no desdeña los interesados apoyos de fuera. Sin embargo, Labriola reconoce que en Alemania la crisis tiene raíces reales y que no será posible superarla muy pronto. Al intervenir en el *Mouvement socialiste*, y tras haber criticado los presupuestos teóricos del libro de Bernstein, puede concluir con cierto distanciamiento:

Realmente, detrás de todo este rumor de disputas hay una cuestión seria y sustancial. Las apasionadas, vivas y apresuradas esperanzas de hace algunos años (demasiado precisas en los detalles y en el color) se estrellan ahora contra las más complicadas resistencias de las relaciones económicas y con los intrincados engranajes del mundo político. Ahora, quienes no son capaces de poner al unísono su tiempo psicológico (lo que en prosa quiere decir la paciencia y el espíritu de observación) con el ritmo del tiempo de las cosas se estancan a mitad de camino y se salen de las filas.³⁶⁷

Más tarde escribirá a Benedetto Croce de manera todavía más explícita, sin las reservas impuestas por la oportunidad política:

El socialismo sufre ahora un parón. Esto no hace sino confirmar el materialismo histórico. El mundo económico-político se ha complicado. Ya puede imaginarse ese cretino de Bernstein haber hecho el papel de Josué. Ese buen hombre de Kautsky ya puede hacerse ilusiones sobre su papel de guardián del arca sagrada. Ese intrigante de Merlino ya puede hacer creer que ha servido a la causa del socialismo sirviendo a la de la policía. Ese Sorel ya puede creer que ha corregido lo que nunca ha entendido... Pero, dime, ¿en qué consiste realmente la novedad del mundo que ha mostrado las imperfecciones del marxismo a los ojos de tantos listos? Aquí está el *busilis*.³⁶⁸

Labriola estaba dispuesto a emplear su «tiempo psicológico», o sea

³⁶⁷ LABRIOLA, «Scritti politici», cit., pp. 440-441.

³⁶⁸ ID., «Lettere a Benedetto Croce, 1885-1904», Nápoles, 1975, p. 337.

la paciencia y el espíritu de observación, para resolver este *busilis*, pero la tarea quedó interrumpida por una penosa enfermedad y por la muerte. No decimos que la hubiera llevado a cabo (ciertamente no lo logró en el fragmento del cuarto ensayo, *De un siglo a otro*, inacabado). Aislado del movimiento obrero italiano (en vano había intentado reemprender con Turati relaciones de provechosa colaboración, tras la tormenta de 1898),³⁶⁹ los problemas de la estrategia política no siempre encontraban en él una interpretación acertada; por ejemplo, no había entendido que esa «anticolonialitis crónica» que reprochaba a los socialistas era la única enfermedad de la que el socialismo italiano, afectado por tantos males, no hubiera debido avergonzarse nunca. Pero incluso en esta ocasión tenía razones para refutar la etiqueta de «herético» que los ambientes liberales se inclinaban a colgarle:

Es éste un pésimo método de polémica por parte de la prensa liberal. Un partido de críticos, como es el socialista, vive de crítica y de auto-crítica. Un partido que en otro tiempo estuvo compuesto por sectarios y utópicos sólo aprende poco a poco a medirse con la realidad, y mientras aprende, yerra y peca.³⁷⁰

³⁶⁹ ID., «Scritti politici», cit., pp. 442-446. Labriola se había asustado de las convulsas formas que había tomado la lucha de clases en Italia tras los tumultos de Milán de 1898: «Parece todo un sueño —había escrito a B. Croce (“Lettere a Benedetto Croce”, cit., p. 294)—. A una sublevación de locos le ha sucedido una reacción de dementes».

³⁷⁰ LABRIOLA, «Scritti politici», cit., pp. 462-463.

GREGORIO DE PAOLA

Georges Sorel, de la metafísica al mito

Se encontraría ante una imagen descolorida y ambigua quien se propusiera analizar las líneas de difusión del marxismo en Francia a finales del siglo XIX a través de un examen de las organizaciones del movimiento obrero que hacían suyo de modo explícito el socialismo marxista. Cogido entre la referencia a una tradición insurreccional y blanquista y la teorización de un exasperado organizativismo, el Partido obrero francés asimiló los puntos cardinales de la teoría marxista en la forma simplificada y débil del guesdismo.³⁷¹ Desde este punto de vista, el análisis de Marx tendría escasa incidencia sobre el conjunto de la formación ideológica de las masas. Desde entonces, y durante mucho tiempo aún, para las masas francesas el marxismo habría sido, como se ha afirmado,³⁷² un objeto misterioso e «inencontrable».

Mas esta trivialidad, esta simplificación o, si se quiere, este bloqueo de la penetración del pensamiento de Marx en Francia tuvo algunas excepciones importantes. La discusión sobre el marxismo discurrió en formas complejas y contradictorias, aunque provistas de rigor y esfuerzo de profundización, gracias a la obra de algunos intelectuales que supieron conectar las ideas de Marx con la cultura francesa. No fue, sin duda, un proceso lineal. Y, no obstante, es innegable el carácter particular y específico de sus logros, que en este sentido entran a formar parte, con pleno merecimiento, de una reconstrucción histórica del conjunto de las vicisitudes del marxismo. Georges Sorel es el símbolo de esta es-

³⁷¹ Sobre Jules Guesde y la compleja relación entre marxismo, intelectuales y movimiento obrero, cf. M. MAGGI, *La formazione dell'egemonia in Francia*, Bari, 1977, obra a la que también nos remitimos para una estimulante lectura del pensamiento de Sorel.

³⁷² *Il marxismo introvabile*, Turín, 1978, es el título, provocador pero eficaz, de un libro de Daniel Lindenberg sobre la filosofía y la ideología francesas desde 1880 a la actualidad.

pecificidad y de esta originalidad. A su nombre se une el esfuerzo constante y apasionado por difundir en Francia el conocimiento de Marx y, al mismo tiempo, por desarrollar su pensamiento, adecuándolo a los desarrollos históricos y a las particularidades de Francia, sin olvidar tampoco la perspectiva de la realización práctica del socialismo.

No obstante, en la tradición marxista existe cierta coincidencia en minimizar o incluso en negarle valor a esa relación entre Sorel y Marx. Piénsese en las tesis de Althusser, según las cuales Sorel ejemplifica la miseria teórica del movimiento obrero francés, incapaz de ver los problemas planteados por la necesidad de superar la hegemonía burguesa.³⁷³ O en la tesis de Lukács, que basándose en un lejano juicio de Lenin, reduce el esfuerzo teórico soreliano al estrecho horizonte de la pequeña burguesía intelectual.³⁷⁴ En el otro extremo, y fuera del ámbito marxista, baste recordar el juicio de un pensador como Croce, para el que Sorel es el único continuador verdadero del marxismo.³⁷⁵ Es obvio que estas valoraciones son producto de los diversos puntos de vista sobre el marxismo; y es también evidente que sobre tales juicios pesan las personales oscilaciones políticas de Sorel: por ejemplo, el acercamiento al grupo monárquico de la Cité francesa, en los años inmediatamente anteriores a la guerra mundial, o la valoración positiva de Mussolini en los años del ascenso del fascismo en Italia, oscilaciones totalmente relacionadas con el bloqueo teórico en que se encontró una vez agotada la fase del sindicalismo revolucionario. Pese a todo, ha sido decisiva la predisposición a insertar el sorelismo en contextos alejados del originario (de manera que el fascismo pudiera parecer, por ejemplo, como una desmedida ejemplificación del «mito»). En definitiva nos podríamos pre-

³⁷³ Cf. L. ALTHUSSER, *La revolución teórica de Marx*, México, 1967, p. 17.

³⁷⁴ Cf. G. LUKÁCS, *El asalto a la razón*, Barcelona, 1968, p. 25.

³⁷⁵ «El sindicalismo fue la nueva forma del gran sueño de Marx, y fue también el sueño de un observador de los hechos sociales tan agudo como él, y tal vez más animado que él por el espíritu ético y religioso: George Sorel... Reconoció que el socialismo, si debía ser, había de serlo de ese modo y no de otra manera» (B. CROCE, *La morte del socialismo*, 1911, en *Cultura e vita morale*, Bari, 1914, pp. 176-77).

guntar si el pensamiento de Sorel se ha difundido alguna vez como algo compacto, o si más bien ha sido presentado como una serie de juicios desarticulados entre sí.

Redescubrir la problematicidad de Sorel significa superar desde luego un drástico juicio sobre sus límites y oponerse a la fragmentación de su pensamiento en compartimientos estancos. Se trata, por tanto, más que de medir la calidad de la asimilación soreliana del marxismo, de diferenciar el sentido y el significado de la operación teórica que Sorel llevó a cabo en relación con el pensamiento de Marx.

1. Los años de formación

Una carta abierta publicada con el título «Ciencia y socialismo» en la *Revue philosophique*, en 1893, es el texto a partir del cual se suele señalar la fecha de la adhesión de Sorel al marxismo. Sorel intervenía con esta carta en un debate que, dentro de su carácter académico, dejaba traslucir, aun con dificultad, el verdadero problema puesto sobre el tapete por los más recientes acontecimientos políticos franceses. La superación de la grave crisis boulangista había mostrado la solidez de las instituciones republicanas, de modo que la precariedad de los orígenes de la Tercera República (nacida con la derrota de Sedán o con la liquidación de la Comuna) podía aparecer más como la herencia de un pasado que como un peso sobre el presente. Pese a la división de los socialistas franceses en varios partidos, su claro avance en las elecciones legislativas de 1893 indicaba el crecimiento de una fuerza capaz de amenazar seriamente el prestigio de una clase política que por otra parte ya estaba afectada por el ruidoso escándalo de Panamá.

Por lo demás, no es casual que la discusión se iniciara a partir de la recensión de un libro sobre la socialdemocracia alemana³⁷⁶: por parte de

³⁷⁶ Cf. la recensión de G. Tarde a J. BOURDEAU, *Le socialisme allemand et le nihilisme russe*, París, 1892, en «Revue philosophique», XVII, 1893, tomo XXXV, pp. 79-84, así como la discusión subsiguiente, en la que participaron: H. MAZEL,

los intelectuales franceses se percibían con total claridad las dimensiones internacionales de este movimiento socialista que en aquellos años se estaba imponiendo como una realidad irreversible en toda Europa. Puede decirse que los diversos juicios expresados en el curso de tal debate representan posiciones típicas de la actitud de muchos intelectuales; así, detrás del fervor «religioso» de los socialistas alemanes, Tarde observaba los signos de «una enfermedad de crecimiento de las necesidades y de las ambiciones», como consecuencia de la «lluvia de oro» caída sobre Alemania tras la victoria sobre Francia; después de realizar una puntillosa reseña de las diversas definiciones de socialismo, Mazel lo identificaba con la tendencia a «subordinar el individuo al Estado, de igual modo que el individualismo tiende a subordinar el Estado al individuo»; paralelamente, Belot encontraba en la tradición nacional francesa una idea del socialismo como «cooperación», rechazando por consiguiente la concepción autoritaria, típica, según él, del socialismo alemán. En tal contexto resultaba especialmente eficaz la posición de Durkheim, el cual, al partir de la definición del socialismo como «tendencia a hacer pasar brusca o progresivamente las funciones económicas del estado difuso en que actualmente se encuentran al estado organizado», podía identificarlo como «inherente a la naturaleza misma de las sociedades superiores» por cuanto implicaba «la división del trabajo» y tendía «a unir posiciones distintas con órganos distintos y a estos últimos entre sí», coincidiendo de este modo su visión del socialismo con su visión de la sociedad como «organismo» cuyo funcionamiento correcto exige el control de todos los elementos potencialmente «patológicos».³⁷⁷

La carta de Sorel se situaba en un marco completamente distinto. Sorel se negaba a ver en el socialismo un simple movimiento de reivin-

«La définition du socialisme», *ivi*, pp. 512-14; G. BELOT, «Encore un mot sur la définition du socialisme», *ivi*, pp. 631-35; E. DURKHEIM, «Note sur la définition du socialisme», *ivi*, pp. 506-12. (Este último texto fue editado en traducción castellana con el título «El socialismo», Ed. Apolo, Barcelona, 1931. N. del t. J.M.C.).

³⁷⁷ DURKHEIM, *cit.*

dicaciones materiales: «Para muchos el socialismo no es más que una forma de jacobinismo; hay personas cultas que creen que el socialismo es un *pretexto* para repartirse los despojos de la burguesía y alimentar a un ejército de funcionarios a expensas de los contribuyentes.» El significado y la validez del socialismo estaban para él ligados con la doctrina de Marx, con una teoría de la sociedad que, al situarse en el campo de la economía (cuyos fenómenos presentan caracteres sólidos y regulares), es capaz de constituir una «nueva metafísica real». Dice Sorel que la alternativa no es la que se sitúa entre el mero empirismo de los políticos y las utopías de muchos socialistas. Entre ambos extremos existe una «ciencia racional» que es construcción de nuestro espíritu, en el sentido de que nunca se adapta por completo a las cosas reales, aunque resulta pese a ello suficiente para fundamentar un nuevo derecho público en el que se base un «Estado racional». La conclusión es que «el socialismo pretende establecer hoy una ciencia económica; si su pretensión es fundada, tiene el derecho de reclamar una nueva legislación del Estado; sus teoremas deben aplicarse; *lo que es racional y está demostrado debe convertirse en real*». ³⁷⁸

Luego veremos cómo articulará Sorel estos conceptos claves de su marxismo («ciencia económica», «metafísica real», «Estado racional»); lo que ahora interesa es tener presente que tal sistematización entró en crisis a los pocos años de formularla. Mientras tanto es oportuno esclarecer el sentido del viraje de Sorel en ese período de su vida. En 1893 Sorel tiene cuarenta y cinco años y lleva veinte años de carrera en la burocracia estatal. Al pedírsele, cuando ya era famoso, que contara algo de su pasado, se limitaba a algunas anécdotas voluntariamente empequeñecedoras: «Mi biografía se reduce a unas líneas. Nací en Cherburgo el 2 de noviembre de 1847; cursé mis estudios en el colegio de esa ciudad, excepto un año en el Colegio Rollín de París; estuve en la Escuela Politécnica de 1865 a 1867. En 1892 dejé el servicio en el cuerpo de Ingenieros Civiles sin apenas cumplirlo honorablemente, pues ni

³⁷⁸ G. SOREL, *Science et socialisme*, en «Revue philosophique», XVIII, 1893, tomo XXXV, p. 510.

siquiera se me distinguió con una condecoración (la Legión de Honor es una prueba de leales servicios para todos los funcionarios de cierto rango) ni se me nombró ingeniero jefe³⁷⁹.» Unos años antes había dicho, señalando aún más la ruptura: «Durante veinte años he trabajado por deshacerme de lo que había conservado de mi educación. Desde hace quince trabajo por aprender de veras³⁸⁰.»

Sin embargo, la novedad de su adhesión al marxismo no es tan repentina como para borrar las huellas del itinerario que había seguido Sorel desde el observatorio aislado y provinciano en que había desarrollado su actividad de ingeniero hasta la asimilación y el estudio de los textos de Marx, a través de un recorrido que había tenido lugar en el marco de los principales elementos de la cultura pospositivista francesa. Los primeros artículos, publicados entre 1883 y 1892, giran en torno a un interés crítico por los problemas de la filosofía de la ciencia y evidencian la insatisfacción de Sorel ante el determinismo mecanicista.

El punto central de estas reflexiones reside en la discusión del concepto de causa, entendido por Sorel no como un mecanismo interno de la realidad sino como un «esquema ideal». Hay en la realidad un conjunto de condiciones (por ejemplo, las «resistencias pasivas») que escapan a una formulación científica precisa. La realidad es más diversa y «plural» de lo que puedan decir las leyes científicas. La ley solamente es posible aislando algunas de estas connotaciones de lo real respecto de otras. Pero, entonces, la ley, el esquema ideal, no contendrá en sí la naturaleza en su globalidad, sino que reproducirá «de modo puramente abstracto lo que de científicamente cognoscible hay en los fenó-

³⁷⁹ Cf. la carta autobiográfica de G. Sorel en A. LANZILLO, «Giorgio Sorel», Roma, 1910, p. 124.

³⁸⁰ G. SOREL, *Réflexions sur la violence*, París, 1908 [trad. italiana *Considerazioni sulla violenza*, prólogo de E. Santarelli, con una introducción de B. Croce, Bari, 1970, p. 551. Este texto fue editado en traducción castellana con el título *Reflexiones sobre la violencia*, Francisco Beltrán, col. «Biblioteca Moderna de Filosofía y Ciencias Sociales», traducción y epílogo de Augusto Vivero, Madrid, 1915. (N. del t. J.M.C.).

menos». ³⁸¹ Contra la extensión del modelo mecanicista, Sorel sostiene, además, que cada rama de la ciencia debe construir un «esquema» propio. En tal sentido insiste en la «autonomía de las causas», o sea en la imposibilidad de reducirlas todas a un principio unificador. Algunos de tales «esquemas» disciplinarios pueden dar lugar a la constitución de «tipos» (en el caso de la antropología criminal, por ejemplo, el «tipo criminal» de Lombroso, al que Sorel dedicó varios artículos en 1893). Estos serán fruto de una «media» de las revelaciones empíricas y tendrán, por así decirlo, una validez «estadística».

He intentado llamar aquí la atención sobre el interés epistemológico de Sorel no tanto para esclarecer las conexiones entre una mentalidad y una formación técnico-científica y su acercamiento al marxismo, como para mostrar que de estas formulaciones epistemológicas se nutre, como veremos, su lectura de Marx.

En esos años que preparan la adhesión de Sorel al marxismo, la otra vertiente de su trabajo intelectual es el estudio y la reflexión sobre el tema de la revolución francesa y sus procesos posteriores. Sorel asimilaba, de Taine especialmente, la tendencia a rechazar una concepción abstracta de las grandes consignas revolucionarias de 1789, a conectarlas, en cambio, con los grupos sociales concretos que las habían defendido, y a estudiar fundamentalmente los mecanismos mediante los cuales habían tomado cuerpo a lo largo del proceso histórico los «grupos activos» que habían influido en la realidad de la confrontación social. Se desplazaba así el objeto de la atención: en el centro se situaban «la vida de los hombres, las fuerzas íntimas de las facciones y las necesidades materiales que determinaron las tendencias de las grandes masas». ³⁸² Esta sensibilidad historiográfica de Taine, unida a su interés por los fenómenos de formación de la mentalidad colectiva, de la psicolo-

³⁸¹ G. SOREL, *De la cause en physique*, en «Revue philosophique», XXVI, 1888, p. 472. Sobre la relación entre la elaboración científica de Sorel y su pensamiento político, cf. N. BADALONI, *Le riflessioni di Sorel sulla scienza*, en «Dimensioni», I, 1975, pp. 22-31.

³⁸² SOREL, «Considerazioni sulla violenza», cit., p. 152.

gía de «las multitudes», constituye para Sorel la clave para superar una noción del «cambio social» calcada del evolucionismo biológico: «Hoy —escribía Sorel en 1893— se tiende a concebir las transformaciones sociales en el marco de un modelo biológico más amplio: muchos autores imaginan una especie de fuerza misteriosa que empuja a la sociedad de forma inconsciente³⁸³.» Mediante la crítica de tales posiciones se abriría camino, en la reflexión soreliana, una concepción «materialista» de los procesos históricos que iba a favorecer probablemente su encuentro con el marxismo. El interés por las fuerzas que actúan concretamente en el proceso histórico nos permite captar el sentido de las reservas expresadas por Sorel respecto de la teoría política de Proudhon. A éste le reconoce el mérito de haber elaborado el «esquema» para la comprensión científica de la economía; al partir de la noción de trabajo como «producto del espíritu humano», Proudhon había logrado que fueran comparables los diversos tipos de trabajo, cuya medida común es la «duración». Hoy, añade Sorel, tal homogeneidad resulta confirmada por los estudios de Quételet: «El tiempo que el trabajador medio emplea en hacer una cosa es una realidad perfectamente científica,³⁸⁴ ya que en la industria las diferencias entre un hombre y otro nunca son demasiado grandes.»

Así, la teoría del valor puede constituir también para Sorel el principio ideal (pero no abstracto) de un nuevo derecho, capaz de eliminar la separación entre riqueza y pobreza provocada por el contradictorio desarrollo del capitalismo. Pero, se pregunta Sorel, ¿cuáles son las fuerzas portadoras de este derecho? Al hacer una hipótesis sobre la posibilidad de una síntesis o, más tarde, de un equilibrio de fuerzas, Proudhon ha elevado a principio filosófico general la que precisamente es característica específica de la fase histórica de la Restauración, considerada como

³⁸³ SOREL, *Le crime politique, d'après M. Lombroso*, en «Revue scientifique», LI, 1893, p. 562, Sobre la relación Taine-Sorel, cf. M. SIMONETTI, *G. Sorel e Guglielmo Ferrero fra cesarismo borghese e socialismo*, en «Il pensiero politico», V, 1972, pp. 102-151.

³⁸⁴ G. SOREL, *Essai sur la philosophie de Proudhon*, en «Revue philosophique», XXXIII, 1892, pp. 622-38; XXXIV, pp. 41-68.

«equilibrio de fuerzas contrarias e independientes».³⁸⁵ El sentido de estas críticas a la teoría política de Proudhon será más claro y asumirá connotaciones más precisas al insistir Sorel, a partir de 1895, en el valor decisivo de la lucha de clases en los procesos históricos. Pero, mientras tanto, la teoría proudhoniana del valor es la pantalla en que Sorel proyecta su lectura de Marx.

2. El marxismo como nueva metafísica real

En un escrito aparecido en 1894 en *Ère nouvelle* y titulado «La antigua y la nueva metafísica», Sorel explicaba los presupuestos de su epistemología y los aplicaba al campo de los fenómenos económicos y sociales, precisando con sumo cuidado el significado de su definición del marxismo como «nueva metafísica real». Ante todo distinguía dos modos de conocimiento: la «sistemática» y la «ciencia racional». La primera «intenta clasificar los fenómenos conocidos a fin de *prever*, con una aproximación suficiente para las necesidades prácticas, lo que deberá suceder»; la segunda se propone, en cambio, «ordenar las abstracciones científicas en leyes independientes de toda posible condición de existencia real».³⁸⁶ Es evidente que la sistemática está aún demasiado anclada en lo existente como para poder orientar prácticas científicas radicalmente nuevas. Por el contrario, la ciencia racional no es el resumen o el reflejo de una serie de observaciones, pues implica una intervención de la razón a partir de un dato o «soporte expresivo»: «Para construir un racionamiento —dice Sorel— hay que disponer de una construcción, a la que llamaré el *soporte expresivo* (figuras geométricas, mecanismos, seres vivos, cuerpos colectivos); los filósofos han recurrido a los más diversos procedimientos. La lógica debería definirse como “el conjunto de las reglas para el empleo de los soportes del proceso de-

³⁸⁵ *Ibid.*, p. 43.

³⁸⁶ G. SOREL, *L'ancienne et la nouvelle métaphysique*, en «Ère nouvelle», II, 1894, pp. 329-51, 46-82, 51-87 y 180-205.

mostrativo”³⁸⁷.» En el carácter de artificialidad propio de las construcciones científicas está implícito el riesgo de que una elección errónea o un uso inapropiado de los soportes puedan desembocar en «ilusiones metafísicas», como las utopías sociales o los mitos. En ambos casos «se da el soporte como sustancia de la realidad y se consideran las relaciones como consecuencias de esta realidad hipotética».³⁸⁸

Mediante esta crítica de las «ilusiones pseudocientíficas» de la sistemática y de los «delirios espiritualistas» de la metafísica clásica, se precisa, por tanto, el concepto soreliano de una nueva metafísica real, bajo el impulso unificador del industrialismo: «Hoy (sostiene Sorel) los mecanismos sirven para explicarlo todo»; más aún: «*la ciencia es social y se inscribe en el ámbito económico*».³⁸⁹ La polémica de Sorel se vuelve aquí contra las posiciones subjetivistas. La ética no se construye formulando hipotéticamente fines arbitrarios (como hacen Renouvier y los espiritualistas). «El progreso moral está ligado al progreso económico y es éste último el que alimenta a la ciencia. De una misma materia se construyen la ciencia y la ética real»³⁹⁰.» El hombre ha de ser considerado en su totalidad, o sea en conexión con el instrumento de trabajo; este último se determina científicamente en las máquinas, que «implican un modo de adquirir y utilizar las fuerzas naturales».³⁹¹ Se hace necesario entonces examinar el papel de las máquinas y de los fenómenos a ellas ligados: de igual modo que las primeras proporcionan el soporte expresivo de la ciencia, así también el carácter visiblemente social que ha asumido el trabajo en la fábrica moderna y la realidad del crecimiento indefinido del capital,³⁹² considerados como fenómenos absolutos, representan los soportes de la metafísica de Marx. Por lo demás, y mediante un uso «analógico», Sorel reduce la forma-mercancía a soporte

³⁸⁷ *Ibid.*, p. 79.

³⁸⁸ *Ibid.*, p. 100. Hay que señalar que en esa época Sorel condena al mismo tiempo mito y utopía.

³⁸⁹ *Ibid.*, p. 129.

³⁹⁰ *Ibid.*, p. 109.

³⁹¹ *Ibid.*, p. 136.

³⁹² *Ibid.*, p. 156.

de la «nueva metafísica». De igual modo que «la doctrina del trabajo, felizmente completada con los descubrimientos de Joule sobre el calor, se ha convertido en la base de todo análisis moderno», en el sentido de que «todas las fuerzas naturales, todas las fuentes del movimiento y todas las adaptaciones artificiales se consideran en cierta manera homogéneas desde el punto de vista de la energía»,³⁹³ así también la universalización del intercambio a través de la forma-mercancía ha puesto en evidencia la homogeneidad de los diversos trabajos, destruyendo las viejas jerarquías basadas en distinciones cualitativas. La figura del «trabajador social» que emerge de la metafísica de Aristóteles, la cual, al relegar el trabajo servil de los esclavos a la esfera lejana de los intereses de la filosofía, quedaba separada de ese terreno que es la base sobre la cual se edifica la ciencia.

Por consiguiente, cuando «proponen la socialización de los instrumentos acaparados por los capitalistas afirman que no se trata de reprimir un abuso accidental sino de extraer la conclusión lógica de una evolución cuyo carácter está perfectamente determinado.³⁹⁴ La hipótesis de la futura «ciudad colectivista, en la que todos los trabajos son examinados en lo que tienen de común», es denominada por Sorel «experimentación ideal», y su legitimidad viene dada por el hecho de que en esa sociedad hipotética «las cosas no cambian de naturaleza; pero gracias a nuestra disposición de espíritu percibimos en seguida lo que es social».³⁹⁵ De igual modo, al mirar la actual fábrica capitalista «no cuesta nada imaginar una fábrica del futuro, aún más mecanizada, más automática, en la que toda energía será proporcionada por la potencia natural y en la que los hombres harán un trabajo diferente del que es propio de las máquinas».³⁹⁶

Llegados a este punto, resulta bastante clara la profunda recomposición en la cual Sorel había debido insertar el planteamiento teórico de

³⁹³ *Ibíd.*, p. 161.

³⁹⁴ *Ibíd.*, p. 76.

³⁹⁵ *Ibíd.*, p. 170.

³⁹⁶ *Ibíd.*, p. 160.

El Capital de Marx para hacerlo entrar en su planteamiento conceptual. Sorel reconocía a *El Capital* la capacidad de lectura de la sociedad, pero viendo en ella solamente una progresiva simplificación de las complicadas articulaciones entre las clases (por lo que la socialidad tendía a convertirse en un hecho evidente) y enfocando la mirada hacia el lado material del proceso productivo, sin tener en cuenta esa subordinación de la ciencia a los fines del capital, subordinación que Marx había puesto tan claramente de manifiesto. Por lo demás, no es casual que las referencias más frecuentes de Sorel a *El Capital* conciernan, en este período, a la cuarta sección del primer libro, y en particular al capítulo dedicado a «Máquinas y gran industria», del cual realiza una lectura parcial: Sorel está en realidad convencido de que con la expansión del maquinismo «el obrero se ha convertido en guardián mientras que en la manufactura era obrero».³⁹⁷

La identificación del marxismo con un experimento ideal acabaría muy pronto por mostrar sus límites: los elementos reales (aumento de la concentración, homogeneización de los trabajos, posibilidad de separar actividad de las máquinas y actividad humana), que Sorel pensaba utilizar por su evidencia, demostrarían muy pronto ser opacos y por tanto inutilizables en el momento en que Croce o Bernstein mantendrían que las cosas no iban por ese camino. Pero antes de examinar los desarrollos que en el período de su colaboración con el *Devenir social*, Sorel daría a esta noción del marxismo como nueva metafísica, es oportuno analizar la aplicación que de la misma hace Sorel en el escrito «El fin del paganismo» publicado en 1894 en *Ère nouvelle*, en el cual el análisis se desplaza al plano historiográfico, en un intento por captar el significado de la transición del mundo antiguo al cristianismo.

La elección del tema se resiente, más que del ensayo que casi al mis-

³⁹⁷ *Ibid.*, p. 136. Al subrayar la importancia creciente del maquinismo, Sorel recoge algunas tesis de Reuleaux. Este había sostenido en su «Cinématique», que la división del trabajo no era ya necesaria en un estadio avanzado del desarrollo tecnológico, pues un obrero podía familiarizarse con toda una serie de máquinas. Sobre tan frágil base Sorel construye la posibilidad de superar la parcelación del trabajo.

mo tiempo publicaba Engels en las columnas de la *Neue Zeit*,³⁹⁸ de esa preocupación por el destino de la sociedad francesa, que había asimilado, sobre todo, el Renan de la *Reforma intelectual y moral*, pero que también puede encontrarse con bastante facilidad en las obras de carácter historiográfico. Se sabe que Renan constituye una de esas fuentes privilegiadas de las que Sorel no sólo extrae materiales para sus reflexiones, sino que hace suyas temáticas y sugerencias que condicionan su pensamiento. De todos modos, Sorel proponía en este escrito ni más ni menos que una superación de las conclusiones expuestas por Renan al final de su *Marc-Aurèle*. Tras haber constatado que el desinterés del Estado romano por los problemas sociales lo había llevado a la disolución y al consiguiente reforzamiento del cristianismo, Renan había observado que lo mismo sucede cada vez que se pretende guiar la acción de los hombres por medio de un ideal abstracto, y había concluido que «el hombre ha nacido tan mediocre que sólo es bueno cuando sueña. Necesita ilusiones para hacer lo que debería hacer por amor al bien».³⁹⁹ Sorel limitaba al pasado la validez de esta tesis, pues no compartía su extensión al período histórico del industrialismo. Ciertamente, afirmaba, «es peligroso atentar contra las *fictions* con las que el ambiente traduce su principio histórico», pero sólo «mientras los hombres no tienen ningún medio de razonar sobre las relaciones científicas de la economía».⁴⁰⁰ Sorel admitía, pues, en esta fase, un efecto disgregador de la ideología cristiana, atribuible a su carácter meramente destructivo. Al señalar como destino de los hombres la ciudad eterna, tal ideología había puesto de manifiesto la disgregación de la ciudad terrenal. Pero proponía al mismo tiempo un principio (el derecho divino) que resultaba incontrolable al máximo, concentrando la representación de los intereses colectivos en manos de pocas personas (el clero). También la sociedad anti-

³⁹⁸ F. ENGELS, *Zur Geschichte des Urchristentums*, en «*Neue Zeit*», XIII, 1894-95, n.º 1-2, vol. I.

³⁹⁹ E. RENAN, *Marc-Aurèle ou la fin du monde antique*, París, 1882, p. 565.

⁴⁰⁰ G. SOREL, *La fin du paganisme*, reeditado con el título de *La ruine du monde antique*, París, 1925, p. 93.

gua hubiera podido percibir la dimensión colectiva únicamente a través de una *fiction* (la patria), pero la común participación en la defensa del territorio (de ahí la importancia de la figura del héroe-soldado) y los *dramas collectivistes* o fiestas populares recordaban «de manera sensible el carácter político de la coexistencia de los hombres bajo un mismo régimen legal». ⁴⁰¹ Sorel define el paso del poder del Estado antiguo a la Iglesia como una *révolution idéaliste*, en el sentido de haber pretendido fundamentar las relaciones entre los hombres sobre un principio abstracto, o sea privado de toda referencia a cualquier práctica social.

El socialismo marxista podía utilizar como soportes de su ideología dos tendencias históricas. La primera concernía precisamente al debilitamiento del prestigio de la Iglesia: «El proletario ha tomado clara conciencia del hecho de que las obras denominadas pías son obras colectivistas que han de depender de las fuerzas que actualmente gobiernan la sociedad laica⁴⁰².» Sorel cree, pues, que la laicización de las escuelas y los progresos de la legislación obrera constituyen los primeros momentos de un proceso de apropiación, por la base, de las instituciones de *ordre publique*, pese a que junto a ese *État laïque* progresivamente socialista Sorel advertía la existencia de un *État vautour*, es decir de un aspecto más restringido, el ligado a la industria política y a la lucha por el poder. El otro momento dinámico estaba representado por la constatación de una «tensión universal de las fuerzas humanas hacia la posesión de todo lo que parece deseable». ⁴⁰³

Esta presión constante no sólo daba lugar a la disgregación de lo viejo, sino que originaba la formación «de grupos que tienen una trama duradera, sobre los cuales se crean solidificaciones de sedimentos o de ideas». ⁴⁰⁴ A Sorel le parecía que la clase obrera representaba, en efecto, un grupo dotado de una trama duradera. La ideología y la ciencia marxistas se conciliaban en su pensamiento hasta el punto de poder

⁴⁰¹ *Ibid.*, p. 86.

⁴⁰² *Ibid.*, p. 162.

⁴⁰³ *Ibid.*, p. 175.

⁴⁰⁴ *Ibid.*, p. 172.

constituir el fundamento necesario para la iniciativa histórica del proletariado.

Sobre esta base ideal Sorel construía los presupuestos de una relación con el movimiento socialista, que poco a poco asumirá el carácter de una misión propia de milicia intelectual. Mientras las reflexiones sorelianas se habían movido hasta 1894 en el marco de un complejo y personalísimo itinerario intelectual, asomándose casi ocasionalmente a las páginas de *Ère nouvelle*, en 1895 el mismo Sorel, junto a Lafargue, Bonnet y Deville, funda *Le devenir social*, la primera y por mucho tiempo única revista francesa explícitamente inspirada en el marxismo. Lo que caracteriza a la revista no es tanto el interés por las vicisitudes concretas del movimiento obrero francés como el intento por enriquecer el conocimiento directo de Marx, aun a través de la confrontación con otras ideologías. Para Sorel es un período de actividad bastante intensa. Redacta directamente al menos la mitad de los escritos de la revista y se preocupa de establecer una relación con otros intelectuales, no sólo franceses, implicando en el proyecto a Antonio Labriola y, a través suyo, a Benedetto Croce. La apertura de un hilo directo de comunicación de ideas con Italia caracterizará todas las vivencias intelectuales de Sorel en tal período.

El hilo conductor de los escritos sigue constituyéndolo la utilización del modelo de la máquina para el análisis del conjunto económico-social. Según Sorel, la sociedad no es en su conjunto otra cosa que una máquina general, creada por la asociación de los hombres. En ella podemos distinguir, como en toda máquina, «la materia, la forma y el operador».⁴⁰⁵ Según Sorel, en la filosofía de Marx la materia sociológica es el sistema de producción y de intercambio. El operador está constituido por las clases sociales. La forma está representada por las aspiraciones y los fines que las clases se proponen, es decir, por eso que Sorel llama su «psicología»; «poseemos los medios para reconocer lo que hay de verdaderamente humano en la sociología; podemos definir

⁴⁰⁵ G. SOREL, *Les théories de M. Durkheim*, en «*Le devenir social*», I, 1895, p. 169.

correctamente los grupos activos, o sea las condiciones económicas de su formación». ⁴⁰⁶ En realidad, las condiciones indispensables para poder hablar de clases sociales como «grupos activos» están constituidas por el hecho de que estos últimos «se encuentran asociados de forma indisoluble en la vida económica y han adquirido la plena conciencia de los intereses de clase». ⁴⁰⁷ Por lo que respecta al proletariado, mientras el primer elemento es el fruto objetivo del contexto histórico del capitalismo, la batalla por la propia autoidentificación como clase se desarrolla a través de la adquisición del segundo elemento. La base económica de la posibilidad del socialismo, según el Sorel de este período, se da por descontada (desde este punto de vista las leyes de Marx son «constataciones de un hecho»); la realización del socialismo depende entonces de la capacidad de construir un instrumento ideológico adecuado (la conciencia de los intereses de clase). En este sentido, para Sorel el marxismo no es tanto un instrumento para descubrir la realidad como un instrumento de construcción de la ideología. Sólo la fusión entre la base material y la conciencia podrá constituir el bloque encargado de llevar a cabo el objetivo del socialismo.

Gracias a esta teoría del cambio, basada en la intervención de las clases sociales desde abajo, los socialistas atribuyen los fines a los hombres reales y no a entidades imaginarias, sean el Estado organizador de Durkheim o la historia ideal de Vico. Precisamente en el ensayo que Sorel dedica a Vico aparecen descritas las condiciones con las que, según Sorel, se desarrollará la transición hacia una nueva sociedad. La base histórica de la realidad económica constituirá el «puente» de la transición del capitalismo al socialismo, lo que asegurará a la vez «la revolución total» y la «continuidad económica y jurídica», evitando el recurso a rupturas traumáticas y a métodos violentos:

La primera condición de la revolución futura es el desarrollo, en el proletariado, de la conciencia de su papel histórico; la segunda condición

⁴⁰⁶ *Ibíd.*

⁴⁰⁷ *Ibíd.*, p. 177.

es que la organización del trabajo derivado de la gran industria esté de tal modo adaptada a las necesidades y a las condiciones de la producción colectiva que las *realidades económicas constituyan el puente* por el cual deberá efectuarse el paso de un estado al otro; finalmente, es necesario que las jerarquías sociales no dejen ni rastro. La revolución proletaria ni siquiera romperá la continuidad jurídica si la civilización actual elabora un sistema de leyes que regulen con prudencia las relaciones entre los coooperadores industriales... Si el proletariado llega a ser en la industria la única organización viviente; si a su lado sólo queda una ínfima minoría impotente y dañina; si aquél no conserva en su seno ninguna forma jerárquica susceptible de separarlo de su masa para constituir una facción de gobierno; si finalmente el desarrollo de la legislación social lo ha revestido de derecho, entonces la continuidad económica y jurídica quedará asegurada... La mayor revolución que la mente pueda concebir será la más pacífica, pues no encontrará frente a ella fuerzas capaces de renacer.⁴⁰⁸

Como se ve, se trata de conclusiones inspiradas por un gran sentido de optimismo y confianza en el fin del capitalismo. Por lo demás, todo el marxismo de la Segunda Internacional comparte esta expectativa del derrumbe. A esta visión se une en Sorel la concepción de las capacidades técnicas y jurídicas de las masas, que no tiene necesidad, para vencer, de violencias o golpes de mano jacobinos. Desde este punto de vista se puede comprender el interés mostrado en esta fase por Sorel por los *Ensayos* de Labriola, y la similitud que creía percibir entre sus teorías y las del filósofo italiano; ¿acaso no era la misma carga antijacobina la que había llevado a Labriola a sostener que la revolución no está hecha «sino que se hace»? A Sorel le debían parecer familiares y aceptables muchas de las afirmaciones de Labriola, como la siguiente, de su primer ensayo:

El comunismo crítico no fabrica las revoluciones, no prepara las insurrecciones, no arma las sublevaciones. Es ciertamente todo uno con el movimiento proletario, pero ve y apoya este movimiento con el pleno entendimiento de la conexión que tiene, o puede y debe tener, con el con-

⁴⁰⁸ G. SOREL, *Étude sur Vico*, en «Le devenir social», II, 1896, p. 935.

junto de todas las relaciones de la vida social.⁴⁰⁹

Sobre este último punto, es decir, sobre la posibilidad de pensar la totalidad de las relaciones sociales, aparecen las divergencias entre ambos. En el prólogo a la edición francesa de los dos primeros ensayos de Labriola, edición publicada en 1897, Sorel avanzaba en esta dirección la exigencia de una aclaración a propósito de lo que él consideraba «la parte vulnerable de la doctrina» de Marx. «Queda por saber —observaba— cuál es la base metafísica» del marxismo; y le proponía a Labriola desarrollar el discurso sobre esa «estructura sólida» (o sea, el modelo epistemológico de la máquina) que, como se ha visto, hacía posible, para Sorel, la fundación de una ciencia de la sociedad.⁴¹⁰ En su respuesta, explícitamente dirigida a Sorel, Labriola afirmaba que el marxismo no tenía necesidad de buscar un fundamento epistemológico externo, desde el momento en que, como filosofía de la praxis, era autosuficiente y representaba la recomposición tendencial entre teoría y acción.

Esta solución le debió de parecer a Sorel por completo extraña, hasta el punto de que la respuesta de Labriola selló un irreversible distanciamiento entre ambos. Por otra parte, toda la base de este primer marxismo de Sorel entró en crisis en esos años, bajo los golpes del ataque revisionista, que le obligó a una reformulación de buena parte de sus posiciones.

⁴⁰⁹ A. LABRIOLA, «In memoria del Manifesto dei comunisti, en *La concezione materialistica della storia*», de E. Garin, Bari, 1971, p. 32. Cf. también la recensión de Sorel a los dos primeros ensayos de Labriola, en «Le devenir social», II, 1896, pp. 761-66.

⁴¹⁰ Prefacio de G. Sorel a la traducción francesa de los dos primeros ensayos de Labriola publicados con el título de *Essais sur la conception matérialiste de l'histoire*, París, 1897, reeditado como apéndice en A. LABRIOLA, *Discorrendo di socialismo e di filosofia*, edición a cargo de B. Croce, Bari, 1939, pp. 178-179.

3. El marxismo como filosofía de la acción

En su último artículo publicado en *Le devenir social*, la recensión del libro de Merlino *A favor y en contra del socialismo* (1897), Sorel planteaba ya dudas que lo llevarían al abandono de su interpretación del marxismo como metafísica real:

El esquema de concentración y de proletarización proporciona sin duda una imagen clara y sensible de los fenómenos mucho más complejos que tienen lugar en la sociedad; este esquema ha parecido suficientemente próximo a la realidad para ser tomado por la realidad misma y para considerarlo como la expresión de las condiciones de la lucha entre las clases. Pero un examen más profundo de la cuestión muestra que tal esquema no expresa lo que hay de más profundo, íntimo y dinámico (*moteur*) en la lucha... La división de la sociedad en dos clases no pone ya de manifiesto los hechos con suficiente exactitud; es un simbolismo ya obsoleto.⁴¹¹

En estas afirmaciones Sorel reflejaba la influencia de los agitados debates, de diferente intención, de Croce y Bernstein; el primero se había propuesto la verificación «desinteresada» de una construcción conceptual (la teoría de Marx), y el segundo había intentado verificar la correspondencia entre los principios del socialismo y la estrategia de la socialdemocracia. El ataque revisionista dirigía sus golpes contra el corazón de la doctrina de Marx, y de un modo que los promotores de tal ataque habían considerado definitivo, hasta tal punto que Croce, por ejemplo, a unos decenios de distancia, se había sentido en el derecho de reasumir categóricamente el sentido de estos debates: «el marxismo teórico se acabó en Italia y en todo el mundo hacia 1900».⁴¹²

El discurso de Croce había partido de los *Ensayos* de Labriola, aunque

⁴¹¹ G. SOREL, *A favor y en contra del socialismo*, en «Le devenir social», III, 1897, p. 878.

⁴¹² B. CROCE, *Come nacque e come morì il marxismo teorico in Italia (1895-1900)*, en *Materialismo storico ed economia marxistica*, Bari, 1968, p. 293.

forzando las conclusiones, especialmente en el tema de la «previsión morfológica». Haciendo suya una tendencia bastante extendida en la cultura europea de finales de siglo, Croce había sostenido la imposibilidad de una interpretación unitaria del curso histórico, y, polemizando sobre todo con el evolucionismo positivista, había proclamado el fin de toda filosofía de la historia. «Labriola —había dicho— ha afirmado con muchísima razón que las mismas previsiones del socialismo son simplemente de índole morfológica⁴¹³.» El esfuerzo teórico de Labriola por encontrar un equilibrio entre previsión científica y rechazo del utopismo (esfuerzo que aunque recogido en la fórmula de la «previsión morfológica», constituía en realidad el núcleo central de un discurso mucho más articulado) era aquí drásticamente contradicho por Croce. La idea crociana era que «en su conjunto, el movimiento histórico sólo podría reducirse a un único concepto, el de desarrollo, vaciado de todo lo que es contenido propio de la historia».⁴¹⁴ Por consiguiente, la negación de la previsión estaba mediatizada desde el punto de vista lógico por la falta de conceptos capaces de unificar el campo histórico: de hecho, según Croce, tenemos ante nosotros solamente «objetos particulares, la tierra, la producción natural, los animales y, antes que nada al hombre, en el que aparecen diferenciados los llamados procesos físicos de los llamados fisiológicos».⁴¹⁵ Para demostrarlo, Croce tenía que atenuar la validez de la teoría del valor, la cual, para Labriola, «no representa nunca un *factum empírico* extraído de la vulgar inducción, ni expresa una simple *posición lógica*..., sino que es la *premisa típica* sin la cual no es pensable todo el resto».⁴¹⁶ Al comentar y hacer suyo este fragmento de Labriola, Croce observa que:

El valor-trabajo de Marx no es solamente una lógica generalidad, sino también un *concepto pensado y asumido como* tipo, es decir, algo más y algo diferente de un mero concepto lógico. No tiene ya la inercia de la abstrac-

⁴¹³ ID., *Materialismo storico*, op. cit., p. 8 (el subrayado es mío).

⁴¹⁴ *Ibid.*, p. 3.

⁴¹⁵ *Ibid.*, p. 5.

⁴¹⁶ LABRIOLA, *La concezione materialistica*, op. cit., p. 191.

ción sino la fuerza de algo que es determinado y particular, que en la investigación de Marx desempeña, en la sociedad capitalista, el papel de término de comparación, de medida, de *tipo*.⁴¹⁷

Al interpretar la «premisa típica» de Labriola como «término de comparación», Croce le restaba significado, operando una reducción de la validez cognoscitiva de la teoría del valor. Dicha teoría servía así únicamente para establecer un «parangón de la sociedad capitalista con una parte de sí misma, abstracta y elevada a existencia independiente»,⁴¹⁸ sin aplicación, por tanto, a la totalidad de los hechos sociales. En cuanto a Marx, «satisfecho con el conocimiento de las *cosas* (de las cosas concretas e individuales), daba poca importancia a las disquisiciones sobre los conceptos y las formas de los conceptos».⁴¹⁹ Así, cuando describe en *El Capital* los rasgos de una sociedad «ideal y esquemática», su objetivo no es extraer de ellos leyes para el futuro, sino llamar la atención sobre ese «fragmento de sociedad económica»⁴²⁰ que es el proletariado. Por lo que respecta a esa parte del discurso de Marx que se presenta como ley del paso dialéctico de una forma de producción a otra, Croce replica recordando sobre todo que «la historiografía moderna... sabe bien que éstas [o sea, la economía asiática, la antigua, la medieval y la burguesa] son cuatro *formas* de ordenamiento económico, las cuales se suceden y entrecruzan en la historia real, formando las mezclas y las sucesiones más extrañas».⁴²¹ En esta mezcla, no ordenable mediante un principio unificador, y en la cual es imposible encontrar líneas de tendencia, la acción concreta de los hombres resulta privada del soporte de certezas científicas. Tal acción se basa más bien en un «convencimiento subjetivo», en el que actuar equivale a «osar. *Alea iacta est*, dijo César; *Gott helfe mir*, dijo Lutero».⁴²² No resulta difícil reconocer aquí el origen

⁴¹⁷ *Ibid.*, p. 65.

⁴¹⁸ *Ibid.*, p. 76.

⁴¹⁹ *Ibid.*, p. 76.

⁴²⁰ *Ibid.*, p. 62.

⁴²¹ *Ibid.*, p. 84.

⁴²² *Ibid.*, p. 94.

de la concepción de la política como «pasión», uno de los puntos cardinales de todo el pensamiento crociano. Al sancionar la ruptura entre teoría y praxis, Croce echaba por tierra las conclusiones de Labriola pero, sobre todo, golpeaba al movimiento socialista en su esfuerzo por hacerse con un instrumento teórico que redujese la lucha de clases a puro y simple encuentro o choque entre fuerzas.

Si examinamos ahora cómo resuelve Sorel el problema de la interpretación de la teoría del valor, comprenderemos de qué manera, aun aceptando las conclusiones de Croce (y de Bernstein) sobre la no correspondencia entre las leyes enunciadas por Marx y los hechos mostrados por la realidad, puede no sólo considerar como válida la utilización del marxismo, sino incluso mantener abierta la perspectiva del socialismo. También Sorel sostiene la inconsistencia de pretender leer a Marx buscando una correspondencia puntual entre leyes y hechos. En realidad, Marx imagina «sociedades infinitamente *simplificadas*, en las que todas las ramas de la producción han logrado el mismo nivel de perfeccionamiento. ¡Nada se parece menos a la efectiva complicación del mundo real, fruto de la historia!»⁴²³ Si se había podido pensar (como el mismo Sorel había pensado anteriormente) en una extensión de la validez de las leyes marxistas, el equívoco había estado determinado por la casual coincidencia entre esas leyes y la situación de la Inglaterra de los tiempos de Marx. En realidad, éste «no ha intentado describir la realidad, sino solamente la *metafísica del beneficio medio*».⁴²⁴ La abstracción es el resultado, pues, de un proceso de simplificación que no tiene correspondencias equivalentes en la realidad. En efecto, según Sorel, la totalidad no es ya pensable. En cambio, lo que se puede constatar es la *mélange*, es decir, la coexistencia, ni dinámica ni antagonica, de modos de producción distintos (como demuestra la persistencia de la pequeña industria artesana y de una gran franja de campesinos). Además, la idea marxiana de unidad entre estructura y sobreestructura sólo puede ser-

⁴²³ G. SOREL, *Nuevas contribuciones a la teoría marxista del valor*, en «Giornale degli economisti», serie II, XVII, 1898.

⁴²⁴ *Ibid.*, p. 59.

vir para señalar un punto de partida indiferenciado en el estudio de la realidad, mientras que la inteligibilidad histórica requiere que se proceda a «separaciones», es decir, a una compartimentación de los sectores para establecer entre ellos relaciones racionales.⁴²⁵ Un modo distinto de considerar las cosas lleva a resultados insostenibles:

La dependencia histórica se manifiesta... al mismo tiempo como atracción y como repulsión; las fuerzas productivas determinarían las relaciones sociales y estarían a la vez en contradicción con ellas; las harían surgir y a la vez contribuirían a destruirlas.⁴²⁶

En efecto, la concepción según la cual cada período histórico está caracterizado por el dominio de una determinada organización de las fuerzas productivas, y según la cual la misma evolución depende del desarrollo de éstas, no es, para Sorel, la parte más original de la reflexión de Marx. El aspecto verdaderamente nuevo de su pensamiento es otro: Marx vio «que son las clases las que forman el fenómeno principal cuya forma debe precisar el historiador».⁴²⁷ En este sentido, Marx sugirió una segunda y más atractiva manera de explicar la economía: la que parte de la *voluntad* de ciertos grupos para imponer sus ideas de organización social. La primera condición consiste en no subvalorar los condicionamientos objetivos, porque «la materia económica» es «resistente». En

⁴²⁵ Cf. G. SOREL, *I tre sistemi storici di Marx* (1900), en Id., *Saggi di critica del marxismo*, a cargo de V. Racca, Milán-Palermo-Nápoles, 1903, pp. 225 y ss. En este volumen, publicado solamente en italiano y muy estimado por B. Croce, se recogieron los más significativos de los muchos ensayos de Sorel dedicados a la revisión del marxismo. Las intervenciones de Sorel sobre este tema fueron en esos años especialmente numerosas, hasta el punto de provocar el irónico comentario de Antonio Labriola, según el cual Sorel había «ocupado militarmente» decenas de revistas. Fue sobre todo significativa su colaboración en la «Rivista critica del socialismo» de F. S. Merlino (1899).

⁴²⁶ G. SOREL, *La necessità e il fatalismo nel marxismo* (1898), en Id., *Saggi*, cit., p. 74.

⁴²⁷ Id., *Osservazioni intorno alla concezione materialistica della storia* (1898), *ibid.*, p. 43.

tal sentido, el marxismo podría definirse como un conjunto de reglas de prudencia para evitar «las falsas maniobras revolucionarias». ⁴²⁸ La segunda condición consiste en tener confianza en las posibilidades de intervención de los grupos sociales en el curso histórico, ya que la realidad no está necesariamente determinada: «La libertad (sostiene Sorel en la línea de Bernstein) no es algo que vaya a existir solamente en el mundo futuro, sino algo que comienza a producirse en el mundo actual». ⁴²⁹ Los grupos sociales han de construirse para estos fines un instrumento teórico adecuado. En efecto, dice Sorel, nosotros tenemos la capacidad de construir, *sobre* los fenómenos económicos, un producto espiritual. La relación estructura-sobreestructura, por ejemplo, sólo es comprensible mediante imágenes o, como Sorel las llama, «figuras de lenguaje». En otros términos, las leyes económicas son leyes cualitativas, no cuantitativas, y expresan una comprensión *simbólica* de la realidad.

Mientras el primer marxismo de Sorel se hallaba centrado en la posibilidad de transferir a la economía el modelo epistemológico de las ciencias físicas, ahora se trata de reconocer, por el contrario, que «el sociólogo y el físico... proceden a través de vías distintas». ⁴³⁰ A diferencia de las leyes de la física, las leyes de la economía no se construyen sobre la totalidad de los fenómenos, sino solamente sobre los más importantes y significativos. Ahora bien, el hecho importante de la economía contemporánea lo constituye el conflicto que opone a capitalistas y obreros: «Al luchar contra los capitalistas, las masas trabajadoras consiguen tener una sola cabeza y un solo corazón, piensan como proletariado y adquieren una libre subjetividad». ⁴³¹ La organización proletaria hace dar un salto cualitativo a la lucha de los obreros; como colectividad, éstos pueden convertirse en la base de un nuevo *sistema jurídico* ⁴³² y adqui-

⁴²⁸ *Ibid.*, p. 47.

⁴²⁹ G. SOREL, *Le spiegazioni economiche* (1899), *ibid.*, p. 121.

⁴³⁰ ID., *La necessità e il fatalismo*, cit., pp. 67-68.

⁴³¹ ID., *Le idee giuridiche nel marxismo* (1899), en «Saggi», cit., p. 214.

⁴³² «El derecho, tal cual ha sido formulado por los códigos liberales, no reconoce al obrero aislado. Un individuo puede dejar el trabajo, varios trabajadores pueden ponerse de acuerdo para abandonar juntos la fábrica, pero el hecho de

rir una nueva *idea política*⁴³³ que sancione lo que es lícito y lo que no lo es desde el punto de vista del proletariado. En realidad, «cuando una clase se hace revolucionaria se identifica (subjetivamente) con toda la sociedad». ⁴³⁴ Esta identificación *subjetiva* es la nueva versión de la idea de totalidad, no verificable materialmente.

En suma, se puede concluir que la economía es continuidad y que sólo el derecho opera la *separación*, al permitir que el proletariado encuentre su propia identidad. El nuevo sistema jurídico no tiene ya el status científico de la «metafísica real», que pretendía percibir en la historia una dirección o una tendencia; los elementos de dinamismo de la sociedad no se ponen ya de manifiesto a partir del movimiento de las formas económicas, sino de su traducción en comportamientos conscientes.

La teoría del proletariado puede entonces definirse como una «doctrina duradera» que no se produce de manera lineal sino que únicamente es resultado de la confluencia de diversos movimientos: «Es necesario que se dé la unificación de las teorías elaboradas por la mente y de los sentimientos nacidos en una clase a causa de las condiciones de su vida, y es igualmente necesario que haya una corporación para mantener la doctrina». ⁴³⁵

que se multiplique un hecho individual no cambia su carácter... Para los sindicatos estas tesis son falsas: el conjunto de los trabajadores forma un cuerpo; los intereses de todos son solidarios; nadie puede abandonar la causa de sus compañeros sin ser considerado un traidor. Lo que caracteriza la huelga en la conciencia obrera es esta solidaridad» (G. SOREL, *L'avenir socialiste des syndicats*, 1898).

⁴³³ «Para los patronos, la prosperidad de la nación está ligada al juego ciego de la ley de la oferta y la demanda... Para los obreros la producción debe ser controlada por la previsión social» (G. SOREL, *L'éthique du socialisme* (1898), en «Revue de métaphysique et de morale», V, 1899, p. 287).

⁴³⁴ Id., *Le idee giuridiche*, cit., p. 218.

⁴³⁵ Id., *Essai sur l'Eglise et l'État*, París, 1901, p. 4. El concepto de corporación queda así precisado: «Las nuevas organizaciones son profesionales: tienen por base el modo de producción de la vida material y por perspectiva los intereses

En este período Sorel acepta por consiguiente la crítica crociana que niega el valor explicativo del marxismo respecto de la concreta realidad económica-social: de la base económica no emergen automáticamente las nuevas instituciones, ni es posible derivar de las teorías programas prácticos. La construcción de la sociedad «típica» no es para Sorel una operación mental de cada uno solamente, sino que corresponde a la ideología de una clase que manifiesta de ese modo su presencia histórica, superando una situación elemental de disgregación.⁴³⁶ El que luego no sea una voluntad explicada por sí misma lo demuestra el hecho de que surge sobre la base de una práctica concreta ligada a la economía.

Como interpretación filosófica de esta práctica, el socialismo no confía en la verificación de imprevisibles procesos ni en el derrumbe del sistema capitalista: «El movimiento socialista tiene una amplitud tan grande y unos caracteres tan precisos que se puede estudiar como un fenómeno natural... El socialismo está en el presente.»⁴³⁷

En estos años la concepción de Sorel se inspira en una visión optimista de las capacidades expansivas de la acción del proletariado. No es difícil ver en ello el eco de las posiciones de Bernstein y la influencia de los temas desarrollados por Merlino en su *A favor y en contra del socialismo*. Por lo demás, la confianza y el optimismo eran la consecuencia concreta de algunos hechos que caracterizaban en toda Europa el desarrollo de las instituciones del movimiento obrero: el avance organizativo del sindicato (en esos años Pelloutier lleva a cabo el esfuerzo por organizar el movimiento sindical en Francia, mediante las *Bourses de travail*, que habían despertado el interés de Sorel); la sustancial capacidad de las instituciones de la Tercera República para resistir las involuciones conservadoras a lo largo del asunto Dreyfus; la misma oleada antirreac-

industriales; por tanto, pueden servir de soporte a la estructura socialista, según los principios del materialismo histórico» (ID., *L'avenir*, cit., p. 214).

⁴³⁶ Es significativo que el único punto de divergencia teórica entre Croce y Sorel concierne precisamente a la existencia o no de las clases: «Croce cree que hay que suprimir la división de las clases... lo cual no me parece necesario» (ID., *Nuovi contributi*, cit., p. 50).

⁴³⁷ ID., *L'éthique du socialisme*, cit., p. 280.

cionaria sobrevenida en Italia tras la represión de 1898.

Sorel intentaba proporcionar un fundamento teórico y una perspectiva a estos signos positivos de la situación, señalando algunas circunstancias que en su opinión favorecían la iniciativa del movimiento obrero. Ante todo, la posibilidad de incluir en la lucha a las clases medias: «El antagonismo fundamental del modo de producción capitalista se hace presente en todas las relaciones sociales de manera lo suficientemente viva como para crear una interdependencia activa, provocando centros secundarios del movimientos.»⁴³⁸ Otra circunstancia era lo que Sorel definía como «socialización del ambiente económico». Recogiendo así una idea de Proudhon, Sorel sostenía que era posible hacer más simples y menos inconcretos todos esos elementos de la organización social no directamente ligados a la producción. De ese modo, la fábrica habría constituido el punto de emergencia de las instancias de su organización social, y el proletariado habría podido expresar así su capacidad de dirección de la sociedad.

Pero el elemento más importante es el juicio positivo que en esta fase Sorel emite sobre la democracia: «La gran ventaja de las instituciones democráticas no es la de dar el poder a los más dignos, sino la de despojar al poder del prestigio que le daban las tradiciones del *ancien régime* y que *en nombre de la ciencia* querían atribuirle los reformadores.»⁴³⁹ La democracia es «un régimen en el que todo es provisional: la volubilidad del poder tiene como consecuencia facilitar correcciones sucesivas... El respeto por la autoridad queda reducido a nada, tanto en la política como en la industria.»⁴⁴⁰ Así pues, la democracia es para Sorel, en esta fase, el lugar inerte y privado de dominio que garantiza la mayor posibilidad de expansión de la iniciativa de la clase obrera.

⁴³⁸ ID., *A favor y en contra del Socialismo*, cit., p. 879.

⁴³⁹ ID., *La science et la morale* (1900), en AA.VV., *Questions de morale*, París, 1900, p. 24.

⁴⁴⁰ SOREL, *Essai sur l'Église*, cit., p. 22.

4. El marxismo como mito

El tercer momento de la interpretación soreliana del marxismo es fruto de la desilusión ante los éxitos del asunto Dreyfus. El mismo Sorel parece haber hecho de este episodio tan importante de la historia de la Tercera República un elemento concreto de periodización de su pensamiento:

En 1901 tenía dificultad en distinguir el socialismo político del socialismo proletario; las primeras agitaciones en torno al asunto Dreyfus me habían hecho esperar que el socialismo ganaría mucho en el proceso de adquisición de una clara conciencia de ser un movimiento obrero en una democracia; la liquidación de la revolución dreyfusiana me obligaría a reconocer que el socialismo proletario o sindicalismo no desarrolla plenamente su naturaleza si no es voluntariamente un socialismo obrero dirigido contra los demagogos.⁴⁴¹

La desilusión ante los turbios e inesperados éxitos de un movimiento que en sus inicios se había presentado como lucha por la justicia y por el respeto del derecho acercaba a Sorel a otros intelectuales, como Halévy y Péguy. Pero el espectáculo degradante del encarnizamiento con que los radicales aplicaban la *Loi sur les associations*, el escándalo de las *fiches*, o sea el descubrimiento de que el gobierno fichaba sistemáticamente a los oficiales del ejército, y la política de contención de la creciente conflictividad social, aplicada con medios que alternaban la ferocidad de la represión con la astucia del arbitraje, eran elementos que en Sorel aparecen como símbolo de todo un sistema de gobierno y que lo inducen a una rabiosa condena de cualquier forma de participación política.

El viraje no se halla tanto en la convergencia con el grupo sindicalista reunido en torno al *Mouvement socialiste* de Lagardelle como en algunos artículos que Sorel escribe en 1902 para la *Rivista popolare* de

⁴⁴¹ G. SOREL, *Mes raisons du syndicalisme* (1910), en ID., *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, París, 1929, p. 268.

Colajanni, en los que comenta las elecciones políticas francesas de ese año:

El proceso Dreyfus puede compararse con una lucha comercial entre dos casas rivales de publicidad... Antes del proceso Dreyfus eran muchos los que creían sinceramente que los partidos políticos... estaban dirigidos por las fuerzas y los principios más nobles... Se ha visto que todo ese aparato ideológico era muy superficial y que la política era verdaderamente una cosa sucia. Los espíritus están desorientados.⁴⁴²

Quedan relegados los últimos elementos en los que Sorel había basado su confianza en la capacidad expansiva del marxismo como «sistema jurídico»: la democracia no es ya un campo inerte, pues revela tendencias que representan un peligro para la clase obrera. La conclusión general que de ello extrae Sorel es que «todo está a partir de ahora condenado al desorden; nada es eternamente necesario y ninguna previsión es posible».⁴⁴³

En cuanto a los procesos de la economía, ésta tiende a la atenuación de lo que Sorel consideraba el carácter preeminente del capitalismo, es decir, la tendencia al mejoramiento de la producción. El sistema económico se orienta hacia la forma de organización de los trusts, que para Sorel representan un retorno a los orígenes «feudales». El mismo imperialismo, como superación de la fase competitiva del capitalismo, intenta atenuar los contrastes sociales mediante el recurso a formas de solidaridad.⁴⁴⁴ El resultado es que la lucha de clases deja de ser el desen-

⁴⁴² Id., *La Francia prima delle elezioni*, en «Rivista popolare di politica», VIII, 1902, pp. 122-25.

⁴⁴³ Id., *La decomposizione del marxismo* (1908), en ID., «Scritti politici», a cargo de R. Vivarelli, Turín, 1971, p. 726.

⁴⁴⁴ «En Inglaterra parece que en este momento hay una tendencia hacia la solidaridad. El imperialismo no tiene otro sentido: la unidad se manifiesta ante todo hacia fuera» (ID., *Insegnamenti sociali della economia contemporanea. Degenerazione capitalista e degenerazione socialista*, Milán-Palermo-Nápoles, 1907, p. 233). Sorel tiende a interpretar los cambios económicos relacionados

lace de la contraposición entre capitalistas y obreros. En el campo proletario se determina «una subordinación del elemento específicamente socialista al elemento político radical»,⁴⁴⁵ a lo que se añade la formación de aristocracias obreras. De ahí deriva el peligro de reabsorción de las tensiones de clase en un marco que priva al proletariado de su contenido revolucionario. Para Sorel tal peligro no concierne únicamente a la particular situación francesa; los ejemplos italiano y alemán (para no hablar del inglés) demuestra que nos encontramos frente a un fenómeno de alcance histórico. La actitud psicológica-gnoseológica fundamental que ha de asumirse frente a estos fenómenos es para Sorel el *pesimismo*, o sea la negativa a atribuir a la realidad cualquier tendencia positiva; Sorel lo teoriza en la introducción a las *Reflexiones sobre la violencia*: «El pesimista considera las condiciones sociales como un sistema férreamente mantenido por una ley de bronce, de cuya dominación es imposible sustraerse; tal sistema no puede desaparecer si no es por una catástrofe que lo arrase todo.»⁴⁴⁶

El pesimismo lleva a un segundo y más profundo principio histórico: el carácter natural de la decadencia de la sociedad y el carácter artificial (es decir, construido) de su grandeza:

La humanidad se libra a veces de la mediocridad bajo la presión de algunas constricciones, pero... recae en ella cuando se abandona a sus propias tendencias; no es por consiguiente imposible que el futuro de las sociedades refinadas e inmersas en plena decadencia se asemeje a un lejano pasado de salvajes.⁴⁴⁷

Pero no puede preverse el surgimiento de fases históricas nuevas:

Si en la historia se produce algo único es porque lo casual tiene un

con el imperialismo dentro del esquema de Vico de los «recursos» y por tanto como una regresión del capitalismo.

⁴⁴⁵ Id., *La decomposizione del marxismo*, cit., p. 743.

⁴⁴⁶ Id., *Considerazioni sulla violenza*, cit., p. 63.

⁴⁴⁷ Id., *Le illusioni del progresso* (1908), en Id., «Scritti politici», cit., p. 680.

peso enorme en la vida de los pueblos; sucede a veces que la concatenación de poderosos factores llega a producir resultados que pertenecen a un nuevo género.⁴⁴⁸

Frente a esta imposibilidad de prever y preparar el futuro asumen importancia las instituciones espontáneas, portadoras de una nueva moralidad.

A través de una nueva reflexión sobre el nacimiento del cristianismo, el problema de los orígenes de una sociedad nueva queda identificado en Sorel con la fusión de un movimiento espontáneo y una imagen unificadora. La idea apocalíptica de los primeros cristianos nacía precisamente de algo instintivo y pasional, correspondía a una práctica de vida en curso de realización y se expresaba mediante un lenguaje simbólico, unificado por el mito del advenimiento del reino de Dios.⁴⁴⁹ Este proceso, constatable a propósito de los orígenes del cristianismo, tiene un valor histórico de carácter general. Toda teoría de las transformaciones sociales se define ahora en función de su capacidad para basarse en una práctica distinta de la que tiene lugar, y de infundir confianza a los estratos sociales que quiere atraer:

Una revolución produce cambios profundos, duraderos y gloriosos solamente si va unida a una ideología cuyo valor filosófico sea proporcionado a la importancia material de los cambios sobrevenidos. Esta ideología proporciona a los autores del drama la confianza que necesitan para vencer y eleva una barrera contra los intentos de reacción que poco a poco llevarán a cabo los juristas y los historiadores, preocupados por restaurar las tradiciones despedazadas; finalmente, sirve para justificar más adelante la revolución, la cual, gracias a aquélla, parecerá una victoria de la razón realizada en la historia.⁴⁵⁰

Es entonces explicable que el tratamiento soreliano de la huelga ge-

⁴⁴⁸ *Ibid.*, p. 673.

⁴⁴⁹ Cf. SOREL, *Le système historique de Renan*, París, 1906.

⁴⁵⁰ ID., *Mes raisons*, cit., pp. 249-50.

neral revolucionaria, consigna en la que funda todo su análisis, y de la que ha sido considerado máximo teórico, resulte algo excéntrico respecto del debate suscitado en el seno de la Segunda Internacional por la experiencia belga, por la italiana y, sobre todo, por la revolución rusa de 1905.⁴⁵¹ Más que una estrategia revolucionaria concreta, la huelga general es un «punto de vista» a partir del cual la realidad se hace legible, pese a las complicaciones, y gracias a la cual es posible hablar de socialismo: la huelga crea coordenadas, recorta espacios operativos, sustituye en una palabra el lenguaje confuso de los socialistas oficiales por una claridad nueva:

Nosotros no hemos inventado nada; y sostenemos que nada hay por inventar: nos hemos limitado a reconocer la importancia histórica de la idea de la huelga general, y nos hemos esforzado en mostrar cómo podría surgir una nueva cultura de las luchas que los sindicatos revolucionarios han llevado a cabo contra los patronos y contra el Estado.⁴⁵²

El contenido de las *Reflexiones sobre la violencia* se articula en torno a tres pares contrapuestos de conceptos: fuerza-violencia; huelga general política-huelga general proletaria; utopía-mito. Al considerar la valoración de los más recientes acontecimientos de la historia francesa, Sorel detecta un dato que parece poder unir la acción de los dreyfusianos y las huelgas obreras: el papel decisivo desempeñado en ambas ocasiones por los *hombres de la violencia*; Sorel llama *action directe* a la estrategia que se puede deducir de esos acontecimientos, de la que ve como protagonistas a los obreros sustraídos de cualquier dirección extraña a ellos y empeñados en la lucha contra los políticos. No sólo subraya que no se trata del parto de un cerebro solitario, ni del resultado casual y espontáneo de un conjunto de fenómenos, sino que presenta la nueva práctica revolucionaria como la «verdadera revisión del marxismo».⁴⁵³ La

⁴⁵¹ Sobre este tema, cf. en el volumen V de esta obra los ensayos de V. Strada y M. L. Salvadori.

⁴⁵² SOREL, *Considerazioni sulla violenza*, cit., pp. 86-87.

⁴⁵³ *Mes raisons*, cit., p. 286.

huelga general proletaria es capaz de ofrecer útiles indicaciones a quienes se hallan empeñados en adecuar la doctrina marxista a la realidad cambiante, y de permitir la superación del reformismo, en el que Bernstein había permanecido en cambio bien anclado. Bernstein, «ajeno a las preocupaciones de nuestro sindicalismo de hoy, no ha extraído del marxismo, creo, todo lo que contiene. Por lo demás, su libro ha sido escrito cuando todavía no se podía comprender el movimiento revolucionario, para el cual se han hecho estas consideraciones». ⁴⁵⁴ La violencia es pues «el gran hecho de la hora presente, y hay que intentar entender su alcance». ⁴⁵⁵

Tras haber reconstruido el origen histórico de los prejuicios contra la violencia, Sorel asume su sentido y lo reconduce a la escasa precisión terminológica con que se hace referencia a este concepto:

Los términos *fuerza* y *violencia* se emplean indistintamente bien para indicar los actos de autoridad bien para indicar los actos de revuelta; pero está claro que ambos casos dan lugar a consecuencias muy diferentes. Soy de la opinión de que es mucho más ventajoso emplear una terminología que no dé lugar a equívoco alguno, y de que sería mejor reservar el término *violencia* para la segunda situación. Diremos, por consiguiente, que la fuerza tiene por objeto imponer la organización de un orden social, en el cual gobierne una minoría; en cambio, la violencia mira a la destrucción de tal orden. En el nacimiento de los tiempos modernos la burguesía ha empleado la fuerza; el proletariado reacciona ahora con la violencia contra ella y contra el Estado. ⁴⁵⁶

A la luz de esta primera distinción puede percibirse la enorme diferencia que se establece entre la fuerza empleada por los jacobinos en la revolución de 1793 y el método de la violencia y de la huelga general. En el primer caso se trataba de la conclusión de un proceso que siempre se había orientado en la dirección del reforzamiento del Estado. En cam-

⁴⁵⁴ Id., *Considerazioni sulla violenza*, cit., pp. 149-50.

⁴⁵⁵ *Ibid.*, p. 120.

⁴⁵⁶ *Ibid.*, p. 236

bio, el caso de la violencia proletaria no tiene nada que ver con el «culto supersticioso del Estado».

Los sindicalistas no se proponen reformar el Estado, como hacían los hombres del siglo XVIII; su objetivo es destruirlo, queriendo así llevar a la práctica el pensamiento de Marx, según el cual la revolución socialista no debe llevar a la sustitución de una minoría gobernante por otra minoría.⁴⁵⁷

El paso al autogobierno de los productores, que en el *Futuro socialista de los sindicatos* era visto aún como transferencia de poderes del Estado a los sindicatos, se transforma aquí en destrucción violenta del Estado mismo. Además, al poner el acento en la abolición de todo tipo de poder, Sorel abre el camino a la posibilidad de reducir al mínimo el empleo de la coerción. Como, en definitiva, las violencias proletarias «son puros y simples actos de guerra, tienen el valor de demostraciones militares y sirven para poner de relieve la separación de las clases»,⁴⁵⁸ entonces no sólo «no es necesario que tenga lugar un gran desarrollo de brutalidad y que se vierta sangre a caudales»; se puede incluso pensar en que la función de la violencia sea puramente simbólica:

Considero la violencia solamente desde el punto de vista de sus consecuencias ideológicas... para hacer que los trabajadores consideren los conflictos económicos como imágenes descoloridas de la gran batalla que decidirá el futuro.⁴⁵⁹

Todo esto podrá suceder con una condición:

Si la clase capitalista se muestra enérgica y afirma constantemente su voluntad de defenderse, su actitud franca y lealmente reaccionaria contribuye, de igual modo que la violencia proletaria, a poner de manifiesto

⁴⁵⁷ *Ibid.*, p. 170.

⁴⁵⁸ *Ibid.*, p. 169.

⁴⁵⁹ *Ibid.*, p. 248.

la escisión de las clases, base de todo el socialismo.⁴⁶⁰

Por tanto, mientras por un lado la violencia proletaria opera para hacer evidente la escisión y reconducir la lucha entre capitalistas y asalariados dentro de los límites de una guerra leal, la dimensión general de la política tiende, por el contrario, a bloquear todo esfuerzo por esclarecer el antagonismo social. Para lograrlo, no sólo utiliza la fuerza, sino que se sirve de instrumentos cada vez más eficaces y refinados de persuasión y corrupción: «la antigua ferocidad tiende a ser sustituida por la astucia (*ruse*)». ⁴⁶¹ La crítica de Sorel a la democracia tiene por presupuesto lo que parece un hecho incontestable: el régimen democrático parlamentario no sólo se rige por la corrupción, por los *pots-de-vin*, sino que además no soporta que puedan existir otras instituciones basadas en principios distintos, por lo que intenta reducirlas todas a su propio nivel. Sorel recorre la historia de las relaciones entre gobierno y sindicatos en Francia, desde la protección interesada de Waldeck-Rousseau hasta la política social de Millerand, que pensaba resolver los conflictos laborales mediante el *arbitrage*. La violencia proletaria quiere ser la respuesta a la *ruse* de los políticos, es decir, pretende significar el rechazo de una dimensión, la dimensión política, que desde ahora se reduce, para Sorel, a pura corrupción. También los capitalistas deberían estar interesados en una lógica antagonista más clara.

Esta violencia obliga al capitalismo a preocuparse únicamente de la función productora y tiende a devolverle las cualidades belicosas de otro tiempo. Una clase obrera en vía de desarrollo y sólidamente organizada puede obligar a la clase capitalista a seguir apasionándose por la lucha industrial. Si frente a una burguesía rica y ávida de conquistas se levanta un proletariado unido y revolucionario, la sociedad capitalista alcanzará entonces su perfección histórica.⁴⁶²

⁴⁶⁰ *Ibíd.*

⁴⁶¹ *Ibíd.*, p. 258.

⁴⁶² *Ibíd.*, p. 141.

Así, la violencia proletaria se convierte en un factor esencial del marxismo: es el único instrumento que puede restablecer el modelo ideal del antagonismo social descrito por Marx, evitando que la revolución se produzca en un período de decadencia. Pero la corrupción no afecta únicamente al campo del adversario, a la burguesía, sino que penetra en las filas del movimiento obrero, sembrando la confusión. Los socialistas reformistas son quienes intentan construir sus fortunas conservando las viejas fórmulas revolucionarias pero vaciándolas de significado:

En boca de estos pretendidos representantes del proletariado, todas las fórmulas socialistas pierden su verdadero significado. La lucha de clases sigue siendo el gran principio, pero ha de quedar subordinada a la solidaridad nacional. El internacionalismo es un artículo de fe... pero también el patriotismo impone sagrados deberes. La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los mismos trabajadores... pero la verdadera emancipación consiste en votar a un profesional de la política... Finalmente, el Estado debe desaparecer, y se guardarían muy bien de poner en tela de juicio lo que Engels argumentó al respecto; pero esta desaparición tendrá lugar en un futuro tan lejano que hay que prepararse para utilizarlo provisionalmente... y la mejor política para hacer desaparecer el Estado consiste en reforzar provisionalmente el engranaje gubernativo.⁴⁶³

Las consecuencias que se derivan para la práctica son sobre todo dos: se pierde de vista la especificidad de la lucha obrera y se utiliza el método de la fuerza, propio de la burguesía.

Estos elementos aparecen también claramente en la huelga general política, cuya inspiración de fondo procede precisamente de la burguesía. Así, en la imposibilidad de eliminar la realidad de las huelgas, sus autores intentan al menos «explotar con fines políticos los grandes movimientos de las masas populares»⁴⁶⁴ y pretenden imponer su dirección a la espontaneidad obrera, mediante la centralización y una rigurosa disciplina. Su modelo es el de un partido que manipula el arma de la

⁴⁶³ *Ibíd.*, p. 175.

⁴⁶⁴ *Ibíd.*, p. 213.

huelga según sus propios fines; he aquí por qué «los politicastros defienden tanto una centralización de los sindicatos y hablan con tanta frecuencia de disciplina». ⁴⁶⁵ De ahí la necesidad de abogar por la espontaneidad obrera, preservándola de los intentos de instrumentalización y demostrando su fecundidad. Es lo que intenta hacer Sorel a través de la huelga general proletaria, contrapuesta, como *mito*, a la huelga general política.

En este punto se advierte el alcance del nuevo planteamiento teórico al que el revisionismo había llevado a Sorel. La dificultad de percibir el nexo entre el modelo teórico de *El Capital* y las nuevas realidades económicas, junto a la apertura de nuevos espacios para la iniciativa política, lo llevan a ampliar su noción de «instrumento cognoscitivo». Esta comprendía ahora también las *fictions* y se abría a la imaginación; el elemento imaginativo era el único capaz de contener una visión de la totalidad de las relaciones sociales y de preservar la espontánea creatividad de las masas. Sorel definía así el mito:

Los hombres que participan en los grandes movimientos sociales se representan su próxima acción en forma de batallas de las cuales nacerá el triunfo de la propia causa... En este sentido, la huelga general de los sindicalistas y la revolución catastrófica de Marx son mitos. ⁴⁶⁶

Una filosofía intelectualista sería incapaz de comprender los verdaderos grandes movimientos históricos; todo lo más puede producir utopías, «obra de teóricos... mecanismo desmontable, con algunos trozos cortados de modo que puedan pasar (con pequeñas correcciones de acomodamiento) a una próxima legislación». ⁴⁶⁷ Al igual que la distinción entre fuerza y violencia, tampoco la distinción entre utopía y mito es exclusivamente terminológica; Sorel quiere contraponer dos proyectos de cambio social radicalmente distintos: la utopía, construida por unos pocos intelectuales, a espaldas de los protagonistas, y el mito, que

⁴⁶⁵ *Ibíd.*, p. 214.

⁴⁶⁶ *Ibíd.*, p. 73.

⁴⁶⁷ *Ibíd.*, pp. 82-83.

corresponde a «las convicciones de un grupo».

El recurso a la filosofía bergsoniana persigue en definitiva exaltar ese carácter de participación activa en la revolución. Sorel se refiere a aquel pasaje de los *Datos inmediatos de la conciencia* en el cual Bergson distingue entre el yo superficial, resultado de la adaptación mecánica al mundo exterior, y el yo profundo, que actúa libremente de modo creativo: el mito es entonces la traducción en imágenes del impulso creador de las grandes masas, que de este modo se hacen capaces de superar los condicionamientos históricos y de convertirse en protagonistas de una renovación radical. El primer resultado del mito-huelga general es la superación del confuso y demagógico lenguaje de los reformistas, sustituido por una clara representación de las fuerzas en lucha; es ese «conjunto de imágenes capaces de evocar *en bloque y con sólo la intuición*, antes de cualquier análisis meditado, la masa de sentimientos que corresponden a las diversas manifestaciones de la guerra iniciada por el socialismo contra la sociedad moderna». ⁴⁶⁸

Para Sorel no tiene sentido preguntarse si la huelga general es o no realizable, lo importante es que en ella se encuentren las tendencias más fuertes de la clase obrera. El mito es, pues, a la vez «sistema de imágenes» y masas que «se apasionan»; es el bloque que hace evidentes y casi palpables a los ojos del proletariado los principios del marxismo: división dicotómica de las clases, organización del proletariado como resultado del mecanismo mismo de la producción y socialismo como «transformación decisiva» e irreversible. La obra a la que están llamadas las masas obreras es «una obra grave, sublime y temible». ⁴⁶⁹

La lucha de clases, tal como la entiende Sorel en este período, parece entrar de lleno en la definición bergsoniana de *élan*, caracterizándose como creación incondicionada: la racionalidad parece ser función de un autocontrol, tanto más necesario cuanto que aquélla carece de puntos sólidos de referencia externos a ella. Por consiguiente, la última versión del marxismo de Sorel es aquélla según la cual el socialismo, que nunca

⁴⁶⁸ *Ibíd.*, p. 177.

⁴⁶⁹ *Ibíd.*, pp. 196-97.

ha sido una necesidad, deja también de tener que ver con movimientos visibles en la realidad y surge, de modo voluntario, del interior de la conciencia de los trabajadores. Así, en el tipo del «productor libre, en una fábrica de elevada producción»,⁴⁷⁰ Sorel ve al heredero del guerrero de la sociedad antigua y del soldado napoleónico, o sea de aquellos a quienes «el individualismo apasionado» había hecho capaces de heroísmo. El entusiasmo del productor, su constante búsqueda de la precisión y el mejoramiento de la producción, la renuncia a plantear reivindicaciones puramente egoístas y su sensibilidad por la solidaridad de clase, en una palabra, el entusiasmo combinado con la «moral del buen trabajo»,⁴⁷¹ parecen las únicas fuerzas capaces de hacerse cargo del progreso de la civilización.

El punto de referencia de esta moralidad concierne siempre a las fuerzas productivas: no sólo en el sentido de que se trata de imprimirles ese movimiento que parecía venir a menos, sino en el sentido de convertir las en controladoras directas, apoyando la certeza de los conocimientos (que el mito podía dar la impresión de haber expulsado de la conciencia de los trabajadores) sobre la sólida base de la industria: «todos entienden de manera más o menos instintiva que cada elemento de cultura ha de universalizarse hoy».⁴⁷² Autogobierno y socialización constituyen aún el horizonte de Sorel.

5. La suerte de Sorel y el sorelismo

Las líneas de difusión del pensamiento de Sorel muestran muy claramente su eficacia y sus límites. Es indudable la escasa capacidad de atracción de sus ideas en el plano político concreto. Él mismo no pretendió nunca ser un dirigente del proletariado; más bien intentó re-

⁴⁷⁰ *Ibid.*, p. 321.

⁴⁷¹ *Ibid.*, p. 328.

⁴⁷² SOREL, *La valeur social de l'art*, en «Revue de métaphysique et de morale», VII, 1901, p. 266.

flexionar sobre prácticas obreras ya en marcha. No es casual que las *Reflexiones sobre la violencia*, con mucho su obra más afortunada, no fueran publicadas como libro hasta 1908, cuando ya la represión había barrido la gran oleada de huelgas de masas de 1904-1906.

Sorel se mantuvo siempre alejado de la vida organizativa y de las discusiones políticas del movimiento socialista francés, enfrascado en esos años en el problema de la unificación. Ni siquiera en sus relaciones con la corriente sindicalista sus lazos fueron orgánicos; además, la misma complejidad de la trama teórica del pensamiento de Sorel había de resultar en su conjunto ajena a los dirigentes del sindicalismo revolucionario francés: por ejemplo, uno de ellos podía afirmar, con sorna, que prefería leer a Dumas antes que a Sorel.⁴⁷³ Ello no obsta para que la ideología soreliana fuese en Francia, como ya se ha dicho, «expresión mediata de cierto tipo de organización obrera y de cierto estadio del movimiento sindical»,⁴⁷⁴ basada en la existencia de un estrato superior de obreros, más cercanos a una profesionalidad artesana que a la descualificación producida por la gran industria, y ligados al modelo de organización gremial.⁴⁷⁵

Se ha dicho que la penetración del pensamiento de Sorel en Italia tuvo particular fortuna, mayor que en Francia. Es sin duda cierto, sobre todo en el ambiente de los intelectuales italianos. Desde este punto de vista, el abogado defensor de Sorel en Italia fue precisamente Benedetto Croce, que se cuidó personalmente de la difusión de sus escritos. Las influencias del sorelismo en el vivo debate intelectual de esos años aparecen sin dificultad, por ejemplo, en la dirección del grupo de la «Voce». Sin embargo, quienes pretendieron de manera particular apropiarse de Sorel, no sólo en algunos aspectos teóricos de su reflexión, sino convirtiéndolo en inspirador de una propuesta político-intelectual, fueron los

⁴⁷³ Cf. E. DOLLÉANS, «Historia del movimiento obrero», vol. II, 1871-1920, Madrid, 1973, p. 117.

⁴⁷⁴ E. SANTARELLI, *La revisione del marxismo in Italia*, Milán, 1977, p. 81. Este volumen lleva a cabo una reconstrucción puntual de las vicisitudes del «sorelismo» en Italia.

⁴⁷⁵ Cf. S. MALLET, *La nueva clase obrera*.

dirigentes de la corriente sindicalista revolucionaria italiana. Enrico Leone y Arturo Labriola se cuentan precisamente entre quienes intentaron aplicar en política las ideas de Sorel, primero en el seno del partido socialista y luego en la experiencia anarcosindicalista. El fluido planteamiento conceptual de Sorel aparece aquí recogido con rigidez en una propuesta esquemática de algunos temas: a la crítica de la democracia y del parlamentarismo se añadió la polémica antiproteccionista, en cuya trama podía leerse, a través de las elaboraciones de Sorel, la influencia, más sólida, de Pareto. En este contexto, la fórmula de la huelga general pareció convertirse en pura sugestión, muy pronto gastada por el proceder de los hechos. Por el contrario, Sorel no queda aprisionado en sus propios esquemas: su última batalla fue en apoyo de la «revolución de los soviets» y de Lenin.⁴⁷⁶

El núcleo válido y utilizable del pensamiento de Sorel, desde el punto de vista de la tradición marxista, fue puesto en evidencia con gran lucidez por Antonio Gramsci.⁴⁷⁷ El hecho de que el homenaje que le rinde, al definirlo como «un sincero amigo del proletariado», no constituye únicamente un gesto ritual para quien había saludado la importancia de los Consejos, lo demuestra el que Gramsci tendiera a distinguir claramente entre Sorel y el sorelismo. En una página de los *Cuadernos* señala, no obstante, el límite de fondo del pensamiento de Sorel:

El carácter «abstracto» de la concepción soreliana del «mito» nace

⁴⁷⁶ En un escrito titulado *Por Lenin*, redactado en 1919, tres años antes de su muerte (1922) y publicado como apéndice a la 4.ª edición de las *Reflexiones sobre la violencia*, Sorel afirmaba: «Lenin... quiere forzar la historia, como Pedro el Grande. En realidad quiere introducir en su patria el socialismo, lo cual, según los más autorizados intérpretes de la socialdemocracia, sólo puede tener lugar en un capitalismo muy desarrollado» (p. 371); y añadía: «la única cuestión verdaderamente importante que la filosofía debe discutir es la de saber si él (Lenin) contribuye a orientar a Rusia hacia la constitución de una república de productores» (p. 376).

⁴⁷⁷ Sobre Sorel como fuente de Gramsci, cf. N. BADALONI, *Il marxismo di Gramsci*, Turín, 1975.

de la aversión (que asume la forma pasional de una repugnancia ética) por los jacobinos... El curioso antijacobismo de Sorel, sectario, mezquino, antihistórico, es una consecuencia de la sangría política de 1871... (que) cortó el cordón umbilical entre el «nuevo pueblo» y la tradición de 1793: Sorel hubiera querido ser el representante de esta ruptura entre pueblo y jacobinismo histórico, pero no lo logró.⁴⁷⁸

Incapacidad de colmar la ruptura entre intelectuales y pueblo, desconfianza hacia toda forma de poder, ausencia de una cultura capaz de ver «la voluntad como conciencia operante de la necesidad histórica»⁴⁷⁹ son, pues, los límites de Sorel. Pero, dentro de estos límites, la utilización soreliana del marxismo puede tener una eficacia particular. Intentar la fusión entre marxismo y proletariado significa de hecho, para Sorel, hacer que éste último sea capaz de utilizar los espacios históricos que se van abriendo a la lucha de clases. Cierto que el sentido último de esta operación quedaba desvalorado con la reducción del marxismo a ideología, y que el marxismo-mito sellaba con todas sus consecuencias la escisión del marxismo-ciencia. Mas, pese a todo, la riqueza ideológica de las categorías de Sorel (corrupción, pesimismo, mito) tendía a hacer perceptible una realidad que otras teorías no conseguían contener.

En definitiva, en el fondo de la adhesión de Sorel al socialismo había una profunda intuición histórica: había advertido que el socialismo es la única, aunque no necesaria, solución para la ruptura producida en la sociedad por el desarrollo del capitalismo, del maquinismo y de la ciencia. La lucha de clases, que Sorel siempre ve en conexión con el marxismo, siguió siendo para él el instrumento fundamental para la superación de esa ruptura y para la «formación» del proletariado.

⁴⁷⁸ A. GRAMSCI, *Quaderni del carcere*, ed. crítica a cargo de V. Gerratana, Turín, 1975, pp. 1559 y 1498.

⁴⁷⁹ *Ibid.*, p. 1559.

NOTA

Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:

info@doscuadrados.es

HISTORIA DEL MARXISMO una colección de 12 libros en la que se aborda de manera rigurosa y detallada el desarrollo del pensamiento marxista y sus diferentes corrientes. En su elaboración participaron Eric J. Hobsbawm, George Haupt, Franz Marek, Ernesto Ragioneri, Vittorio Strada y Corrado Vivanti, con la colaboración de más teóricos y académicos vinculados al marxismo.

Este tercer volumen, "El marxismo en la época de la II Internacional (I)", incluye textos acerca de la difusión y vulgarización del marxismo, el marxismo en Polonia de la mano de Brzozowski, en Italia de la mano de Labriola o en Francia de la mano de Sorel, quien luego terminará en posiciones cercanas al fascismo. También se empiezan a perfilar cuestiones relacionadas con la bancarrota de la II Internacional y la futura ruptura leninista.

